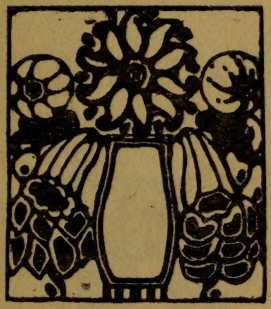
3 1761 09545913 7



ESTRELLA

LS
M3871tu

G. MARTINEZ SIERRA
OBRAS COMPLETAS

TÚ ERES LA PAZ

162841.
7. 6. 21

MADRID
MCMXX

ES PROPIEDAD

COPYRIGHT BY G. MARTÍNEZ SIERRA, 1920

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
CALLE DE VALENCIA, 28. — MADRID

TÚ ERES LA PAZ

I

Media la tarde y media abril; la primavera, aunque tardía en la Sierra, deja ya sentir su buen aliento; revuelan los pájaros sobre las ramas, que empiezan a vestirse de hojas; estas ramas son de los árboles de un inmenso jardín, entre cuyas frondas está señorialmente escondida la casa palacio de los Aldana.

Acerquémonos: los senderos, bien enarenados, nos ofrecen complicidad silenciosa: ni un alma, ni un ruido, a no ser el arrebatado piar de los pájaros y el rumor del agua en una fuente que no se ve. Sobre la arena, el sol de media tarde y las sombras del ramaje desnudo; en alguna revuelta, el inesperado verdor amarillento de un macizo de arbustos; más allá, otro verdor profundo de un gran cuadro de césped, y sobre él, la blancura de un almendro único, cuajado de flor; es graciosa la sombra del almendro, tan tenue sobre el verde profundo, y trae ideas de caricia suave, de aroma discreto .. ¿aroma? Un poco de brisa estremece el almendro, la sombra, hasta el césped, sobre el que han florecido algunas margaritas—de lejos habíamos creído sencillamente que eran puntos de luz—, y trae consigo el perfume de unas violetas. ¿Dónde estarán? Acaso han nacido entre la raigambre de un tronco viejo, a orillas de un regato; por allí suena el agua, presa a ratos en canal de ladrillos, libre otros sobre lecho de arena y guijas limpias. ¡Qué alegre es un regato en un jardín!

Siempre a su orilla están los árboles más grandes y los arbustos más lozanos; y por mucho que cuide el jardinero, nacen, besando el agua, hierbas locas, tan jugosas, tan frescas, con tallos como de cristal, con hojas muy largas que se curvan, majestuosamente, jugando a que son palmas; junto a estas hierbas locas están las violetas; pomposamente, tienden por el suelo su manto de hojarasca, y allí, abrigada, está la flor.

Entretanto, el agua en el regato camina con prisa por dar vuelta al jardín; siguiéndola se deja atrás el cuadro de césped y el macizo de arbustos y el laberinto, que ahora, desnudo de hojarasca, muestra su trampa ingenua. Y se llega a una alameda de amplia y señoril rectitud; de cuando en cuando, bancos de piedra brindan meditativo descanso, y el que pasa sin duda debe aprovechar la invitación, porque en la línea recta de una avenida, bajo la doble fila de álamos, toda meditación se ennoblece, y los pensamientos nacen como columnas de humo y se van aire arriba camino de lo azul, y entonces en las regiones inferiores del alma, como sobre la arena del sendero, se hace un noble silencio profundo. El alma se olvida de sí misma, de las apasionadas revueltas del vivir, y libre se cierne, con las alas tendidas, dejándose mecer bajo el cielo, en la luz, en el aire, abiertos de par en par los ojos interiores, comprendiendo sin ruido de palabras amando sin ayuda de formas y emocionándose sin fantasma, goría de gozos ni dolores, y entonces es psiquis, es decir-mariposa.

Donde la alameda se acaba, comienza un parterre: bojes, y arrayanes limitan geométricos recintos, donde pronto van a abrirse las flores; ya algunos jacintos despuntan en capullos violeta pálido, y algunos alhelíes en otros, oro viejo; en medio del parterre está la fuente cuyo rumor se oía; es un ancho pilón a ras de tierra, y en el centro el surtidor se yergue bravamente—como saliendo del agua misma del

estanque, sin artificio alguno de arquitectura—y vuelve a caer desde muy alto, desgranándose en gotas que se irisan al sol; hay dos cisnes y hasta media docena de patos blancos, y en torno de la taza macetas floridas; el cielo azul pinta de azul el agua, y por todo el parterre hay una gran paz.

El palacio escalona tres terrazas sobre el jardín; en la más alta se abren grandes puertas ventanas, y hay más macetas con más flores; las escalinatas de estas terrazas hay que subirlas lentamente, como en reposo de ociosidad elegante: hechas para que las mujeres y los pavos reales desplieguen sobre la piedra blanca de sus escalones la pompa de sedas policromas, sería gran profanación hollarlas con vulgar apresuramiento; es preciso rimar cada paso sobre cada escalón, con una evocación suave de flor, de niño, de mujer, de verso o de música.

He aquí que a mitad de escalinata esa misma música que íbamos evocando nos sale al encuentro: por las puertas ventanas de un salón, que están abiertas de par en par, vienen los sones de una sonata: el palacio encantado da la bienvenida melodiosamente. ¿Qué imagen evocáis para dueña y señora del salón, al son de aquella música? Sin duda una mujercita en la primavera del vivir, acaso vestida de gris, de blanco, seguramente con aristocráticas manos, que son como pájaros de ámbar y rosa sobre el blanco y negro marfil de las teclas, con ojos que al compás de la sonata van dando luz a un sueño, con labios que sonríen al sueño que los ojos están soñando, y luego se entreabren para beber ávidamente el aire tibio que entra del jardín. Sí, esta tarde, en esta hora, con esta luz, en esta primavera, parece que sólo una mujer joven y un poco poeta puede estar desgranando esta sonata dentro de este palacio maravilloso.

Y, sin embargo... El salón tiene un peregrino aspecto que, desde luego, dice vida de antaño; los muebles son de siglos: hondos, obscuros, de nobles proporciones; verdad es que,

como consuelo de su vetustez, por todas partes hay sonrisa de flores; en los huecos de todas las ventanas, sobre las mesas, al piede las mesas, por los rincones de la habitación hay grupos de macetas floridas: azaleas blancas, azaléas rojas, cinias moradas y disciplinadas, blancas estrellas de margaritas reales, lilas muy pálidas prematuramente florecidas al calor de la estufa; el aire está impregnado de olores frescos, la luz bordada de colores de abril. Pero alzad los ojos: por las paredes, extrañas telas de tiempos viejos, y sobre ellas cobres viejos también; es una maravillosa colección de platos labrados, orgullo un tiempo de nobles espeteras, de páteras, de jarros, de extraños candiles y reverberos, de hisopos, de navetas, de incensarios; un inmenso velón sobre la chimenea; historiados morillos sosteniendo los troncos en el hogar; colgando en la campana, el calderito que, según tradición, servía a las damas hilanderas para humedecerse los dedos al torcer lino y lana; junto a la lumbre, un panzudo hervidor balanceándose en un árbol de hierro; todo bruñido, centelleante, mezclando en la luz a los reflejos de las flores otros reflejos amarillentos y verdosos, reflejos de otoño, de vida que pasó; así, sobre la blancura insolente de unas margaritas, cae una luz color de hoja marchita, que es casi un luto; y el coral de una mata de azalea va a reflejarse en el cobre de un plato; pero el gayo color palidece en la amarillez del metal implacable, y hay en la luz una lucha de matices que nunca cesa, entre lo muy pasado y lo apenas nacido, lucha que engendra en gradaciones armoniosas un presente de paz.

Entretanto ha callado la música, y una voz de mujer ha pronunciado sencillamente estas palabras:

—Gracias, Pedro.—Y ha añadido luego con acentuado matiz de impaciencia:—Manuela, ¿qué hora es?

—Las cinco, señora—ha respondido una voz de hombre—. Manuela no está aquí.

Las dos voces son viejas y cascadas: la de hombre suena junto al piano; la de la mujer, junto a la chimenea.

—Llámala.

—Sí, señora.

El hombre se aparta del piano y atraviesa el salón; tiene setenta años y traza campesina; lleva la cabeza rapada a lo motilón; realmente es sacristán y organista en la iglesia del pueblo. En sus mocedades estudió para cura; luego, el amor le hizo colgar los hábitos; pero el empuje de la vocación primitiva le conservó bajo el amparo eclesiástico, y la sotana vestida durante tres años de seminario dejó en torno a su cuerpo pliegues, si inmateriales, perceptibles. Pausadamente sacude el tirador de cinta bordada, y a lo lejos suena un repiqueteo de campanilla; acude al llamamiento otra viejísima mujer.

—¿Está todo dispuesto?—pregunta la dama de la chimenea.

—Todo, señora, desde esta mañana.

—¿El cuarto bien limpio?

—Le limpié yo, señora—responde Manuela con acento de orgullo casi herido.

—¿La cama hecha? ¿Pusiste flores?

—La señorita Ana María se ocupó de eso.

—¿No ha vuelto aún?

—¿La señorita? No, señora; está en el pueblo, pero ya no puede tardar.

—¿Quiere la señora—indica el sacristán—que vaya a buscarla?

—No, no; tú tienes que bajar con el coche a la estación. ¿A qué hora llega el tren?

—A las siete y media, señora.

—¿Engancharon, Manuela?

—Aún no, señora; si son las cinco.

—Es que no vaya a pasarse la hora, y cuando llegue se vaya a encontrar solo.

—Descuide la señora: a las seis diré a Ramón que enganche.

—A las seis, a las seis... ¡Con qué calma tomáis vosotros las cosas!—la voz de la señora, de impaciente se trueca en casi airada: preciso es que Manuela le asegure que Ramón va a enganchar ahora mismo.

—Sí, sí; y date otra vuelta por el cuarto. No sé por qué se le ha ocurrido a Ana María marcharse hoy al pueblo.

—Como es domingo, ha ido a la escuela dominical, como siempre.

—¡Como siempre! Hoy no es como siempre... Estará bien que llegue y no la encuentre aquí. Asómate a la puerta a ver si vuelve.

—Ahora mismo, señora.

—Tú, no; que vaya Pedro; y tú, a lo que te he dicho.

Pedro y Manuela salen cada uno para un lado. La señora, ya sola, comienza a media voz un exaltado monólogo.

Esta señora es doña Margarita de Aldana. Tiene ochenta y cuatro años; es menuda, enjuta de rostro, viva de espíritu y tenaz de ilusión; el tiempo, que ha respetado la lozanía de su alma, ha sido menos misericordioso con su cuerpo; año tras año ha ido dejándola ciega y paralítica.

Fué doña Margarita en sus mocedades, allá por los tiempos de Maricastaña, la más graciosa, regocijada y linda mujercita que pueda imaginarse; si no miente un mediano retrato al óleo que la pinta en la flor de sus veinte mayos, tuvo por entonces los ojos negros y parlanchines, el cabello castaño, la boca chiquitita y jugosa, la frente un poquitín abombada, y tres hoyuelos pícaros en barba y mejillas. Nacida y criada en la Sierra, hija menor de seis en una familia rancia y pobre, parece que hubiese florecido en ella toda la alegría perdida desde siglos en toda su raza. En los vacíos corredores, en los aposentos desguarnecidos donde la noble familia de Aldana abrigaba desde largo tiempo la melancolía

de su pobreza, las risas sin motivo de Margarita sonaban como música incomprensible. Su padre no se había reído nunca; su madre casi consideraba pecado el reir; de sus cinco hermanas, dos fueron monjas y tres no se casaron por escrúpulo de mostrarse amables con un hombre desconocido; ella con sus risas y sus hoyuelos ganó el corazón y la mano de un su primo segundo, Agustín de Aldana, que vino de Cuba con la bolsa llena.

Era el don Agustín hombre ya maduro, pero Margarita fué muy feliz con él; tuvieron muchos hijos, como en los cuentos; edificaron el palacio, plantaron el jardín; la novia quiso que hubiera en él fuentes y regatos para que el son del agua le ayudase a reir; luego pidió los cisnes, porque en los cuentos que leyera de niña solía haber cisnes en los estanques; luego soñó la avenida de álamos, y nacieron los álamos como en un sueño; pensó otro día que las macetas floridas son como el alma de un hogar feliz, y los pesos de don Agustín dieron forma en un rincón del parque a un palacio de hierro y cristal, en el que a todas horas se cuajaban flores. Así toda la casa fué como un eco de la risa de aquella mujercita alegre, y sus veinticinco años de matrimonio fueron para ella una sola mañana llena de sol.

Quedóse viuda de apenas cuarenta años, joven de cuerpo y alma, con tres niñas de entre doce y quince, alegres y menudas como ella, y un muchachote de diez y ocho, serio y grandullón: las lágrimas con que niñas y madre lloraron al indiano muerto bastarían a henchir un río de leyenda, caudaloso y amargo; el amor consoló, sin embargo, a las chiquillas, y en bien poco tiempo Agustina, Clara y María Eugenia salieron bien casadas del palacio, entre besos y lágrimas de la madrecita. Sólo el muchachón, Juan Antonio, no quería casarse; le había dado por estudiar vejeces, libros polvorientos, piedras roídas por años y más años, hierros y cobres llenos de orín y cardenillo; además, adoraba a su ma-

dre y había decidido no separarse de ella; de sus tiempos eran los incensarios, los calderitos, los platos, los velones que adornaban el salón de la buena señora; ella había llegado a quererlos tanto como a sus cisnes y a sus flores, y se miraba en ellos como en el agua de sus fuentes.

Juan Antonio cumplió los treinta y cinco años; corrieron otros dos; ya la mamá creía que no se casaría nunca, cuando a la vuelta de uno de sus viajes a tierras extrañas en busca de cacharros y estofas, trajo con ellos una mujercita rubia como el lino, blanca, rosa y frágil como la porcelana, con ojos azules y manos de cristal; se llamaba Lily, y hablaba en una lengua dulce y desconocida, que a doña Margarita se le antojaba charla de pájaros.

El palacio, un poco envejecido, se rejuveneció por entonces con una sonrisa nueva, sonrisa acaso un poco violeta y gris, porque Lily no hacía nunca ruido, y su felicidad, más que alegre, solía ser emocionada. Doña Margarita se quedaba mirando a su nuera con asombro cada vez que a impulso de un gran gozo veía llenársele los ojos de lágrimas; ella no comprendía que se pudiese llorar más que de pena; en su intelecto, escasamente complicado, risa, dicha y canción eran sinónimos, y el llanto, matiz único del desconsuelo.

Pasados tres años de matrimonio, nacióle a Lily una *baby*, a quien llamaron Ana María; dos después murió ella, y cuatro más tarde Juan Antonio: así cayeron las penas hondas sobre el antes alegre palacio de Aldana, y se quedaron solas la *baby* y la abuela, vestidas de luto. El tiempo fué trayendo tristezas nuevas. María Eugenia se marchó a América; Agustina y Clara murieron, y otro huérfano vino al palacio. Era Agustín, el hijo único de Clara, cuatro años mayor que Ana María: cuando llegó al amparo de la abuela acababa de cumplir los catorce; era fuerte, moreno, turbulento y fácilmente emocionable. Viéndole llorar, no pocas veces sin motivo, doña Margarita recordaba a Lily, y oyén-

dole reir con no mucha más causa, evocaba su propia juventud: el muchacho fué como piedra en el agua en calma que era la vida de abuela y nieta; los senderos del parque, caídos en silencio, volvieron a llenarse de ruido; en el salón, sus movimientos bruscos y su palabra apasionada quebraron el ritmo de los ademanes ya tardos de la vieja, tan leves de la niña, de sus voces tan quedas, una por ya cascada, otra por naturalmente apacible.

La vida nueva que una vez más entraba en el palacio, fué una vez más renuevo de juventud: el corazón de doña Margarita, modelado indudablemente para la felicidad, puso el alma de todos sus muertos en aquellos dos vivos: Ana María y Agustín llenaron en su vida emocional el hueco de aquellas tres hijas, de aquel Juan Antonio. Hay así corazones que en su misma ternura tienen como una fuente viva de felicidad, habrían menester una soledad absoluta de afectos para creerse desamparados, y cada nuevo amor es alegría nueva. Sólo la pérdida de su Agustín no halló compensación en otros cariños, y es que el buen indiano fué el único que en el trueque de amores de aquella vida dió más que recibió: doña Margarita fué feliz en su parte de madre y abuela queriendo a hijos y nietos; en su vida de esposa su felicidad consistió en dejarse querer; fué para su marido niña mimada y agradecida, y en la actividad de su corazón, esta fuerza pasiva se quedó sin empleo para siempre, y el hueco de la herida, abierto siempre, guardó el dolor.

—Buenas tardes, abuela.—Fué una voz maravillosamente timbrada, grave y serena.—¿Estás sola?

—Naturalmente. Manuela está acabando de prepararlo todo, y Pedro ha salido a buscarte.

—¿A buscarme?

—Sí, sí...; ¿por qué te ríes?

—Porque me hace gracia. ¿Tenías miedo de que me perdiese?

—Tenía miedo de que no llegases a tiempo.

—¡Abuela chocha!

—Sí, ahora mimos; estoy muy enfadada.

—¡Conmigo! ¿Y por qué?

—Por tu calma. Sabes que Agustín llega a las siete y media, y te marchas al pueblo.

—Y estoy aquí a las seis para esperarle.

—Sí, sí, a las seis...—murmura con enfado la viejecita.

Ana María viene a sentarse a los pies de su abuela, le coge las manos, se las acaricia blandamente, le dice palabras mimosas como si hablase con un niño: el enfado de la buena señora desaparece como por encanto.

—¿Estás contenta, Ana María?

—Muchísimo, abuela.

—¿Nada más que muchísimo?

—Todo lo contenta que puedo estar.

—¡Con qué tranquilidad lo dices! ¡Si yo fuera tú y tuviera tus años!...

—¿Qué harías?

—¡Qué sé yo! Saltar, cantar, reir, hacer locuras; pero tú siempre has sido lo mismo; como tu pobre padre, por supuesto: hasta que trajo la mujer a casa no supimos que quería casarse. ¿Qué gusto sacáis en guardároslo todo corazón adentro?

—No es gusto, abuela.

—¿Es orgullo entonces?

—Tampoco: es genio.

—Mal genio.

—Tal vez; yo bien quisiera venir a contarte mis alegrías y cantar y reirme con ellas, y hacer proyectos como a ti te gusta, y llenar la casa de ruido; pero no puedo: cuando tengo una felicidad grande o una pena honda, parece que me echan un nudo en el corazón.

—Y se te quedan dentro. ¡Ay, chiquilla! Me acuerdo del

día en que Agustín me dijo: «¡Me quiere, abuela, me quiere; nos queremos!» Estaba como loco, me besaba las manos, lloraba, se reía. «¡Me quiere, abuela; me quiere, abuela!» Lo menos me lo dijo cien veces; luego entraste tú...

—Y no dije nada, ¿verdad?; pero también estaba muy contenta, y también te besé las manos, como ahora.

Ana María escondió la cabeza entre las faldas de la viejecita y apoyó largamente los labios sobre las manos que tenía inmóviles en el regazo. Hubo un largo silencio, que rompió la señora.

—Ana María, ¿estás llorando?

—¿Llorando? ¿Por qué?

—Tú sabrás.

—No, no lloro. Estoy pensando .. ¡qué cambiado le vamos a encontrar!

—Es verdad: en cuatro años...

—Cinco, abuela.

—Cinco; sí, sí; se fué en el mes de mayo; me acuerdo: era casi de noche; fuimos a despedirle a la estación; cuando arrancó el tren sacó la cabeza; entonces le vi por última vez. ¿Sabe que me he quedado ciega?

—Sí, abuelita.

—Como en las cartas no dice nunca nada...; pero tú me dirás cómo es. Dices que viene retratado en ese periódico: dámele... ¿Es aquí?

—Aquí, abuela.

—¡Hijo mío! ¿De qué te ríes?

—De que en lugar de besarle a él has besado la estatua.

—¿Qué estatua?

—La suya: han retratado juntos al autor y a la obra; él está aquí, a este lado.

—Aquí. —La abuela paseó cariciosamente las yemas de los dedos sobre la imagen del nieto artista.— ¿Está guapo?

—Sí, abuela.

—Con sus ojos alegres y su bigotillo como de espuma.

—Ahora tiene los ojos un poco más tristes, el bigote más grande y muy bien atusado, barba...

—¡Barba!

—Si es un señor formal. Y en el pecho una banda y muchas cruces.

—¡Ay, nena, qué feliz vas a ser!

—Y la gran medalla que le acaban de dar en Berlín; también la han retratado en el periódico, entre él y la estatua.

—¿Se parece a ti?

—¿Quién?

—La estatua.

—No, abuela.

—¿Estás segura?

—Segurísima: es una mujer alta.

—Tú también eres alta.

—Pero ésta debe ser muy morena; tiene la frente estrecha, los ojos dominantes, la boca grande con los labios muy finos, las manos grandes también, pero bonitas.

—¿De qué va vestida?

—De nada, abuela.

—¡De nada!

—Sí, de... bailarina griega.

—De bailarina. . ¿con falda corta?

—Sin falda de ninguna clase: lleva unas gasas... en la mano.

—¡Pero eso es un horror!

—Es una estatua, abuela.

—¿Y por eso le han dado esa medalla grande que dices?

—Por eso.

Doña Margarita se queda un instante pensativa.

—No me gusta que el niño se dedique a esas cosas.—Ana María se echa a reir.— Te lo digo en serio.

—Ya, ya; la señora abuela quisiera que su nieto se pasara

la vida esculpiendo Virgencitas del Carmen para su oratorio.

—Sí, señor: Vírgenes del Carmen y Cristos en la Cruz, no para mi oratorio, sino para las catedrales tan hermosas que hay por esos mundos; y santas y santos, y mujeres vestidas como Dios manda.

—Se lo diremos en cuanto llegue.

—No se lo diremos, porque se reiría de mí, como te ríes tú, por supuesto.

—¡Yo!

—Tú: estoy segura de que te gusta esa mujerota: no se mira más, ¡ea!

Con un esfuerzo heroico de sus manos, ya casi muertas, la viejecita consiguió apartar el periódico, que cayó al suelo aleteando. Ana María no le recogió; se le había quedado delante abierto de par en par; entonces sus ojos fueron y vinieron intensamente del escultor a la escultura, y pensó: Cinco años... ¡de vida! Terrible cosa debe ser la vida cuando tales huellas deja en un rostro de hombre. ¿Huellas o cicatrices? Y, cerrando los ojos, vió en la plácida lejanía del recuerdo la imagen de aquel Agustín, tal como, llorando y riendo, vino hace años a decir a la abuela: «¡Me quiere!» Tenía por entonces la frente muy blanca, los ojos muy azules y de par en par; sí, de par en par; tanto, que Ana María había aprendido a leer en ellos como en libro abierto. ¡Azules! En los fugitivos momentos de emoción aquel azul se intensificaba, y en fuerza de profundo casi se hacía negro... y entonces los labios le acostumbraban a temblar un poco; boca de niño, que nunca sabía si echarse a reir o romper a llorar; boca parlanchina y golosa, pródiga de palabras exaltadas y tan amiga de robar besos... Ana María sonrió al recuerdo. ¡Chiquillo terrible, siempre detrás de todos los árboles y en las revueltas de todos los senderos!

A los dos meses de ser novios, ella, tan seriecita, planteó el problema de la separación: ¡cómo se afligió él entonces, y

cómo se entusiasmó en seguida! Sí, tenía razón: él, artista, debía ir por el mundo a aprender belleza, a ganar gloria con que sazonar sus amores. ¡Gloria! Entonces le centelleaban los ojos, y en el azul nacían las chispas doradas, y en la boca una como cascada de palabras, todas floridas, todas llenas de sol: «Serás la mujer del hombre más famoso de la tierra; haré, trabajaré, soñaré, ¡viviremos!» La abuela sonreía al entusiasmo del nieto. «Seremos tan felices, tan felices, ¿verdad, Ana María?» «¿Escribirás?», había preguntado ella gravemente. «Todos los días; y vendré a veros todos los años; no, dos veces al año; y vosotras iréis de cuando en cuando a hacerme una visita por esos mundos, ¿verdad?» ¿Verdad? Verdad que él se fué, y verdad que vino la gloria; verdad que fueron y vinieron cartas, y que el primer año se cumplió la promesa de la visita; después la vida... ¡pícara vida!

Ana María abrió los ojos, volvió a mirar la imagen grabada en el periódico, y repitió dos veces la leyenda: «El ilustre escultor Agustín de Aldana». Con la barba no se le ven los labios, y en los ojos... ¿qué tienen los ojos? No es que estén más tristes, como ha dicho a la abuela; tristes no están... así, como cansados... tampoco, tampoco; no es cansancio ni pena lo que dice el extraño mirar; ni cansados ni tristes; ¿qué será? ¿No miran frente a frente, como antaño? Sí, miran frente a frente; sí, siguen siendo, como antaño, sinceros. ¿Por qué entonces ella no acierta, como antaño, a leer lo que dicen? Cosas desconocidas, que habrá por ese mundo tan grande.

Un poco de aire entra por la ventana abierta; el periódico vuelve a aletear; al movimiento, deshaciéndose un pliegue de la hoja, la imagen de Agustín se hunde en la penumbra, y aparece en relieve la imagen de la estatua. Ana María la torna a mirar; hermosa es, alta, firme y flexible como una sierpe, los pies grandes, sabiamente crispados en un

paso de danza, grandes las manos, grande también la boca, que se ríe. ¿Qué pensaría la abuela, si la viese, de aquella risa? Seguramente no dice alegría de corazón, ni amor, ni júbilo, ni ingenua burla. Dientes agudos, que en la crispación de reir casi muerden los labios; ojos dominadores; al mirarlos, Ana María casi da un grito--¡dominadores!—Los ojos de la estatua le han revelado violentamente el secreto del mirar de Agustín—¡dominadores!—Los ojos de Agustín están vencidos; inclinándose un poco, busca en la penumbra y los vuelve a mirar: vencidos, sí, aherrojados, dominados, casi dijera inquietos, casi medrosos... ¿por qué? ¿de quién? ¡Pícara vida!

—¿Qué estás ahí suspirando?

—Nada, abuela.

—¿Qué haces?

—Me estaba mirando al espejo.

Y era verdad; alzando la cabeza para huir el desolado descubrimiento, Ana María se encontró retratada en el cristal de un espejo frontero.

—¿Y qué ves, coquetísima?

—Me veo.

—¿Estás muy guapa?

—Así, así.

—¡Grandísima hipócrita! ¿Qué vestido te has puesto?

—El gris.

—¡El gris! ¡Vaya un color alegre!

—Sí que es alegre, abuela; además, tiene un poco de violeta, y me sienta muy bien. Voy a ponerme una flor en el pelo.

—¡Cuánto daría por verte, niña!

—¿Es que te has olvidado de cómo soy? ¿Quieres que te lo cuente?—La abuela se ríe; Ana María se ríe también.—Tengo los ojos muy negros, muy negros.

—Como siempre.

—Más negros que nunca.

—¡Pobre Agustín!

—¿Verdad?

—¿Qué más?

—El pelo echadito a la frente, como ahora se lleva... Estoy un poco pálida.

—¿Por qué?

—No sé por qué; pero no te asustes: tengo los labios muy encarnados, y eso es prueba de buena salud.

—¿Qué más?

—Nada más: aquí se acaban los encantos de tu señora nieta; al menos, el espejo no dice otra cosa.

Mentira grande: el espejo dice otras muchas cosas que a Ana María le hacen sonreir llena de confianza; esos rizos negros que caen sobre el dorado mate de la frente son corona que habla de majestades interiores, de aliento noble en el pensar, de fuerza serena, segura de sí misma. Claro que los ojos son de terciopelo; pero dentro están las lanzas de oro, prontas a todas las batallas. De que los labios sean tan rojos no cabe pensar únicamente que el cuerpo está sano, sino que lo está el alma, entera y bien armada como Minerva, porque tanto como rojos son firmes, aunque bien se comprende que a sus horas sabrán humanizarse acariciando.

Ahora, frente al espejo, como está en grave estudio de sí misma, la novia no quiere sonreir; pero se ve en sus labios el capullo de la sonrisa, que espera únicamente para abrirse el sol de un iluminado pensamiento. Y he aquí que florece, porque la ilusión llega; viéndose hermosa y fuerte, ha olvidado la pícara vida, que hace un instante la traía inquieta; ha olvidado la estatua-sierpe y los ojos medrosos del amado. ¿No hay en los ojos de ella fuerza para los dos? ¿No están, hemos dicho, las lanzas de oro prestas a la batalla? ¡Batalla! En los labios cuajan los laureles, pero son

rojos porque son de amor. Y la fantasía, pidiéndole alas al corazón, vuela arrebatada; tanto, que el ámbar de mejillas y frente se arrebola, y que las manos blancas, menudas, frescas, acuden a apagar el incendio del rostro. ¡Qué gozo la frescura de las manos sobre el fuego de las mejillas, y cómo agradecen la complicidad cariciosa que esconde el rubor! Ana María, al amparo de sus manos, cierra los ojos; pero vuelve bien pronto a abrirlos, y por entre los dedos chiquitos vuelve a atisbar el cristal del espejo; en el fondo, en el fondo, por mucho que se oculten, ve brillar las centellas, ve los rizos negros, ve el rojo de la rosa prendida en ellos...

—El coche está enganchado. ¿Manda algo la señora?

Es Pedro que entra con su paso tardo.

—Pero, ¿aun estás ahí? Vete en seguida.

A poco, alegra el aire trotar de jacas, restallar de látigo, repiqueteo de cascabeles: el coche de la casa y el viejo motilón van al encuentro del hijo pródigo.

Pródigo, sí, aún más de lo que cree la buena de doña Margarita; ella no sospecha que el muy descastado se haya olvidado un poco de la abuela, del palación y acaso de la novia; no imagina que hayan podido pasar meses y meses sin que el muy pícaro haya escrito una carta. Ana María le ha leído todas las semanas largas epístolas llenas de cariños.

¡Las cartas del nieto! Ellas precisamente son el sol de su vida; la vejez extrema, como la infancia, necesita el arrullo de los cuentos, y las cosas que cuenta Agustín se parecen tanto a los cuentos que la deleitaron de niña: pasos por ciudades lejanas y maravillosas, fiestas, triunfos, luz, la belleza ceñida de galas y esplendores tan por encima de lo real, algo incomprensibles, un poco imprecisas, ¡pero tan hermosas!, y al final tantos mimos: precisamente los que a la abuela la gustan más; la flor preferida encontrada en un rincón del

mundo y enviada desde tan lejos, la visión del jardín, de la alameda, del cisne bajo el surtidor, evocada en una hora triunfante.

—¡Qué bueno es! ¿verdad?

—¿Quién?

—Agustín: siempre acordándose de nosotras; ni una sola de sus alegrías ha dejado de comunicarnos; y ahora, en esta que tú dices que es la más grande, ya lo ves: no le cabe en el corazón y viene a su casa a repartirla, a que le ayudemos a llevarla.

Ana María suspira levemente; el arrebol de las mejillas se le apaga de pronto, la luz ilusionada de los ojos se anega en repentina negrura.

—¿No me contestas, niña?

—Sí, abuela.

—Dentro de media hora estará aquí.

Y empiezan los proyectos: peregrino es oirlos formulados por la boca desdentada y temblona con ímpetu más que juvenil, y entretanto la novia está en silencio. La abuela ha decidido que la boda no puede retrasarse.

—Puesto que el niño —ella dice el niño a pesar de la barba, que no comprende—tiene ya esa gloria que fué a buscar, ¿a qué vamos a estar esperando, no te parece? Pasaremos el verano juntos, aquí en el campo, y en octubre os marcháis a dar un paseo grande, para que tú también conozcas mundo, y a la vuelta..., a la vuelta de seguro me traéis un biznieto; ¿verdad, Ana María?

II

El cascabeleo del coche familiar vuelve a oirse a lo lejos. Ana María se pone en pie de un salto; la abuela, que aun no ha oído el rumor, adivina y da un grito: ¡Ya viene, ya viene! El cascabeleo se acerca, llenando de algarabía jubilosa el aire quieto del atardecer. Clarines que anunciáis el paso de los héroes, trompeteos de heraldos precursores de los campeones, bronces que a vuelo pregonáis en las torres entradas de monarcas en ciudades fieles: bien podéis envidiar este claro repique, esta alegre canción de bienvenida; que si vosotros encendéis fuego rojo de entusiasmo en la sangre de las multitudes, este cascabeleo ha avivado la hoguera de amor en dos corazones de mujer.

—Abuela, abuela, ahora deben estar llegando a la puerta... ¡Si entra por el jardín! ¡Qué ocurrencia! Ya está en la alameda; ya ha llegado al parterre.

Al pie de las terrazas se ha detenido el coche: las mulas cabecean, sacudiendo pompones y cascabeles: diríase que están orgullosas de la alegría que han venido a traer.

Pedro, que viene en el pescante, quiere precipitarse a abrir la portezuela; pero antes de que sus piernas viejas hayan obedecido a su intención, ya la portezuela se ha abierto, y ya el viajero salta a la escalinata. Es alto, recio, vivo de movimientos: no se le ve la cara, porque trae un sombrero

de alas anchas que le da sombra: viene vestido con un holgado traje de pana oscura: ya está en el salón.

—¡Abuela!

—¡Hijo mío!

Hay un abrazo tan largo y tan fuerte, lleno de besos y empapado en lágrimas: así, pasados los ochenta, aprende doña Margarita que es posible llorar de gozo.

—¡Hijo mío! ¡qué alto! ¡qué fuerte! Dame la mano... ¿Qué haces?

Se ha puesto de rodillas para abrazar mejor a la abuela; ella quisiera levantar las manos para acariciarle los ojos, la frente, pero las manos no saben ya alzarse. Bendición de Dios es que el nieto adivina el deseo de las pobrecillas, y hundiendo la cabeza va a buscarlas en la tibieza del regazo; la seda de la falda cruje satisfecha; los labios rojos están sobre los dedos amarillos; no, no han olvidado su antigua ciencia de besar; pues, ¿y la barba nueva? ¡Qué suave es, y cómo se enreda en las manos y las acaricia con leve cosquilleo!... Pero ¿qué significa este rocío inesperado que viene tibiamente a refrigerar la aridez de la piel ochentona? ¿Acaso el nieto también está llorando?

—¡Hijo mío! ¡Agustín!

Pedro, Manuela, los otros sirvientes que entraron detrás del viajero, se retiran, respetando la emoción de sus señores.

Ana María, en pie, apartándose un poco, se ha refugiado en la penumbra en que el atardecer va envolviendo el salón. El gris de su traje se ha intensificado, y el rojo de la rosa que se prendió en los rizos se atenúa en la sombra. Como clava la vista en el suelo, no sabemos si triunfa en sus ojos la dulzura del terciopelo negro o la energía de las aurinas lanzas; tampoco sabemos si tiembla su boca: y aunque temblara, ¿quién nos dirá el matiz de la emoción que la conmueve? Ello es que está erguida noblemente, y si en su co-

razón acaso hay tormenta, la serenidad de su aspecto parece dominar con innegable majestad compasiva la apasionada turbación de la abuela, el enternecimiento súbito de Agustín. Pasado un instante, doña Margarita se acuerda de que no es ella sola quien estaba esperando:

—Ana María, ¿dónde estás?

Ana María, sin responder, se acerca y le pone la mano en el hombro. Ahora podemos ver que sus ojos sonríen.

—¡Ana María!—repite Agustín, alzando la cabeza y con la voz un poco temerosa—; Ana María, perdóname.

—¿Yo?—dice la voz clara, fraternalmente—; ¿por qué, Agustín?

—Porque... yo... verás...

La voz del viajero se turba un poco, y también la mirada de sus ojos azules al encontrarse frente a la negra lumbre de los de la novia. Ella se echa a reir.

—Estás perdonado. Tanto la abuela como yo comprendemos perfectamente que el señor artista, triunfando por esos mundos de Dios... o del diablo, se haya olvidado un poco de nosotras.

—Es que...

—Si no hacen falta explicaciones: estás aquí, y nos basta. ¿Que hemos tenido un poco de pena? Ahora tenemos mucha alegría, y váyase lo uno por lo otro.

Habla Ana María como si estuviese jugando a hacer música con las palabras: tal resuenan alegres, cristalinas, impregnadas de jubilosa frivolidad. Bien se ve que Agustín puede creer lo que oye, y como no es muy ducho en lides diplomáticas, se dispone a pedir una explicación; pero entonces los ojos de la novia, clavados en los suyos, se enserian de pronto y le ordenan silencio; él, aún más perplejo, se decide a callar.

—¿Qué estáis hablando ahí de penas y de olvidos?—interroga la abuela—. ¿Por qué le riñes, Ana María?

—Si no le riño, él es quien se empeña en disculparse de pecados que no ha cometido; dice que nos tenía olvidadas... y nos pide perdón.

La abuela se ríe. ¡Olvidadas! Precisamente está poco orgullosa al pensar en lo mucho que su nieto se ha acordado de ella.

—Tus cartas, hijo, han sido toda nuestra alegría.

—¡Mis cartas! —exclama Agustín en son de protesta.

—Tus cartas, sí —afirma Ana María, volviendo a mirarle imperiosamente—; tus cartas, que llegaban todos los sábados, y a veces dos días a la semana. ¡Y poco que nos hemos divertido leyéndolas! Abuela se ponía chocha sólo al pensar en ellas; como que algunos sábados he bajado a buscar al cartero a mitad del camino por parecernos que tardaba en llegar. Una en que nos contabas la Navidad en Berlín nos la aprendimos casi de memoria, y abuela lleva cosida en los escapularios la ramita de mirto que venía dentro; y aquellas otras florecitas silvestres que enviaste desde el monte Casino... Lindas tierras, ¿verdad? Cuéntanos, cuéntanos muchas cosas.

Agustín acaba por comprender y confirma, callando, la mentira piadosa; callando, porque no acierta a hablar; se ha quedado mirando de hito en hito a su prima, suspenso en un extraño sentimiento de confusión y asombro. Es decir, que ella, la que por ser novia debía mostrarse más ofendida de su silencio, no sólo le perdona, sino que ha edificado durante meses y más meses un artificio de caridad para sostener la ilusión de su cariño en el alma de la pobre vieja. La mira, la remira, la vuelve a mirar. Ella se deja mirar sonriendo, y repite con la más incomprensible naturalidad:

—Cuéntanos, cuéntanos muchas cosas.

—Estará cansado del viaje—intercede la abuela.

No está cansado, no; pero tiene un hambre como cuando volvía de correr por el monte hace diez años.

—También la tengo yo—afirma Ana María—; afortunadamente, ha llegado la hora de cenar. Manuela, Manuela, enciende la luz. Cenaremos aquí junto a la lumbre, ¿verdad? Si vieras; desde que te has ido nos hemos hecho más perezosas; nunca queremos ir al comedor; aquí comemos y aquí cenamos, al sol en invierno y al fresco en verano; aquí trabajamos y aquí vivimos. Ya ves qué pedacito más pequeño nos basta en el mundo tan grande: casi nos pareces un bicho raro, tú que has vivido en tantas tierras: París, Berlín, Italia, Grecia... ¿Es cierto que existen todas esas cosas, o es que las han soñado los que escriben libros? Qué más da, ¿verdad? Todo es cerrar los ojos y ver el mundo dentro.

—¡Qué habladora estás hoy!—dice la abuela sonriendo.

—Alguien ha de hablar—responde Ana María—; tú te has quedado muda del alegrón, y Agustín parece que también se ha dejado olvidada la lengua en la maleta: me parece que voy a ser yo la que tenga que contar el viaje.

Entretanto, Manuela acude al llamamiento de Ana María, enciende luces y se dispone a aderezar la mesa. Agustín, cordialmente, la abraza: ella le besuquea conmovida.

—Ya sabemos que el señorito es un hombre célebre y que ha salido en los periódicos: la señorita nos enseñó el retrato y la estatua.

—¡La estatua, sí!—refunfuña doña Margarita.

—Prepárate, Agustín: abuela te tiene guardado un sermón—dice Ana María.

—No le hagas caso—murmura la vieja muy confusa. Agustín sonríe, adivinando el escrúpulo.

—No te enfades, mamá: mientras esté en casa, en desagravio de mis culpas haré una Santa Margarita con una túnica muy larga.

Abuela frunce el ceño: no le gustan las bromas con cosas santas.

—Te lo prometo en serio; ya que no pueda arrepentirme, haré penitencia.

El salón tiene ambiente de más honda intimidad ahora que están encendidas las luces, corridas las cortinas; junto a la chimenea la mesa dispuesta, avivada la lumbre con un buen haz de leña menuda.

De día, en el gozo del amanecer, en las triunfantes horas meridianas, en el atardecer armonioso, los ventanales dejan pasar, con la luz del jardín, con el estremecimiento del aire, con el perfume, con el sonar apenas del agua de la fuente, con el gañir de cisnes y pavos reales, una sensación de casi fantasmagoría, un ambiente de cuento. La luz que se ha filtrado a través del ramaje tiene una verdosa irrealidad de bengala, y la brisa, que ha doblado un jazminero o un rosal, hinche a traición el pecho con gérmenes de encantamiento. Por la luz los ojos se hacen soñadores, por el olor del aire se olvida el pecho de respirar para vivir; hasta la voz, cuando se habla, parece que se pierde desleída en las vibraciones luminosas; es sólo un rumor más, como el trino de un pájaro nuevo o el caer del agua de una nueva fuente. ¿Quién pretenderá dar a las palabras que se han pronunciado en la luz y a la sombra de un jardín valor de irrevocables? ¿Juramentos bajo los árboles? El viento pasa y las frondas se ríen: todo ese murmurar de las hojas es risa. Los ojos graves, la frente bañada en luz de verdad, la boca en firmeza: el alma siente amor y promete amar siempre; pero, al oirla prometer, el ramaje se ha echado a reir y, al moverse, en su risa pasea sombras sobre el rostro de quien ha prometido, y entonces la frente pierde su luz y los ojos como que se entornan y las líneas de la boca se mueven, y aunque el alma esté firme, el rostro ya ha perdido su firmeza. Jurad en los jardines, enamorados: toda la risa de los árboles se lleva el juramento y os perdona el olvido.

—¿Dónde está Pedro?

—Se ha marchado, señora: dice que volverá mañana temprano a ver si ha descansado el señorito.

—A la mesa, a la mesa.

Decimos que el salón tiene ambiente de intimidad honda y feliz. Las flores de los tiestos se dan prisa a perfumar el aire; los cobres centellean en rojo; las llamas del hogar, en rojo y azul; los muros parecen haberse estrechado para abrazar a los que entre ellos se cobijan. Como la mesa es baja, los tres comensales pueden sentarse a ella en hondos sillones, que, como las paredes, también tienden los brazos para acariciar.

Ana María aborrece las lámparas, el gas, la luz eléctrica: todo el salón está iluminado por las bujías de varios candelabros; las de la mesa se encaperuzan en pantallitas de plata y seda con grandes flecos verdes, que, enviando la luz sobre el mantel, dejan los rostros en penumbra. Ella, que nunca salió de aquel palacio engastado en la sierra, ha adivinado cuántos refinamientos trae por esos mundos la civilización en ayuda de la felicidad doméstica, y así el servicio se hace rápida y silenciosamente, los manjares halagan la vista solicitando el gusto, sobre la blancura del lienzo se tiende la pompa apenas fragante de las rosas, los cristales refulgen. Ella bebe agua clara; doña Margarita, la leche tibia, que es ya su casi único alimento; pero Agustín encuentra oportunamente servidos ante él los rubíes y topacios clásicos; y paladeándolos, hállalos sabiamente escogidos, tibios o helados, como es razón en buena ley de gastronomía.

—Pero, abuela, tienes una admirable cocinera y un *maître d'hôtel* incomparable.

Ana María se echa a reir.

—¡Ay, hijito! ¿te figurabas que en la Sierra se vive a lo paleto? ¡Quia! Somos muy finas las señoras serranas, aunque otra cosa crean por esas tierras los señores artistas viajeros; por lo demás, la cocinera es la de siempre.

—¡Juanona!

—Juanona, hijo mío, que ha aprendido a leer y de paso a guisar como en Francia; y el *maître d'hôtel*, Manuela.

—¡Bravo, Manuela!

Manuela se ríe y se ruboriza; trae un cestito de fresas tempranas, criadas poco menos que en estufa; ha tenido empeño en festejar al viajero con esta que en tiempos era su golosina favorita. ¡El viajero ha comido tantas fresas tempranas y tardías por esas capitales de Europa! Pero éstas son de casa, del hogar, y saben a gloria, sí, señor, a gloria; ¡pues no se le llenan los ojos de lágrimas al morder la primera, no le tiembla la mano al desprender el cono fragante y jugoso de la caperuza verde!

—¡Fresas!—dice sin saber lo que dice, con voz queda y emocionada.

—¡Fresas!—repite Ana María, bajando un poco los ojos para hacer que no ve la emoción de Agustín—. ¡Fresas! saben a tierra, ¿eh?

—Saben a tiempos viejos.

¡A tiempos viejos! ¡Imprudente! Por fortuna, Ana María parece no dar importancia a la evocación de los días que fueron, y comienza a hablar de hoy.

—Te hemos arreglado una habitación linda; abuela quería que estuvieses aquí con nosotras, pero yo he pensado que te gustará más trabajar libremente, y te hemos convertido en casa el pabellón que levantó papá para sus colecciones, al otro lado del jardín.

—Tonterías tuyas—refunfuña la abuela.

—Tienes estudio, un saloncito, alcoba, tocador, puerta a la carretera y al jardín, todas las vejeces de papá y unas cuantas flores de la abuela: así estás en tu casa, y nosotras nos daremos el gusto de hacerte una visita de cuando en cuando. ¿Traes algún criado?

—Juan vendrá uno de estos días: se ha quedado en Madrid, porque...

—Mientras, te cederé a Manuela, ¿verdad?

—¡Si ella consiente!...

A Manuela se le cae la baba.

Entretanto doña Margarita está un poco perpleja. ¿A qué tantos arreglos? ¿No se van a casar inmediatamente? Entonces, ¿para qué tanta historia de pabellón, de estudio, de puerta independiente? Los niños de ahora son incomprensibles: verdad es que Ana María lo sabe todo, y lo que ella hace, bien hecho está; para algo se pasa la vida leyendo librotes; pero en sus tiempos... En sus tiempos...

Llegadas a este punto las reflexiones de la buena señora se pierden en nieblas de vaguedad; de sus tiempos apenas le quedan en la memoria personas ni palabras: hay como un gran hueco lleno de indeciso aroma sentimental; en él flotaron muchos años recuerdos de rostros cariñosos, otros de palabras emocionadas, muchos de penas, algunos de intensas alegrías; pero las rosas, secas ya, se han hecho polvo; pasado y futuro son como una gran nube, abrigo de fantasmas; sólo es real el presente, donde el corazón, que de tan viejo tiene frío y está fatigado, se calienta a la lumbre del amor de los nietos.

¡Con qué interés les oye e intenta adivinar por el sonido de las palabras la expresión de los rostros que no ve! Sí, sí, se quieren mucho; mientras muerden las fresas, no dejan de charlar; el aroma del fruto sin duda les pone en el alma una fragancia nueva y bien venida. ¡Qué linda pareja deben hacer! Ella, la novia, sin duda está graciosamente inclinada para mirar en los ojos de él la alegría de los ojos suyos; sin duda los labios le tiemblan un poco, sin duda sobre el mantel las manos se encuentran y se unen.

¿De qué están hablando? De tierras lejanas, de ruinas, de palacios, de mármoles que antaño fueron blancos y ahora

están dorados a fuego de sol, como frentes de viajero.

¿Por qué se ríen? Porque Agustín trae la frente dorada como un mármol viejo. Después hablan de paisajes melodiosos: ¿melodiosos dicen? La abuela, apasionada por la música, recuerda vagamente los colores de algunos paisajes, que están casi borrados en su memoria, y cree comprender que, en efecto, los paisajes, ¡extraña cosa!, pueden tener música dentro—«el alma de la música», está diciendo Ana María.

¡Qué lengua tan rara hablan los nietos esta noche! Parece como versos que apenas se entienden, pero que suenan bien. Ahora bajan la voz: deben estar hablando de sus amores; ella le dirá lo despacio que pasan los días en la Sierra cuando se está esperando; él responde: «Una noche... en el Rhin.» ¿Dónde se han ido? La voz llega tan tenue, tan de lejos... Ahora es Ana María la que está hablando. «El cisne viejo se murió.» ¡Qué idea, irle a contar la muerte del cisne! Él, ¿qué responde? No responde nada; pero el piano empieza a sonar solo: una dulce música maravillosa. ¿Es una sinfonía o un paisaje? Sobre el mantel las fresas se hinchan rápidamente: ya son grandes capullos escarlata; Ana María los muerde, y los labios se le ponen tan rojos... ¡Qué silencio!

—Abuela se ha dormido—dice Ana María levantándose—; todas las noches le sucede lo mismo, ¡pobrecilla! Voy a acostarla mientras tú tomas café. ¿Estás muy cansado? Manuela puede enseñarte tu cuarto.

—No, no: te espero aquí.

Se inclina para besar a la abuela en la frente; Ana María empuja el sillón, que rueda suavemente sin despertar a la dormida. Salen. Manuela las sigue.

A Agustín le parece que el salón se ha agrandado de pronto, y que él se ahoga en soledad. En vano en el hogar dice quedito el fuego: «¡Bien venido!» En vano el hervidor borbotea la canción familiar. Él siente una inquietud pun-

zante, un desasosegado malestar, casi un dolor físico. Quisiera no haber venido, quisiera perderse, deshacerse en el aire como la nubecita que sale por el pico del hervidor, quisiera ser niño para tener derecho a echarse a llorar. Y como niño, busca un regazo donde apoyar la frente y esconder las lágrimas, pero no le hay. Todo se ha vuelto hostil en derredor suyo: las telas vetustas que cubren los muros parecen arrugarse en muecas reprobadoras; los centelleos de los viejos cobres son como rayos de mirar airado; las llamas del hogar suben y bajan con agitada indignación. Toda la paz del reposado ambiente es guerra contra él; sí, sí; el aliento de las flores envenena su aroma para ahogarle, el techo se hunde para caer sobre él, las pantallas verdes ponen en la blancura del mantel lividez temerosa; también las manos se le han puesto lívidas. Vencido por la angustia, se echa sobre la mesa, escondiendo la cara.

—¿Qué te pasa, Agustín?

Ana María ha entrado despacio, y ahora está junto a él, acariciándole con su mirar compasivo.

—¿Estás llorando?

—No, no; es que... verás... quería hablarte.

—También yo a ti—dice ella un poco tristemente—. ¿Qué es eso? ¿Aun no has tomado el café? Le tomaremos juntos.

De nuevo frente a frente, los ojos negros y los azules se cruzan en intensa interrogación: los negros tienen pena, y los azules, miedo. Tanto que, pasado un instante, cuando acaso en los negros va a cuajarse una lágrima, huyen los azules y van a clavarse obstinadamente en las rosas que están sobre el mantel.

Y hay un largo silencio.

III

Ello es que los dos se quisieran hablar, y ello es que ninguno comienza. Han tomado el café muy despacio. Manuela ha apagado casi todas las luces del salón, ha dado unas vueltas en espera de órdenes.—Puedes acostarte—ha dicho Ana María. Manuela entonces ha desaparecido.

En un rincón, el reloj de caja mide el tiempo con fuerte jadeo; algo tiembla en su interior cascado: diríase un amago de tos en un pecho viejo. Suenan pausadamente unas campanadas.

—¡Las diez!

—¿Nada más?

—Nada más.

En el campo las veladas engañan: diríase que ya media la noche; tales son el silencio y la obscuridad que fuera se adivinan: ni un paso, ni un ruido, seguramente ni un rayo de luz.

Ana María piensa que el cielo estará negro y el jardín muy obscuro. Agustín evoca también involuntariamente el recuerdo de noches con luces y con ruido sobre un gran bulevar de ciudad extranjera. Ana María desprende una rosa del centro de mesa y la voltea con suavidad. Agustín, imitándola inconscientemente, coge otra flor y se queda mirándola.

—¿Son de casa?

—De casa.

—¡Tan tempranas!

—En la estufa las hay todo el año.

Nuevo silencio. Ana María deshoja la rosa. Agustín muerde nerviosamente el tallo de la suya. El reloj sigue jadeando. De muy lejos, sin duda del pueblo, trae el aire un rasgueo de guitarra.

—Gentes que están alegres—dice Agustín.

—¡Quién sabe!

—Sí. ¡Quién sabe!

Ana María forma sobre el mantel, con los pétalos de la flor deshojada, dibujos simétricos: primero un cuadrado, luego una cruz, después un aspa, por último una rosa de los vientos. Agustín sigue con la vista el ir y venir de manos y pétalos con tanto interés como si las figuras fuesen alguna fórmula mágica de la cual dependiese su destino.

Sin levantar los ojos de su pueril tarea, Ana María se decide a hablar.

—¿Dónde recibiste mi carta?

La voz ha resonado con extraño timbre en el silencio de la noche: parece que también viniese de muy lejos, como el rasguear de la guitarra.

—En Roma—responde Agustín sin mirarla—, hace ocho días.

—La envié a París hace tres semanas, a las señas de siempre, porque no sabía dónde estabas; luego leí en los periódicos que habías pasado por Berlín.

—En seguida me puse en camino.

—¿Te asustaste mucho?

—Como me decías que estaba tan mal...

—Es que tuvo un ataque terrible.

—¿Un ataque?

—Sí; un colapso creo que lo llaman; el corazón, que está

viejo y cansado, y ya no quiere andar; dice don Juan, el médico, que no es que se muere, sino que no puede vivir; yo no soy cobarde, ¡pero me entró un miedo de quedarme sola! Por eso te he llamado; ella cree que has venido por tu voluntad; le he dicho que querías celebrar con nosotras tu triunfo grande.

—¡Mi triunfo grande!...—repite Agustín como un eco triste.

Ana María se le queda mirando con curiosidad aguda; por lo visto la gloria no es cosa muy alegre, ni el olvido tampoco. Al pensar tantos y tantos días en el amado ingrato, ella le había visto aturdido de gozo y con el alma borracha de ruido, luminosa y estrepitosamente feliz, y casi había comprendido y aun perdonado la fuga hacia los encendidos horizontes de aquel corazón, nacido, como el de la abuela, para ser regocijadamente feliz. Adivinando en el silencio culpas de pagano sabor, un poco entristecida, estaba, sin embargo, segura de los hondos repliegues del alma de Agustín; acaso otras mujeres a flor de tierra habrían deshojado las risas; sólo para ella estaban guardadas en lo hondo las emociones. Pero he aquí que él dice tristemente: «¡Mi triunfo grande!», y en el son a suspiro de la exclamación ella no puede menos de adivinar una pena, que no es remordimiento. ¡Una pena!, es decir, una invasión a mano armada del santuario que era tan suyo; un intenso dolor emocional, porque los ojos de Agustín se empañan y la voz ha sonado a cuerda rota.

A Ana María se le caen de golpe las alas del corazón: siente que se ha puesto muy pálida; afortunadamente, Agustín no la mira; ella le mira a él, y le ve con el rostro fatigado y el cuerpo caído; ¡tiene en la frente una sombra tan hosca!... No, no la quiere ver. Y por no verla cierra los ojos; pero apenas cerrados, casi da un grito; sombra adentro ha surgido una visión: ¡la estatua! Sí, sí: la frente estrecha, los ojos perversos, los dientes agudos; y entre los dientes, como fresa mordida, un corazón: ¿el suyo? no, no, el de Agustín;

pero también al suyo le desgarran ahora esos dientes de mala mujer.

—¡Ay de mí!—suspira quedo.

—¿Qué dices, Anita?

Así la llamaba en los tiempos viejos.

—No digo nada; estaba pensando... en cosas de la vida.

—Tristes entonces.

—¿Por qué?

—Porque la vida es siempre triste.

—¿Tú dices eso?

—Yo más que nadie.

—Vea usted: nosotras que creíamos que eras tan feliz...

Y se ríe con risa casi cruel.

—¿Por qué te ríes?—pregunta Agustín dolorosamente.

—Porque me hace gracia pensar que todo el mundo tiene penas.

—¿Gracia?

—¡Quién me lo hubiera dicho! Yo creí que a las penas no les gustaban más que las soledades, estos rincones de mundo donde los corazones están desamparados, donde todos los días son iguales y toda ambición se ha dormido; hoy y mañana, el sol y la nieve, la luna y la escarcha, una flor que se abrió y otra que se deshoja; todo silencioso, y dentro del silencio la pena creciendo... y callando; pero por esos mundos, en el ruido, en la fiesta, en el aturdimiento del trabajo, con la gloria a los pies y eso que llaman laureles en la frente, ¿penas también? Hay para consolarse... y para reirse.

—¡Pero no te rías!—dice él con violencia.

—¡Ah! Perdón.

En el mirar tiene la novia un poco de burla maliciosa y amarga; ¿tan hondo llegó el tiro, tan adentro se ha clavado el puñal? Nerviosamente amontona los pétalos de la rosa, los hiere, los desgarra.

Entretanto, Agustín se ha arrepentido de su violencia.

—Perdóname a mí—dice con voz buena de niño que está triste.

—¿Yo a ti?

—Sí, Ana María.

—¿Por qué?

—Porque soy un villano, porque he sido un hipócrita, porque teniendo tu cariño, toda la gloria de tu cariño... Anita, no me mires así. ¿Quieres que te diga toda la verdad?

—¿Que me has olvidado? Ya lo sé.

—No, no es eso.

—¿Que me has dejado de querer? Cosas de la vida, un poco tristes, como tú dices; pero ¿qué hemos de hacer? Si no es más que eso, no te atormentes.

—¡Ana María!

—¿Es más? ¿Y no te atreves a decírmelo? ¿Tan negro es, tan amargo, tan incomprensible? Te lo diré yo: no te asustes, hombre; si yo todo lo sé, porque te...—iba a decir te quiero, ¡pícaro corazón!—porque te conozco mejor que a mí misma. Tú tienes una pena muy grande.

—No...

—Sí, muy grande, por una mujer... mala.

Agustín ni siquiera intenta negar.

Ana María, por no ver la palidez de muerte que le ha cubierto el rostro, se levanta y va a refugiarse en el hueco de una ventana, dentro de los corridos cortinones; allí se pone a mirar la noche, obscura, obscura...

¡Qué quieto está el jardín! ¿Acaso hay ya jardín? Todo es una inmensa boca de sombra: allí estará la fuente, allí los bojes; pero nada se ve. A fuerza de mirar, acaso se adivinan, más negros que la noche, los esqueletos de los álamos, y el cielo está negro también; sólo algunas estrellas como de oro. Alguien ha dicho a las estrellas lágrimas de la noche; no, lágrimas no. ¿Por qué han de llorar ni la noche ni el alma? Las sombras y las penas deben sufrirse en pie y callando,

porque penas y sombras son cobardes, y ante la fortaleza acostumbran a huir, como huyen en los cuentos los dragones y los vestiglos al solo aspecto del paladín valeroso. ¡Qué cosas tan raras pasan en los cuentos! Y, sin embargo, la vida parece un cuento también.

Ana María está contándose a sí misma el cuento de su vida: «Esta era una mañana de sol...» Cuando se tienen quince años, todas las mañanas son de sol; pero aquélla fué de sol nunca visto; el cielo era una joya de azul, y el aire ardía en oro y palpitaba en intensa fragancia; por entonces habían florecido todas las rosas del jardín y muchos claveles. Ella, jugando a ser princesa, se había coronado con los más rojos; como olían a clavo, podía imaginar en torno suyo el aroma de pebeteros orientales; su trono era rústico, de piedra y palo, pero a sus pies había un tapiz de profundo terciopelo verde, ni más ni menos que hierba en flor a orilla del regato. Después de leer muchos versos de un libro había cerrado los ojos para soñarlos; entonces una voz apasionada había pronunciado su nombre: ¡Anita!

—¡Anita!

La misma voz y la misma palabra; pero ahora ya no suena a preludio de cuento, sino a epílogo, y harto melancólico.

Agustín ha venido a buscarla, está junto a ella, refugiado como ella en el hueco negro de la ventana; pero al llegar ha separado un poco las cortinas, y una lanza de luz cruza la noche, tendiendo un caminito en la obscuridad del jardín; el caminito se quiebra en las terrazas, se recuesta en los bojes profundos, atraviesa el estanque como una estela, se pierde en la grava menuda de un sendero; la noche, herida, se hace más negra en torno para vengarse de la luz.

—¡Anita!—repite Agustín con voz implorante.

Ella bien quisiera contestar, pero calla; seguramente las palabras que pudiese decir irían empapadas en lágrimas, y no quiere llorar, no quiere que él pueda pensar que llora.

—Anita, ¿quién te ha dicho eso? ¿Quién te ha contado...? Respóndeme.

—¿No es verdad?—dice ella.

—Sí: una verdad muy triste.

—¿Tanto la quieres?

Ahora es Agustín el que no responde.

—Es la estatua, ¿no?

—La estatua.

—¿Y no te quiere a ti?

Agustín siente impulso egoísta de hablar de su pena, de contar la tragedia de sus amores a aquella mujercita que siempre ha sido un poco madre para él. Hay así espíritus de hombre que tienen para sus males una compasión femenina o pueril; las aguas amargas les sepultan impetuosamente, y entonces claman por auxilio y se compadecen a sí mismos; acaso llegan a imaginar que el cielo y la tierra deben llorar con ellos: tan desatada juzgan la borrasca, tan definitivo el naufragio; pero si un solo rayo de sol cae de los cielos sobre aquel mar furioso, sonríen al instante llenos de confianza, sin pensar que las olas aun se agitan y que la barca es frágil: almas niñas, ríen cuando en sus mejillas no se han acabado de secar las lágrimas, y entonces quisieran obligar a reir a los corazones que traspasaron buscando asilo en la hora de la malaventura.

El corazón de Ana María está ahora traspasado y sangriento; pero la sangre es tibia, y Agustín saborea sin saberlo la dulzura de sentir la tibieza sobre sus llagas.

—No me quiere, no.

Habla apresurada y despiadadamente. En verdad, la historia es más que triste, y sabe a hieles; Agustín la ha tomado de lejos.

Ana María escucha, saboreando la amargura del cuento con ensañada voluptuosidad; ha cerrado los ojos y aprieta los dientes; así, todo es sombra dentro y fuera de ella,

y no hay dónde clamar pidiendo un poco de misericordia...

La conoció en Turín hace dos años; se llama... un nombre suave y caricioso—así mienten los hombres—: Carmelina; no es española ni italiana; es de tierras del Norte, muy allá, donde hace mucho frío; así tiene ella helado el corazón. Bailaba, dicen que como Salomé, llenando los sentidos de extraños deseos y turbaciones; su cuerpo, color de ámbar, estaba hecho para sierpe de tentación, bajo los lívidos azules y los rojos ardientes de las bengalas; tenía los cabellos de aquel griego color de jacinto, y los ojos como nidos de víboras; al menos daban frío y después calentura, cuando muy abiertos se quedaban mirando, mirando.

Frío y calentura: así fué el amor de ella y de Agustín. En una noche azul huyeron a países de sueño; entre cedros y palmas, donde en otros siglos danzara Salomé, plantaron su tienda de aventura, gustaron la canela de la Arabia, y quemaron perfumes, y se ungieron bálsamos de fragancias antiguas; mordieron no pocas mirras amargas, muchas frutas verdes, y aun de aquellas fatídicas que se cuajan a orillas del Mar Muerto, lozanas de mirar y llenas de ceniza bajo la piel jugosa. Así, algunos meses, ella olvidó sus danzas por el amor, y fueron dolorosamente felices: dolorosamente, porque en el alma ingenua de Agustín la pasión era terca y exclusiva; todo o nada, y todo el júbilo para todo el amor. Y ella hasta en la soledad hallaba medio de serle infiel, dando lo mejor de su vida a un tedio taciturno. Pasado el primer fuego, Agustín se dió cuenta de que su amor tenía bien poca parte en las emociones de la amada; lloraba y reía porque sí; a veces, sin motivo, echaba fuego por los ojos y silbaba insultos; luego, cansada, pasaba largas horas durmiendo o fingiendo dormir.

Volvieron a tierras civilizadas; en Roma tuvo el triste amor un reflorecimiento de fiebre y alegría; allí nació la estatua y transcurrieron unas cuantas semanas felices. Agustín

recordaba la casa pequeña, pero sonora como un cascabel; el pórtico viejo, propicio a ensoñamientos perezosos; el jardín inculto, plantado de granados y lentiscos, y cómo una mañana, cuando el sol de invierno doraba tibiamente matas y pedruscos, él la había buscado por toda la casa y por todo el jardín, y no había podido encontrarla, porque se había vuelto a su mundo, a sus danzas, a retorcer el ámbar moreno de su cuerpo bajo las luces fantasmagóricas.

—Dejó una carta infame por toda despedida, y nos quedamos solos.

—¿Solos? ¿Quiénes?

—¡Solos!—repite Agustín mirando al suelo, como si aun no se sintiese bastante protegido por la obscuridad contra los ojos escrutadores—. Solos el niño y yo.

—¡El niño!

Aquel amor maldito, de entre toda su infamia dió una flor. Ni más ni menos que los santos amores.

Todo el dolor de Ana María se alza en una ola hinchada y tremenda. ¡Un hijo!, la dicha grande, el don escogido, la tan maravillosa corona que apenas en sus sueños de novia feliz se había atrevido ella a imaginarla para remate de su dicha. ¡El hijo!, la carne inocente, el alma nueva y bienvenida, la boca fresca, repartida a besos entre el padre y la madre; las manezucas, que son como capullos; los ojos, en que está dormido todo el misterio de la vida. Y toda esta bendición, toda esta ofrenda de su propia carne que la esposa hace al amado, santificada con amor y dolor, ¿es posible que una mala mujer pueda también hacerla al hombre a quien no ama? ¿Es posible que el tedio y el rencor engendren rizos rubios, carne de nieve y rosas? ¿Y es posible, sobre todo, que el estremecimiento inefable, el temblor reverencial y gozoso de la paternidad le haya sentido él, su Agustín, besando por primera vez al hijo de aquella mala hembra?

—¿Lloras, Ana María?

—No.

—Sí; ¿por qué lloras?

—No lo sé; porque me da tristeza.

—¿De mí?

—De todos, y más que de nadie de tu hijo.

¡Tu hijo! ¡Qué extrañamente suenan las dos palabras! ¿Es ella quien las ha pronunciado? Sí, pero vienen de muy lejos, de una remota región de sufrimiento, que ella desconocía hasta entonces. ¡Qué hondas están, corazón adentro, las raíces de algunas pobres flores que creemos tan frágiles!

—Y — pregunta con violento esfuerzo — ¿hace mucho tiempo que se marchó?

—Tres meses.

—¿Y no ha vuelto siquiera a ver a su hijo?

—No ha vuelto.

—¿Tú sabes de ella?

—Sé que ha estado en Viena, y ahora está en Berlín.

—¿Sola?

—No sé.

Sí sabe; pero el amor propio, aún más dolido que el mismo corazón, no quiere confesar que conoce su herida. Ana María comprende, y generosamente no insiste.

—¿Y el niño?

—Está en Madrid.

—¿Con quién?

—Tiene un ama que traje de Roma; nos vinimos al recibir tu carta.

—¡Señor, señor! ¿Por qué no le has traído?

—¡Ana María!

—Tienes razón... yo también estoy loca: ¡pobre abuela!

Quiere salir la luna; todo el jardín se ha llenado de una vaga luz; ya aparece detrás de los álamos hinchada y bermeja; el refugio de la ventana se inunda en claridad amarilla.

Puesto que las tinieblas no esconden ya los pensamientos, ¿a qué seguir allí? Sin embargo, ni uno ni otro se mueven; pero se miran, y uno y otro sienten honda y dolorida compasión; ¡él está tan pálido y ella está tan triste! La vuelta atrás, con la palabra y el recuerdo, de sus desventuradas aventuras, tal vez ha arrancado muchas malas espinas que estaban clavadas en el corazón de Agustín: pero ¡cómo duele la carne dolorida! Tiene los ojos hinchados y rojos—pálida es la luz de la luna, pero apenas la pueden resistir—, la boca contraída y con sabor a hieles, la lengua seca.

Ella, como quien despierta de una pesadilla, apenas si acierta a moverse; ¿qué le importan la luz ni la luna? ¿qué significa para su vida que despierte el jardín? ¡Qué frío está el vidrio de la ventana! Es que a ella le arde la frente. ¿Acaso tendrá calentura? ¿Y por qué calentura? Por la historia negra. Hace un momento que la ha oído, y ya la recuerda como cosa lejana. ¿Es ella misma la novia burlada, la mujer herida a olvido y traición? ¿Es Agustín el que la está mirando? Agustín, Agustín: algunas veces parece que las sílabas que forman los nombres suenan a nuevas, a jamás oídas. Agustín, ¡qué nombre hoy tan extraño! ¿Esto es toda la pena? ¿Sólo esto duele la vida rota? ¿Cómo las lágrimas se han secado apenas nacidas?

Tal vez el cuerpo siente más que el alma los grandes dolores, porque no es dolor del espíritu, es cansancio del cuerpo lo que ahora la atormenta; quisiera dormirse honda y definitivamente para muchos años, para no despertar, o para despertar ya muy vieja, a la puerta misma de la muerte. ¡Qué gran remedio debe ser la muerte, y qué larga es la vida!

Veintitrés años tengo—piensa muy despacio—; ochenta y cuatro tiene la abuela: ¿tendré yo que vivir sesenta más? ¡Terrible aritmética! Sesenta veces florecerán las rosas, sesenta veces se nevará la sierra, sesenta veces habrá una voz

que diga: ¡Año nuevo, año nuevo!, habrá una pandereta que cante ¡Nochebuena! y una campana que pregone a vuelo: ¡Pascua florida! Y de Pascua a Pascua, de Navidad a mayo y de abril a diciembre, desde que florecen las viñas hasta que las pámpanas se adornen de ocre y de púrpura antes de morir, desde que se recojan los trigos hasta que nazcan las primeras guindas, desde que canten los troncos en la lumbre hasta que en el jardín lloren los ruiseñores, ¿con qué llenar las horas? No con esperanzas, puesto que se han ido, ni con recuerdos, puesto que la dicha no llegó a venir. ¿Acaso con recuerdos de esperanzas? ¡Sombra de sombras! No; los labios no se quieren acordar de los besos que soñó el deseo; la vida quiere vida.

Subiendo, subiendo, la luna ha perdido su color bermejo; ahora es como de nácar; está desde lo alto mirando al jardín y mirándose a sí misma en la fuente: ¡qué quietud!

A Agustín la luz nueva la trae al sentido de la realidad: ¿qué ha estado diciendo en las tinieblas y a quién? A ella. Hay para aborrecerse por necio, por cruel y por malnacido. ¿Acaso es esta historia para contada a una mujer honesta? ¿Y no es cada uno de sus negros capítulos una ofensa para ella, tanto como un dolor? ¿A tal refinamiento de maldad le ha llevado su ansia de hallar consuelo? ¡Maldito corazón, egoísta y cobarde! El de ella, en cambio, es como de roca: con qué fortaleza le ha dejado hablar; apenas un sollozo cuando se habló del hijo...

—Perdóname que te haya dicho...

—Has hecho bien. ¿A qué guardar fantasmas y engaños pueriles? El cariño que siempre nos hemos tenido y el amor que creímos tenernos, merecían esta sinceridad. Gracias.

—¡Gracias tú a mí!

—Sí, porque has sabido ser leal conmigo.

—Es que tú eres una mujer extraordinaria; y yo hubiese querido no contarte nada; pero es imposible; imposible del

todo; siempre que esté contigo tendré que decirte la verdad; contra mí mismo, contra ti. Por el camino venía pensando: llegaré, callaré, por ella y por la abuela; estaré unos días, y desde lejos le escribiré diciéndole que la vida se ha puesto entre nosotros, pidiéndole perdón, despidiéndome para siempre.

—¿Así habías pensado abandonarnos?

—¿Tengo derecho a estar en esta casa?

—Derecho y deber: abuela ha puesto en tu cariño más de la mitad de su alma; mientras ella viva, aquí está tu puesto; cuando ella falte, la casa es tan tuya como mía; aquí está nuestro hogar, más hogar que el de nadie, porque hemos entrado huérfanos en él. ¿Quieres hacerme la ofensa de pensar que mi presencia puede alejarte?

—¿Es que tú serás capaz de no guardarme rencor?

—¿Rencor?—Ana María se yergue casi majestuosamente—. ¿De qué y por qué? ¿Porque tú y yo soñamos de chiquillos lo que otros quisieron hacernos soñar, y ahora nos encontramos con que la realidad va por otro camino? ¿Somos responsables de habernos dejado de querer? ¡Hemos cambiado tanto los dos y hace ya tanto tiempo! ¿Crees que yo no había adivinado lo que sucede? Claro que al principio tuve un poco de pena; pero pasó. ¿Rencores? No; siempre buenos amigos, de veras, de veras.

Agustín le aprieta la mano agradecidamente.

—¿De veras no tienes amargura contra mí?

—¿Qué te importa?

—Me importa más que nada en el mundo, te lo aseguro, porque traía una angustia tan grande; los dos infelices, venía pensando, yo por mi culpa y ella...

—¿Infelices? Ni tú ni yo: a los dos el amor nos ha jugado una mala pasada; dicen que así sucede casi siempre; pero en el mundo hay tantas cosas que no son amor...

—¡Tantas cosas!

—Tantas. Tú no sabes lo que es la soledad; ya lo irás aprendiendo aquí en la paz de casa; en el silencio se oyen tantas voces que no se habían oído nunca... Y luego hace uno amistades... ¿con quién dirás? Consigo mismo. Es una cosa extraña; vive uno muchos años, quince o veinte, y no sabe que existe; siempre buscando quien le quiera, siempre pidiendo la amistad leal, el cariño perfecto, cosas que hemos leído o que nos han contado; y los amigos fallan o los cariños mueren. Vienen los días de la pena grande y del desamparo; entonces, cansados de buscar, cerramos los ojos, nos resignamos a la soledad, y la soledad huye, porque hemos encontrado el amigo ideal, el alma fiel. Es la nuestra propia, en la que nunca habíamos pensado y que nos había estado esperando siempre, mirándonos gozar y sufrir, sentada a la orilla del camino de nuestra vida; ya la encontrarás.

Agustín no comprende muy bien estas tristes y exaltadas razones; para él, impulsivo y no muy profundo de intelectualidad, la pena es pena, la soledad abandono, la traición de la amada una sima muy negra y muy honda a la cual da mucho miedo asomarse. Ana María está muy serena y él tiene muchas ganas de llorar. ¿Soledad feliz después de haber querido apasionada y atormentadamente? No, no podrá nunca ser feliz solo; y así lo afirma, lleno de tristeza rebelde.

—Tienes a tu hijo—responde Ana María.

—Otro infeliz.

—Esperemos que no. ¿Cómo se llama?

—Carlos; bebé le llama su..., bebé le llamábamos.

—¿Rubio?

—Aun no se sabe; seis meses tiene y no ha querido salirle el pelo.

—Seis meses, y hace tres que su madre se fué... ¡Pobre hijo!

Ana María juraría que está oyendo llorar a un niño desvalido, y los ojos vuelven a llenársele de lágrimas. Dicen que

llorando se ensancha el corazón; en el hueco labrado por aquellas lágrimas que ni siquiera llegan a caer, un amor nuevo brota como una rosa.

¡Cómo ha pasado el tiempo! Dan las doce; una arandela salta en un candelabro, rota por el calor de la bujía que se ha consumido.

—Media noche... ¡Qué horror!—dice Ana María, acudiendo a remediar el daño—. Hay que irse a dormir; aquí está la llave de tu cuarto; ¿sabrás el camino?

Sabrá el camino, y se dispone a salir; perdidos en historias y melancolías, se han olvidado de la abuela.

—¡Pobre abuela!—dice Ana María, y Agustín comprende.

—Ya le diré mañana...

—Ella piensa que la vida no tiene más que un camino y le había compuesto para nosotros con toda su ilusión; se ha acostumbrado a querernos juntos.

—¿Qué hacer entonces?

—Conservarle la ilusión. Ya ves, la muerte la está esperando; hay que hacerle creer que todo sigue igual; no nos será difícil, como no ve... Unas cuantas palabras alegres estos días; luego, yo pensaré; le diremos, si se pone mejor, que tienes que marcharte; el deseo de vernos felices le hará creer todo lo que queramos; ¿no te parece?

—Se hará lo que tú quieras.

Hay otro silencio difícil. Ana María se esfuerza en sonreir.

—Una comedia un poquito triste; pero así es el mundo.

—Así es el mundo.

—Buenas noches, entonces; ¿quedamos en eso?

—Buenas noches.

—¡Ah!, y que no vayas a decir mañana ninguna cosa triste; adiós.

—Adiós.

Ya van dos despedidas; pero ni uno ni otro salen del salón.

—Eres una mujer admirable... no te rías.

—No me río; pienso... no pienso nada; buenas noches.

—¿No me das la mano?

—¿Por qué no? Hasta mañana.

—Hasta mañana.

—Sal por la terraza; yo cerraré las puertas.

Agustín sale por la puerta ventana, baja la escalinata, atraviesa el jardín. Es un real mozo; lleva con elegancia natural la ropa holgada; la cabeza noble, los rizos, en desorden, le hacen una aureola de extrema juventud; la luz de la luna platea su oro pálido; va andando como en sueños.

Ana María le ve alejarse; llegado a la fuente, se detiene un momento: ¿en qué pensará? Sigue, camino de la alameda; sobre la sombra de los árboles se tiende su sombra; un poco más lejos, él mismo parece una sombra también, en lo hondo de la perspectiva, donde las dos líneas de árboles parece que se juntan; desaparecen cuerpo y sombra. Ana María se desploma en el hondo sillón, y escondiendo la cara entre las manos, solloza desconsoladamente.

IV

De cómo amaneció el jardín aquella mañana podríase escribir toda una crónica florida: tantos botones habían en la noche hecho explosión en las ramillas de los arbustos, tantas hojas menudas de color amarillo apenas verde aleteaban como plumón sobre los antes desnudos esqueletos de los árboles. El sol se dió prisa a salir, ansioso de alegrar la mañana; hallóse en el camino la alameda, y refugiada en ella, una niebla que se le antojó luz de luna: él no sufre en su reino luces ajenas; entróse, pues, a flecha limpia, en el corazón mismo del vapor plateado, y allí fué la gran fiesta de color: iris y corales, rosa, plata y oro; centelleantes, adamantinas lágrimas. La niebla, sintiéndose vencer, se obstina, se desgarra, se prende en jirones humeantes al suelo, se cuelga en vellones de las ramas, va a posarse como último refugio sobre el agua dormida del estanque: aun de allí la arrojan las flechas de Apolo: «¡Luz, luz, luz!», van gritando por todo el jardín: «¡Aire limpio, agua clara, cielo de cristal! ¡Despertad, cisnes!» Ya los cisnes están navegando; también los patos han saltado al agua, con zambullidas cómicas; el pavo real grazna oculto aún no se sabe dónde, y hay una portentosa algarabía de pájaros, mientras se ríe el surtidor.

El pabellón donde Ana María ha hecho disponer las habitaciones de Agustín está en el extremo del parque más leja-

no al palacio: tiene una fachada a la carretera y tres al jardín, que le cobija bajo el toldo de un profuso ramillete de tilos; al pie de los tilos hay una plazoleta, y en ella una mesa de piedra y algunas sillas rústicas: en sus días de soledad, Ana María acostumbraba a pasar largas horas leyendo y soñando bajo la fronda amiga.

La construcción tiene aspecto exótico: Juan Antonio, que la hizo levantar a la vuelta de uno de sus viajes, acaso quiso cristalizar en ella algún recuerdo sentimental, acaso alguna lejana perspectiva donde en otras tierras pasó ante sus ojos la visión de la dicha. Es un chalet de techo puntiagudo, con muros de ladrillo pintados de negro y cubiertos de plantas trepadoras, con ventanas irregularmente distribuídas, cerradas por pequeños cuadros de vidrio en que el amanecer y la puesta del sol pueden espejear fantásticamente: dentro hay un gran salón, donde por muros y vitrinas está el tesoro de las colecciones; hay también un saloncito íntimo con honda chimenea, sillones propicios a los perezosos ensoñamientos, gran mesa de trabajo o de divagación, alfombras peludas; junto a la chimenea una rueca de torno, primor de talla y maravilla de antigüedad; en ella Lily, que gustaba de jugar la vida romántica y melancólicamente, venía algunas tardes a hilar al amor de la lumbre, cantando bajito, mientras su Juan Antonio se quemaba las cejas sobre los libros.

Ana María, que sabe todo esto porque la abuela se lo ha contado, tiene en esta rueca puesto un pedazo de su corazón: a veces la mueve lentamente, acaricia la rueda, el huso, la lana que aun está en él, queriendo adivinar dónde se posarían los dedos de la madre, que es para ella casi una leyenda. Sobre la mesa de trabajo está el retrato en miniatura, encerrado en un marco, que es una sencillísima cinta de oro. Lily aparece en él vestida de muselina blanca, como una de las suaves mujeres de Romney; de entre la blancura surge el descote finamente rosado, el cuello frágil; en el rostro, muy

blanco, florido en levísimo carmín, los dulces ojos color de avellana hacen una rima asonante con la madeja de rizos de oro que se desparrama sobre la frente, con la boca profunmente roja; pero, a pesar del oro de los rizos y del rojo insolente de los labios, triunfan los ojos, y la expresión del rostro es de infinita suavidad.

Ana María se ha quedado mil veces mirando aquellos ojos dóciles, que son para ella, tan fuerte y segura de voluntad, casi un misterio; mirándolos, mirándolos, a menudo le vienen deseos de llorar; otras veces piensa en lo muy feliz que pudiera ser si le viviera aquella madrecita: juntas pasearían por el jardín, juntas podrían alborotar el aire con una charla regocijada. Como la flor de aquel rostro tan blanco no hubiera podido marchitarse nunca, la mamá seguiría siendo eternamente niña; y Ana María la ve menuda, ligera, indecisa, colgada de su brazo, levantando los ojos a los ojos valientes de su hija para buscar en ellos fuerza y protección... ¿contra qué? ¿contra quién? contra la vida. «Venga la vida, madre—solía decir en apasionado soliloquio—, venga la vida, que aquí estamos las dos para hacerla feliz.» Y besando el retrato, solía también asombrarse de que en los ojos avellana no se encendiesen chispas de entusiasmo y regocijo al eco de su voz, al calor de sus labios: «¡Madre sosa, que no quiere alegrarse con su hija!»

Del padre no quedó ni una imagen en toda la casa—el taciturno Juan Antonio no quiso nunca dejarse retratar—; así Ana María había olvidado por completo el rostro prematuramente desaparecido; tenía vaga idea de un hombre alto y recio que, con los brazos cruzados a la espalda, paseaba en silencio por el gran salón: veía el torso fuerte, el ademán un poco fatigado; pero al llegar a la cabeza, el recuerdo se desvanecía en nieblas implacables; la abuela le habló antaño de ojos tan negros como los suyos, de tez dorada al sol, de barba profusa, de cabello obscuro peinado en cepillo, de expre-

sión a un tiempo grave y cariñosa; con tales elementos, ella en ocasiones quiere reconstruir el rostro olvidado, pero no acierta; y le da pena no saber imaginar mejor, no poder colocar frente a frente los ojos de la madre y los del padre para, en medio de ellos, en el punto mismo en que se cruzasen las miradas, pararse a recibir el amor de los dos.

Ana María, acaso por su vida de soledad, tiene gran fuerza de pensamiento; aunque escasamente imaginativa, es hondamente razonadora; por eso no conoce el tedio, y tanto las penas como las alegrías tienen para ella raíces, repliegues, reconditeces y desenvolvimientos infinitos; es también gran atisbadora de quintas esencias y gozadora sabia de matices; una palabra de cariño, una sonrisa o un silencio pueden días y días ser alimento para su corazón; esto le da un reposo sentimental, que a otros más impulsivos pudiera parecer frialdad, y le asegura dominio infalible sobre los arrebatados imaginadores. ¡Cuántas y cuántas horas ha pasado en el saloncito del pabellón, o en la gran sala de las colecciones, o bajo la fronda de los tilos, sumida en divagaciones tenaces, levantando palacios y jardines para nido de la felicidad, derrumbándolos luego con huracanes de desencanto, rebuscando más tarde entre las ruinas las centellicas del fuego que en el hogar de aquellos edificios ideales estuvo encendido, reuniendo sobre ellas hojas y ramas secas, soplando con pueril precaución para reencender la hoguera, levantando, ya encendida, un cobertizo para abrigarla, haciendo luego del cobertizo choza, y plantando en lo alto del rústico techo la bandera dichosa y triunfante, caída de la torre del palacio; porque en aquellos imaginares, siempre la bandera acababa por triunfar; como tan joven, aun tenía el sentido de la felicidad infalible, aun creía derecho el raro privilegio de la vida dichosa, aún, si valientemente pronta a todas las luchas, jamás puso en duda la realidad de la victoria: nunca... hasta ayer.

Dicen que pensamientos e imaginaciones son algo material que va dejando huella sensible en los lugares en que se han producido, y aun más allá; este que era en tiempos amable misterio espiritual, intentan ahora profanarle los sabios queriendo hacer de él cosa de placas y vibraciones, algo como un telégrafo de pura materia. Ciencia o sortilegio, ello es realidad, y así toda esta noche, primera de su vuelta al hogar, la ha pasado Agustín preso en la red de sentimentales ondulaciones que el intelecto enamorado de Ana María ha movido en el aire del pabellón en tantas horas de tantos años de soledad y silencio. Entró en él perseguido por la luz de la luna; perseguido, porque tenía ansia de tinieblas; apenas entrado, había cerrado la puerta con violencia casi rencorosa; pero la luz se colaba por el ventanal, poblando el gran salón de fantasmas; pasó al saloncito: también la luna estaba allí; hundióse en un sillón: la luna le acariciaba el rostro con su luz y la sombra de algunas ramas de los tilos; había cerrado los ojos, y había querido pensar en sus penas; a él, naturalmente, se le antojaban sangrientas e inauditas, como si la palabra traición se hubiese inventado para él; desde que Carmelina, villanamente—pensando en sus malaventuras, tenía peligrosa afición a los adverbios violentos—, villanamente le abandonó, todas las horas de sus días habían sido de malestar amargo y de rencorosa exaltación; la soledad, el hijo, el recuerdo de algunas crueles querellas, la evocación de no pocas horas apasionadas, eran como espinas en su dolor rebelde; luego, en el viaje, por el camino, el amor a la abuela, redivivo en inquietud y temor de perderla, por la carta de Ana María; el arañazo, siquiera fuese leve, del remordimiento; el miedo a las justas quejas, a las lágrimas, que él creía inevitables, de la novia, habían llevado su excitación al último extremo. Verdad es que la entrada en el hogar, las lágrimas vertidas en el regazo de la anciana, habían sido momentáneo calmante; y la alegre cordialidad de la novia, junta

con la exquisita caricia de los muros viejos, de la lumbre, de la luz discreta, de los buenos manjares, casi habían dormido por unas pocas horas la mala sierpe que le comía las entrañas; verdad, pero luego... ¿hay algo más negro—seguia pensando—que la confesión en la sombra de todas las malas venturas? ¿hay algo más amargo que la soledad de este mismo instante? No; no lo hay, no debe haberlo, no debe. ., y, sin embargo..., ¿cómo es que no siente la negra amargura? ¿cómo es que el alma se le baña en desusada paz? ¿cómo es que el cuerpo pide sencillamente sueño y se obstina en borrar los malos fantasmas de la imaginación con nieblas tan opacas? No puede ser olvido. ¡Carmelina!

Apenas evocada la siniestra figura se desvanece o cae; en su lugar se alzan, no otras figuras, sino sensaciones casi indefinibles: un son de voz, un matiz de sonrisa de Ana María, de la abuela, de Pedro... Ella era morena y tenía el cabello negro azul: ¡cosa de magia!; queriendo pensar en aquella madeja que él pomposamente llamaba nada menos que dogal de infamia, hebra por hebra, negras, se iban cambiando en hebras de cristal, y el pensador hallaba en la memoria la fuente del jardín bañada en luna. ¡Con qué ruidito manso desgrana el surtidor su perlería! ¡Cómo bailaba la noche funesta en que la conocí, cómo los ojos se le encendían en llamas! Columna cimbreante era su cuerpo, más bien nube de aromas; pero ¡cómo oscilaban esta tarde los troncos de los álamos! Carmelina... Imposible pensar en Carmelina; una mano invisible se estaba, sin duda, complaciendo en romper la hebra de sus meditaciones. ¿Una mano invisible? No, sino un pensamiento celoso de mujer. Habéis de saber, señor artista desconsolado, que bajo este techo, entre estas paredes, junto a esta lumbre, sumida en este sillón que os tiene entre sus brazos, la que fué vuestra novia ha soñado horas y horas en vuestros amores, y sus sueños están en torno vuestro, y tenaces se oponen a que una sombra de mujer rival manche

el aire en que ellos aletean aún; en este cojín donde ahora se apoyan vuestros rizos rubios se han apoyado tantas y tantas veces sus rizos negros...; ¿acaso no os envuelve su perfume sutil?... Aquí, donde mientras soñaba con vos descansó su cabeza, ¿imagináis que no ha quedado el perfume de su fuerte voluntad? Más vale que renunciéis a recordar, porque en este rincón ella es reina de todos los recuerdos.

En efecto; Agustin había renunciado a la lucha, y dejando ir el alma por donde quiso, bien pronto se había quedado dormido.

Acaso alguna lectora romántica—Apolo la bendiga, y Flora haga brotar un clavel a cada palabra de su boca—gustaría de oir que el galán de esta vulgar historia se dejó dominar por la pena, que la dama pasó la noche entre líricas lágrimas y hondos suspiros, lamentando la traición del amado. Así debiera ser en buena ley novelesca; pero no fué así.

Cierto que Ana María se quedó llorando cuando Agustín salió del palacio; cierto que sollozó aún largo rato, y cierto que pensó que la vida era ya para ella como un camino largo con polvo y sin árboles; cierto que la herida fué honda y el dolor cruel, no tanto por grande como por inesperado. No le sorprendían las culpas de Agustín; aún mayores estaba su amor dispuesto a perdonar; sorprendióle, sí, dolorosamente, que él las juzgase definitivas, y no intentase ni aun pedir perdón: no había dónde perdonar.

Él, resueltamente, la había separado del camino: «La vida se ha puesto entre los dos», había dicho. Así, la ofensa no era ofensa, sino olvido, y él no había pecado contra ella, puesto que con toda evidencia la había dejado de amar. Esta era la gran amargura, tan poderosa, que le secó las lágrimas: un noble orgullo sentimental se alzó sobre el dolor. «Es preciso, se dijo, que él no me tenga lástima, es preciso que crea que yo le había olvidado también. ¡No más suspiros, corazón cobarde!»

Diciendo esto, había suspirado hondamente para decir adiós al suspirar, se había secado las lágrimas, había cerrado las puertas y apagado las luces; pasando por el cuarto de la abuela, la había besado en la frente, se había arrodillado, como de costumbre, junto a la cama, para rezar sus oraciones; pero llegada al diario examen de conciencia, no tuvo valor para repasar con el recuerdo las horas de aquel día, y se acostó apresuradamente. Al extenderse entre la ropa fresca se sintió tan cansada...

A los veintitrés años, ¡qué buena es la cama para las penas! El lienzo de la almohada es tan fino y acaricia la piel encendida del rostro con tan suave frescura; no hay más remedio que gozar la caricia y dejarse hundir en el nido tan suave y tan piadoso. ¿No parece que unas manos, frescas también y suaves, vienen a cerrarnos los ojos? Ana María, dócilmente, había consentido en cerrarlos, y a poco dormía... y no soñaba.

Grave cosa es que todos los héroes duerman sin sueños una primera noche de novela. ¿Para qué, entonces, ha salido la luna? ¿para qué vierte las silenciosas olas de su luz romántica sobre un palacio y sobre un jardín? ¿Acaso los jardines con luna pueden estar vacíos de aventuras, y las noches de abril pueden pasar sin apasionadas palabras dichas a media voz? Puédenlo, sí, y por este silencio y esta soledad en que ambos, jardines y noches, pueden estar sumidos, es por lo que las almas de los poetas gustan de huir a ellos, dejando el cuerpo en la prosa de sus viviendas, para esculpir con aire y luna fantasmas de novias, y para oir cantar en verso a las frondas y al agua.

Lectora: en esta noche, mientras los héroes duermen y no sueñan, lee los versos de tu poeta favorito y sueña como él y con él.

Sin embargo, en la rueca invisible que en lo alto de las chimeneas va hilando la vida de los habitantes, tanto en aquel

palacio como en la choza más humilde, la hilandera, que es la señora Muerte, advierte esta noche una hebrita de oro entre los vellones de lana gris, y se queda asombrada porque ella sabe, como nosotros, que Anita y Agustín están dormidos en cuerpo y alma. Y se pregunta: ¿quién está soñando con flores, con risas, con amor o con músicas bajo este techo? Porque eso significan las hebras de oro: músicas, amores, flores, risas o versos; todo juventud.

La señora Muerte, que es grande bruja, pónese a caballo sobre un rayo de luna que acierta a pasar junto a la chimenea; volteando en el aire, llega a una ventana y atraviesa el cristal: ¡silencio! Está en una espaciosa habitación, colgada de colores gayos, sobre los cuales pasó, empalideciéndolos, la mano del tiempo; el rayo de luz, su cabalgadura, se tiende en una blanca alfombra; un poco más lejos arranca resplandores al bronce de una chimenea; un poco más alto se quiebra en un espejo: la señora Muerte descabalga con toda presteza posible; al salto le crujen los milenarios huesos; va a tientas por el cuarto hasta tropezar con las ropas de un lecho; se detiene; allí están el cuerpo dormido y el alma que sueña. ¡Y qué sueño! Pocas veces la hebra de oro habrá sido más pura: en ella está el amor, todo el amor, y, naturalmente, las músicas, las flores y las risas han hecho corro para festejarle; y aun juraría la señora Muerte que en las espirales del soñar están aleteando unos versos; no es, sin embargo, cosa segura, ya que, cuando el amor es dichoso, todas las palabras suenan a canción.

—¡Je, je!—La señora Muerte se ríe. ¿De cuándo acá estas luminosas locuras le hacen reir?

—¡Je, je!—¿De cuándo acá? Desde que ve que todas ellas salen apresuradas y calientes como humo de hoguera, de un cerebro, no de un corazón carcomido de años y de penas. Lectora: ríete, si la piedad te deja, con la hilandera despiadada; la dormida que sueña juventud es la viejecita ochento-

na, ni más ni menos que doña Margarita de Aldana, la de los ojos ciegos, el cuerpo paralítico y el alma llena de ilusión.

Luego de reirse, la señora Muerte se ha quedado parada junto al lecho: sobre los huesos de la calavera frunce un ceño invisible; ganas le vienen de acabar de golpe con el sueño y con la señora; la fruición más sabrosa para sus manos es romper una de estas hebras de oro, deshojar una flor o helar, en flor también, una sonrisa; y doña Margarita está sonriendo como una bienaventurada. ¡Buena ocasión de segarle la vida!

¿Por qué los viejos que pasan los setenta suelen vivir después tan largos años? Porque la Muerte, que se descuidó, tiene tedio de cumplir su tarea allí donde no hay nada que malograr, y va dejando el golpe para más tarde. Cortando ahora esta vida, piensa que habrá el placer de segar con ella un reflorecimiento de juventud.—¡Cortémosla!—Y se inclina sobre la viejecita, poniéndole una mano en el cuello y la otra sobre el corazón: la sonrisa se borra en los labios de la dormida. La señora Muerte va a apretar la garra, pero se oye un grito lejano: es un niño que acaba de nacer en no sé qué rincón del mundo. Ansiosa de poner al recién nacido un sello en la frente, la gran bruja se apresura a salir, desdeñando la presa; los cristales de la ventana tiemblan al dejarla pasar; el corazón de doña Margarita, ya casi helado, tórnase a mover; el cuello se dilata, libre de la garra de hueso, y la anciana despierta llena de terror...

Afortunadamente, ha amanecido, ya sabemos qué luminoso amanecer, y aunque la viejecita no puede ver que el sol entra a torrentes por la ventana, siente la tibieza de su luz en las manos, que, crispadas en la pasada agonía sobre las ropas del lecho, se le habían quedado yertas. Alguien entra en el cuarto.

—¿Quién?—dice con un resto de terror.

—Soy yo, abuela—responde Ana María.

Doña Margarita siente que unas manos le acarician las manos y que unos labios le besan la frente.

—Pero ¡qué fría estás! ¿qué te pasa?

—He soñado que me moría.

Mirando fijamente a la abuela, Ana María se asusta: bien se ve que la Muerte ha estado allí.

—Arrópate, abuelita; estate quieta. Voy a darte leche y duermes otro rato.

—¿Dormir? No, no.—Doña Margarita adivina que hace un día hermosísimo, y quiere levantarse en seguida: hay que ir a sorprender al nieto.—¿Tú crees que aun estará dormido?

Suenan dos golpecitos a la puerta: ¿quién será? Es Agustín: también el nieto está madrugador. «Hace una mañana maravillosa», dice al entrar; y la voz suena en el aire tan lleno de sol a realmente maravillada.

Ana María le mira con asombro; él la mira y se asombra también, porque está fresca como una rosa; el sueño, el agua y la juventud han hecho milagros en uno y otro. Anoche se separaron medio muertos, con el corazón traspasado, con los ojos hinchados de llorar, con el rostro lívido; en la luz de la luna cada uno de ellos recuerda al otro como triste fantasma; y ahora están frente a frente llenos de vida nueva, con toda la alegría del amanecer en las frentes; se miran, ¡y les da un gozo mirarse!

—Sin embargo—piensa Ana María—, mi vida se ha deshecho para siempre.

—Sin embargo—piensa Agustín—, soy el hombre más desdichado de la tierra.

Y a los dos se les llenan los ojos de lágrimas: tan de veras lo creen.

A pesar de lo cual, todas las hojas nacidas esta noche en el jardín se ríen.

V

A pesar de todos sus buenos propósitos, la abuela no pudo levantarse.

Ana María y Agustín se encontraron solos para el almuerzo; Manuela les servía como un fantasma; ellos comían en silencio; realmente, ¿qué tenían que decirse? El sol estaba entre ellos, tendido sobre el blanco mantel, centelleando en la cristalería y tiñendo de iris el pan y la sal. ¿Iban a hablarse del sol o del iris? ¿iban a repetirse: no nos queremos ya? Para el amor, todos los juramentos son pocos; para el desamor, con una palabra queda todo dicho; es lástima, porque, con tal de hablarse los dos silenciosos desenamorados, hubieran querido poderlo repetir.

Los dos se devanaban los sesos para encontrar un tema de conversación, pero todos los que se les venían a las mientes eran espinosos.

¿Preguntaría ella al viajero impresiones de su vida errante? En todas ellas estaría la sombra de la mala mujer.

¿Le hablaría de sus tareas, de su trabajo? No, que en sus tareas estaba la gloria del triunfo, y en el triunfo la figura de la estatua sierpe. ¿Evocaría historias de otros tiempos? En cada día de los tiempos viejos estaba el recuerdo de una promesa rota. ¿Del porvenir? ¡Ay, el porvenir! Aquí los ojos negros se ensombrecen y el silencio se hace taciturno.

Agustín da vueltas en la imaginación a las mismas interro-

gantes.— Si le dijera que desde que he dormido en esta casa se me ha ensanchado el corazón, ¿no parecería una burla cruel? Si le contase la pena que tengo, ¿no sería una ofensa? Si le asegurase que estos cinco años la han embellecido prodigiosamente, que tiene los ojos más lindos del mundo, la boca más fresca, la frente más deliciosamente altiva, ¿no tendría, ¡ay de mí!, derecho a levantarse de mi lado y abofetearme con mis propias palabras?—Llegando aquí, los ojos azules casi se encolerizan, y el silencio de Agustín se hace hosco.

—¡Qué expresión tan extraña se le ha puesto!—piensa Ana María, que le acierta a mirar—. Sin duda se está acordando de *ella*.

Y furiosamente muerde una inofensiva corteza de pan.

—¡Cómo me aborrece a pesar de su calma aparente!—piensa Agustín, que ha atisbado la expresión airada de su boca—. Me aborrece, y, además, me desprecia como a un chiquillo loco; sin duda me ha despreciado siempre; ella sabe pensar y medir sus acciones; apenas anoche se conmovió oyéndome, y ahora está contenta, tal vez porque se ha roto nuestro compromiso; y yo, imbécil, que venía muriéndome de angustia por la pena que le iba a causar.

Y suspira.

—¿Qué tendrán, para hacerse querer, esas malas mujeres?—sigue pensando Ana María, que traduce el suspiro con celosa parcialidad—. ¿Qué tendrán? Ni más hermosas, ni más inteligentes; ¿acaso más enamoradas? Tampoco; sólo en ser crueles está su poder; y por crueles reinan sobre los hombres, y ellos encuentran que son pocos todos los sacrificios para su crueldad, el de su vida, el de su dignidad, el de la dicha nuestra... ¡Con qué naturalidad aceptaba anoche mi resignación! Es claro; por ser ella quien es y haberse dignado pisotear lo que era tan mío, yo tengo el deber de despojarme sin una protesta, y él ni me lo agradece. ¡Ay de mí!

—¿Suspira o bosteza?—se pregunta Agustín, que en aquel momento tiene la vista clavada en el suelo, y oye el suspiro de ella confusamente—. Bosteza, sin duda; ¡claro!, se está aburriendo; en esto pára un amor de mujer: o inñeles o insensibles; y para conseguir este admirable resultado nos pasamos la vida los hombres rompiéndonos el corazón entre deseos y remordimientos. ¡Necios, más que necios!

—Por lo visto, el recuerdo es bien sabroso; hasta las hieles le saben a miel viniendo de quien vienen: ni una palabra ha dicho en todo el almuerzo.

—¿Te vas?—pregunta Agustín casi con terror, viéndola levantarse.

—Voy con abuela.

—Yo también.

Ella sale con paso de reina; él la sigue; por el corredor ni una vez vuelve ella la cabeza, y él siente, a su parecer, tanta rabia, que quisiera abrazarla muy fuerte para hacerla daño y obligarla a llorar.

—¿Habéis charlado mucho?—pregunta la abuela.

—Mucho—contesta jovialmente Ana María.

—Mucho—repite desconsoladamente Agustín.

—¡Con qué tono de burla lo ha dicho!—piensa él.

—¡Con qué mal corazón lo ha repetido!—piensa ella.

Y se sientan cada uno al lado de la cama; callan los tres.

Por las ventanas abiertas entra toda la gloria del jardín, el sol, la fragancia, el arrebatado piar de los pájaros; el pavo real, que está paseando las escalinatas y las terrazas, asoma un instante su airosa empenachada testa; un gorrión salta al reborde mismo de la ventana, hincha la garganta, pía con aire confidencial, mueve graciosamente la cabeza, picotea algo, simiente o brizna, que encuentra en la juntura de dos azulejos, alza el vuelo y se va, cortando el aire azul con una línea parda.

—Niños—dice la abuela—, ¿por qué no habláis?

—Por nada, abuela responde Agustín.

—Hace una tarde tan hermosa dice Ana María—, que quita las ganas de hablar; a mí me gusta estarme así, callada y quieta, dejando que me entre por los ojos y por los oídos toda esta luz linda y estos ruiditos y este buen olor: es como un baño de hermosura que toma el cuerpo, y el alma lo agradece.

—Pereza nada más—arguye doña Margarita—. Buena para los viejos como yo; pero a vuestros años...

—Pereza de vivir dice Agustín, que recuerda la frase de no sabe qué libro y la repite casi al azar, porque no es gran maestro en sutilezas espirituales.

—Sí, de vivir —responde Ana María—; a veces me acuerdo de la mujer aquella de la Biblia que está sentada sola a la puerta de la ciudad; así, a la puerta de la vida, quisiera muchas veces sentar mi alma para ver pasar todo lo que vive.

La abuela no ha entendido y no responde. Agustín, que todo lo ve como a través de su arte, plásticamente, piensa que aquella mujer bíblica sentada en soledad y en desolación es un maravilloso asunto de escultura, y así lo dice.

—Será una nobilísima figura, envuelta en su duelo, con el cuerpo cansado, el rostro atento, el mirar hondo y compasivo; en la frente, toda la altiva majestad de la contemplación. La estoy viendo: un pedestal muy bajo, el suelo de la ciudad arrasada; y por leyenda, ¿cómo son las palabras, Anita?

—*Quomodo sedet sola...?* —dice ella gravemente—. ¿Por qué está sentada en soledad?

La frase aletea como ave fatídica en el aire de la habitación; en el pensamiento de la abuela surge una reminiscencia confusa.

—Pero esa estatua que quieres hacer será como una Virgen de las Angustias.

Ana María explica que, en efecto, la mujer sentada a la

puerta de la ciudad es símbolo de las angustias de la Virgen María y de todos los grandes dolores que después de aquel incomparable habían de caer sobre la humanidad. La conversación entra así por sendas de melancolía.

—Niños - dice la abuela después de una pausa—, estoy triste.

Ana María finge asombrarse ante la inesperada afirmación.

—Pero eso es ofender a Dios, abuela. ¿Tú, siempre tan valiente, vas a ponerte triste ahora que tienes lo que tanto has deseado?

—Sí, sí, ya lo sé.

—¿Estás ahí, Agustín?

—Aquí, abuela.

—¡Quién pudiera veros! ¿Estáis contentos?

—Mucho.

—¡A mí es tan fácil engañarme!

—¿Por qué te habíamos de engañar?

—No sé por qué; yo ya no sé nada, ni entiendo de nada; pero quiero que seáis felices. ¿Qué estás haciendo, niña?

—Nada, estoy a tu lado.

—¿Estás ahí, Agustín?

—Aquí, abuela.

—Acércate; ¿tú eres bueno, hijo mío? ¿Bueno, como cuando te fuiste de casa? ¿No me contestas?

—Sí que lo es, abuela; se le ve en los ojos.

—Así me gusta; ella es buena también. Agustín, mejor que nadie, y tienes que pagarle mucho, mucho cariño, por todo el tiempo que te ha estado esperando, por todo lo que ha sufrido por ti.

—Abuela—intercede Ana María.

—Sí, sí; porque ahora que estás aquí lo reconozco. Has sido un poquitín ingrato.

—Pero nunca he dejado de quererte.

—Ya lo sé, ya lo sé; nos has querido, nos quieres; pronto habrá una menos a quien querer; cuando yo no esté, quiérela a ella por ella y por mí.

—No digas eso.

—Sí, sí, por los dos. No ha querido vivir más que para nosotros; es tan bonita y sabe tanto, y ha podido casarse y correr mundo; pero no ha querido, y ha pasado los mejores años mimando a la abuela y esperando al nieto. ¿Me oyes, Agustín?

—Sí, abuela.

—¿Y me prometes que será muy feliz?

—¡Tonterías!—interrumpe Anita—. Cualquiera que te oyese creería que estás agonizando, y que Agustín es una especie de hijo pródigo. Sí, señora abuela, nos casaremos y seremos felices; por ahora, a dormir y a no inventar historias! hay que descansar de todas las pesadillas de anoche; ¿le has contado a Agustín que viste una bruja entrar por la ventana?

La viejecita no se quiere dormir; afortunadamente, llega Pedro. En cumplidos y ponderaciones se va media hora; luego la abuela, como de costumbre, pide un poco de música.

Pedro se va al salón y se sienta al piano; a poco brota entre sus dedos un poema romántico: es una sonata «Apasionatta», de Beethoven. Ana María esconde la cabeza entre la ropa de la cama; Agustín oculta la cara entre las manos; la abuela suspira; el piano canta; las tres almas vibran al mismo compás; pero se van tan lejos una de otra!

Este andante dice pasión, amor del más fuerte que la muerte; el alma de la abuela se pierde en lejanas divagaciones; el alma de Agustín cae en el recuerdo de la muy cruel, y todas las heridas se reabren de súbito.

Ana María siente una de esas locas furias de amar que a veces se despiertan en los espíritus apacibles, en los corazo-

nes hechos a dominarse largamente y a plegar todo impulso al deber; en un instante se desprecia su resignación, su bondad, su fácil alegría de vivir, ¿para qué y para quién? Encerrada acaso para siempre en este rincón, en esta soledad. —Es preciso vivir, ver tierras nuevas, buscar quien me ame arrebatada, apasionadamente, como dice esa música, como habrá amado él a ésa... —La celosa imaginación la atormenta poniéndole delante palabras y cariños, gestos apasionados, fuego de miradas; y toda su inocencia se levanta en formidable indignación contra los misterios de amar que adivina dulcísimos y abominables.

La música cesa un momento.

—Ana María.

—Abuela.

—Nada, nada.

El piano vuelve a sonar; es un lindo bailable: la danza de los silfos de Berlioz; ésta acostumbraba Carmelina a bailarla en algunos momentos de intimidad feliz. Agustín sonríe al recuerdo irónicamente. Malos fermentos está removiendo en los corazones el arte divino. A Ana María la melodía juguetona le hace pensar en juegos de niños; a ella le encantan los chiquillos y a menudo ha rimado en la imaginación el poema del hijo propio, arrullado, adorado, comido a caricias, criado más que con leche de sus pechos con sangre de su propio corazón; hoy la pueril evocación le pone delante al hijo de la otra, al abandonado, y todos sus rencores se ahogan en una gran compasión. Agustín también, sin saber por qué, se ha puesto a pensar en el niño; la abuela sonríe escuchando la música, como si también acariciase alguna gozosa visión de infancia.

Tras la flor del bailable vienen del salón sones majestuosos; ahora Pedro comienza a tocar motivos de Tanahausser. Amanece, dice la música religiosamente; el campo despierta, el sol se levanta, canta el arroyo con clara voz: ¡qué fresca

está la hierba por los prados! Como heraldo del sol, corre una alegre brisa de levante a poniente; ¿ois las esquilas de los rebaños? Como oración de la mañana, suena la flauta del pastor; amanece... Lejanas voces de hombres salmodian; son los peregrinos que van a Tierra Santa, son las almas que van buscando a Dios... ¡El alma de Agustín se hunde en serena melancolía! A la de Ana María le nacen alas; pero ¡con qué dolor! Es como si la música le fuese arrancando raíces hondas, dejándole la carne macerada y dolida; como si le secasen la sangre del corazón partido, quemando incienso dentro de la llaga. ¡Qué dolor; pero luego qué paz! Sí, sufrirlo todo, perdonarlo todo. Soledad para toda la vida. ¿Qué le importa al alma estar sola cuando puede darse testimonio a sí misma de que está entera y limpia?

El piano calla, el músico aparece en la puerta del cuarto.

—Gracias, Pedro—dice la viejecita, que le siente llegar.

—Gracias—dice también Ana María, con voz que parece venir de las estrellas.

Agustín, al oirla, levanta los ojos a tiempo que ella sale del cuarto silenciosamente. «Parece que lleva una corona de luz»—piensa.

Suena una melodiosa voz lejana.

—¿Quién canta?

—Es Ana María—dice la abuela—. Algunas veces canta así en su cuarto, cuando cree que nadie la oye.

—¡Qué canción tan rara!—observa Agustín—. Parece música de iglesia.

—Son las lamentaciones de Isaías—dice el sacristán.

Agustín escucha ávidamente: la voz grave desgrana la dolorosa y soberbia palpitación de un treno.—*Quomodo sedet sola in civitatem!...*, cree entender que canta. El son se pierde.

—Habrá cerrado la ventana—dice Pedro—. Canta muy bien; pero no le gusta que nadie la oiga.

VI

En Brujas, la dormida ciudad de los canales y de los cisnes, en el salón-museo del Hospital de San Juan, donde está ya hace un mes atareado en copiar, hebra a hebra, la madeja de oro que Memling puso por cabellera a la mística novia de Cristo, Catalina, el pintor Luis Gayoso lee esta carta de su grande amigo Agustín de Aldana:

«4 de Mayo. — Querido Luis: Me dejaste en Roma hace tres meses; ¿dónde dirás que estoy? Hace ya quince días, en España, en mi casa, en la sierra. ¿Te asombras? Más que me asombro yo, imposible. Para contarte cómo he venido aquí habría que repasar tantas horas malas, que prefiero dejar a tu amistad que las adivine; supongo que si hasta ese rincón de poesía llega papel impreso, habrás visto que las piruetas de Carmelina triunfan en toda línea y fuera de toda línea por esas tablas de la Europa central, que Dios confunda.

»Querido, en aquel corazón que acostumbrábamos a creer de pórfido pudo más que todo mi amor el amor a los bellos movimientos: ella me lo explicó donosamente en una carta de despedida, que no puedo copiarte porque en un soberano ataque de rabia la hice pedazos, apenas leída; claro que después quise reconstruirla, pero sobre que yo no soy muy hábil en el arte del mosaico, y sobre que, habiéndola roto en el jardín, el aire se llevó por las nubes buena porción de los pedazos, la caligrafía de Carmelina desafía toda reconstruc-

ción: guardo de aquellos pedacitos de papel hasta media docena; en uno dice *gloria*, en otro *tiranía*, en otro hay un borrón que representa mal una lágrima; de los tres restantes, uno tiene su nombre, otro está en blanco y en el otro ha querido escribir *corazón;* pero como en ortografía castellana nunca estuvo muy fuerte, se le olvidó el acento.

»¡Ay de mí! Por semejantes faltas de acentuación iba siendo ya nuestra vida en común bastante borrascosa; a pesar de lo cual, yo seguía lo muy empeñado que tú sabes en encontrar la felicidad en la tormenta de su cariño: pasó; de él me queda, además de los seis papeles susodichos, el hijo que nos vino tan sin ser llamado. Carmelina no pudo perdonarle al amor el don de la maternidad; según ella, que quiere saber tanto de filosofía como de piruetas, esta que las hembras burguesas se obstinan en llamar bendición de Dios no es más que una artimaña de la naturaleza, una mala trampa para cazar bobos, una píldora dorada en falso. Creo que no miró al bebé más de tres veces; yo le he mirado muchas desde que nos quedamos solos, y me asusta pensar que pueda parecerse a mí o a ella. Cuando me vine a casa lo dejé en Madrid; ahora está en otro pueblo de la sierra, no lejos de aquí, porque Ana María pretende que el aire de ciudad es malsano para las criaturas; con dos horas de viaje, a caballo, puedo ir a verle.

»Estoy trabajando furiosamente; no hay como estar sin amores para trabajar; una estatua que espero será ante mí mismo mi consagración definitiva; ya va en buenas. Me ha costado un trabajo infinito encontrar modelo en este rincón; por fin, una pobre muchacha, una desgraciada, como dicen aquí, ha consentido en dejarme estudiar su buen palmito, con no poco escándalo del vecindario... y de mi abuela, que no comprende cómo para esculpir una estatua vestida puede necesitarse un modelo sin ropa. Vestida, no te asombres; yo, que bajo los cedros de Palestina no supe imaginar más que

mármol desnudo y gozo y pompa de carne pagana, he imaginado aquí, en el más fresco paisaje del mundo, en una primavera llena de olor a rosas, una mujer símbolo de todos los dolores, y envuelta en amplio ropaje de duelo; con decirte que está en la Biblia y cantada por una lamentación profética, está dicho todo.

»Ana María ha consentido en prestarme su cara y sus muy lindas manos para esta Dolorosa moderna, porque la modelo está, por desdicha, picada de viruelas y es lavandera de profesión; con eso, tú y el mundo, si mi estatua triunfa, conoceréis el rostro y las maravillosas manos de mi prima, porque Ana María es mi prima y, ¡ay de mí!, aquella dulce novia de que tanto te hablé en los primeros tiempos de nuestra amistad. Naturalmente, el pobre noviazgo se perdió en esos mundos, a pesar de lo cual somos los más buenos amigos que puedas figurarte.

»Para decir verdad, no dejó en un principio de picarme un poquito el amor propio el hecho de que mi guapísima prima—te aseguro que es guapa de verdad: tiene unos ojos negros de los de incendio y un modo guasoncito de reir que vale dos o tres poemas—; el hecho, digo, de que tomase con tanta tranquilidad el rompimiento de nuestros amores; yo estaba seguro de que me quería un poco más; parece que me había equivocado; ¡todo sea por Dios! En conversaciones sucesivas — habla como un libro la muy ingrata —, Ana me ha explicado que de niña me quiso o creyó quererme, y soñó no sé cuántos paraísos en mis amores; pero luego la soledad, complicada con mi silencio, la ha desenamorado dulcemente, «como un pájaro lindo que se nos huye de la jaula», dice entornando los traidores ojos. Claro que allá en tiempos lloró con cierta pena la fuga del alado huésped, y aun se hubiese alegrado infinito de verle volver; precisamente, o poco menos, cuando yo estaba en Palestina; ahora... ya es tarde: el amor se ha cambiado en cariño y la ternura en fraterni-

dad; tengo, pues, una hermana que hubiera podido ser enamorada espléndida... La estoy viendo por la ventana, porque está cosiendo en el jardín: lleva un sombrerete de paja en el que se ha prendido un ramo de rosas; todos los días cambia el adorno del sombrero, porque aborrece, dice, lo artificial, y no quiere junto a su persona más que flores frescas y recién nacidas; le alabo el gusto, ya que así ella y la casa huelen siempre a gloria. Esta es la casa de las flores; yo también tengo sobre la mesa donde te estoy escribiendo un jarro con un bosque de lilas, que es un encanto de olor y de frescura. Hace un día con todo el azul que yo deseo para tu paleta. No le veo la cara, pero sí unas cuantas sortijas que le revuelan en la nuca, y como está cosiendo, la mano sube y baja a compás, y pasa de la sombra que el sombrerón proyecta sobre la falda a la luz del sol; aquí se tiñe en rosas nacarinas. Debe estar cantando bajito; abriré la ventana en cuanto acabe de escribirte, porque me gusta oirla cantar.

»Algunas veces pienso en por qué me habrá dejado de querer; hay una copla que cantan por aquí, y que dice: *Que la mancha de una mora con otra verde se quita.* ¿Cuál habrá sido la mora verde que ha borrado en el alma de mi prima la mancha roja de nuestros amores? En el pueblo creo que no hay ningún galán; pero ella ha ido a Madrid tres veces en mi ausencia. ¡Misterio! ¿Qué me importa? Con tal de que ella sea feliz... Yo pasaré aquí unas cuantas semanas, y gozaré esta paz, y acabaré mi estatua, y me iré por el mundo en busca no sé de qué, más vale no pensarlo, ¡porque da una pena tan especial saber que no le espera a uno nadie en ninguna parte!

»Lo curioso del caso es que, en apariencia, seguimos siendo novios. Mi abuela, ¡pobrecilla!, se está muriendo, y con su muerte se acaba para mí el único motivo de volver a esta casa, donde vine sin madre, y de la que saldré sin madre y sin novia. Ana María piensa, acaso con razón, que sería cruel

quitarle la ilusión de nuestra boda; delante de ella, pues, seguimos amándonos; confieso que en algunas ocasiones me sorprende a mí mismo el calor de sinceridad que pongo en la comedia; de cuando en cuando se me escapa una frase tan llena de emoción, que a mí mismo se me saltan las lágrimas, y me sorprende repetir para esta sombra de novia muchas de las palabras dulces que he empleado para el otro amor. ¡Cosas de la costumbre! Es preciso, sin duda, que el corazón haya aprendido a querer para que los labios sepan decir cariños aun a los no amados y a los sencillamente indiferentes. Esta idea, que pudiera parecerte profunda, no es mía. Ana María me la ha hecho comprender, explicándome cómo las mujeres no saben ser perfectamente amables con todos los hombres hasta que se han enamorado de uno, y cómo no saben querer de veras y compadecer a todos los niños hasta que son madres.

»Ella, Ana María, salva la situación con mucha más facilidad que este tu humilde servidor; las mujeres han inventado un pasillo admirable, que es la risa, para salir airosas de todas las situaciones difíciles. Donde a los hombres se nos exige poco menos que un discurso, ellas cumplen con una carcajada: además, no están obligadas nunca a definitivas *profesiones de fe*, y pueden hablar con soberana incoherencia, y romper el hilo del discurso donde se les antoja, y plantarse de un salto a cien leguas de la conversación. Dos mujeres—me he fijado cien veces — pueden estar hablando una hora seguida sin hacer más que preguntarse mutuamente. Interroga la una. ¿Crees tú que responde la otra? Nada de eso, interroga a su vez; cuando las dos preguntas se han cruzado, las interlocutoras se echan a reir; sin duda en la risa va la respuesta, porque ambas parecen quedarse contentísimas.

»Otras veces se miran largo rato, se hablan con los ojos, vuelven a reirse y se abrazan y se besuquean; sin duda hay una clave que nosotros los hombres no entendemos; a mí,

confieso que me han puesto nervioso muchas veces estas conversaciones sin palabras; no sé por qué siempre se me antoja que se están burlando lindamente de mí: recuerdo la antipatía feroz que llegaban a inspirarme las infinitas amigas de Carmelina. —¿De qué estabais hablando?—le he dicho furioso mil veces. — De nada, ¿no lo estabas oyendo? — me respondía invariablemente. — Entonces, ¿por qué os reíais de ese modo? — Por reir. — ¿Por reir? No lo entiendo. —También vosotros fumáis por fumar.— Tenía razón, después de todo; pero ¿es posible que tantas risas de mujer como a todas horas están sonando en este mundo no quieran decir nada?

»A Ana María no le conozco grandes amigas; en esta soledad no hay niñas de su clase; dice, sin embargo, que tiene una entrañable en Madrid, y me amenaza con hacerla venir a pasar quince días con nosotros en cuanto se le antoje imaginar que estoy aburrido; pero, sin amigas y todo, se ríe; se ríe de lo que yo digo, de lo que dice ella, de lo que los dos dejamos por decir. —¿Por qué te ríes? — le pregunto también muchas veces, y ella contesta con la misma desconcertante serenidad que la otra: —Porque hace sol, o porque me acuerdo de una cosa, o porque has puesto una cara muy particular. — ¿De qué se acordará y en qué consistirá la particularidad de mi pobre cara? Misterio.

»¿No te parece que los hombres somos unos pobres desdichados, que vamos a tientas por el mundo, adonde estas grandísimas infames nos quieren llevar? ¿Por qué Dios las habrá hecho tan bonitas, o por qué nos habrá puesto en los ojos tan gran poder de admiración para sus bellas líneas, y en los corazones tan fácil sensibilidad para sus frívolas palabras? ¡Pobres de nosotros! Y basta de filosofías.

»¿Qué haces tú, a quien el amor no da guerra en estos momentos? ¿Qué te dicen en las largas horas de contemplación las vírgenes de Memling? Los velos blancos, las carnes

floridas, los ojos azules, los chorros de rubíes que brotan de los cuellos segados por las espadas de los verdugos, ¿te ayudan acaso a descubrir algo del alma femenina? ¿Crees que esas mujeres que Memling pintó gustarían también de reirse por nada o porque hacía sol? ¿Crees que esas once mil vírgenes que van por mar a una fiesta de hadas irían divirtiendo la travesía en desesperar, a trinos de risa y medias palabras, a los marineros que las conducían? ¿Crees que las cándidas bocas sabrían también plegarse con sorna porque el bueno del emperador puso al recibirlas una cara muy particular?

»Me he puesto, perdona, de un humor de todos los diablos. ¿Sabes algo nuevo de Carmelina? Cuéntame sus hazañas; no, no me las cuentes. Pienso, con una especie de rencor satisfecho, en el feliz mortal que haya venido a sustituirme; rencor inevitable, ¡ay de mí!, satisfacción, porque en la culpa lleva la penitencia. Quince días nos duró la maravillosa cristalería que compré en Venecia; a la hora de comer, Carmelina es el genio, diremos la furia, de la destrucción: de aquellos vidrios rotos guardo una cicatriz en lo alto de la frente, que, afortunadamente, se tapa con un mechón misericordioso; ayer, sin embargo, en un momento de inspiración, sacudí la melena, y Ana María, que estaba haciendo de viuda bíblica, descubrió la señal. No dijo nada, pero yo bien noté que se había enterado. —¿Qué miras? —pregunté. Naturalmente, se echó a reir sin contestar; naturalmente, yo me puse furioso, y archinaturalmente, se acabó la sesión sin que la pobre viuda adelantase un paso.

»Suena la campana llamando al almuerzo; mi prima recoge su labor, y de seguro va a venir a buscarme; ¡qué cara de paz! El caso es que, mirándola, todos los rencores se apagan y entra en el corazón una quietud tan dulce... Ahora comeremos en *tête-à-tête*, hablando del buen tiempo que hace, de cómo el aire sacude las hojas, de cómo han cuajado

las flores de los guindos; y ella encontrará medio de dar a todos estos temas indiferentes un interés extraño, que, sin duda, depende de la música de su voz; no tiene nada de la cristalina agudeza de la de Carmelina; y, sin embargo, suena a cristal también; pero profundamente, más que como cristal de copa, como cristal de agua: me gusta oirla hablar, no por lo que dice, sino por como suena.

»En estos momentos de intimidad pacífica es cuando comprendo de seguro que el amor se fué: ni deseo, ni tristeza, ni inquietud, ni agitación ninguna—todas las infalibles señales del amor—; sólo paz. Como a ella, el pájaro lindo se me huyó de la jaula, sin sacudida y sin dolor; después de todo, es dulce poder charlar fraternalmente con una mujer joven y bonita, y estoy seguro de que estas semanas pasadas en la intimidad de mi prima, bajo estos árboles, junto a esta fuente, trabajando sin sueños y dejando a las horas que pasen sin pena ni gloria, contarán para siempre por serenas entre las muy felices de mi vida.

»Que escribas, que te acuerdes, que me digas, etc., etc. Segundo toque: Ana María ha llamado a mi puerta. Adiós. Abrazos.—Agustín.»

Luis Gayoso, leída la carta, se ha quedado pensando vagamente. Santa Catalina, que desde su tríptico le está mirando, ha parecido sonreir; esta sonrisa se ha cruzado en el aire con once mil más una de las once mil compañeras de Ursula y de Ursula misma: aun las cabezas segadas ya han parecido crispar los labios maliciosamente; aquella dama fea, envuelta en severísimas tocas, cuyo retrato respira austeridad, ha tenido en los ojos una chispa de regocijo cómplice; tanto, que el pintor, preso en la red de risas femeninas, ha sentido una inquietud extraña, y, recogiendo los trebejos, ha salido a la calle para evitarse el malestar de que aquellas mujeres pintadas le adivinen los pensamientos.

La calle huele a primavera; por sobre las tapias de los

jardines asoman las lilas sus primeros racimos fragantes; por el agua, hoy azul, de los canales se deslizan los cisnes despacio, dejando tras sí estelas parabólicas; pasan dos mujeres encapuchadas de negro; andan con misteriosa solemnidad, casi monástica; sin embargo, al pasar junto al pintor, algo debe chocarles en su aspecto, porque cuchichean confidencialmente y se echan a reir. «¡Pícaras hembras!», murmura indignadísimo.

VII

En Madrid, por la mañanita de mayo más llena de luz, de olor a lilas y a flores de acacia, en un cuarto que tiene un mirador, un piano abierto, un costurero, una novela entre los chismes de costura, un rosario entre las páginas de una novela, un ramito de violetas secándose junto a un par de guantes, Juanita Arregui, madrileña en la flor de los veintitrés años, rubia, blanca, menuda, con los ojos grises y labios muy rojos, se columpia en una mecedora y lee con grandísimo interés una carta de Ana María Aldana, su entrañable amiga. La lectura va por la tercera carilla, donde la carta dice así:

«... No te quejarás de mí, queridísima y curiosísima, puesto que, como ves, te hago confidencias interminables; toda una novela, ¿verdad? Lástima que las novelas que son verdades tengan tan pocos incidentes, y lástima también que esta mía haya empezado por el final.

»He pasado unos días muy tristes. Veinte lleva Agustín en casa. Claro es que, por salvar el *honor del nombre*, extremo la alegría exterior; pero el espejo podría contarte las lágrimas que he llorado a solas; porque has de saber que me gusta llorar frente al espejo: es un consuelo como otro cualquiera; viendo los lagrimones cuajarse en los ojos y luego bajar por las mejillas, se distrae una sin querer, y, pensando en el llanto, acaba por dormirse la pena. ¿Has bebido lágri-

mas alguna vez? Saben entre saladas y dulces, y entre tibias y frescas; si fuese sabia escribiría *El arte de llorar.*

»¡Sabia! ¡Si supieras qué rabia me da lo poco que sé! Me he convencido, por mi triste experiencia personal, de que para ser felices las mujeres—léase para que nos quieran los hombres—necesitamos ser, o malas o imbéciles, cuanto más, mejor. Lo de bonitas—tiembla tú que lo eres en grado superlativo—sirve de poco; lo de buenas, de nada; lo de inteligentes, ¡válgame Minerva, y qué miedo les tienen los hombres a las mujeres con ortografía! Estoy segura de que la muy... danzante que me robó el novio, escribe amor con hache; se le nota en la frente, donde no le cabe ni el canto de una idea.

»¡Qué hermoso debe ser no saber discurrir! Si aun estás a tiempo, no discurras nunca; a mí me ha perdido la sobra de discurso; sí, queridísima, por mi desgracia, ¡sé latín!, y como en mis ratos de soledad he leído y hasta me he permitido pensar más de lo razonable, no puedo tener caprichos sin razón, ni enfados sin motivo, ni alegrías sin causa; la lógica me ha estropeado la felicidad, y, como no espero que libros ni razones me consuelen, aquí me tienes abominando de toda ciencia y de toda razón. ¡Quién supiera, querida, hacer una locura! ¿Cuál? No lo sé; pero estoy segura de que una oportuna sinrazón podría volver a ganarme lo perdido.

»Esto equivale a confesarte que yo..., que Agustín..., en fin..., tiempo y ausencia parece que habían amortiguado un poco aquel mi amor de niña; creo que había llegado a sentir, más que el cariño, la falta del cariño; acaso estaba el hueco en el corazón, y la inquietud de vacío seguía yo tomándola por inquietud de ternura; distraíame engañando piadosamente a mi abuela, y algunas veces he llegado a figurarme que ella era la novia y yo la vieja; pero Agustín, el Agustín que ha vuelto a casa, no es aquel Agustín que se marchó. ¿Cómo decirte que el de ahora me gusta más, mu-

chísimo más que el de antaño? ¡Cosas de la vida! Puedo decir que tengo un amor nuevo y que yo también soy infiel a mi amor.

»Yo no conocía, ¿la conoces tú?, la alegría que da enamorarse: es como un amanecer de un día muy hermoso de primavera; es como una luz clara que se descubre; todas las cosas, música, libros, flores, tienen un significado que no habían tenido nunca, un sonido y un color distintos; se llora leyendo algunos versos que se habían leído muchas veces con los ojos secos; pues bien, yo, enamorada de años, no conocía este amanecer del amor. Me parece ahora, repasando la noche de los tiempos, que Agustín y yo habíamos nacido novios, ¡y qué calma la mía en aquel noviazgo! ¡Qué cariño profundo, maternal, de agua mansa, de tarde de junio, que no se acaba nunca! Sol, sol y sol; cielo azul, polvo en los árboles, ni una nube, ni un ruido, ni un canto de pájaro. ¡Qué magnanimidad para el perdón! ¡Qué serenidad en los proyectos! ¡Qué rosa y plata en las ilusiones! Vergüenza tengo de mí misma por haber sido mujer capaz de pasarme siete años amando tan virtuosamente y soñando con tanta placidez.

»Queridísima, a la hora presente, en ese luminoso, melodioso, fragante amanecer de que te hablo, han estallado tormentas de agosto: ¡qué truenos, qué rayos, qué chaparrones de los estrepitosos, de esos que van abriendo, tan recias son las gotas, heridas en el suelo! ¡qué rabietas contra mi señor primo cuando le veo absorto en sus pensamientos e imagino que está echando de menos alguna picardía de aquella infame! ¡qué deseos furiosos de sacarle los ojos a arañazos, y qué furias también contra mí misma al verme seria, grave, con parte de estatua, con voz amable, con mirar honesto, con virtuosísimo ademán, con frente pensadora, como dicen que ha dicho alguien! ¡Pícara frente pensadora, y pobre de ella cuando está pensando en los estragos que ha hecho

en un corazón de hombre otra frente que nunca pensó!

»Tengo cara de abuela, estoy segura de ello; al cabo, la cara es un espejo, y yo desde que nací no he visto a mi lado más que vejez; de fijo amarilleo a ratos como los cobres de papá. Dirás que en casa hay muchas flores, pero son de las inofensivas, rosas, claveles, azucenas, lilas, azaleas, hojas de Santa María, hierbabuena, reseda; oliéndolas se ensancha el corazón, y sin querer sonríe una... a lo paleto; pero Agustín ha estado en Grecia y en Egipto y en Palestina; dicen que los aromas son terribles en tierra de Oriente; no sé qué historias he leído en un libro de versos de los perfumes de la reina Ester; te aseguro que hay para desesperarse.

»Agustín llegó aquí pálido y muy inquieto; la herida le sangraba; sin duda él es también un poquito paleto para el amor, y la buena señora, harta de olor a mejorana, se fué a buscar perfumes bíblicos y a dar saltos mortales, dejándole la sombra en prenda bajo unos granados de no sé qué villa romana: poético, ¿verdad? Tanto le dolía la puñalada, que en cuanto entró en casa fué a echarse a llorar; afortunadamente, en brazos de la abuela, porque el pudor del remordimiento no le permitió abrazarme a mí; luego, se ha ido consolando; aquí se come bien, se duerme en calma, hace una primavera maravillosa, cantan a un tiempo todos los pájaros y parece que se han abierto todas las flores para festejar la vuelta del hijo pródigo.

»Abuela estuvo enferma varios días; ahora ya se levanta y pasa largas horas charlando con el nieto; Pedro toca al piano sus más románticas sonatas; canta la fuente, bogan los cisnes, el pavo real pasea su seda por todos los senderos y grazna en lo alto de todos los árboles; bajo los tilos del pabellón he mandado colgar una hamaca; el cielo está azul y el aire tibio: ¿no es natural que la pena se duerma en un corazón? Lo malo del caso es que con la pena creo que se ha dormido el corazón mismo, y yo, que estoy aquí desempeñando

papel de comparsa, sin más significación que la fuente o los cisnes o las sonatas de Pedro, apareceré siempre en las visiones de este consolado como figura soñolienta y calmante.

»Comemos juntos: ¡tiene un apetito! Habrías de ver sus raptos de entusiasmo ante la miel rubia, el pan blanco, el coral de las fresas, la carne jugosa, la ensalada tan fresca. Es de suponer, viéndole clavar los dientes tan sanos en las más retostadas cortezas, que aquella mala furia le mataba de hambre; acaso el hambre avive la pasión. Hablamos en estos festines de todas las cosas que pueden sernos indiferentes; algunos días muy hermosos hemos comido en la terraza; la sombra de las hojas bailaba en el mantel y en nuestras caras; tomamos café; él luego fuma un cigarro descomunal; yo hago labor; parecemos Filemón y Baucis; vuelvo a repetirte que le arañaría.

»Como es natural, ha perdido su interesante palidez; Manuela se extasía ante su color saludable; por esos mundos ha aprendido a vestirse muy bien, con un desaliño casi femenino; me da rabia pensar que sabe hacerse un lazo mejor que yo. Duerme como un bendito; por lo menos, Manuela me asegura que todas las mañanas tiene que despertarle a voces cuando le lleva el chocolate.

»Está haciendo una estatua: ¿tú comprendes que el arte, el arte grande, pueda florecer en esta calma chicha? Yo no; y, sin embargo, la estatua es estupenda, y el triunfo de mi señor primo con ella superará con mucho al que le ha hecho lograr la bailarina griega—¿te he dicho que el modelo fué la interfecta?—Trabaja en el salón grande del pabellón, que hemos convertido en estudio; tiene una modelo muy hermosa y muy fea a pedazos, y para suplir las fealdades de ella me ha pedido que le deje copiarme la cara y las manos; esto nos coloca dos horas al día en una situación de apariencia romántica: yo sentada en el suelo, en actitud dolorosísima;

él, mirándome a más no poder; ¡lástima que lo romántico de la situación esté sólo en la apariencia!

»De tal modo nos acercan estos menudos azares del vivir, que nos pasamos el día representando, no ya comedias, sino pantomimas sentimentales: nuestros movimientos, la decoración, la música y el aire que nos envuelven son de intimidad amorosa; pero las palabras son indiferentes, y casi hostiles los pensamientos; hostiles, justo es confesarlo, únicamente por parte mía; a él parece complacerle mucho esta fraternidad; como no me quiere, no me tiene rabia; sin embargo, hace días se puso muy furioso porque le descubrí una cicatriz en la frente. ¿Se habrá batido en duelo por esa mujerota? Tal pena me causó sólo en pensarlo, que, para disimular en lo posible, me eché a reir; casi reñimos; creo que me dijo con voz y gesto melodramáticos: «No tienes corazón.» Por lo visto, estoy obligada a conmoverme con todas las tragedias de sus recuerdos. ¡Y cómo se le encienden los ojos cuando piensa en ella!

»La cicatriz es chiquita y destaca por blanco sobre lo tostado de la frente; generalmente se la tapa un rizo; ¡qué cosa tan linda son los rizos rubios! Si yo tuviera un hijo, no me cansaría de jugar con las sortijas doradas que de seguro habría de tener; parecen a un tiempo de seda y de oro; no me gusta tener este pelo tan negro; parece que una mujer con el cabello obscuro ha de ser razonable por fuerza; sólo a las rubias les va bien la risa sin motivo y la engolosinante frivolidad; también me gustaría tener la boca más risueña y poder fruncir un poquito el entrecejo; esta frente mía, tan serena y tan lisa, es desesperante; parece que he nacido para estatua de la Fraternidad coronando al mundo en el remate de un frontón; ya sé que tengo los ojos burlones, pero me da vergüenza dejarlos que se burlen... ¡Soy muy poco mujer, queridísima, muy poco mujer! Este cuerpo pícaro tiene la culpa y esta condenada sabiduría; ¿por qué

a mi abuelo le daría la idea de poner biblioteca en el palacio?

»Tengo muchas veces envidia, ¿a quién dirás?, a mi pobre madre; horas enteras me he pasado siempre mirando su retrato; antes me daba lástima; ahora he cambiado de parecer y he comprendido, volviéndole a mirar, muchas cosas que antes no entendía: la primera de todas, que debió ser inmensamente feliz. ¿Te acuerdas? Aquel rosa tan tenue sobre el blanco, aquellos ojos tímidos, ¡cómo debieron seducir y halagar a la fortaleza masculina! ¡cuántas veces sus lágrimas debieron ablandar corazones! Yo no me acuerdo de cómo hablaba, pero a fuerza de mirar su retrato imagino que debía tener una voz como música, de esas que se pliegan a todas las caricias y saben pronunciar todas las palabras mimosas; a mí se me rebelan los diminutivos; alguna vez intento decir bajito un cariño, y, aunque nadie me oye, ¡me da una vergüenza!; hasta escritos por mí me parece que desentonarían; sólo a los niños y a mi abuela les sé decir palabras cariñosas, y eso, estando sola con ella o con ellos y asombrándome yo misma al oirme, porque mi voz no es para monerías, sino para declamar odas o cantar salmos; creo que seré una excelente madre abadesa; no te rías; ¿qué remedio me quedará sino irme a un convento, sin abuela, sin marido, sin hijos, sin familia de ninguna clase? No puedo verme vieja y sola en esta casa y en este jardín, que no querrán envejecer conmigo; en el convento, como no hay espejos, no pueden verse las arrugas; por eso, sin duda, tienen esa sonrisa tan plácida y conservan el alma tan pueril las monjitas viejas. El alma dicen que no envejece; pero sin duda en el mundo se arruga sintiendo las arrugas de la carne y el desdén o lástima de los que aun son jóvenes. Monjita, monjita. El caso es que tampoco me seduce la idea; he vivido muchos años libre para aprender de pronto a obedecer; romperé los espejos y envejeceré en casa.

»Entretanto, dejemos pasar estas pocas semanas de vida, iba a decir feliz; sí, a pesar de mis rabias, del descontento de mí misma, soy feliz a mi modo en ese maravilloso despertar del amor; siempre es bueno querer, aunque a uno no le quieran; siempre es bueno sentir alma adentro ese calor de hoguera que da testimonio de que somos jóvenes y de que merecemos vivir. ¡Quiero querer! ¿A quién quieres tú ahora, queridísima? Te deseo un amor con todos sus tormentos, a ti que tienes bastante poder de gozo, de ligereza amable, de risa, de burla, de fragilidad para vencerlos todos y rendir la más dura fortaleza.

»¿Querrás, cuando estés sola, venir a pasar quince días conmigo? ¡Estoy muy triste, chiquilla, muy triste! ¡Si vieras qué mal está mi abuela! Dice el médico que a pesar de esta mejoría, casi incomprensible, no llegará al otoño, y muerta ella, ¿qué será de mí?

»Perdóname que te entristezca un poco; ya sabes que en cambio te quiere mucho—ANA MARÍA.»

Leída la carta, Juanita Arregui se queda largo tiempo pensativa, échase atrás en la mecedora, cierra los ojos, deja caer sobre la falda carta y abanico:—¡Pobre Ana María! —dice poco después—. ¡Pícaros hombres!—suspira al poco rato, y tras otros cuantos vaivenes a la mecedora:—Si yo fuera ella—exclama resuelta y rencorosamente—. ¿Qué haría? Vengarme, no faltaba otra cosa. Venganza claman los ojos azules, venganza cruel. Enamoraría, pues ya lo creo, al bobalicón del artista, y luego le mandaría a paseo. Casi dan ganas de marcharse a la sierra inmediatamente. —Luego reflexiona que el que ella enamorase a Agustín no aliviaría gran cosa la desventura de Ana María; es triste esto de que en amores no sirvan de nada los auxilios amistosos.

—¡Qué cosas tiene Anita!, llorar frente al espejo—piensa, mirándose en el suyo y mostrando al cristal unos dientecitos agudos dispuestos a morder todos los corazones que se pre-

senten—. ¡Hombres malvados, crueles, traidores, insensibles, me las pagaréis!

Para que empiecen a pagárselas decide no salir al balcón; el oficialito que hace un cuarto de hora pasea por la acera de enfrente, atusándose el marcial bigote con aire matador, pasea en balde veinte minutos más; Juanita no se digna asomar al mirador el clavel abierto de su sonrisa; el cuitado se marcha, enviando un suspiro a los cristales; ella le ve marchar, levantando un poco de la cortinilla, y se echa a reir ferozmente:—¡Si yo fuera Anita!—suspira luego, y vuelve a leer la carta, de la cruz a la firma, para estudiar el caso a conciencia.

VIII

Dan las cinco. Agustín, que ha estado trabajando toda la tarde, suspende su tarea.

—Hasta mañana—dice.

La modelo se viste a toda prisa y se va; él moja cuidadosamente los lienzos para envolver la estatua; antes la mira de frente, de espalda, de perfil; se aleja, se acerca; sonríe, está contento de la obra; tiene algo extraño, cualidades que a él mismo le sorprenden: un reposo, una quietud de líneas y, sobre todo, una profundidad inusitada. El, hasta ahora, no había sido artista muy profundo; todos sus grandes triunfos los había ganado merced a la perfección que pudiera llamarse externa: la línea exquisita, el modelado fuerte, el concienzudo estudio del natural; en cuanto al alma... algunas veces había sonreído ante las críticas de algunos soñadores que se empeñaban en encontrar o en exigir quintas esencias espirituales a las obras maestras de arte plástico.

«El alma en escultura, ¡bah! Modele usted bien y déjese de cuentos.» Sin embargo, la estatua, que va ya en camino de concluir, tiene algo más que cuerpo; la obra le da al artista una lección, le abre de par en par puertas de santuarios desconocidos. No cabe duda: hay algo dentro, debajo de la carne, que palpita, no sólo por bien hecha, sino por

conmovida. ¡Conmovida! ¿Quién conmueve a la carne sino el alma? Luego el alma..., el alma en escultura puede existir, existe desde luego.

El descubrimiento enorgullece un poco al escultor; luego medita: «El alma..., sin duda la mía; pero ¿cuándo y por qué ha volado así desde la mano al barro? Ahora recuerdo que he tenido momentos, horas de inspiración casi febril, un calor que antes no había sentido, no, nunca, un ansia sostenida en el trabajo, una alegría al trabajar.» Sonríe. Tres días pasó sin salir ni a comer, y hubo que oír luego el sermón de la abuela. Vuelve a mirar la estatua: «Cualquiera diría que mientras he estado trabajando en ella he vibrado intensamente con emociones, con acontecimientos, que he vivido mucho, que he llorado, y no, ésta ha sido una época de paz; el corazón se ha estado tan quieto; ¿verdad, corazón? Acaso el arte es hembra y celosa; acaso el alma vibra para la belleza cuando toda la vida se calla. Aquí no existe el mundo, aquí no hay ni futuro ni pasado; dentro de este jardín puedo creer que no han existido nunca después que yo, ni existirán nunca después que yo, escultores ni estatuas; puedo pensar que estoy solo en el mundo con la belleza: así dicen que hay que pensar que están Dios y el alma para ser perfectos. ¿Pedirá el arte tanto como Dios? Todo es perfección, y Anita diría, todo es misticismo. ¡Anita!...»

El soliloquio del escultor desciende aquí a regiones de humanidad. Anita hubiera podido ser una excelente mujer de artista; sabe tantas cosas que otras no saben; por ejemplo, callarse a tiempo, hablar cuando hace falta conversación, arreglar una mesa sin escabullir los papeles y un estudio sin destruir la clave del desorden; no enfadarse como la abuela, cuando uno no sale a comer; pasar en silencio por la habitación cuando uno trabaja; dar las cosas cuando uno las desea, sin molestar preguntando: ¿las quieres? Sabe preparar una taza de te con la mayor monería del mundo, sabe

dejarla encima de la mesa sin decir palabra, y sabe no poner mala cara si uno no se la bebe; sabe colocar flores en un jarro, dejándole las ramas verdes; sabe vestirse y peinarse con lógica, sabe cantar bajito y, sobre todo, sabe estarse quieta.

Agustín recuerda casi con terror las vertiginosas idas y venidas de Carmelina, el incesante rebullir sin causa, aquel revolver en el estudio de telas, libros y papeles, aquel columpiarse en la mecedora cuando él estaba trabajando; muchas veces se habían peleado por eso; se ponía a mecerse junto a él, y el vaivén no le dejaba seguir el trabajo. «Me pones nervioso», decía; ella entonces quería estarse quieta, pero se movía muy despacito, estirando el cuerpo, apoyando en el suelo las puntas de los pies; la arena o las tablas del piso solían crujir levemente, y a él le entraba una angustia sin razón. «Prefiero que te mezas de una vez.» Ella, entonces, cambiaba de sitio, se le ponía detrás, volvía a columpiarse; él a cada paso torcía la cabeza, como si le estuviesen pinchando en la nuca. «¡Imposible!», gritaba, tirando los palillos; ella, muy ofendida, se marchaba al jardín con su mecedora; hasta por la ventana le parecía a él que entraba la sombra del vaivén maldito; a la fuerza dejaba de trabajar y armaba un escándalo.

Anita —sigue meditando— sabe estarse quieta, sin violencia, como la cosa más natural del mundo; tiene un don de inmovilidad casi estatuaria, y cuando se mueve, todos sus movimientos parecen responder a un impulso interior; diríase que vive de dentro a fuera; tal vez por eso no le molestan como a mí las pequeñeces exteriores; se pone a pensar, y aunque haya ruido puede seguir pensando..., lo mismo que a mí me sucede ahora en algunos de esos momentos que he quedado en llamar de inspiración por no saber cómo llamarlos; acaso es que ella esté inspirada casi siempre; ¿inspirada? ¿para qué? Ella no realiza ninguna obra exterior de

arte, ni pinta, ni esculpe, ni escribe, que yo sepa, ni siquiera toca el piano; no hace más que vivir. Vivir; acaso la vida, como ella la entiende y la realiza, es también una obra de arte.

Agustín se asombra de haber pensado todo esto; es otro de los milagros de este ambiente pacífico; desde que está solo ha aprendido a pensar; es una facultad nueva que le ha brotado y que no pocas veces le maravilla; tiene ahora el cerebro lleno de ideas, a su parecer, luminosas; los proyectos de arte se disputan lugar en su imaginación; hará esto y lo otro y lo de más allá; es feliz, porque para un artista las horas de abundancia en la concepción o en la producción son incomparablemente bienaventuradas: que pasen los días, que pasen los años si quieren pasar; mientras bajo la frente hay una idea y entre las manos una forma que resulta bella, todo es amanecer y maravilla. Se cierran los ojos para gozar a ocultas la belleza, se aprietan los brazos contra el pecho para abrazar a la muy amada, se dan grandes paseos estudio arriba y estudio abajo, el pan sabe tan bueno, el agua está tan clara, se canta sin saber que se canta; sí, muchas veces él se ha sorprendido oyéndose cantar mientras trabaja; buena es la vida; de rodillas habría que ponerse mañana y noche para dar gracias a la hermosura, que así condesciende en dejarse amar.

Y cuando toda esta buenaventura acierta a acaecer en el mes de mayo; cuando hay una luz como esta luz, que juega entre las frondas tiernas; cuando huele por todo el jardín a reseda y a sándalo, a azucena y a rosas, por toda la sierra a tomillo y cantueso y mejorana, por toda la casa a frescura y a limpieza; cuando a la tardecita...

—Agustín, Agustín.

Es la tardecita...

—Agustín, aquí estamos.

... Y es la voz alegre de Ana María, que entra por las ventanas del estudio.

Cruje la arena del sendero bajo las ruedas de un sillón; se oyen otras voces.

—¿Sales o no sales?

Sale Agustín; bajo los tilos están Ana María, doña Margarita, Pedro y Manuela.

—Hemos venido a hacerte una visita y a merendar contigo.

—¡Qué olvidadas nos tienes, grandísimo pícaro!

—No te quejes, abuela; es la tiranía del arte.

—¿Te burlas?

—Dios me libre. ¿Qué somos nosotras frente a la belleza inmortal?

—Perdón para la belleza y para mí.

—¡Viva la belleza!

Todas las voces suenan a risa, y en el aire libre, tan vibrante y tan lleno de aroma, se espacian y adquieren una vaguedad etérea; los pájaros se desgañitan entre las copas de los tilos.

—¿Estorbamos? ¿Estabas trabajando?

—No; hace ya un buen rato que se ha ido la modelo.

¡La modelo! Doña Margarita se cree en el caso de hacer un mohín reprobador.

—Ya estamos con la túnica, abuela; no te escandalices.

Todos sin motivo se echan a reir.

—A merendar.

Manuela ha tendido en la mesa de piedra el mantelillo tan blanco, tan bordado, tan lleno de encajes; en el centro, un cestito de frambuesas; el cestito es de plata y la fruta está graciosamente colocada sobre una capa de hojas verdes; pan, mantequilla, nata; dulces y chocolate para la abuela y Pedro, te y emparedados para los nietos. El hervidor rompe a borbotear. Manuela es un primor para hacer chocolate; sabe batirle con arreglo a intrincadas matemáticas, retirarle a tiempo, cuando empieza a hervir, las tres veces que son de rigor; servirle rebosante de espuma; los bizcochos están

dorados, tiernos; el agua de naranja, en su punto de frescura y de dulce.

—Digo que sabe a gloria—afirma Pedro.

—Estos niños son unos infelices — dice la abuela—. Preferir a esta bendición de chocolate ese cocimiento deslavazado.

—Si vieras—protesta Ana María—lo rico que está con un poco de nata; dame el dulce, Manuela, para poner un poco sobre el pan con mateca.

—¡Qué horror!—exclama doña Margarita—. Mantequilla con dulce...; ¿dónde se estila eso?

—Dice Agustín que en Alemania, y está muy bueno—responde Ana María, pasándose golosamente la lengua por los labios—. ¿Quieres probarlo? ¿Y tú, Pedro?

Doña Margarita no quiere probarlo. Pedro acepta, por cortesía, y afirma que, en efecto, sabe muy bien.

—Pedro, Pedro—amonesta la anciana—, no te me vayas a contagiar tú también con ese par de locos; nosotros dos debemos guardar la tradición.

—La tradición—dice Agustín—es una cosa muy bonita para inspirar leyendas, que luego uno se da el gusto de leer al amor de la lumbre, rodeado de todas las agradabilísimas innovaciones modernas, sentado en un sillón inglés, tomando, precisamente, el te con mantequilla dulce, atizando los troncos...

—¿Qué vas tú a hablar ahora de lumbres y de troncos?—interrumpe Ana María—. ¡Pensar en lumbres en el mes de mayo! ¡Aire libre, luz clara, alegría, frambuesas! ¿Quién quiere frambuesas?

Todos quieren, porque huelen a gloria.

—Y saben a felicidad—dice Agustín.

—Saben a sueño de sabor—dice Ana María.

—Son del huerto de Pedro—explica Manuela—, y tienen fama en todo el lugar.

Pedro se ruboriza, como si el aroma de las frambuesas fuese un mérito suyo personalísimo.

—¡Cómo le gustaban a mi pobre difunta!—dice para ocultar el rubor.

—A tu pobre difunta más le gustaba venderlas que comerlas—dice la abuela, que, cuando está contenta, es implacable con los recuerdos sentimentales de los demás—; ¡mujer más interesada y cicatera no la he conocido!

—Lo suyo tenía, sí, señora — responde dócilmente el sacristán—; pero era muy buena mujer.

—Podía no haberlo sido contigo, que eres un pedazo de requesón...

Pedro no comprende si la afirmación de la vieja es censura o elogio.

—Se hace lo que se puede—dice con aire de modestia.

Ana María se echa a reir.

—¡Ay! Pedro, Pedro, vales un tesoro. ¿No meriendas tú nada, Manuela?

—No, gracias, señorita.

Manuela tiene la incomprensible vanidad de no comer en público; en la cocina jamás se la ha visto sentada a la mesa; no se desayuna; en otros tiempos Agustín le hacía rabiar diciéndole que se alimentaba en secreto con sangre de niños.

—¿Qué ha sido de tus hijas, Pedro? — pregunta Agustín—. Recuerdo que eran las tres muy guapas.

—Descaradotas como ellas solas—dice la abuela.

—Las tres se han casado y están en los Madriles.

—Y no se acuerdan de su padre—argumenta implacable doña Margarita.

—Sí se acuerdan, abuela — defiende Ana María—; hace poco le enviaron retratos de todos los nietos.

—¡Valiente regalo! Pesetas no le mandarían.

—Ya sabe la señora, en buena hora lo diga, que no las necesito.

—Claro, como te alimentas del aire... Hombre más infeliz no lo he visto en mi vida. Así se portan todos con él; somos dos palitos, hijo, dos palitos secos, que nos ayudamos a andar uno a otro y que vamos llevando nuestra soledad.

Ana María finge ofenderse mucho.

—¡Vuestra soledad! Es decir, que a ti también te abandonamos... Me gusta.

—Ya me abandonaréis, ya, cuando estéis los dos por esos mundos, tan divertidos y tan enamorados: milagro será que os acordéis de esta pobre vieja.

La alusión a la boda siembra en la reunión un silencio penoso. Agustín se ve por esos mundos, como dice la abuela; no sería malo llevar a Ana María del brazo; pero... Ana María, al oir *tan enamorados*, ha fruncido el ceño. ¿Qué falta hace el amor en la vida? Estaban todos tan alegres, riendo y charlando, sin acordarse de que existen amores ni pueden existir, y ahora parece que al nombre maldito de amor la alegría ha huído, el silencio ha llegado y la melancolía con él. Hasta el aire ha perdido su gozo y su color. Es, sencillamente, que el sol se va.

—¡Qué silenciosos nos hemos quedado!—dice la abuela—. ¿Cómo no habláis?

—No sé—responde Ana María—; se está poniendo el sol, y a estas horas parece que se acaban las palabras. A mí me gustaría estarme muy quieta y oir hablar, pero sin tener yo que despegar los labios. Sin duda a todo el mundo le sucede lo mismo, y de ahí el silencio.

—Menos a los pájaros — dice Agustín—. ¡Qué algarabía están armando antes de acostarse! Parece que disputan.

—Y por las mañanas, antes de que salga el sol, ya están alborotando también—dice Pedro.

—Eso el señorito no lo sabe, porque es bien dormilón—dice Manuela.

Todos se ríen.

—Parece mentira—dice Ana María—que pierdas la mañana durmiendo: es lo mejor del día; se siente uno tan fácilmente alegre, el aire está tan fresco y el alma tan ligera; hasta que va mediando la mañana no se acuerda uno de ninguna pena. ¿A qué hora te has levantado hoy?

—A las nueve y media.

—¡Hereje! A las seis ya estaba yo en pie: ¡he dado un paseo más rico por el monte!...

—Es que anoche me acosté muy tarde.

—¿A las once?

—A la una.

—¿Y qué estuviste haciendo?—pregunta intrigadísima la abuela, que no recuerda haberse acostado en su vida después de las diez.

—Nada: hacía una noche hermosísima; a las once salió la luna, había un poquito de niebla, cantaba...

—¿Un ruiseñor?

—Un cuco; todo el jardín tenía un aire de misterio que me recordaba los maravillosos parques de Londres.

—No digas—interrumpe la abuela indignadísima—que *mi* jardín te recuerda nada de aquella tierra; con aquellas nieblas, aquel trajín y aquel humazo; dicen que hay días en que no amanece.

Agustín se ríe.

—Te aseguro que los amaneceres de mayo en Londres son tan hermosos como en tu jardín, y que hay allí más pájaros que en ninguna parte.

—¿Más pájaros?

—Más pájaros, y de los que cantan, trinan y silban a todas horas; nunca he oído más flautas entre el ramaje.

—¿Qué ramaje, niño?

—El de los parques y jardines que están como sembrados por toda la ciudad.

—Vea usted—dice Pedro, un tanto confuso—; yo creí que allá todo eran fábricas, y me figuraba que el ruido no dejaría oir los pájaros.

Agustín explica cómo el ruido y el humo están sólo en el centro de la ciudad, y cómo hay en ella tantos barrios quietos, floridos, donde cada casa tiene dos jardines, con árboles desmelenados y praderas de césped; habla de los parques plateados a bruma, con más praderas y con más árboles, con lagos, con hondas perspectivas donde asoman fantasmas de palacios, donde corren niños y perros, donde pasean lindísimas mujeres.

—Porque las mujeres inglesas—acaba diciendo—son las más delicadamente bonitas y elegantes del mundo.

—Arráncale los ojos, Ana María—grita la abuela.

—Ana María parece inglesa—afirma Agustín.

—Vea usted cómo lo arreglan todo los hombres.

—Mi madre lo era—dice Ana María.

—Es verdad, y hablaba una lengua de pájaro. ¿Hablan así en Londres todas las mujeres?

—Todas, abuela.

—Será curioso.

—De veras asusta—dice Manuela—pensar que hay un país donde nadie le llama al pan pan.

Y en lo más hondo de su corazón compadece a aquellas pobres gentes, a quienes sin duda les cuesta muchísimo trabajo entenderse.

—¿Tú hablas inglés, Anita?—pregunta Agustín.

—¡Qué ha de hablar, hombre!—interrumpe la abuela, casi escandalizada.

—He aprendido a leer y a traducir con los libros de la pobre mamá; pero nunca he podido hablar con nadie; así es que no sé; es una lengua muda que tengo para mí solita, para leer y pensar; pero ni figurarme puedo cómo suena.

—Yo puedo enseñarte, si quieres—dice Agustín—; me su-

cede lo contrario que a ti; aprendí a hablar de oído, y apenas he leído nunca; cambiaremos lecciones.

—Cambiaremos lecciones.

—Me permito observar a ustedes —dice Pedro respectuosamente—que el sol se ha puesto ya y corre un vientecillo...

—Pedro tiene razón; a casa, a casa.

Doña Margarita quisiera quedarse otro poco; pero Ana María impone su amable autoridad. Ya Manuela ha recogido los trastos de la merienda. Pedro empuja el sillón de la paralítica. Ana María y Agustín se adelantan un poco.

—Buena pareja hacen—apunta Pedro.

La abuela sonríe satisfecha.

Están regando el jardín; se oye el chirriar de la rueda en la noria; el paso, a compás, del borriquillo que la mueve; luego, el agua cayendo en chorro de los arcaduces al canalillo de tejas, del canalillo al estanque; un momento después empieza a correr por los regatos, y el aire se llena de húmeda frescura; la tierra hace glo-glo sorbiendo el agua, y huele a búcaro; el jardinero arrastra, más que canta, una copla, mientras, azada en mano, dirige el riego.

—Buenas tardes, señora y la compañía—dice cuando los amos pasan junto a él.

Doña Margarita hace detener el sillón y comienza a charlar con el hombre, preguntándole minuciosamente por la salud y crecimiento de todas las plantas del jardín, que, aunque no ve, se sabe de memoria.

—No ha habido, con perdón sea dicho, año de rosas como éste, señora: mayormente en rosas de limón, con perdón sea dicho, y de cien hojas tenemos barbaridad, señora. ¿Quiere la señora que le corte unas cuantas?

—No, no.

—Siquiera una, señora; ésta, con perdón sea dicho, que parece mismamente de carne; la llaman «gloria de Dijon»,

y mire la señora qué fresquita está; mismamente de raso, con perdón sea dicho; aguarde la señora que quite las espinas.

Doña Margarita sigue su camino, sentada en su sillón con su rosa en la mano paralítica; el jardinero se la ha colocado entre los dedos, y ella goza sintiendo la frescura sobre la carne casi muerta.

—En la caja he de estar y han de alegrarme las flores, Pedro; las flores y la música: en cuanto lleguemos a casa tocas un poquito.

Hasta muy tarde vuelan sobre el jardín los sones románticos. Pedro no se cansa de tocar y la pobre vieja no se cansa de oirlos. Ana María y Agustín, como el anochecer es tibio, se están en la terraza; apenas hablan; pero la música va y viene, durmiéndoles los pensamientos, uniéndoles en la vaga emoción que en ellos despierta.

Poco a poco se han ido callando todos los pájaros; ha callado también el agua en el jardín; el jardinero se ha marchado con la chaqueta al hombro.

—Adiós, señorita y la compañía—ha dicho éste al pasar.

El cielo empalidece; aparece el lucero de la tarde. Se han sentado en los grandes sillones de mimbre; Agustín ha encendido un cigarro, y Ana María sigue con interés el subir perezoso de las columnitas de humo. La música sigue sonando.

IX

Muchos días como éste, llenos de paz y de trabajo, se deslizaron para Agustín en casa de su abuela. Pasó el mes de mayo, y llegó junio con sus azucenas, sus lirios, sus guindas, su fiesta del Corpus, con la procesión por las calles del pueblo, los altares floridos al aire libre, el incienso y los cantos sacramentales bajo el cielo azul, los bordados de oro centelleando al sol y la blancura de albas y roquetes deslumbrando los ojos. Con motivo de la festividad, Ana María y Agustín bajaron al pueblo; iba ella vestida de azul, con mantilla negra; fresca como una rosa y alegre como un pájaro.

Era un poco mística Ana María; pero su misticismo era juvenil y sonreidor como el de los primeros tiempos de la Iglesia; así, rezaba con arrobamiento y luego se alegraba de vivir; en sus penas, acaso alguna vez se olvidase de buscar inmediato refugio en lo sobrenatural; pero apenas tenía un gozo pequeño o grande, el alma se le ponía de rodillas, y la nubecita de incienso de la acción de gracias se escapaba inevitablemente de su corazón a toda prisa y con toda fragancia.

Aquel día, de vuelta de la procesión, ella y Agustín vinieron hablando de cosas hondas: Agustín había gozado la fiesta sacramental más con los sentidos que con el espíritu. Toda la luz de la mañana; los balcones, colgados con

las colchas a guisa de tapices, blancas, azules, rojas, de lienzo, de punto de aguja—cinco o seis de damasco en casa del alcalde, del médico, del cura, del teniente de la guardia civil—, engalanados con macetas de geranios y claveles en flor, y con caras de muchachas aldeanas, más frescas y más rojas que las flores de las macetas; el revuelo de rosas deshojadas al pasar la Custodia; las hierbas fragantes por el suelo; el canto en coro de las Hijas de María, que se desafinaba un poco al aire libre, pero que, sin embargo, sonaba bien; el voltear de las campanas; el estallar de algunos cohetes, todo esto le había emocionado por sonido, por luz y por color; luego, al entrar en la iglesia, que tras el pleno sol de la calle parecía oscura y tras el calor fresca, también fragante a inciensos y tomillos, el son grave del órgano, en que las manos de Pedro desencadenaban sabias tormentas de armonía, trajo su emoción a reconditeces más íntimas.

A él, naturalmente, cuando era chiquillo, la abuela le había enseñado a creer y a rezar. Recordaba que doña Margarita le daba dos pesetas todos los sábados en recompensa de sus muy bien sabidas lecciones de doctrina; por entonces no entendió el Catecismo; verdad es que la abuela no le había entendido nunca gran cosa, a pesar de lo cual vivió vida cristiana y fué estricta y piadosa practicante.

Al hacer su primera comunión había Agustín llorado lágrimas a mares; había soñado con ser misionero y marcharse al África a convertir negritos; mientras vivió en casa había acompañado piadosamente a las mujeres en la recitación vespertina del rosario, y en las salutaciones a María Virgen por la mañanita, al mediodía y al atardecer. Por esos mundos nunca se le ocurrió ni dudar ni rezar; fué viviendo; las alegrías le parecían tan naturales, que nunca, como a Ana María, le nacieron alas al contacto del gozo; en las penas ya sabemos que acostumbraba a hundirse; a dejarse traer y llevar por la amargura, sin buscar tabla de salvación ni aun

pensar que la hubiese; había entrado en muchas iglesias, siempre con respeto, nunca con devoción. Hoy la inquietud extraña que despertara en él la música de Pedro, resonando en la nave de aquella iglesia campesina, enroscándose en la profusión de oro del churrigueresco retablo, le volvió al ambiente de tiempos viejos; como al mover los labios formó en ellos la memoria mecánica las palabras de una oración, creyó de buena fe que había rezado. Así intentó decírselo a Ana María, suponiendo darle una satisfacción, y le sorprendió no poco ver que ella no daba la menor muestra de entusiasmo simpático.

—Eso no es religión, hijo mío -- dijo burlonamente en respuesta a la exaltada rapsodia en que él intentaba comunicarle sus impresiones—; es paganismo puro.

—¡Cómo paganismo!

—Que hacía mucho sol, y como fuiste sin sombrero, se te entró en los sesos; que olían bien las flores; que Pedro es un prodigio tocando el órgano... y nada más.

—Te aseguro que me he conmovido de veras.

—Yo también.

—Y que se me han venido a la memoria todos los tiempos viejos.

—También a mí.

—¿Entonces?

—Entonces... lo mismo yo que tú hemos estado esta mañana, no diré que ofendiendo a Dios, pero sí bastante alejados de Él.

—¿Es que las emociones no acercan al cielo?—argumenta él muy serio, dándoselas de filósofo profundo.

—Según cuáles; las tuyas y las mías de esta mañana, no.

—Tú juzgarás por ti.

—Probablemente.

—Pues por mí, te aseguro...

—Mira, Agustín, yo no soy un teólogo; apenas si alcanzo

a buena cristiana, aunque Dios sabe que quisiera serlo mejor; Dios sabe también cuánto me alegraría de que tú lo fueses..., pero sin confundir: lo que no sientas no me lo digas.

—Eso es decirme que te estoy mintiendo.

—Eso es decirte que te estás engañando.

—No soy tan sabio como tú.

—¡Ay, hombres, hombres!

—¿Qué quieres decir con hombres, hombres?—pregunta indignadísimo.

—Que me das mucha lástima—responde ella con calma.

—¿Yo?

—Tú.

—¿Y puede saberse por qué?

—Si te lo dijera, te ofenderías más de lo que estás.

—¿Quién te ha dicho que estoy ofendido? ¿Por qué te ríes?

—Para que no lloremos los dos dentro de un rato. Siéntate aquí, anda.—Han llegado al jardín y están en la alameda.—En este banquito, bajo esta sombra tan agradable; estamos los dos muy sofocados y conviene que refresquemos un poco cuerpo y alma antes de ir a comer.

Y se sientan; se miran; ella, moviendo el abanico, levanta un poco de aire, que es muy grato: —¿Por dónde íbamos de conversación?

—Por donde tú quieras—responde Agustín mansamente.

Sentado junto a ella, mirándose tan de cerca en sus ojos, viendo el rostro lindo sombreado por la mantilla, sintiendo el aleteo del abanico, la casi indignación que se venía apoderando de él se hunde de golpe.

—Así me gusta. ¿Ves lo que es el descanso?—dice ella con amable sorna—. Si llegamos a seguir andando con ese calorazo y ese sol, disputamos de fijo; ahora que estamos en santa paz acabaré lo que te venía diciendo. Dios, hijito, es sumamente misericordioso; nos ha hecho dicen que de ba-

rro; Él sabrá por qué; como nos conoce y sabe que valemos tan poquita cosa, nos perdona muchas debilidades; si no pareciera un poco irreverente, diría que hasta a veces debe sonreir al enterarse de nuestras emociones; acepta nuestros rezos, impuros como son, pero a condición de que nosotros los reconozcamos tales, no queramos pasar gato por liebre y no pretendamos hacer llegar al cielo, como incienso purísimo, el humo turbio de esta hoguera interior donde se está quemando tanta mala hierba, tanta rama podrida, tanta hojarasca manchada de barro. ¿Qué tal el sermón?

—Como tuyo; no es posible disputar contigo.

—Y ahora, descartado el carácter piadoso de tus emociones, podemos hablar de ellas; cuéntamelas, si quieres, que no es pecado: dime que oyendo el órgano te has acordado de cuando éramos rapaz y rapaza y silbábamos al paso de la procesión en hojas de lirio; que oyendo las campanas te han vuelto a la memoria tantas veces como subiste a voltearlas; que...

Sabe Dios lo que hubiese dicho Agustín, según lo encandilados que tenía los ojos y los golpetazos que le daba la sangre en las sienes, en las muñecas y en el corazón: en tales mediodías de verano, el amor suele hacer de las suyas impensadamente; aún más si, como dice Ana María, el sol se ha metido en los sesos y achicharra la sangre; un momento de oportuna osadía suele terminar bien estas batallas; pero Agustín, por un segundo de vacilación, deja perder la oportunidad, y, antes de que haya abierto la boca, Manuela aparece al otro lado del sendero.

—Señorita, media hora llevo buscándola; ya están ahí esos señores.

—¿Esos señores?—pregunta Agustín.

Ana María le recuerda que en días como hoy doña Margarita acostumbra a invitar a su mesa a los *notables* del pueblo: el médico, el cura, el alcalde, el boticario...

—¿Ya no te acuerdas, hombre?

—Sí me acuerdo; pero me da muchísimo fastidio.

—¿Por qué? Te aseguro que Juanona habrá hecho primores. ¿Te acuerdas cómo en tiempos de antaño, en ocasiones de festín, bajábamos a la cocina en busca de permiso para aprovechar sobras en los peroles? Entonces era abuela quien hacía los dulces: bien nos divertíamos.

Agustín dice que para divertirse en días de festín es preciso estar en esa edad feliz en que aun no hay derecho a sentarse a la mesa; hoy por hoy le molesta el convite; si pudiera comer solo en su cuarto...

—¡Pero si damos el banquete en tu honor!

—¿En mi honor?

—Naturalmente: esos buenos señores estaban deseando admirarte; como tú has sido tan descortés y no has querido hacer visitas, ha sido necesario invitarlos para que puedan gozar de tu presencia; piensa que eres la honra del pueblo, que la celebridad tiene sus deberes... y ponte elegante para comer. Adiós.

—Espera un poco —implora Agustín, deteniéndola en el momento en que ella se dispone a echar a correr.

—¿Qué quieres?

—Nada.

—Entonces... adiós otra vez.

—¿Habrá discursos?

—Probablemente: el boticario es un hombre terrible, corresponsal platónico de no sé qué periódico de Madrid, y te admira de un modo espantoso.

—¡Pobre de mí! ¿Qué más?

—¿Cómo qué más?

—¿Qué más convidados?

—El señor cura ya le conoces: don Juanito.

Agustín suspira: bajo la férula de don Juanito aprendió latín hace unos quince años y se quedó sin postre muchos días.

—Al alcalde también.

—¿El de siempre, don Cirilo?

—¿Don Cirilo?

—Hace ya tiempo que le llaman don.

Agustín vuelve a suspirar. Eufrasita, la niña del hoy don Cirilo, estuvo hace diez años muy empeñada en ser su novia. Ana María sin duda le adivina el pensamiento, porque dice:

—Eufrasita se casó—y se ríe; él se ríe también—. Del médico no hay que hablar, puesto que le ves todos los días; de su sobrino, sí.

—¿Su sobrino?

—Un muchacho muy listo y muy simpático que ha venido al pueblo a curarse una neurastenia feroz: es un poco poeta...; por lo menos, hace versos lindos. Cuando estábamos solas venía muy a menudo: verás cómo te gusta. Adiós.

Esta vez es de veras: antes de que Agustín haya podido detenerla ha echado a correr, ha salido de la alameda, ha atravesado el parterre, ha subido las escalinatas y ha entrado en la casa. Agustín se vuelve a sentar y pone una cara muy desagradable: en vano los árboles cabecean sobre él haciendo un ruido manso y cadencioso; en vano el aire es tibio y huele bien; en vano la fuente desgrana su frescura y su canción un poco más allá, y unas cuantas mariposas muy blancas revolotean sobre unas opulentas matas de lirios.

Le fastidia soberanamente la idea del convite: ¡dos horas mortales en visita con esos señores! La soledad... en compañía de Anita y de la abuela, ha llegado a hacérsele tan... tan sabrosa... Tiene pereza de hablar con gente que no tendrá nada que decir. ¡Esos señores! Pasa en imaginación revista de los comensales que le amenazan: el cura, don Cirilo, el alcalde... gentes buenas, pero insoportables, que se empeñarán en aguar la fiesta recordando sandeces de la infancia; al boticario no le conoce; de seguro, si es, como dice Anita,

corresponsal de un periódico, enviará a Madrid relación del banquete en casa del *insigne escultor:* ¡horrible perspectiva! El médico... el sobrino del médico... aquí la meditación se hace intolerablemente molesta. ¡Un muchacho poeta y neurasténico, que a Anita le parece muy simpático! ¿Será el tal la razón de la sinrazón? «Cuando estábamos solas venía aquí muy a menudo.» Claro, él diría versos, ella le estaría escuchando: me figuro la escena. Después de todo, ella está en su derecho... si le gusta; pero ¿por qué le ha de gustar? Las mujeres son tan extravagantes, y él de seguro un mozo pálido e interesante con ojos de carnero a medio morir.

En este soliloquio incoherente va Agustín poniéndose de un humor de mil diablos; naturalmente, Anita se debe casar; naturalmente, él ha sido un necio en no pensarlo antes; casarse, y con un poeta... ¡nunca! Son los tales seres egoístas y taciturnos, que suelen hacer muy desgraciadas a sus pobres mujeres. ¿Es posible que Anita no haya pensado en eso? Porque Anita le quiere sin duda; de ahí su impasibilidad, su alegría constante.

Agustín piensa que hace un intante ha tenido en la punta de la lengua un redeclaración tumultuosa. «¡Me luzco si llego a soltársela!»—exclama para sí, y el mal humor aumenta ante la idea del ridículo—. Así ha estado ella tan alegre toda esta mañana, y así se dió tanta prisa en dejarme en cuanto Manuela le dijo que estaban ahí, naturalísimo. Ahora se estarán diciendo ternezas; más vale no verlo; no, más vale verlo inmediatamente. La última idea triunfa, y apresurándose jardín adelante llega a la casa y entra en el salón: no hay nadie; ¿dónde estarán? Entra Pedro.

—La señorita dice que le esperan a usted en el comedor, y que ya sabe usted lo que le ha dicho.

¿Qué le ha dicho? ¡Ah, sí, que se ponga muy elegante! ¿Qué le importará a ella que él esté elegante o no elegante? Con tal de que lo esté, que sí lo estará, el neurasténico poeta...

En verdad, Ana María tuvo razón al decir que el sol se le había metido en los sesos al bueno de su primo. Más desatadas imaginaciones no caben en cabeza humana; pero ¿quién es dueño del pensamiento cuando va por celosos caminos? Los más extraviados vericuetos son buenos para él.

A instancias de Pedro, y del espejo que le muestra el desorden de sus cabellos y el polvo de la ropa, consiente en cepillarse y lavarse la cara; el agua fresca le aclara un poco los pensamientos; se pone luego una corbata roja, cuyos reflejos dan, según él, una fiereza de bastante buen efecto a la luz azul pálida de sus ojos; se perfuma un poco; mirándose de nuevo al espejo, se ve bastante guapo y se le mejora el humor. Pedro le confirma en su idea, alabándole de buen mozo. ¿Será buen mozo el poeta chirle? No lo es; cuando Agustín entra en el comedor está el cuitado charlando con Ana María: tendrá veintidós años; es no muy alto, delgado y morenucho; tiene unos ojos pardos bastante melancólicos, que son su mayor atractivo. A primera vista, Agustín le desprecia desde lo alto de su buena facha. Ana María quiere hacer las presentaciones: «Mi primo Agustín; el señor don Francisco... pero... —exclama riéndose—si ustedes se conocen.» Agustín no recuerda; el don Francisco cree recordar. «Sí — explica Ana María—, usted estuvo en el pueblo hace doce años pasando un temporadita; justo... cuando tenía usted unos diez. ¿Te acuerdas, Agustín?»

Agustín acaba por acordarse, y hasta se ríe pensando que el poeta pueda ser aquel mismo rapaz mocoso que vino antaño en busca de aire fresco a curarse la tos ferina, y hasta se ríe, y se le van los celos tan inmotivadamente como le han venido. No es posible que Ana María se haya enamorado de un pobre muchacho a quien conoció casi bebé; se olvida de que él no era mucho más hombre cuando vino a casa de su abuela; pero él es otra cosa, naturalmente.

Durante la comida, el don Francisco no oculta su admira-

ción por Ana María: según sabemos confiesa en las páginas de un diario muy cuco, que escribe con toda escrupulosidad, la primera vez que la vió tuvo que agarrarse a una mesa para no caer de rodillas; parece que al peluquero de Chateaubriand y de madama Recamier le sucedió otro tanto la primera noche que entró en el cuarto de Malibrán para hacerle el peinado... lo cual no quita poesía al fenómeno; después ha escrito muchos versos, puesto que da la buena suerte de que el nombre de Ana María rima con perlería y otros vocablos ultramodernistas, y puesto que él ha descubierto entre los ojos de ella y la poesía misma otro sinfín de consonancias espirituales; ello es que Agustín vuelve a malhumorarse un poco. «¿No sabe este niño—piensa—que soy oficialmente novio de mi prima?» Olvida, al preguntarlo, que ya por los primeros siglos de la Edad Moderna otro poeta celebró a su dama por «dulce y sabrosa, más que la fruta del cercado ajeno», y que en amor, especialmente para las gentes dadas a la poesía, la imposibilidad es un encanto más y un excitante todopoderoso. Ana María recibe el homenaje con la naturalidad complacida que pone en estos casos toda mujer que merece serlo: sólo siendo muy necia se da una hembra por ofendida de un amor al que no piensa corresponder; además, la admiración de otro hombre es una linda rosa con que adornarse frente al hombre amado.

Hoy Ana María se ha prendido en el pelo dos de las muy rojas, que son sus preferidas; van lo muy bien que ya sabemos sobre lo negro de sus rizos, y el poeta, que también lo sabe, les hace un madrigal en prosa que no hay más que pedir. Agustín, que no brilla por la elocuencia, de muy buena gana le tiraría un plato a la cabeza. A Ana María le ha hecho reir el madrigal. ¡Vea usted lo que son estas mujeres, hasta las más sensatas: en cuanto un necio les dice una sandez, locas de contento!—Si él pudiera intervenir en la conversación...; pero está al otro extremo de la mesa, y los señores graves,

sus admiradores, le hablan de cosas completamente ajenas a aquella pobre conversación de risas y graciosas palabras que se está deslizando entre un poeta y una mujer.

La abuela no se da cuenta de nada; está contenta, pensando, con motivo del convite, en los grandes banquetes que le han dado a su nieto en París, en Madrid, en Berlín, según han dicho los periódicos y Ana María le ha leído. Los vinos corren: Juanona ha llegado aquel día en el menú a la perfección suma; con lo cual los ánimos están levemente excitados, cuál en el sentido del entusiasmo—el alcalde y Pedro—, cuál en el sentido de la ternura—el cura y el médico—, cuál—el boticario—en el de la elocuencia: ya lleva dos discursos sobre la nobilísima misión del arte en este bajo mundo. El único que se empeña en no beber más que agua es el don Francisquito; a Agustín le da rabia, porque Ana María no bebe más que agua también, y él, cuando hace la observación, tiene ya tres copas de champán en el cuerpo; para remediarlo bebe otras dos; luego hay algunos brindis. De la memorable terminación de esta memorable comida es la mejor crónica el siguiente fragmento de carta, recortado de la que dos días después escribe Agustín a su entrañable amigo Luis Gayoso:

«... Temo haberme puesto enormemente en ridículo, pero no me importa, porque he gozado la más grande de las satisfacciones, una satisfacción física, brutal, exquisita...; pero no adelantemos los acontecimientos; después de dos horas, ¡dos horas!, de comer y beber como te dije, Ana María propuso que tomáramos café en el salón; no puedes figurarte qué calor hacía; trajeron con el café licores y cigarros; abuela se fué a echar su siestecita, y Ana María desapareció después de unos cuantos escarceos, florituras y sutilezas de palabrería con el poeta, que Dios confunda; ella no es coqueta, pero lo parece en fuerza de amable y de bonita, y él tiene un desahogo que no hay más que pedir; creo que al sepa-

rarse de ella le besó la mano, y cuando ella se fué, él se quedó mirando a la puerta y lanzó dos suspiros tremendos; todo en mis barbas, y pensando—como piensa de fijo—que estoy para casarme con ella dentro de unas semanas; sentóse luego en una butaca y se tomó el café a sorbitos, con un aire de desdén insultante; al principio no se dignaba hablar; luego, a propósito de no sé qué sandez del boticario... vino la conversación a teorías de arte. «¿Qué le parece a usted, Paquito (le llaman Paquito), de esto o de lo otro?» No recuerdo muy bien el motivo de la pregunta; el ron de casa de mi abuela es terrible, y entre los cigarrillos turcos y el calor, mis ideas en aquel momento no estaban todo lo claras que hubiera sido de desear; ello es que Paquito respondió en una serie de palabras bien dichas. Tiene una voz que debe ser muy agradable, profunda a veces y sonando a metal; además, es abundante y claro de expresión, pero sus opiniones sobre escultura son abominables: al menos, a mí me lo parecieron. Llevéle la contraria; defendióse con sorna; sabe mucho y tiene buen gusto; la sorna me irritó; creo que él se dió cuenta, porque le vi en los ojos una satisfacción maliciosa; muy suavemente, siguió diciendo cosas molestas; llegamos a peligrosas particularidades; salieron mis obras a relucir, y él, entre elogios y sutilezas, me las puso verdes; no sé si llegamos a llamarnos imbéciles; los otros nos miraban con asombro. Ana María llegó a tiempo de atajar la tormenta; reunió a los señores graves y les divirtió con su charla. ¡Cómo les gustan a los viejos las muchachas bonitas!

»Yo me marché al jardín: estaba amenazando tormenta, el aire ardía y el bochorno ahogaba; ya sabes esa irritabilidad nerviosa que se apodera de uno después de haber comido demasiado bien, cuando el tiempo amenaza tempestad; iba echando chispas; arranqué una varita en la mimbrera y desahogaba mi furia interior dando latigazos al aire, descabezando algunas pobres rosas; al ver las hojas mustias caer

tan en silencio y quedarse tendidas en la arena, me entraba una alegría feroz; se levantó aire con gran polvareda; oí que se cerraban de golpe algunas puertas y que caían rotos algunos cristales; también crujieron unas cuantas ramas; yo sentía dentro de mí toda la soberana furia del aire. Salí del jardín; junto a la tapia misma comienza el monte; hay allí un arroyuelo y unas cuantas encinas enanas: ¿quién dirás que estaba junto al arroyuelo, bajo las encinas? El poeta, mi don Francisquito: sin duda acababa de llegar como yo; se había quitado el sombrero y se estaba dando aire con él; ¡me río yo del Sahara con el bochornito que hacía aquella tarde! Nos quedamos mirándonos con risa de conejo.

»—Hombre, ¿usted por aquí?—creo que dije.

»—Así parece—creo que respondió.

»Volvimos a mirarnos con las de Caín.

»—¡Magnífica ocasión!...—comencé yo; él me cazó en el aire el pensamiento, y...

»—Para darnos de puñetazos—interrumpió con su vocería guasona.

»—Precisamente—dije.

»—¡Magnífico!—respondió él.

»Dicho y hecho. No puedes figurarte qué pelea: digna de los tiempos heroicos; creo que nunca el cielo azul de Grecia ha alumbrado a un par de hombres dándose de trastazos con mejor voluntad; ¡y qué fruición, amigo! ¿Te acuerdas de los tiempos de infancia, al salir de la escuela, de las peleas a brazo partido y a pescozón limpio, en medio del arroyo, de esa ansia por ser el último que dé, de ese ardor que no deja sentir los golpes? Así nosotros, porque él estaba tan encandilado y entusiasmado como yo; volaban coscorrones como granizo; nunca hubiese creído, a no verlo, que con su cuerpecillo y su cara pálida tuviese tanta resistencia; yo me hubiese dejado matar con tal de romperle la crisma, y estoy seguro de que a él le sucedía otro tanto; no te extrañará,

siendo así, saber que salimos los dos del combate con la cabeza rota; yo por encima de la famosa cicatriz que sabes; él un poco más bajo, junto a una ceja; en un achuchón caímos al suelo enroscados como dos sierpes, y allí fué la catástrofe, porque a la orilla del arroyuelo hay no pocas piedras; pero ¡qué gozo, qué felicidad, qué satisfacción íntima!

»La sangre me manaba del chirlo abundante y roja; me lavé en el arroyo; él se había marchado y supongo que estaba en la misma ocupación, un poco más arriba o más abajo; entre la sangría y el fresquito del agua se me despejó bastante la cabeza; además, después de la ventisca cayó una granizada formidable y luego un chaparrón; tronaba y relampagueaba a más no poder; llegué a casa, a mi casa, hecho una sopa y lleno de contento; me puse a la ventana; ¡cómo olía el jardín!, a tierra mojada, a búcaro, a flores de parra, a tormenta. ¡Y qué gusto daba respirar el aire lleno de humedad! Yo estaba satisfecho como después de haber cumplido un deber; me vendé la frente; cuando pensé que vendría alguien cerré las ventanas a piedra y lodo y me metí en la cama; a Manuela, que fué la que vino, le dije que tenía insolación y que no podía soportar la luz.

»Y aquí me tienes hace tres días jugando al escondite, metiéndome en chirona en cuanto viene alguien y perfectamente sano en cuanto estoy solo; de cuando en cuando oigo a Ana María cucharetear en el cuarto de al lado, y tengo que tragarme una pócima preparada por sus lindas manos, que me trae Manuela; han hecho, naturalmente, venir al médico; con amable complicidad me ha recetado soledad absoluta, obscuridad y silencio; he oído a Ana María preguntarle al salir el diagnóstico; él ha contestado: «No hay que alar»marse, niña; excitación nerviosa, cosas de la tormenta y del »calor; también a Paquito le tengo en cama con una enfer»medad parecida.» Juraría que entonces mi prima se ha echado a reir...»

X

Del diario de don Francisco Estrada, poeta.

«... Cada mujer es indudablemente como una flor; no hablemos de las azucenas prerrafaelistas ni de los claveles gitanos; en la infinita escala intermedia entre la suma espiritualidad de aquellas rubias y el aroma a clavo de aquellas morenas, ¿podremos negar que está toda la gloria florecida de algunos cuerpos femeninos en la pompa matinal de las rosas, o que la fragancia tan fresca y la línea tan grácil de las primaverales ramas de lilas son como el charlar y el moverse de tantas muchachitas de ojos azules, o que las malvas reales son como doncellas campesinas, o que hay otras mujeres cuyas palabras bien compuestas son como aroma de jazmines?

Pienso, cuando veo la fronda opulenta de los castaños, con las flores blancas teñidas de sangre entre el verde profundo de las hojas, en el manto de una reina cruel que fuera pisoteando corazones; y cuando miro la parra pomposa que tiende al sol el raso de las pámpanas, brochado por el apenas blanco de sus flores que huelen a misterio, pienso que veo a una dulce princesa vestida de gala y marchando a la fiesta de sus bodas; de las amapolas que nacen en los campos de trigo y de las margaritas que nievan y doran los ri-

bazos, ¿quién no ha pensado que son un coro de bocas rojas y de corazones ingenuos que se ofrecen al que pasa y mira? ¿Quién no ha soñado que sentía, oliendo violetas, un amor de mujer que se estaba acercando?

Todo esto es para decir que siendo Ana María la más florida ilusión de mujer que ha regocijado las horas de mis días, he pasado muchos sin hallar a qué flor de campo o de jardín corresponde la flor de su cuerpo, la gracia fresca de su palabra y el aroma de su corazón. Pensé en orquídeas por el raso y el rosa violado y el terciopelo, pero la risa de Ana María destruyó el paralelo—por frescamente natural y gozosa—con la artificialidad de la flor; pensé en las rosas rojas que tan a menudo se prende ella en los rizos; pero el perfume de su espiritualidad refinada quebró también la comparación, porque las rosas huelen con demasiado vulgar aroma; pensé en los jazmines; pero la hermosura exterior de ella está cortada en líneas más graciosas, y en su blancura hay como un tenue refinamiento de marfil; recordé la majestad de los lirios, pero la majestad de Ana María se burla de toda rigidez; pensé, por ondulante y cariñosa, en la glicina, que tiende sus racimos azules de olmo a olmo; pero en Ana María no existen ni asomos de languidez, y la glicina parece que se va desmayando en el aire.

Necesito para cifra de ella—decía yo—una flor blanca y marfileña, de aroma a un tiempo refinado y fresco, de línea natural, movida y elegante; flor de campo, de sol y de aire libre, pero que sepa guardar su puesto soberanamente en los ceremoniosos jardines; flor de juventud y de sabiduría: yo sé que existe, pero la he olvidado.

Salía de su casa anoche un poco triste..., como siempre; el jardín estaba quieto, solo y sombrío; aun no había salido la luna, y las estrellas centelleaban maravillosamente bajo el aterciopelado y obscuro azul. Ana María me ha enseñado que aquella blanca, blanca, se llama Sirio; que aque-

llas tres doradas que suben de Oriente forman el tahalí de Orión; que este gran grupo que de Sur a Norte se desparrama, simboliza la fábula de Andrómeda y Perseo: quedéme un rato leyendo en las estrellas estas y otras historias de amores y mitologías; un vientecito suave movía las hojas; pasó, casi rozándome la cara, un murciélago; de seguro en la fuente se estaba desvelando algún misterio, porque el agua del surtidor tenía una fosforescencia extraña y sonaba con inusitada melodía; supongo que cantaba un ruiseñor, porque del recuerdo de aquella hora me ha quedado una música en el pensamiento.

Cuando quise marcharme era tan tarde, que ya la puerta estaba cerrada, y no queriendo despertar al portero, decidí saltar la tapia por un sitio donde unos cuantos ladrillos desprendidos facilitan la hazaña; está el muro todo cubierto de plantas trepadoras; yo iba siguiéndole y dejando que las hojas menudas me acariciasen rostro y cabeza; es una delicia cerrar los ojos y sentir la frescura sobre los párpados; de pronto, entre todos los aromas acres y suaves de la hojarasca, uno nuevo me atravesó el sentido como un puñal; olía a miel, a búcaro, a rocío de noche, a campo, a carne y alma de mujer bonita, a sueño, a agua que corre, a verso, a quietud y a inquietud; era un aroma con sabor para el gusto y para la ilusión... Era sencillamente que una madreselva acababa de abrir en la noche sus copas de marfil, y que la madreselva es la flor que tenía olvidada; casi lloré de gozo. Por ventura estaban las atrevidas y pomposas ramas llenas de flores y capullos; hice un botín extravagante, un ramo que era casi una selva, y con él tuve para toda la noche y todo el corazón. ¿Alguien ha visto en otra flor la gracia de estas flores, el atrevido salto de las corolas que parecen querer escaparse de los cálices, la fragilidad viva de los tallos, la nusitada forma de las hojas; todo el desgaire campesino junto con la armonía más bien compuesta; la corola de una

sola pieza, como buena estrofa; llena de aroma, como están los versos que la forman llenos de espíritu; y todos los perfumes en uno, con toda la frescura y toda la suprema distinción que hacen de él un perfecto ideal de fragancia?

Como pasé la noche con la cabeza hundida en la gloria de ramas, zarcillos, corolas y hojarasca, y como todo esto es el símbolo de ella, bien puedo decir que sus brazos se han ceñido a mi cuello; y como una por una he bebido el perfume de todas las corolas y aun las gotas de agua que en muchas de ellas pusiera la noche, bien puedo sin mentir jurar que sé a qué saben sus divinos labios. ¡Bendito sea el verano en Castilla, puesto que hace brotar madreselvas para consuelo y gloria de algunos corazones!»

... Mirándome al espejo descubro la leve cicatriz que me ha dejado la homérica pelea con Agustín de Aldana: el derramamiento de sangre es eficaz para apagar insanas fermentaciones: recuerdo que mientras miraba correr la mía y perderse en el agua del arroyo, sentía disiparse a toda prisa la antipatía imperiosa, casi el odio pudiera decir, que venía inspirándome el pobre muchacho. Sin embargo, y aunque el odio pasó, no me arrepiento de los puñetazos: bueno es siempre haber hecho constar que el amor poético y melancólico y desesperanzado tiene su fuerza material correspondiente, y es capaz de llegar, cuando el caso lo pide, y aunque no lo pida, a algo más que inofensivos suspiros; después de haberle roto la cabeza, efectiva e indudablemente, a mi afortunado rival, parece que puedo suspirar más a gusto... y con mejor derecho.

Desde que él vino no me había atrevido a parecer por la casa—tan cobarde es el corazón—; desde aquella tarde, o mejor dicho, desde que la cicatriz cubrió de un modo decoroso las huellas del combate, he vuelto a ir a menudo..., y la sangre vertida me preserva ante mi opinión propia—que, después de todo, es la más importante para mí—de

toda sombra de ridículo; ésta es una ventaja de la poesía: los poetas podemos amar sin esperanza... y no hacer mal papel, y podemos decir nuestras cuitas a voz en grito, que con tal de que vayan en buen verso, no ha de haber en lo presente ni en lo futuro quien se atreva a reirse de ellas; creo que las mías gozarán por los siglos de los siglos una decorosa inmortalidad.

A ella el amor la pone guapísima; él--¿por qué no decirlo?—es buen mozo también; yo no lo soy; sin embargo..., ayer, leyendo versos que yo he escrito y que dicen amor, a ella se le llenaron los ojos de lágrimas; yo bien sé que el amor en cuya remembranza brotaron es para el otro; pero los versos eran míos. ¿Y si algún día, en hora de emoción, llegan a llorar juntos y brota la inefable flor de un beso de una de mis páginas? Silencio, corazón; tú y yo debemos sonreir de orgullo, no vayan a pensar que lloramos de pena.

... Ayer hice un ramo de flores suyas y le llené de hermosas palabras; luego se lo dí; cuando llegó a sus manos debía ir sonoro como una canción; ella me dió las gracias antes de mirarle; cuando por fin le vió tuvo un grito de gozo: «¡Pero han florecido ya las madreselvas!—Sí, señora, en la tapia del jardín, junto al portillo.—Hace más de una semana que no voy por allí.» Naturalmente, puesto que el pabellón donde pasa la vida jugando a ser musa del otro está al extremo opuesto del jardín; yo entonces le expliqué toda la gloria del florecimiento: cómo la planta trepa y se desmelena sobre la tapia, cómo está cuajada de flor, cómo huele en la noche. «Es verdad—dijo ella, e hizo a su vez un exaltado panegírico de la planta silvestre, graciosa, fresca, señoril, aromada, que es como un incensario, como un fleco fragante, como una red bordada de seda blanca—. ¿La ha visto usted trepando algunas veces por las peñas, y otras sobre las cercas de los huertos, junto a las zarzas, más des-

melenada que las zarzas? ¡Qué ramos tengo cogidos cuando era chiquilla!»

Todo esto lo decía arreglando el que yo le traje en un hondo cacharro de cristal: hablaba de prisa, como embriagada por el buen olor y acaso por todas las palabras que había yo puesto entre flores y hojas.

—¿Y se ha fijado usted en que en lo muy hondo, aquí, junto al cáliz, tienen una gotita de miel?

Mordió una y me alargó otra; en efecto, ¡tienen una gota de miel tan escondida...!

—Por eso hay que tener cuidado al cogerlas, porque puede haber una abeja dentro.

Sacudió el ramo y una abeja revoloteó por el cuarto y se escapó al jardín por la ventana abierta.

—No puede usted figurarse lo que le agradezco estas flores; tienen para mí dentro todo un pedazo de alegre vida.—Entró Agustín.—Mira qué madreselvas me ha traído Francisco—dijo ella—; son las primeras que veo este año. ¡Cuántas hemos cogido en las peñas del río!...; ¿te acuerdas, Agustín?

Agustín dijo que se acordaba, y yo me fuí a vagar por el monte, que olía a tomillo. Tendíme en el suelo al pie de una encina y dejé que su buena sombra sirviese de toldo a mis desvariados pensamientos. Es curioso que yo haya venido a este pueblo precisamente en el momento en que todo un amor de mujer va a hundirse en las vulgares aguas del matrimonio...; es curioso y providencial. Ella es una exaltada sentimental en las cosas externas de la vida; le he visto llenársele los ojos de lágrimas como a un poeta delante de una puesta de sol, o de un juego de luz en el agua, o mirando una flor, o escuchando una música. No hablemos de los versos; se la ve sufrir, tal es la intensidad del gozo, cuando acierta a leer unos perfectos, aun cuando no sean muy emocionados.

En amor, yo no sé cómo será: poetas y mujeres somos malos bichos y acostumbramos a entendernos; pero ésta tiene siete llaves sobre la puerta de su corazón. El, Agustín, paréceme que es bastante impulsivo y también un mucho prosaico; cosa natural: no hay como el ejercicio de las artes plásticas para cortar vuelos a la poesía; por esto digo — perdóneme el amor la presunción, que bien puede que sea únicamente un modo como otro cualquiera de consolarme en mi malaventura—, por esto digo que es providencial mi venida a este pueblo y a esta hora. Toda la vibración que yo pongo en quererla no puede menos de vibrar en el alma de Ana María, si no por amorosa, por poética, puesto que ella es sensible a toda manifestación de poesía; si él es, como supongo, amador vulgar, todo el perfume misterioso de estos amores vendrá de ella, y estará, sin ella comprenderlo, suscitado por mí. Y así, yo me quedaré en su corazón para toda la vida, con el recuerdo de estos días felices. Y en muchos atardeceres melodiosos, cuando acaso crea sonreir conmovida al recuerdo de su amor, sonreirá al perfume de estas pocas flores que yo ahora estoy sembrando en su camino.

... Ayer le he pedido que acepte por suyas todas las que me han nacido en el corazón durante la divina primavera y este amanecer del verano; hablando en prosa, que me deje poner su nombre al principio del libro de versos que pienso publicar en otoño; ella, graciosamente, me ha otorgado el favor y hasta se ha permitido sonreir cuando, animado por su benevolencia, he intentado darle a entender que con los versos le hago donación de un pedazo de alma, todo iluminado por la gloria del sol de su presencia. Es prodigiosa la naturalidad absoluta con que las mujeres inteligentes aceptan el hecho de que un hombre sea desdichado por su culpa.

—Por su causa—ha rectificado ella cuando le he hecho la observación.

—Culpa o causa—he dicho yo—, ¿qué más da?

—No es lo mismo: ya sabe usted que el único valor moral de los actos está en la responsabilidad; si una mujer supone que un hombre es desdichado sólo por su causa, no tiene por qué dolerse de ello; si es por su culpa, como usted dice, ya el remordimiento está en su lugar.

—Mucho le importa a usted librarse del peso de esa responsabilidad.

—A mí no—dijo ella echándose a reir—; hablo en general... y por mera justicia.

—Es que podríamos particularizar un poco.

Ella se quedó mirándome muy seria.

—¿Está usted en ese caso? — preguntó con frialdad aterradora.

—Suponga usted que sí.

Ni apartó los ojos ni volvió la cara, ni dió señal de pena ni de gloria.

—Por supuesto—dijo—, y hablemos de otra cosa.

¡Qué remedio sino hablar de otra cosa! Aquí quedó el coloquio roto para siempre y sin posibilidad de nuevo engarce: tales puñaladas da el amor a traición. Yo, que la quería poéticamente, creo que desde ayer la adoro humanamente, por la crueldad con que ha cortado el vuelo de mis confidencias sentimentales en cuanto he intentado hacérselas en prosa y cara a cara; sin embargo, en verso le he dicho muchas veces mucho más, y con harta elocuencia, y en conversaciones y divagaciones sobre las estrellas, y sobre la noche, y la melancolía del atardecer, y el plata y violeta del aire, también creo haber puesto significativa puntuación de miradas, silencios y suspiros; pero ellas, que en el fondo de su corazón creo yo que creen en la sinceridad de versos y melancolías, se permiten el lujo de creer que no creen, y, tomándolos como mero desahogo poético, los dejan pasar por su vida con la más inocente sonrisa del mundo, y se los prenden en el pecho como una flor, y se miran en ellos la cara, sonrien-

do, como en un espejo, y les parece natural y perfectamente lícito dejarse conmover por ellos como por una música... y olvidarlos después, o lo que es aún peor, recordarlos para sazonar, con la sal de emoción que despertaron, sus amores en prosa; así yo he estado cortando para esta chiquilla un manojo de mis rosas mejores, y ella se ha estado adornando con ellas para poetizar su propio amor; mientras me oía a mí pensaba en él; y hoy, puesta frente a frente de la verdad inevitable, no ha querido saberla por evitarse la posibilidad de remordimiento..., acaso también por no verse obligada a apartar absolutamente de su camino esta voz y estos versos y estas flores, que le están ayudando a soñar.

Sí, señora mía; tal vez sea usted más poeta que yo; desde luego más sabia, puesto que sabe usted chupar la gota de miel, evitando la abeja. Tienes razón: ama por tu sendero, que yo te cantaré, no sé si epitalamios o elegías, y aun muchas veces bendeciré tu nombre, si por la melancolía de tu desamor acierto a escribir versos que me paguen en gloria tus desdenes.»

XI

Agustín durmió mal; hacía demasiado calor, y un mosquito pícaro se había quedado dentro de la alcoba; oyó todas las horas de la noche con impaciencia casi rabiosa; verdaderamente, el reloj se ponía insoportable; era uno grandísimo, de caja, compañero en años del que la abuela tenía en el salón; Juan Antonio le había traído de Alemania; al principio le tuvieron en la casa grande, pero le desterraron pronto, porque tenía la gracia de celebrar cada cuarto de hora con una especie de algarabía o sonata que a doña Margarita le alteraba los nervios en las noches de insomnio.

Agustín, hasta aquélla, no había tenido noches de insomnio, y, por lo tanto, no había reparado en lo desagradable del campanilleo; de día hasta le daba gusto oirle; porque tenía sones entre cascados e infantiles, que iban bien con el aire del estudio y con el gozo de la inspiración; pero de noche... y aquella noche en que tenía tan feroces deseos de dormir, imposible.

Se levantó para cerrar la puerta de la alcoba y la del saloncito; pero la sonatina se seguía oyendo, si bien más débil, más insoportable. ¿Quién ha dicho que son en la noche las vocinglerías de los carrillones simpáticas y amigas al desvelado? ¡Cosas de poetas! ¡Qué extravagantes suelen ser los poetas, y qué poca falta hacen en el mundo!; porque, piensa Agustín, para gozar la belleza de las cosas inmateria-

les, ¿qué falta le hacen a uno las interpretaciones ajenas? La belleza de forma y de línea es otra cosa; es preciso que haya, si ojos que la comprendan, manos hábiles que la realicen; por lo tanto, la poesía es un arte inferior, mientras que la escultura...

Las nieblas del sueño iban por fin condescendiendo en teñir de rosa vagamente las lucubraciones del escultor; pero al mismo tiempo teñía, y también de rosa, los cielos de Oriente, la consabida aurora, y los gallos, al percatarse del fenómeno, rompieron a cantar como lo tienen por costumbre. ¡Adiós sueño, otra vez! ¡Qué incómoda es la cama algunos días!... Pues sí, señor, la escultura es un arte admirable, indiscutible, y los versos son una tontería... Ya no cantan los gallos... ¡Si pudiera dormirse! Pero he aquí que empiezan a piar en coro todos los pájaros que hay en los tilos; algunos tienen la osadía de venirse al mismísimo reborde de la ventana; además, por la juntura de los postigos se cuela un indiscreto rayo de luz.

Hoy Agustín abomina de la Naturaleza y de sus encantos, tanto nocturnos como matinales. "La del alba sería", gruñe mientras decide levantarse, y se levanta; apenas vestido, abre la ventana de par en par; los gorriones que había en el reborde huyen asustados. El baño le equilibra un poco el humor, pero le despierta un hambre sobreaguda; como todos en casa saben que es dormilón, de seguro no traen el desayuno hasta media mañana; más vale ir a buscarle.

El día está hermoso, no se puede negar, y acaso Ana María tenga razón al asegurar que estas horas son las mejores de vivir; el aire está fresquito, después de la noche bochornosa; las campanillas trepadoras y los dondiegos de noche aun no se han cerrado; el aire huele bien; el sol recién nacido no dora más que lo muy alto de los árboles y del tejado. ¿Se habrán levantado en la casa grande? Sí, porque se oyen voces del lado de la puerta; una es la de Manuela.

—Tome usted, señorita, y buen viaje; quieta, "Leona".

Agustín se acerca, un poco intrigado, y ve a Ana María, jinete en su jaquita negra, tocada con el consabido sombrerón de paja, que hoy no lleva manojo de rosas, sino un velo verde con el que se sujeta por bajo de la barba. Manuela le ha entregado un paquete con provisiones y vuelve a decir:

—Buen viaje. ¿Quiere la señorita que Juan el jardinero la vaya a buscar?

—No, no hace falta; volveré antes de anochecer; que me cuidéis bien a la abuela... y al señorito —añade, riéndose, al ver que Agustín entra en la plazoleta.

—Gracias—dice Agustín—. Buenos días. ¿Dónde te marchas tan de mañana?

—¿Y cómo estás tú tan madrugador?

Agustín explica cómo no ha podido dormir, y añade que se muere de hambre.

—¡Santo cielo! Manuela, dale de almorzar. Hasta luego.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, porque te ibas a aburrir mucho; voy de visitas.

—¿Y no vas a volver hasta la noche?

—Probablemente; diviértete; adiós; en marcha, «Leona».

Con lo cual «Leona» rompe en un trote gracioso, y ella y su dueña desaparecen. Hoy que advertir que por la mañana Ana María está más guapa que nunca. Agustín lamenta amargamente no haber madrugado antes de hoy para gozar del espectáculo; no es extraño que a las mujeres les guste madrugar, puesto que el aire mañanero les saca a la cara tan lindos colores.

—A almorzar, señorito.

—¿Dónde va Ana María tan temprano?

—Casi todos los días sale a estas horas a dar un paseo.

—Pero hoy es más que un paseo, puesto que va a estar fuera todo el día.

—Va al pueblo de al lado a ver unas amigas que están ahí pasando el verano.

—¿Sola?

—La señorita es muy buen jinete y muy mirada para no molestar a la servidumbre, así es que nunca lleva compañía; además, conoce a todo el mundo, ¿y quién se va a meter con ella? Lo mismito hacía su madre, y ella ha sacado el gusto de pasear sola. ¿Quiere el señorito otro vaso de leche?

Ana María sale del jardín por el portillo; en la tapia están las madreselvas en flor; ella sonríe levemente y coge un buen puñado, que sujeta a guisa de penacho entre las guarniciones de la jaca. «Leona» sacude fieramente la cabeza, y todo el rocío que tenían las flores se desparrama sobre la crin lustrosa del animal. Ana María se prende también una rama en el pecho; a esta hora al poeta le debe latir un poco más de prisa el corazón, aunque la dama apenas sabe si piensa en él al prenderse las flores; pero la poesía está en el aire.

El arroyito va cantando claro entre las guijas. «Leona» le salta gallardamente. Sin entrar en el pueblo, la viajera toma el camino real, sombreado de trecho en trecho por olmos y encinas; a poco rato pasa por delante de la ermita; algunas mujerucas rezadoras salen de la misa del alba; todas se paran en el atrio a doblar sus mantillas, y todas saludan a Ana María con su «Vaya con Dios» y su «Buen paseíto», melosamente salmodiados; un poco más allá se cruza con el médico, que, también a caballo, vuelve de un caserío donde ha pasado noche toledana: las criaturas de este pueblo—explica el buen señor a Ana María—tienen la pícara costumbre de venir al mundo de madrugada, sólo por el placer de no dejar dormir al médico. Ana María charla un rato con él, le da tantos recuerdos para la señora y para el poeta, y se aleja al galope. Ahora a un lado y otro del camino hay huertos; algunos hombres trabajan en ellos y cantan; algunas norias chirrían volteando las ruedas.

«Leona» va veloz como el viento; el velo verde de Ana María vuela como un ala y como una nube; llegan al pie mismo de la sierra; la vertiente baja está cubierta de chaparros, retama, matojas hoscas, pero bien olientes. Ana María encuentra un sendero y emprende la ascensión. «Leona», acostumbrada al terreno, marcha con pie seguro; el sol va subiendo aire arriba y bajando montaña abajo; así es que se le encuentran a media vertiente, donde ya no hay chaparros ni retamas, sino grandes campos de avena loca; un vientecillo fresco remueve las frágiles espigas, que fingen ondulaciones de agua; huele a tomillo y a cantueso maravillosamente; por sobre los campos de avena está un pedregal. «Leona» va, al andar, desprendiendo pedruscos, que ruedan monte abajo hasta que los detiene una mata.

A Ana María estos menudos incidentes le son gran diversión; también le gusta ver la sombra que ella y su caballo van proyectando, y que se quiebra tan grotescamente sobre los pedruscos y rugosidades del monte; el velo parece un pajarraco malo; las patas de «Leona» se alargan desmesuradamente; otras veces se acortan de un modo inverosímil, según la orientación del senderito en sus muchas revueltas; ya falta poco para llegar al puerto —puerto le llaman aquellos campesinos a la cima del monte—, que es una meseta poblada de árboles, y ahora, que es principio de verano, vestida de hierba y aun engalanada con algunas flores.

Ya han llegado: Ana María recoge las riendas y se para en seco: todo el monte tiene por pedestal, y esta idea le hace sonreir; desde lo alto hay una vista maravillosa; la sierra tiende su crestado lomo a diestra y siniestra; a espaldas está el valle que acaba de dejar; se ven desparramados en él hasta siete pueblos; el río los une, pasando mansamente por entre prados y huertas; el sol ha llegado ya a lo más hondo y platea el agua de la corriente. Ni un solo rumor alcanza del valle a lo alto del monte; hasta el humo que sale de al-

gunas chimeneas se queda a media altura y se desparrama horizontalmente; todo es paz, de esa paz tan profunda que casi hace sufrir al corazón con el deseo irrealizable de unirse átomo a átomo al corazón mismo del paisaje, de perderse en la quietud del campo y en la fresca transparencia del aire, y en la ondulación tan leve y tan jugosa de algunas praderas, y en la mansa corriente del río o del arroyo, y en la inquietud armoniosa del ramaje que se mueve incesantemente sin quebrar la línea y que incesantemente cambia de lugar sin cambiar de lugar y da en su movimiento inacabable tan honda sensación de quietud e inquietud. Acaso en el alma hay algo de tierra para que así la tierra nos atraiga tan poderosamente, para que sobre todas las emociones de corazón estén por envolventes, por atormentadamente pacíficas, estas con que nos apuñala la hermosura de campos y de ríos, y de cielos, y de árboles, y de praderas.

Ana María quisiera sollozar, tanto la angustia el gozo; quisiera dar gritos para que se perdiese su voz en el aire; quisiera encontrar alguna manifestación externa adecuada a aquella intensidad de emoción, y envidia al viento y a las campanas, y a los aguiluchos que revolotean sobre las peñas, y quisiera ser nube y árbol, y humo, y son de agua...

—¡Estoy medio loca! — dice reaccionando después de quién sabe si minutos o siglos de excitación; y suspira muy hondo para aliviar el pecho, que es como copa rebosante; con una larguísima mirada le dice adiós al valle y tórnase a mirar a la otra vertiente. Esta es mucho más suave y está cubierta de pinos; es un recio bosque que baja hasta lo hondo de otro valle, donde se ven, aquí y allá, manchas blancas y rojas de caserío, uno de estos rincones del Guadarrama que pueden creerse fuera del mundo. Por caminos reales tardaríase en coche horas inacabables para venir a él desde cualquier ciudad cercana: tales son las revueltas que la aspereza de las sierras obliga a dar a los caminos; desde el

palacio de Aldana serían menester días enteros para llegar allá cómodamente; sólo algunos desaforados turistas alemanes arriesgan a pie la ascensión y bajada, que Ana María está haciendo a caballo, porque en el valle angosto y por bajo los montes de pinos hay una semi-ruina que visitar: un monasterio de Cartujos, que ahora es sencillamente nido de ratas. Ana María emprende la bajada por los senderitos del bosque; la sombra balsámica de los pinos aquieta su emoción trayéndola a regiones de humanidad.

—Es extravagante esta excursión que hago—piensa, riñéndose a sí misma—; ¡pero tenía y tengo tal deseo de verle!

¿A quién?

Por el terreno llano, hasta cierto punto, de las sendas, «Leona» galopa satisfechísima; resuenan hondamente en la espesura los hachazos de algunos leñadores; de trecho en trecho, árboles cortados cruzan el camino, porque hay en el valle una aserraduría mecánica movida por el agua del río. Ana María, saliendo del bosque, indaga de un guarda el camino más corto para llegar al pueblo; a poco, por una carretera asaz polvorienta, que va entre cercas y lindes de heredades, entra en él; una vez allí, la investigación es rápida; el primer rapaz a quien pregunta, después de quedársela mirando con la boca abierta, le indica el hogar de Juana la Vaquera, la que tiene criando un niño de Madrid.

Ana María, que ha echado pie a tierra al entrar en el pueblo, atraviesa un patinejo cercado, llega a una puertecilla de tabla, partida en dos para servir de cierre y de ventana, y anuncia su presencia con el tradicional «Ave María». La estupefacción de Juana la Vaquera no reconoce límites al encontrarse cara a cara con la señora del velo verde; casi se le antoja un fantasma; la señora del velo verde quiere ver a la cría que le trajeron de Madrid. Naturalmente, Juana se figura, con perdón sea dicho, que es la madre.—Ana María dice

que no es la madre; pero al afirmarlo le tiembla de tal modo la voz, que Juana no lo puede creer; ya le habían dicho que el rapaz era hijo de una señorona, pero no había ella podido figurarse tanto; la buena mujer no ha salido nunca del lugar, y el vestir, para ella tan extraño, de Ana María le desconcierta; parece una de las extranjerotas que vienen al convento a ver las ruinas; pero ésta no habla lenguas de extranjis, sino la de la tierra, ni más ni menos.

Ana María se impacienta un poco:

—El niño—dice—, porque tengo que marcharme en seguida.

—Sí, señora; ahora mismo... está en el huerto... parece mismamente un rollo de manteca; si quiere usted pasar... Tú, chico, ata ese caballo.

Ana María entra en el portal, que tiene el suelo de piedra menuda; atraviesa una gran cocina aldeana, con honda chimenea, lumbre en el suelo y luciente espetera de cobre; sale al huerto; debajo de la parra hay una silla baja, un cesto con costura, una cuna; junto a la cuna, una rapaza de apenas cinco años juega a hacer tortas con la arena.

—Es mi hija—replica la mujer, que es frescachona y arrogante—; la otra *nos se* murió, y por eso me puse a criar el de ustedes; mírele, señorita: ¿no es mismamente un pedazo de gloria?

El pedazo de gloria está profundamente dormido; será un buen mozo, andando el tiempo; ahora es regordete, muy blanco, con la boca roja como una fresa; una pelusilla dorada quiere asomar entre los encajes de la gorra.

—¡Más pelón es!—observa el ama, que sigue con la vista el mirar curioso de Ana María—; crei que mismamente nunca iba a tener pelo.

Ana María se ha inclinado sobre la cuna: bien quisiera besar al niño, pero no se atreve; siente un temor extraño ante aquella carita blanca y rosa, que representa para ella

todo lo no sabido del amor; ella, tan amiga de niños, está casi temblando delante de este que debió ser suyo; al fin se decide a acariciarle una de las manezucas, que él tiene cerradas fuertemente, en gesto voluntarioso; al roce, el nene se despierta y abre sus ojazos tamaños: son azules. Ana María sonríe satisfecha; estaba temiendo puerilmente que el chiquillo tuviese los ojos obscuros, como sabe que son los de la madre: ¡azules como los de Agustín!

Por azar, el crío despierta contento, y hasta se digna sonreir; se ha apoderado de uno de los dedos de Ana María y no quiere soltarle; luego intenta llevársele a la boca; ella se echa a reir; el bebé gorjea.

—¡Más charlatán va a ser!—dice el ama—; con nueve meses no cumplidos, ya sabe decir papa y mama, y se pasa el día como usted lo oye: mismamente un pájaro; tómele usted en brazos, señorita, verá cómo pesa.

Sacando de la cuna al bebé, la nodriza le pone en brazos de Ana María; ella le coge tímidamente, como con miedo de que vaya a romperse; es cosa extraña el temor que le causa el chiquillo; pero como él sigue sonriendo y gorjeando, al cabo se decide a darle un beso.

—Mire la señorita qué piernas y qué brazos; cuando me lo trajeron estaba bien flaco, dicho sea sin ofender, y ahora se sale de las mantillas; para el mes que viene habrá que ponerle ya de corto; ¿no le parece a la señorita?

A la señorita no le parece nada; está contemplando a la criatura con tan intensa curiosidad, que apenas oye lo que le dice.

—Parece mismamente que no le ha visto nunca—piensa el ama; luego imagina que es que le da vergüenza entregarse delante de ella a las locuras maternales—. ¡Qué raras son estas señoronas! Como si a cada uno no pudiera pasarle una desgracia — piensa recordando historias suyas, que no son del caso—, y como guapa, sí que lo es; la dejaremos sola.—

Pretextando que alguien la ha llamado, sale del jardín, llevándose a su hija.

Ana María se queda con el niño en brazos; su primera idea es volverle a la cuna; pero luego se sienta en la silla que hay bajo la parra, y acostándole en el regazo, le torna a mirar.

—¿Qué verán los niños con los ojos tan abiertos? ¿Qué ves tú, corazón, vida, chiquillo mío?—dice.

Al oirse, sonríe sorprendida de haber pronunciado, sin darse cuenta de ello, las mismas palabras con que tantas veces ha oído a tantas madres acariciar a los hijos.

—¿Querré yo a este chiquillo de veras, de veras? ¡Qué serio se ha puesto el ángel de Dios! ¿Conocerán los niños a su madre? ¿Dónde le besaría ella? ¿En la boca, en la frente, en estos hoyuelos de las manezucas?—Por eso no se atreve a besarle, por no encontrar tal vez la huella de los labios de la mala hembra.—¡Qué mirar tan profundo tienen las criaturas! ¿Sabrán acaso algo del prodigio que les trajo al mundo? ¿Verán con sus ojos inocentes más allá de lo poco que alcanzan a ver los nuestros pecadores? ¿Conocerán verdades de las hondas, que luego olvidan y que tal vez son las que dejan en el alma esa inquietud que llamamos misterio? ¿Sabrán, sobre todo, cómo se amaron aquellos cuyo amor les trajo a la vida? ¿Cómo se amaron? ¿Cómo se amaron... ellos? ¿Lo sabes tú, lo sabes, corazón?

El chiquillo, tal vez asustado por las palabras y el mirar intenso de aquella mujer, a quien no ha visto nunca, rompe a llorar. Ana María, oyéndole, despierta de su extraña exaltación.

—¿Qué me importa? Lo único real ahora es que eres una pobre criatura desvalida.

Le canta, le arrulla, le mece; el chiquillo se calma, y a poco vuelve a quedarse dormido.

—Pase usted, señorito—dice en la puerta la voz de Juanona—; el niño está en el huerto con su madre.

—¡Con su madre!—dice la voz, llena de susto, de Agustín.

Ana María se pone en pie tan bruscamente, que casi deja caer al niño. Agustín, que entra con precipitación, se detiene al verla.

—¿Tú? ¿Tú aquí, Ana María?

Ella quisiera huir, hundirse bajo tierra; por lo menos, esconderse la cara entre las manos; pero el niño que tiene en brazos apenas le permite moverse; está en pie, hermosa como nunca en su desolada confusión. Agustín se le acerca; está conmovidísimo.

—Gracias, Anita, gracias...

No acierta a decir más.

Ella le alarga el niño, que él toma con extraña reverencia... Hay un silencio, en que los corazones hablan por los ojos...

—Me dijeron que estaba aquí su madre—dice al cabo Agustín.

—Era yo... tenía tal deseo de verle... Perdóname.

—¡Perdonarte! Darte las gracias de rodillas. ¿Tú sabes lo que has hecho de esta criatura con sólo recogerla en tus brazos? ¿Tú sabes lo que eres para mí desde hoy, desde siempre, Ana María, Anita?

La emoción de Agustín devuelve a Ana María un poco de serenidad; con un gesto impone silencio, mostrando a la nodriza que desde la puerta les está atisbando con curiosidad sobreaguda.

—A ver el nene; otra vez durmiendo; déjale en la cuna: ¡qué hermoso es! Dice el ama que va a saber hablar en seguida.

Mientras charla, para acabar de serenarse, coge el niño de brazos de Agustín, le acuesta, le arropa, le mece; luego le da un beso, y quitándose del cuello la cadenita de oro con una cruz y una medalla, se la pone al bebé, «para que se vea—dice—que es cristiano».

Agustín, sin pronunciar palabra, contempla aquel revuelo de cariño sobre la cuna de su hijo, y no sabe si reir o llorar; cada palabra de ella y cada caricioso ademán le abre en el corazón una herida exquisita; ahora es él quien no se atreve a besar al bebé: tan sagrado le hacen para él aquellas caricias misericordiosas.

—Vámonos, que es tarde y abuela se puede impacientar; dale un beso a tu hijo, hombre descastado.

Él obedece, temblando como una criatura; luego besa también la cadenita de oro, que centellea, medio escondida entre los encajes del bebé.

—Es demasiada, demasiada emoción para mí — piensa o siente.

El caso es que, hundiendo la cabeza entre las ropas de la cuna, llora como un chiquillo. Ana María se ha apartado un poco y habla con la nodriza, haciéndola un sinfín de recomendaciones.

Una algarabía de campanas sacude el aire.

—¡Mediodía ya! ¡Agustín, Agustín!

Agustín se acerca, después de haber besado al chiquillo, con grandes aires de indiferencia; pero tiene los ojos un poco encarnados: con tal fuerza ha querido secarse las lágrimas.

—A casita, a casita.

—¿Los señoritos no quieren tomar nada? — indica la nodriza melosamente.

Ana María ha traído merienda preparada por las hábiles manos de Juanona; pero acepta una copa de leche y una rebanada de pan casero; luego comerán a mitad de camino, junto a una fuente que hay en el pinar.

—¡En marcha!

El velo verde vuelve a flotar al aire; los caballos salen a galope, sacando chispas a los pedruscos de la calleja.

Juana la nodriza se queda mirando al gallardísimo par de jinetes.

—¡Cosas de señorones!—murmura—; que si es la madre, que si no es la madre, que si suspira ella, que si llora él; el diablo que los compre, si los entiende... Entretanto el crío debe estar con hambre.

En efecto, se le oye alborotar. Juana filosóficamente le acalla; él se deja acallar, si cabe, con mayor filosofía. La leche blanca y tibia fluye entre los labios del nene con generosidad indiferente; la fuente de vida deja correr su caudal, sin pararse a pensar para quién corre; la boca golosa la bebe sin saber de dónde llega.

Así se está el cielo tan quietamente azul sobre el grupo que forman la mujer y el niño, en cuya contemplación un poeta acaso pudiera fingir tal vez honda, tal vez rústica, tal vez superficial poesía. Mientras el niño está mamando, la mujer come un pedazo de pan. El mediodía es caluroso; pero la sombra de la parra es fresca; sobre unas matas de romero runrunean unas cuantas abejas; fuera de este rumor, todo es silencio en el huerto, en el cielo, en el aire, y a fuerza de sentir la caricia cálida del silencio y del mediodía, satisfechos los cuerpos con la refacción tan humilde de la leche y del pan, quietas las almas, una por niña y otra por vacía, los cuerpos poco a poco caen en sopor, y la mujer y el niño se duermen: él, con el generoso pezón en la boca; ella, teniendo aún en la mano un pedazo de pan, que un momento después cae al suelo y viene a picotear un gorrión.

Entretanto Ana María y Agustín siguen su galope; van tan de prisa porque acaso no se quieren hablar; pasan la polvorienta carretera; entran en el pinar; la sombra fresca les sobrecoge gozosamente.

—La fuente está un poquito más allá—dice Ana María.

Y ponen los caballos al paso. Pronto, entre las peñas, se oye el correr del agua; siguiendo el arroyito llegan al manantial; el agua salta fresca: cristal y espuma; hay un poco de hierba por el suelo y algunas piedras chatas; echan pie a

tierra, esta vez servida Ana María por Agustín, que se estremece un poco cuando, al ayudarla a desmontar, siente en los brazos el peso inevitable del cuerpo; comen rápidamente.

—¿Cómo has venido?—pregunta ella.

—No sé; cuando te vi marchar esta mañana, no te rías, me pareció que la casa se quedaba tan sola...; me fuí a mi cuarto y no sabes qué triste me puse pensando en que... bueno..., en que no tengo a nadie a quien querer; tú no estabas en casa..., abuela no se había despertado... ¿No te entran a ti algunos días tristezas de esas y deseos de dar un abrazo... no sé a quién? Pensé en el chiquillo; buena ocasión para venir a verle... Como Anita no está en casa, no tengo que explicarle a nadie dónde voy; hace dos semanas estuve también; ¿no te lo dije? Me vine, y...

—Sí.., también yo esta mañana tenía esos deseos que dices... de querer mucho a alguien... y también pensé en el niño...; es decir, venía pensando hace ya tantos días... ¡Qué hermoso es!

Los pinos, sin cesar, hacen, moviendo blandamente las ramas, un ruidito dulce; también el agua corre blandamente y hace un dulce ruidito también. Ana María, que, sentada en el suelo y apoyada en un tronco, oye susurrar el agua y los pinos, cierra los ojos para pensar que este momento es bueno y que la vida debería quedarse aquí. ¿Qué importa, cuando se está en el corazón del pinar, lo que ha pasado o lo que tenga que suceder? Ahora que el mediodía parece eternizar el tiempo, ahora que el verano naciente duerme la vida, ¿por qué pensar más allá de estos árboles o de esta hora, por qué no detenerse para siempre en ella, sin ayer, sin mañana, sin remordimientos y sin añoranzas? ¿Por qué lo que fué ha de ser una carga para el corazón, y hemos de llevar, cruz a cuestas, el peso de otros días? ¿Por qué la vida no ha de ser nueva a cada instante y recién nacida y sabrosa

como fruto acabado de coger? ¿Por qué empeñarnos en no olvidar? Todo eso de perdones y de ofensas y de sombras viejas que se proyectan sobre las vidas, no tiene sentido ni razón; puesto que en esta hora sentimos el deseo de vivir, vivamos sin sufrir la pesadumbre de los minutos viejos que se nos han muerto. ¿Qué me importaría que haya querido a otra, si ahora, en este momento, que es para mí como toda la vida, me quisiera a mí?

—Ana María.

—¿Qué?

—No te asustes..., soy yo. No sé en qué estás pensando, pero tienes la cara triste...; yo también tengo pena, ¿sabes?, y quisiera decirte..., no..., que tú adivinaras no sé qué cosas.

—Estaba pensando en lo fácil que sería la felicidad si tuviésemos todos el valor de vivir de acuerdo con lo que sentimos, o con lo que creemos sentir minuto por minuto... No me hagas caso..., éstas son doctrinas desmoralizadoras...; los pinos tienen la culpa, y lo bien que se está aquí, al fresquito, junto a la fuente. Vámonos.

—¿Porque estamos bien quieres que nos vayamos? Espera un poco. Hablemos...

—Hablemos.

Naturalmente, el silencio más hondo sigue al doble propósito de hablar.

—Estamos elocuentes —dice Ana María pasado un rato—, y eso que tú tenías no sé qué cosas que decirme.

—Más quisiera que tú las hubieras sabido adivinar.

—¿Tan arduas son para dichas?

—Tanto.

—¡Válganos la Virgen! Casi me das miedo.

—¿Por qué cierras los ojos?

—Para ver si así te atreves a decírmelas.

—Es verdad, ¿verdad que no quieres a nadie?

—Quiero a mucha gente: a la abuela, a Pedro, a mi ami-

ga, a Manuela, a muchos chiquillos, al tuyo más que a otros, a ti...

—No es eso lo que te pregunto; quiero decir querer... de amor.

—¿A quién quieres que quiera?

—A muchos...

—Con uno sería bastante; sepamos.

—Por ejemplo..., al que te dió esas flores.

—Estas no me las ha dado nadie—responde Ana María, despreciando del pecho la rama florida en que están clavados los ojos de Agustín—; son madreselvas que he cogido yo misma a la puerta de casa; ¿las quieres?

—¿Me las ofrecerías lo mismo si te las hubiera dado él? —pregunta Agustín, mientras sujeta, casi con reverencia, la rama en el ojal.

—No—responde gravemente Ana María.

—¿Por qué?—vuelve a preguntar Agustín, que apenas respira.

—Porque no se debe ofender el cariño de nadie.

—¿Tú sabes que te quiere?

—Lo sé.

—¿Porque te lo ha dicho?

—Porque me lo ha dicho...; ya ves tú si es triste la vida para todos. Él me quiere a mí, yo no le quiero a él...; así habrá en el mundo unos pocos más versos melancólicos. ¿Era eso todo lo que tenías que decirme?

—Yo no sé hacer versos, Anita.

—No te hace falta.

—Ni sé ofrecer ramos de flores con suspiros dentro; pero estoy seguro, ahora seguro, ¿sabes?, de que te quiero con toda mi alma.

Anita se le queda mirando con los ojos y el alma de par en par.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Por qué me lo dices con ese aire tan triste?

—Porque es lo mismo que decirte adiós.

—¿Es que piensas marcharte?

—¿Qué quieres que haga?

—No te entiendo—dice Ana María con no poco asombro.

Él pone la cara lo más cómicamente triste del mundo.

—¿Qué quieres que haga?—repite—. No tengo valor para estarte viendo todos los días... y saber que no me quieres.

—¡Es verdad! piensa Ana María—; se me había olvidado que le dije que ya no le quería; habrá que desandar lo andado.

Tal regocijo le causa el pensamiento, que se echa a reir; él la sigue mirando, todo triste y confuso.

—¿De qué te ries?—se atreve apenas a preguntar.

—De nada—dice ella; y levantando los ojos al cielo:—¡Pero qué obscuro está! Si parece que va a haber tormenta.

En efecto, va a haber tormenta; mientras han estado comiendo, pensando, charlando, han pasado casi dos horas y el cielo se ha encapotado ferozmente; no podía menos con el bochorno de por la mañana. Hay que darse prisa a volver, porque una tempestad en el bosque debe ser miedosa de veras; tanto es el miedo que a Ana María parece entrarle, que se olvida de tranquilizar siquiera con una buena palabra al pobre pecador arrepentido, el cual la ayuda con toda contrición a montar a caballo; monta a su vez, y suspira al emprender en seguimiento de ella un desaforado galope. Ya bajo los árboles empiezan a caer las primeras gotas; cuando llegan al puerto el turbión es deshecho, amenizado con truenos y relámpagos formidables; toda la serranía retumba; el cielo arde; los caballos no quieren andar y no hay remedio sino echar pie a tierra.

—Buscaremos—dice Agustín—alguna choza de pastor.

Después de un rato dan con los restos de algo que puede

haber sido cobertizo, entre unas piedras; allí pueden guarecerse un poco y esperar a que pase el turbión, que ahora es de granizo. El pobre velo verde cuelga empapado y triste sobre el sombrerón, no menos maltrecho. Apenas guarecidos, Ana María acude a remediar el desastre de su tocado; también rizos y trenzas andan bastante desmadejados con el agua, el viento y el galopar.

Agustín la está viendo peinarse, no sabe si con pena o con alegría. Después de todo, está satisfecho por haberse atrevido a decir lo que hace tantos días le estaba atormentando; tantos días, porque pocos después de su memorable pelea junto al arroyo descubrió que aquella paz de corazón que tan satisfecho le tenía era ni más ni menos amor resucitado; y desde entonces habían comenzado melancolías nuevas, agravadas con la amarguísima seguridad de lo muy simpático que le era o parecía serle a Ana María el niño de los versos. Temiendo estuvo que no tendría nunca valor para llegárselo a decir; estaba convencido de que ella tenía indiscutible derecho a ofenderse y que se ofendería de seguro ante la confesión peliaguda; pero—pensaba para justificarse—¿tiene un hombre la culpa de dejar de querer y volver a querer? Lo dicho, dicho está: ella, afortunadamente, no se ha ofendido: verdad es que se ha echado a reir; pero ¿no hemos quedado en que las mujeres se ríen por todo? Sin embargo...

Ana María ha terminado de recogerse el pelo, y casi al mismo tiempo ha cesado la lluvia. Un brillante arco iris cruza el horizonte de banda a banda, porque las nubes huyen y el sol vuelve a salir. Cambiante es el cielo en días de verano; pero ¿acaso lo es menos un corazón de hombre en días de amor? Pensando, pensando, mientras el cielo se serena y ellos vuelven a montar a caballo y emprenden la bajada de la vertiente, la momentánea satisfacción de Agustín se cambia en tristeza casi desesperada.

—¡Bastante adelantamos con habérselo dicho, si a ella no le importa!—Recuerda también cómo imprudentemente ha dicho que se piensa marchar; el mundo tan grande le da un poco de miedo. ¡Decididamente, la vida es una cosa complicada y estúpida!

—¡Qué bien huele el aire después de la tormenta!—dice Ana María—; y, mira, allí a lo lejos, al otro lado del valle se ve llover.

—¡Se ve llover!—repite Agustín casi con rabia; de qué cosas se les ocurre ocuparse a las mujeres en los grandes momentos: ¿qué nos importa si llueve o si no llueve?

—¡Ya se ven los árboles de casa!

Agustín no responde.

—¡Qué fresco se habrá puesto el jardín con la lluvia!

Sigue el silencio por parte del galán.

—¡Lástima que el granizo haya estropeado muchas flores!...

Continúa el mutismo.

—¡Cómo se habrá asustado abuela!... Pero ¿qué te pasa?—dice volviéndose a mirar al silencioso acompañante.

—No me pasa nada.

—¡Has puesto una cara!...

—¿Tan particular?—pregunta Agustín furiosamente.

—¡Qué mal genio tienes!—dice ella con la mayor dulzura—; escúchame, estás enfadado conmigo... y haces mal.

—No estoy enfadado—responde, vencido como siempre por los ojos de ella—; es que me da tristeza pensar.

—Dices que me quieres—interrumpe con suavidad Ana María—y te aseguro que quisiera creerlo; pero ¿quién me responde de que sea verdad?

—Te juro...—empieza él impetuosamente.

—¡Silencio!—dice ella, llevándose graciosamente un dedo a los labios—; no hay que jurar en tarde de tormenta, porque es tomar al rayo por testigo. Hoy dices que me quieres,

casi con el mismo temblor en la voz con que hace unas semanas me dijiste que querías a otra.

—¡Ana María!

—Digo que te quisiera creer.

—¿Es que tú...?

—No hablemos de mí. ¿Qué es hoy? ¿lunes?... martes, miércoles... ¿quieres que dejemos ocho días de plazo... no, siete, hasta el sábado de la semana que viene, para ver si el corazón te engaña?

—¿Y entonces me prometes...?

—Entonces te prometo que le preguntaré en serio al mío lo que piensa de ti. ¿Conformes?

—Como quieras.

—Tregua sentimental; de aquí al sábado, fraternidad y silencio.

Ana María se torna a reir, y como acaban de bajar la vertiente, torna a poner el caballo a galope. Agustín la sigue; no vuelven en todo el camino a pronunciar palabra.

Todo el valle está fresco y fragante como un amanecer; las zarzas en las lindes de los huertos diamantean con las gotas de lluvia que se les han quedado entre las hojas; algunos pájaros trinan y gorjean; en los charcos del camino se mira el sol; en el cielo azul corren a toda prisa los últimos jirones de nubes; el aire está lavado y fresco; da gozo respirar.

Don Francisquito, que está a la ventana rimando en pensamiento la vespertina paz del valle con una melodiosa nostalgia, ve pasar a lo lejos a los dos jinetes, y reconoce, no sé si con los ojos o con el corazón, el velo verde de la dama de sus melancolías; con lo cual la rima que estaba floreciendo en ilusión quiebra su ritmo con un ¡ay de mí!, que los siglos futuros han de admirar seguramente, y sobre el cual han de caer no pocas lágrimas de lindas novias, y se han de secar no pocas flores puestas como registro y fragante recordatorio.

Juro que pasados no sé si años o días de esta tarde, abriendo un libro, he visto con mis propios ojos sobre este ¡ay de mí! una violeta; y hay quien también me jura que más allá de no sé qué mares, entre las páginas de otro libro, halló una hoja de rosa sobre el mismo ¡ay de mí! Que tal destino alcanzan, pasados tiempos y cruzados mares, estas rimas truncadas en melancolía de los poetas que desde las ventanas sueñan sobre los valles a la tardecita.

XII

No hay que hablar de los inacabables reproches que a la vuelta de su excursión tuvieron que escuchar Ana María y Agustín de labios de doña Margarita, de Manuela, hasta del pacífico Pedro.

—La señorita volvía hecha una sopa.... daba lástima verla..., iba a coger una enfermedad—murmuraba la indignada sirvienta—; el señorito también está calado... ¡ay, qué imprudencia!

—¡Estos niños—clamaba la abuela—acabarán conmigo!

Afortunadamente, unas tazas de te, ropa limpia y los últimos rayos de sol, que se daba el gustazo de brillar a más y mejor poco antes de ponerse, repararon completamente los estragos causados por la tormenta, y la velada transcurrió, como de costumbre, en paz, con música, con charla y con no pocas ilusiones, añejas unas, renacientes otras, algunas acabadas de brotar dentro de todos los corazones.

Pedro estuvo inspirado como nunca en la ejecución de sus románticas sonatas; la noche fué estrellada si las hay; los ruiseñores dieron en la espesura del jardín un concierto maravilloso; abrieron unas cuantas magnolias; no hay que decir toda la fragancia que echaron a volar por el aire; naturalmente, no quisieron ser menos las madreselvas, ni los jazmines, ni unas cuantas varas de nardo, ni las copas en flor de las acacias; de todo lo cual Ana María pudiera haber escrito

una fragante crónica interminable, porque sabemos que pasó la mayor parte de la noche sentada al balcón, mirando a las estrellas y dejando vagar los pensamientos.

De Agustín no sabemos a ciencia cierta cómo pasó la noche. Es probable que también contemplara un rato a las estrellas y que luego durmiera profundamente para desquitarse del pasado insomnio; acaso en sueños oyera el campaneo del viejo reloj y descubriera la oculta poesía de sus sones.

Ello es que la mañana despuntó, como tantas otras del mes de junio, alegre, serena, con su rocío sobre todas las matas, trinos y gorjeos en todos los árboles, alegría en el cielo y buenos olores en el jardín; y que con la mañana despuntó una alegría nueva en el corazón de la novia, y una profunda paz inusitada en el corazón de Agustín.

Púsose o trabajar el escultor desde bien temprano. Andaba atareado con una idea a la cual no acertaba a dar forma; algo que fuese representación viva de la fuerza y el jugo de la tierra, de la paz del campo, de la frescura de las mañanas campesinas y la tibieza de sus atardeceres, tal cual él las venía gozando en aquellas semanas llenas de sol. Terminada apenas la estatua dolorosa, sintió la sobradísima, grata necesidad de obra nueva, de trabajo fresco; ni el más leve asomo de cansancio le había quedado en las manos o en el espíritu; ¡a trabajar, pues!

Ana María también despertó trabajadora.

Terminadas todas las menudas ocupaciones caseras de la mañana sentóse a coser en el jardín, y, como de costumbre, mientras cosía, cantaba a media voz. Es la costura buena cómplice de todos los felices o dolorosos ensoñamientos femeninos; mientras la aguja corre y el hilo sube y baja están el pensamiento libre y la imaginación despierta; mas el acompasado movimiento de la mano que sube y que baja encadena con cierto ritmo las que de otro modo serían desatadas

fantasías, y el hilo ensarta las perlas que desensartadas van cuajándose y ata en ramo las flores que se van abriendo; en las penas también el ritmo parece dominar el dolor, y los ojos bajos esconden las lágrimas. Una mujer me ha hecho inesperadas revelaciones sobre el placer de la costura; parece que hay para algunas de ellas, en la tela blanca, un poder de atracción sólo comparable a la de las blancas cuartillas para los que nacimos con la sabrosa comezón de escribir; que el unánime lienzo pide pespuntes a las manos ágiles; que es una deliciosa voluptuosidad sentir entre los dedos el bien pulido acero de la aguja, cuando ya encandilada corre que corre, y mirar la graciosa curva del hilo, y admirar la simétrica serie de puntadas, y desenrollar la hebra del terso carrete, y enfilarla con pronta habilidad, y pararse un instante a deshacer un nudo... y seguir cosiendo y seguir cantando; me ha dicho que no hay gozo comparable al de rematar con puntada sabia un ojal perfecto, o al de seguir a punto de festón una presilla diminuta...; cosas de mujeres, en fin, misteriucos hondos y pueriles, que a nosotros los hombres nos hacen sonreir, pero que ayudan a pasar la vida a tantas mujercitas en el taller tedioso o detrás de los vidrios del balcón del no menos tedioso gabinete, cosiendo, cantando... y soñando mientras cosen y cantan. ¡Imaginad, si a tanto podéis llegar, poetas, todos los cuentos de maravilla que se habrán ensartado durante medio siglo en la hebra de la aguja de esas costureras viejas ya y solteronas que encontramos inevitablemente recluídas en el abominable cuarto de costura, con vistas al patio, de nuestros hogares burgueses! Puntaditas menudas sobre la tela blanca: sois como signos de un inacabable poema, el poema que sueñan las mujeres, del cual sólo conocemos el ritmo. Confieso que un cestillo de labor me causa, desde que me han contado esas cosas, una emoción extraña y casi reverente, como un nido en el que estuvieran durmiendo peregrinos pájaros cantores.

El cestillo de Ana María es la pulcritud misma y el arreglo sumo: parece que los pájaros cantores han de ser correctísimos y virtuosísimos en sus cantatas; sin embargo, el vaivén de la aguja es un poquito irregular; a veces va de prisa, con mano firme; las puntadas cunden y deben ir derechas como la línea recta, ni más ni menos; pero luego el compás se pierde, el ritmo se trunca; hay pocas puntadas para mucho tiempo, y están irregularmente distribuídas. Vuelve, más tarde, la actividad; corre la aguja que es un primor, pero bien pronto torna a detenerse; el lienzo descansa en el regazo, las manos ociosas se cruzan, la gentil costurera alza los ojos y se queda mirando con fijeza al ramaje que le da sombra, o los baja y atisba con no menor curiosidad el ir y venir de unas cuantas atareadas hormigas.

Así va pasando la mañana, entre cortos momentos de trabajo, cantares truncados e inacabables distracciones; de cuando en cuando también se oye cantar a Agustín en el estudio. Cuando la voz gozosa del artista vuela por el jardín, la costurerita sonríe como una bienaventurada, aunque la canción no suele ir muy a tono...

—¡Qué cosa tan sencilla y tan quieta es un día feliz!

Ana María está bordando consideraciones sobre esta idea plácida, que se le ha ocurrido sin saber cómo, cuando Manuela se presenta agitadísima.

—Señorita, señorita. .

—¿Qué hay?—pregunta Ana María un poco asustada.

—Una señora que quiere ver al señorito.

—¿Al señorito?

—Sí, señora, al nuestro, al señorito Agustín; dice que le conoce mucho, que es amiga suya; viene con un chiquillo del pueblo.

—¿No la conoces?

—No, señorita; es muy guapa... y muy descarada. Ahí viene, y eso que le dije bien claro que esperase en la puerta.

Ana María se ha puesto en pie al oir el «¡ahí viene!» Un poderoso presentimiento la sobrecoge; ni un solo momento duda quién pueda ser la visitante; de un golpe se lo ha dicho el corazón; se yergue, como apercibiéndose a la defensa, y está guapa de veras en su fiera actitud; hasta la inmaculada blancura de su traje diríase que adquiere reflejos de acero, y en la hondura de los ojos, más negros a la sombra del sombrero, se aguzan las consabidas lanzas.

—Llévate la costura, y déjame.

—¿Se va usted a quedar sola, señorita? No tiene buen mirar.

—¡Qué tonta eres! ¿No dices que viene a ver a Agustín?

La forastera llega senda adelante, con paso decidido; Ana María se la quisiera comer con los ojos; viene vestida con elegancia extravagante y lujosa; de buen gusto, a pesar de todo, tiene que confesarse Ana María, con ligerísimo matiz de despecho. La tela del traje es una sutil trama de seda que parece tejida por arañas y que forma al andar pliegues maravillosos; maravilloso es también el color, un azul copiado quién sabe de qué cielos, no, tal vez de unos mares en cuyas aguas, al mismo tiempo que el cielo azul, se estén reflejando las frondas de una pomposa orilla. Sobre el extraño azul, como sobre las aguas leves rizos de espuma, caen algunos discretos encajes; el sombrero es de atrevida forma, con estrépito de flores y plumas; bajo él, los rizos negros cubren la estrecha frente; los ojos de jacinto toman terribles reflejos purpúreos de la roja sombrilla con que la dama se defiende del sol.

—¡Qué alta es!—piensa Ana María—. Alta y airosa, con gracia serpentina. — Al andar va moviendo las faldas con un garbo que a Ana María se la antoja incomparable y le hace pensar un poco entristecida en su serenidad de estatua; la otra, a su vez, se le queda mirando: la misma serenidad que a Ana María tanto le pesa; la elegancia del traje blan-

co, perfecto de línea y sencillez; la gracia del sombrero, en el que están prendidas al desgaire las flores frescas; los ojos tan valientes y la frente altiva, le producen admirativo asombro. Las dos mujeres se miran y se envidian mutuamente.

—¡Señora!—exclama Ana María adelantándose.

—¡Señora!—responde Carmelina, esbozando una sonrisa y una inclinación.

Ana María ni se sonríe ni se inclina, y pregunta desde muy alto y con bastante sequedad:

—¿Qué deseaba usted?

—Vengo a visitar al señor Aldana; me han dicho que su habitación está al otro lado del jardín, y con permiso de usted voy...

Habla con ligerísimo acento extranjero, con voz cristalina e insinuante.

—¿A verle?—interrumpe Anita con voz y ademán no menos suave, cerrando el paso a la visitante, que se dispone a seguir su camino—. Lo siento mucho, pero no es posible.

—¿Cómo?—exclama Carmelina un poco molesta.

—El señor Aldana—explica Ana María imperturbable—está trabajando y no recibe a nadie.

Carmelina sonríe:

—Eso no importa: yo no he de molestarle en su trabajo, y estoy segura de que si supiese que estoy aquí...

—Lo siento mucho...—vuelve a decir con suavidad hipócrita Ana María.

Naturalmente, hay una pausa; en dos frases la conversación ha llegado a un punto que es un rompimiento de hostilidades; es preciso no sólo apercibir las armas, sino elegir con maña blanco para el golpe. Ana María se encastilla con soberana táctica en profundo silencio; ante su actitud, que parece decir «hemos terminado», no hay sino hacer la más elegante cortesía y retirarse por el foro. Bien lo comprende Carmelina, pero no se resigna a perder la batalla tan

sin combate; por consiguiente, no se va, ¿qué ha de irse?

—¿Usted sabe quién soy?—interroga audazmente.

—Me lo figuro—responde Ana María.

—Esa ventaja me lleva usted, porque yo no puedo figurarme a quién tengo el gusto de hablar.

Ana María no se digna aclarar el misterio, y hay otra pausa, que vuelve a romper Carmelina con un nuevo arranque de audacia.

—Estoy segura de que Agustín me espera.

El «Agustín» en labios de aquella mujer es para Ana María como una bofetada en pleno rostro...

—Señora — dice con voz un poco alterada—, no sé si Agustín espera a usted o deja de esperarla; sé que está trabajando, que está en mi casa y que, mientras yo pueda evitarlo, usted no le verá.

—¿Está usted segura de ello?

—Segurísima.

—Grandes derechos parece usted tener sobre la persona del señor Aldana.

—Sin duda usted cree tenerlos mayores...

Carmelina se echa a reir; Ana María se queda mirándola con asombro.

—¿Le sorprende a usted que me ría?

—Confieso que no veo el motivo.

—¿Usted no se ríe nunca sin motivo? No me mire usted con esa cara de susto: no estoy loca ni la quiero a usted mal; pero la situación tiene gracia, y usted es una mujer simpatiquísima.

—¡Señora!—exclama Ana María, que ya no sabe si está soñando.

—¡Simpatiquísima! Ya me lo figuraba yo, porque pensar que Agustín se iba a pasar dos meses metido en un rincón y sin dar señales de vida, no habiendo por medio una cara bonita, sería pensar lo imposible.

—No sé con qué derecho...—dice Ana María a media voz.

—¿Me atrevo a decir que es usted muy bonita? ¡Tantos se lo habrán dicho a usted! Más me convendría que lo fuese usted un poquito menos; pero ¿qué le vamos a hacer? La verdad es la verdad, y la verdad es ésta: ¿Usted dice que sabe quién soy? Pues bien, tal como soy, Agustín no puede ser más que mío: a usted, por ser usted quien es, no la merece.

—Usted no sabe quién soy yo, ni si Agustín...

—Agustín tiene muy buen gusto; usted, que es lindísima, como ya hemos dicho, es al mismo tiempo honradísima, como atestiguan los colores que le salen a usted a la cara al verse no más que frente a frente de una mujer como yo.

—Yo no he dicho...

—No hace falta decirlo, porque tiene usted ojos lo bastante elocuentes; quedamos, pues, en que sería usted una mujer ideal para el señor Aldana, si el señor Aldana no hubiese tenido la suerte o la desdicha de encontrarme a mí por el mundo, con lo cual ha quedado perfectamente inútil para toda virtuosa historia sentimental... Créame usted a mí, que le conozco a fondo, y sé que ya no tiene remedio.

Ana María logra serenarse y se queda mirando de hito en hito a la extraña mujer.

—Permítame usted—dice—que no discutamos sobre este punto; usted puede seguir creyendo o dejar de creer que el corazón de Agustín — también ella pronuncia este nombre, Agustín, con tono que quiere decir mío —, de Agustín—repite—, es de usted o no lo es, y que está dañado para siempre o no lo está: yo, naturalmente, no habría de seguir a usted por tales vericuetos, que me parecen indignos de toda mujer que se respete, aunque tuviera esas pretensiones que usted me atribuye; pero aquí no se trata de corazones, sino de conveniencias: estoy segura de que para la tranquilidad de Agustín conviene que usted no le vea, y no le verá usted.

—Por lo visto, Agustín me tiene un miedo espantoso.

—¿Usted cree...?

—Cuando le ha hecho a usted revelaciones tan terribles acerca de mi humilde persona...

—¿Usted se figura que han sido terribles?

—En vista del empeño que usted pone en no dejarme llegar a él. Francamente, no creí que le hubiese quedado tan mal recuerdo mío.

—¡Cosas del mundo!—dice Ana María, que no puede menos de sonreir.

—¡Tiene usted razón, cosas del mundo!—responde la otra con serenidad imperturbable—. Como si le estuviera oyendo: víbora atormentadora, cruel..., mala sierpe.

—Cuando usted lo dice...

—Es que le conozco el estilo; el pobre tiene una afición desoladora a las grandes palabras. Pero no haga usted caso a los hombres cuando hablan mal de una mujer.

—Aseguro a usted que se equivoca.

—Si no me ofende, al contrario; la fama de esfinge y de cruel es más agradable de lo que parece. Cuando un hombre insulta, es que no ha podido olvidar.

—Agustín no se toma el trabajo de insultar a usted.

—Esa es ya una mala noticia; por lo cual me permito no creerla.

Ana María vuelve a sonreirse.

—¿Se ríe usted de mí?

—De lo que usted dice.

—Es lo mismo... y me alegro: eso prueba que empieza usted a hacerme justicia.

—¿Justicia?

—Sí, perdiéndome el miedo.

—¡Ah! ¿yo también le tengo a usted miedo? Me parece que ésta es ya demasiada presunción.

—Es usted una mujer admirable.

—Gracias—responde Ana María con bastante sorna.

También ella piensa que su contrincante es una peregrina mujer, y aunque le va en ello el corazón, no puede menos de divertirse con la escaramuza. Además, está espantosamente sorprendida. Por la manera con que Agustín le habló de sus dolores, por el mirar cruel que en la estatua tenían los ojos de jacinto, por la historia del hijo abandonado, acaso y sobre todo porque aquellos deshechos amores fueron la primera realidad del pecado con que chocó directamente la intacta pureza de su espíritu, había ella rodeado la figura de Carmelina de un rojo ambiente de tragedia; habíala siempre imaginado vestida de fatalidad, con palabras tremendas en los labios, poco menos que con el puñal en la diestra y en la siniestra la copa de cicuta; y la mujer que tenía delante respondía mal a la imagen fatídica que ella se había tan dolorosamente complacido en formar: era más bien graciosa que terrible; por todo su atavío corría un aire de frivolidad; aquel perfume que ella había soñado trastornador, era sencillamente de heno recién cortado; con lo cual, más el leve carmín que rosaba las mejillas morenas, y la palabrería que se escapaba tan cristalinamente de la boca teñida en rojo vivo, más evocaban al mirarla los ojos y la mente ideas de pradera que de abismo.

Ana María, tan joven de alma como de años, a pesar de toda su agudeza intelectual, no había llegado a saber cómo los hombres disculpan ante sí mismos la flaqueza de sus corazones, haciendo una tragedia de cada uno de sus vencimientos, y cómo, para conservar la ilusión de su fortaleza, dan categoría de Mesalina a la primera mujer que les domina con toda facilidad y les abandona con toda tranquilidad. Así, Agustín, que tantas veces había oído reir a Carmelina, seguramente no creyó mentir al afirmar la noche memorable que aquella mala sierpe no se reía nunca. En relatos de amores y traiciones es prodigiosa la inspiración masculina, y no

lo es menos la hondura de maldad o la profundidad de astucia, que junta con turbadores encantos de hermosura extraña poseen, en todos los capítulos de autobiografía narrados, por hombres, las damas que acertaron a burlarlos; y es natural, porque, señores, ¿no sería triste reconocer que a nosotros, poseedores por todos los derechos divinos y humanos del privilegio de la suprema intelectualidad, nos hubiese vencido y explotado, y aun mandado a paseo a la vuelta de la primera esquina, una hembra sin más valor transcendental que el de unos ojos lindos, ni más fuerza fatal que la de su capricho ni más misterio que el saber otorgar y negar oportunamente la golosina de sus frescos labios?... No, no; el género mujer es para nosotros necio por esencia y débil e insignificante; hay excepciones, muy pocas, eso sí..., pero, amigos, cada uno de nosotros ha tenido la suerte trágica —suerte triste y, por lo mismo, trágicamente hermosa—, siempre que sale con las manos en la cabeza de una de estas lides sentimentales, de haber recibido el golpe de manos de una mujer excepcional...! Lo cual, si no consuela, enorgullece; los pliegues de la túnica son nobles, la sangre mana roja, y si la herida queda abierta y el pecho partido, también la fortaleza está en pie.

Ana María, mirando y oyendo a Carmelina, tiene un leve vislumbre de estas verdades fundamentales; de ahí su sonrisa un poco maliciosa, y la serenidad con que sigue el combate que empezó turbada y temerosa por la sombra de la fatalidad.

—Esta buena señora—piensa mientras sonríe—es, después de todo, una mujer como yo: un poco más alta, un poco más morena; concedamos que un poco más elegante; pláceme seguir la batalla y darme la instructiva diversión de averiguar «qué tienen dentro» estas muñecas, que tal maña se dan a robar corazones.

Como toda la ciencia psicológica no puede aprenderse

de una vez, Ana María, que acaba en este instante de descubrir el gran misterio de la fragilidad masculina, sigue creyendo cándidamente que en todos los casos el amor es achaque de los corazones; por lo cual en todo este peregrino diálogo bien habrá podido observar el lector cómo ella habla a cada tres palabras del corazón de Agustín, mientras que de los labios de Carmelina no brota ni una sola vez el absurdo vocablo.

—Y no esperaba hallar guardado el cerco por dragón tan amable.

Es Carmelina la que sigue hablando.

—Imaginaba usted—replica Ana María—que, además de no dejarla entrar, iba a despedirla descortésmente.

—Es curioso—dice Carmelina por toda respuesta.

—Curioso, sí—repite Ana María.

—¿Había usted pensado alguna vez en mí?

—¿Por qué me pregunta usted eso?

—Porque yo había pensado en usted muchas veces.

—¿En mí?

—En la mujer que tenía... digamos secuestrado a mi ilustre amigo..., porque, como creo haber dicho, Agustín, sin una mujer...

—Bien—interrumpe Ana María—; ¿y qué había usted pensado de mí?

—Todo, menos la verdad; por el camino he venido estudiando la situación, y...

—¿Qué?

—Que... estudio perdido.

—¡Todo sea por Dios! Usted habría ensayado una escena trágica, con gritos, con lamentos, con grandes ademanes. Acaso me ha visto usted a sus pies pidiéndole ese corazón que usted dice haber ganado para siempre; acaso a nuestros gritos ha soñado usted que salía Agustín, y, puesto a decidir entre las dos bravas amantes, cogía a usted del brazo y

se iba por el mundo, dejándome sumida en la desolación; lamento que no haya sido así y que la musa trágica haya perdido esta bella ocasión de inspirarnos con sus más nobles gestos; pero esas son cosas que no pueden pasar en este mundo mío: ¿quién comprende el drama en este jardín, con esta paz, con esta luz, con lo bien que huele y lo muy dulcemente que cantan los pájaros? No hay posibilidad de oda heroica; todo aquí es madrigal; así es que, pidiéndole mil perdones por la desilusión, sólo me resta suplicarle, lo más amablemente posible, que se retire y no insista en turbar con desplantes de efecto esta tranquilidad en que vamos viviendo lejos del mundanal ruido.

—¿Es ésa la última palabra de usted?—pregunta Carmelina frunciendo el ceño.

—La última.

—Pues ahora voy a decir yo la primera.—En aquellos ojos color de jacinto se encendió una llamarada hosca y en la boca se dibujó el gesto despiadado que Ana María había visto ya en la estatua sierpe: fué como si los frívolos ropajes cayeran de pronto y quedase la mujer hecha mármol, desnuda e implacable. —Usted, señorita, tiene mucho talento y habla como un libro; comprendo que este lugar no es propio para escenas violentas; pero comprenda usted también que una mujer como yo no corre Europa de punta a punta buscando al hombre a quien tiene perfecto derecho o perfecto capricho a llamar suyo, si ha de contentarse cuando llega a su puerta con una escaramuza de palabras. Yo no he de retroceder ante ninguna clase de violencia para salirme con mi gusto; por lo demás, estoy de acuerdo con usted y creo que la suavidad es cosa admirable y digna del mayor respeto.

—He dicho que no—responde Ana María duramente.

—¿Tan segura está usted de la voluntad de Agustín?

—Tan segura.

—No lo está usted tanto de su cariño.

—Eso es cosa mía...

—Y mía también, puede usted creerlo... Y puede usted también estar segura de que él no le agradecerá a usted mucho esta obstinación. Supongamos que me marcho sin verle, como usted desea: puedo volver mañana; puedo escribir. No es él quien se alejó de mí; cuando sepa que he vuelto, y lo sabrá, puede usted estar segura de que vendrá a buscarme.

Ana María se ha puesto muy pálida. ¡Si aquella mala hembra fuera a tener razón!... El es verdad que cree que ella le ha abandonado para siempre... y luego, ¿no es también degradante para ella el defender así un amor como quien defiende una presa? O como quien defiende a un niño..., piensa en súbito arranque de ternura; entonces se da cuenta de que sabe que el alma de Agustín es frágil y es débil; entonces se da cuenta de que teme por él y de que tiene miedo por la recién florecida dicha. ¡Sí, Agustín es como una criatura!... Y, misterio del amor femenino, siempre protector para con nosotros los fuertes, al comprender que el amado es acaso indigno, al arrojarle, al derribarle del pedestal le recoge en los brazos y le estrecha más fuerte que nunca contra su corazón.

Pero Carmelina está a su lado, mirándola entre arrogante y compasiva.

—Acaso—piensa Ana María—tiene derecho a tenerme lástima; acaso está en lo justo y sabe más que yo en este misterio; sepámoslo todos; allá va mi dicha a cara o cruz.

—Venga usted conmigo—dice imperiosamente, y echa a andar.

Carmelina la sigue, dominada por el altivo empaque del gesto y de la voz.

—¿Dónde?—pregunta.

Ana María no responde. En silencio cruzan al jardín. Es

ya mediodía y la arena de los senderos echa chispas; las flores inclinan las corolas, medio muertas de sed; apenas hay sombras en el suelo. Carmelina se enreda en una invisible tela de araña; el traje blanco de Ana María refleja el sol y parece un ascua; la sombrilla roja de Carmelina es entre los bojes del laberinto una flor monstruosa y cruel; llegando a los tilos, Ana María se detiene un poco; allí se respira mejor en la frescura de la sombra, y muchos pájaros están piando en el ramaje; dentro del pabellón todo es silencio. En el vestíbulo no hay nadie. Ana María levanta el cortinón; Agustín, que tal vez ha conocido el paso, no vuelve la cabeza, porque le gusta dejarse sorprender: está trabajando. Ana María le mira un instante; una desesperada emoción le sobrecoge a la vista de la rubia cabeza, un poco inclinada, donde sin duda ahora está aleteando su imagen. - Acaso —piensa— yo voy a desterrar irremediablemente esa mariposa.—Y da un paso atrás.—¡Cobarde! —grita entonces en la más alta región del espíritu la voz de la altivez -, ¿acaso tienes tan bajo corazón que pueda contentarse con un amor logrado a hurto? ¡Cara a cara y en batalla campal se ha de ganar la dicha!

—Pase usted —dice volviéndose a Carmelina; y con la voz más suave, quieta e indiferente que jamás se ha oído salir de labios de mujer, añade dirigiéndose al escultor:

—Agustín, aquí hay una señora que quiere hablar contigo.

Luego sale al jardín.

VIII

Suele acaecer que algo dentro del alma nos avisa cuando se acercan a nosotros los episodios de malaventura. Así, merced a la vaga influencia del presentimiento, estamos casi siempre y en cierto modo apercibidos para los males que nos esperábamos, y con ello suele amenguarse el choque de las emociones. Ya un poco triste, sin saber por qué, la pena que llega, si hiere, no sorprende, y hay ocasiones en que el corazón, enojado contra sí mismo por la que él juzga insensibilidad, se pregunta con cierta desilusión sentimental: ¿no duele más que esto una pena grande?

A medida que va pasando la vida, de cada tristeza, aun de las consoladas, nos va quedando en el corazón un sedimento melancólico; así los golpes se embotan en él, y parece que los viejos no sienten, dicen que el alma está cansada; creo yo que está sencillamente tan empapada en restos de amargura, que una amargura más no le sorprende; y en la sorpresa, es decir, en el choque de la felicidad inconsciente con el puñal desconocido está exclusivamente el dolor material de la pena. ¡Cómo sufren los niños, y cómo duele y cómo se llora la primera amistad que se rompe!

Luego hay almas que no tienen más que una flor de juventud; el primer golpe de adversidad las hunde para siempre; hay otras, más vivaces o más afortunadas, en cuyo jardín—ya es sabido que cada vida tiene su jardín—se renueva el

maravilloso florecimiento primaveral dos, tres, acaso cuatro veces; cada primavera es un nuevo cariño de los hondos que se levanta en el corazón; porque, después de todo, ésta—querer y quererse—es la única razón de la vida, y el cariño el único perfume, y las solas palabras que valen algo son las que llevan cariño dentro. Y poco vale que miremos al cielo o al agua que corre, si al bajar o al alzar la mirada, después de la contemplación, no hallamos en el aire, a la altura de nuestros ojos, otros en que desleir la emoción que le hemos robado al agua o al cielo; y nada es que oigamos una música de las maravillosas, si al menos no soñamos que la oye un oído amigo; y de bien poco sirve a nuestra felicidad que escribamos versos llenos de alma o prosas llenas de corazón, si no pensamos que un espíritu comprendedor y una voz querida van a acariciar, cuando las lean, las palabras que estamos escribiendo. Mariposa del alma es el cariño, y eso que llamamos amor no es sino un color más sobre las alas: ni va más fuerte el aleteo, ni sabe más a miel la miel de las flores; el corazón quiere, los ojos aman; pero acaso los ojos se cansan de amar, y el corazón no sabe cansarse de querer; por eso para el amor cansado se ha inventado una frívola palabra, olvido, que no es doloroso; para el cariño roto no ha podido encontrarse palabra con que disfrazar el dolor, y se dice dolor, ni más ni menos.

Por esta fecha el alma de Agustín estaba en su tercer florecimiento primaveral, quiero decir en su tercera flor de cariño y segunda de amor, puesto que Ana María fué su primera novia y ahora es su muy amada; pero escasamente podríamos decir que aquel primero y este tercer cariño son el mismo, aunque el azar los haya puesto en la misma persona. Ni a él ni a ella se le ocurre pensar un solo instante que están renovando el noviazgo antiguo; en esta primavera han brotado flores no sospechadas, y de aquellas remotas apenas queda un vago recuerdo de perfume, y como son jóvenes y

sanos de cuerpo, y en la pausa sentimental que hubo entre primavera y primavera no existió —aunque ellos firmemente creen que ha existido—ningún derrumbamiento definitivo ni sangrienta catástrofe, ambos gozan la buenaventura con absoluta fe; y tan hundidos están en el goce del sueño maravilloso, y tan protegidos por el escudo de luz, que el presentimiento no ha podido llegar hasta ellos.

Así Ana María, aquella mañana, cosiendo y cantando, pensaba que la felicidad es cosa naturalísima, y no oyó al corazón anunciarle conflictos; así Agustín no adivinó tampoco quién venía a buscarle cuando ella quietamente le dijo: «Aquí hay una señora que te busca». Ni siquiera volvió la cabeza: la voz de Ana María era para él una música plácida, y le gustaba oirla desgranarse en el aire; muchas veces no la miraba hablar, ni la atendía al sentido de lo que ella estaba diciéndole; bastábale escucharla para ser feliz, y algo—que él no sabía cómo llamar—se le dilataba pecho adentro y se le empapaba en sana y deleitosa frescura al caer de las palabras de ella. Ni más ni menos — pensó un día que estaba viendo llover—como la tierra se esponja y se dilata y es feliz cuando cae sobre ella uno de estos chaparrones veraniegos. Verdaderamente, es una gloria que en verano comience a llover con tanto ruido y luego siga el agua cayendo con maravillosa paz, y hasta pueda lucir el sol en medio del chubasco, y entonces el agua diamantee y el verde de praderas y planteles sea tan luminosamente profundo y jugoso.

Con todo esto, Agustín estaba esperando las palabras que habían de seguir a las pocas que Ana María pronunció en la puerta y que no habían tenido para él sentido ninguno. Pasitos menudos cruzaron el salón. — ¿Por qué no había?— pensó vagamente el enamorado. Una mano se le apoyó en el hombro; hasta entonces persistió la ilusión. Ana María, no muy mimosa por naturaleza, acostumbraba esta caricia

un poco fraternal; él no solía volver la cabeza, sino que miraba hacia adelante, seguro de encontrar los ojos de ella en un espejo que había colgado en la pared frontera; a esto llamaba él mirarse por poderes, y ella se reía al oirlo. Pero esta vez, antes de que los ojos llegasen a hacer el movimiento acostumbrado, la voz de Carmelina dijo:

—Soy yo.

En algunas tardes de las muy quietas de verano, cuando está el cielo más azul, un trueno inesperado viene a romper la paz, y como por ensalmo se desencadena la tormenta, tan fiera y prestamente, que apenas se acierta a comprender cómo tantas nubes han podido llegar en tan poco tiempo. Sucede que mientras van las nubes llegando a toda prisa se alza un gran viento, y una gran polvareda se levanta en calles y caminos; puertas y ventanas se cierran con estrépito; caen algunos cristales; ramas de árboles se quiebran y desgajan; las madres gritan desde las puertas para llamar a los rapaces que están jugando, y tanta es la intensidad de turbación y la presteza con que todos huyen, que cuando resuena el trueno segundo, aunque sólo ha pasado un instante desde que estallara el primero, diríase que han transcurrido horas desde que el cielo estaba azul, y que la serenidad del aire es cosa olvidada de puro pretérita.

Tal fué la voz de Carmelina, tan dulce, sin embargo, y con tales amables resonancias de plata y de cristal. —Soy yo— dijo, como quien dijera: —Soy la felicidad que vuelve—; pero en el rostro, y sin duda en el corazón, de Agustín, apenas oída, se desencadenó la más desatinada tormenta; púsose en pie con tal violencia, que casi hizo caer a Carmelina, apoyada como estaba en su hombro; luego huyó al otro extremo de la habitación, con aire y gesto—justo es, ¡ay!, confesarlo—más bien cómico que melodramático.

—¡Tú, tú aquí! – dijo con originalidad matadora.

Carmelina por toda respuesta se echó a reir. Ya sabemos

que a Agustín la risa de las hembras le desconcertaba furiosamente.

—¿Por qué te ríes?—preguntó, como es fama que tantas veces había preguntado en otras ocasiones.

—Por nada—es fama también que estuvo ella tentada de responder; pero, atendiendo sin duda a la gravedad de las circunstancias, juzgó prudente variar la fórmula, y dijo, o más bien balbuceó entre trino y trino; lea el lector, si gusta, entre carcajada y carcajada: —Por la cara que has puesto al recibirme: cualquiera diría que te doy miedo.

—¿Por qué has venido? ¿Quién te ha llamado? ¿Qué derecho tienes a entrar aquí?—dijo Agustín, acercándose a ella, con ademán poco tranquilizador.

—Muchas cosas preguntas a un tiempo—respondió Carmelina con toda serenidad—; con tu permiso, me sentaré para responder.

—No hace falta, porque vas a marcharte ahora mismo.

—¿De veras? Estás hoy muy galante. No pongas mala cara, porque de todos modos me he de sentar; estoy cansadísima: ¡vaya unos trenes y unos caminitos que se usan en tu tierra!

—¿Quieres acabar de una vez...?

—¿De explicarte por qué he venido? Todo lo puede el amor, hijo; creí que te había dejado de querer, y nada; tu recuerdo y la sombra de Nino, todo uno; soy una Semíramis mucho más fiel de lo que parece...

—Sí, ¿eh?

—¿Lo dudas? Todos mis triunfos, sin ti, cenizas. Galas, banquetes, glorias... ¡vanidad, como dicen que dijo... quien sea! Hasta de bailar he perdido el gusto; por todo lo cual he decidido volver a buscarte.

—Di que se te acabó el dinero.

—¡Qué materialistas sois los hombres, y qué empeño tenéis en amargaros las alegrías! Sólo a ti se te ocurre estro-

pear con dudas monetarias la felicidad de este encuentro.

—Felicidad dices...

—¿Para ti, no? Para mí, incomparable: figúrate que vengo desde Viena. ¡Qué país tan poético es España! Pero ¿dónde están los naranjos y las palmeras? En San Sebastián me detuve dos días para ver una fiesta de toros; creo que conquisté a un matador. Ahora nos iremos juntos a dar una vuelta por Andalucía. ¡Qué viaje! Figúrate que llego a Roma, a nuestra casa, y me encuentro con que te has ido. Salió a abrirme la puerta una inglesita como una azucena; a poco la araño pensando que me estabas siendo infiel. Por supuesto, que aquí... ¡valiente don Juan estás tú hecho! ¿Quién es esa niña, también medio inglesa, que no me quería dejar entrar?

—Pero ¿qué estás diciendo?—interrumpe Agustín medio loco —, ¿qué hablas de viaje y de toreros? ¿Quién te ha dicho que estaba yo aquí?

—El corazón.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tu fama, hijo: los hombres célebres no podéis vivir ocultos; todos los periódicos del mundo han dicho que te habías retirado al seno de tu hogar a dormir tus laureles; hasta en uno creo que leí el conmovedor relato de una fiesta íntima con la que tu familia y amigos celebraron, etc., etc.; allí supe el nombre de este oasis, de esta florida residencia señorial, de esta...

—¡Maldita farmacia y maldita prensa!—piensa Agustín, que reconoce en las palabras de Carmelina el estilo del boticario corresponsal.

—De esta cuna del genio, escondida en las raíces mismas de la sierra...

—¿Quieres callarte?

—¿Es que vas a hablar tú?

—Sí; para rogarte que te vayas inmediatamente.

—¡Qué hospitalarios sois en esta casa! Lo mismito me ha rogado ella.

—¡Ella!—grita Agustín en el colmo de la exasperación—. ¡Ella! ¿Tú has visto a Ana María?

—¿Ana María se llama? Bonito nombre.

—¡Tú!

—Sí, yo; ¿no lo sabes? ¿No la oíste hablar cuando entramos aquí?

Agustín se enfurece desatinadamente.

—¿La has visto, la has hablado?

—Sí, hijo mío, sí. ¿Te ofende, te molesta? Claro: la pureza en compendio, la inmaculada, la virgencita..., y yo, ¡naturalmente! Profanación, ¿no es eso? Sus castos oídos y mis palabras pecadoras... No tengas miedo, he sido escandalosamente correcta; dos ángeles, hijo; ella de blanco, yo de azul; la paz del jardín, el cielo sin nubes: madrigal puro, como ella dice.

—¿Le has dicho quién eras?

—¿Para qué?

Agustín respira; acaso Ana María no sepa. Le duran poco las ilusiones.

—No se lo he dicho porque ella lo sabía: tal retrato debes haberle hecho de mí; eso prueba que no me has olvidado; pero he venido a tiempo, ¿verdad? Si no llego te cazan y te casan; ¡pobre artista mío! Dame las gracias y siéntate aquí; ¡tenemos que hablar de tantísimas cosas!

Agustín está completamente desconcertado: ¡qué pícara maña tienen las mujeres para guiar la conversación! ¿Y quién argumenta cuando ellas vienen decididas a no oír y a decírselo todo? Claro es que le entran deseos furiosos de abofetearla a golpes, a insultos; pero ¿cómo levantar la mano o la voz sobre una criatura que desde el sillón donde se ha dejado caer con el más elegante abandono nos habla suave y gozosamente y nos mira con la más aterciopelada amabili-

dad? Con la cara más nublada del mundo pasea el estudio arriba y abajo.

—Siéntate aquí—repite ella—. ¿Qué adelantas con estar dando vueltas como oso en jaula? Me pones nerviosa. ¿No tienes nada que darme de comer? ¿Por qué no hablas?

—Porque no tengo nada que decirte, ¡ea!—responde él en un súbito arranque de energía.

—¿Así estamos?

—Así.

—¡Muy bonito! ¿Sabes lo que estás mereciendo? Que me vaya y no vuelva en mi vida a acordarme de ti.

—Es lo mejor que puedes hacer.

—Creo que me lo has dicho ya tres veces.

—Te lo diré trescientas; porque es la verdad, la única verdad; entre tú y yo no hay nada; quisiste romper y rompimos..., y yo le doy gracias a Dios a todas horas de que se te ocurriese tal idea. He dicho. Buenos días. Ahora mismo te vas; creo que pasa un tren a media tarde; te acompañaré a la estación; el mundo es grande, y espero que podremos pasar la vida sin volver a encontrarnos.

—¡Qué reloj tan curioso!—dijo ella como si no le hubiese oído—, ¡tan viejecito! ¿Es de los que hacen música cuando da la hora? ¡Y cuántas cosas lindas por todo el estudio! Jarritos de cobre de los que a mí me gustan, ¡y qué flores! ¿Permites?

Levantándose empezó a curiosear por el cuarto, y, cortando una flor de geranio, se la prendió en el pecho.

—¡Carmelina! gritó Agustín desatinadamente.

—¡Qué a gusto se debe vivir en esta casa! ¿Aquí trabajas? ¡Cómo cantan los pájaros! ¿Otra habitación?

—¿Dónde vas?

Sin responderle, Carmelina se entró en el saloncito.

—Y aquí descansas. Buenos sillones, ¿eh?, para cerrar los

ojos y hacer proyectos. ¿Qué es esto? ¡Una rueca! Prodigioso: Fausto y Margarita. ¡Hilemos!

—¡Carmelina!—volvió a gritar él, interponiéndose violentamente antes de que llegase a tocar la rueca.

—¿Qué te pasa?—preguntó ella mirándole con asombro fingido—. Me has asustado.—Y comprendiendo a medias, se apartó un poco, sin insistir.—¡Lindo retrato el de esta mujercita sobre la chimenea! ¡Qué ojos tan dulces y qué boca tan sería! Parece que nos mira enfadada... ¿Quién es?

Agustín cogió la miniatura y se la guardó en el bolsillo. Carmelina sintió grandes deseos de echarse a reir; pero, afortunadamente, se contuvo a tiempo. Siguió dando vueltas.

—¡Albricias, albricias!—gritó de pronto: sobre el velador había encontrado unas cuantas galletas, un jarrito con nata y un plato con fruta, restos del desayuno de Agustín... —¡Qué egoísta eres! Te digo que me estoy muriendo de hambre, tienes aquí todas estas golosinas, y no se te ocurre ofrecérmelas; ¡con lo que a mí me gustan los albaricoques a la crema! También hay un poco de café, pero está frío; dame un fósforo para encender el hervidor.

Sin responder palabra, Agustín le tiró la caja de cerillas y se dejó caer en un sillón, escondiendo la cara entre las manos.

Carmelina hizo prestamente sus preparativos; pronto el hervidor empezó a cantar; ella pelaba las frutas con destreza y gracia; las amontonaba en el plato; las rociaba de nata y azúcar; luego comía golosa y deliciosamente; se oían crujir las galletas entre sus dientes afilados.

Agustín, medio loco de desesperación, hubiese querido estrangularla; cada vez que oía chocar la cucharilla con la porcelana del plato se le crispaban todos los nervios; ella le enviaba sonrisas por sobre la taza, mientras tomaba a sorbos el café.

—¿Es posible que un hombre esté obligado a sufrir esto de una mala mujer?

Ella pareció adivinarle los pensamientos; se puso un poco seria, pero no dijo nada.

Terminada la colación, que duró bien cerca de media hora, al cabo de la cual las ideas de Agustín eran como caballos locos en una pista endemoniada, ella se levantó con toda calma, y cruzando la habitación en sabias y felinas curvas, vino a apoyarse en el respaldo del sillón en que él se había refugiado. Tenía la cara escondida entre las manos; ella suavemente puso sobre las de él las suyas y le echó la cabeza hacia atrás: claro es que él recibió con un bufido el ademán cariñoso; pero acaso ella tenía descontado el fenómeno, porque no pareció darse por ofendida, y sin decir palabra empezó a enredarse en los dedos los rizos rubios de él; él hizo un gesto de desesperación, pero se estuvo quieto; entonces ella empezó a hablar quedito.

—¡Qué inocente eres; pero qué inocentísimo, criatura! ¿A quién se le ocurre más que a ti, infeliz, venir a enterrarse en un rincón porque tiene pena? Claro que yo me alegro de que te diese pena encontrarte sin mí; pero... ¡ay, artista mío, cuánta falta te hace tu Carmelita loca! ¿Sabes que por el mundo no habla la gente más que de ti y de mí? Sí, señor talentazo, de usted y de su arte y de su estatua; ¿te acuerdas? Bueno, ahora vale más no pensar en los tiempos pasados, porque mientras tú tengas esa cara fúnebre, todos los recuerdos se echan a perder. En flor estaban todos los granados de nuestro jardín cuando pasé por Roma. ¡Mira que tantas flores y no estar nosotros allí para verlas! No digas nada; ya sé que yo tuve la culpa, claro que la tuve..; ideas pícaras..., no..., es que no sabía lo mucho, mucho, mucho que te quiero. ¿Que no te quiero? Un día de éstos lo voy a probar, a ver si te convences; es decir, bien te lo estoy probando con haber venido a buscarte, despreciando por ti..., no te rías..., pompas y honores; porque aunque todo el mundo y sus alrededores habla de ti, como he tenido ya el

honor de decirte, en los pocos ratos que le quedan libres habla de mí, sí, señor, y me admira, y dice que somos tal para cual, ¿has oído?, tal para cual; sí, señor hombre célebre, ¡hemos nacido el uno para el otro!

La perorata terminó con un trino de risa, destinado sin duda a ser como sello musical y gozoso de la inevitable reconciliación; pero tal fué y tan fúnebre el silencio que Agustín dió por toda respuesta al sabio discurso de Carmelina, que el trino cayó con las alas rotas; hubo una pausa asaz penosa, durante la cual hizo la dama un leve mohín de despecho. —Sordo está el oído a los halagos—pensó—; amor nuevo tenemos guardando la puerta. Y vió en desagradable evocación la figura de Ana María: el traje blanco, las rosas del sombrero, aquel empaque y aquella triunfadora sonrisa.

—¡La novia!—dice quedito; y aunque apenas se oye a sí misma, le sobrecoge todo el encanto de primavera, de juventud, de frescura sentimental que hay en esta palabra, ¡la novia!, que parece hecha de rosas de zarza y de viento madrugador, y de juncos que, si ese viento pasa, se inclinan con toda majestad y toda gracia sobre el agua del río, y de fresas, y de espuma de leche, y de cantares a la tardecita, y de notas de cuco en la noche fragante, y de chorros de agua que brotan en las peñas y que alguien bebe fresca en la copa que forma el hueco de unas manos... ¡la novia! Para la amante es la novia temerosa visión, así como la amante es para la novia visión terrible; miedo se tienen y admirativa envidia se suelen tener; claveles contra lirios y amaneceres contra mediodías. Carmelina piensa que ella no ha sido novia nunca; es un poco triste haber segado las espigas antes de que nacieran las amapolas; pero...

—Niño, niño—dice con seriedad, acaso menos fingida de lo que ella piensa—, veo que esto se va poniendo grave; mírame, dime la verdad: ¿de veras, de veras no te has alegrado al verme?

Agustín se levanta y va a sentarse al otro extremo de la habitación, junto a la mesa, en la cual apoya los codos. Ella le sigue, se sienta frente a él, y apoyando también los codos en la mesa, como el tablero no es muy ancho, quedan los dos frente a frente y muy cerca.

—Estás pálido y tienes la cara triste—dice mintiendo descaradamente—; sí, triste, y con una arruga en medio de la frente; no cierres los ojos para no verme: si de todas maneras me has de ver... Te voy a contar una cosa de un día que..., pero no, no quiero ya contarte nada, porque tú no lo habías de oir: ¡pobre de mí!

Una inspiración súbita impulsa a Carmelina hacia la cuerda sentimental; no se sabe qué ha leído en los ojos de Agustín al mirarlos tan de cerca, tan frente a frente; ello es que, dejándose caer de bruces sobre la mesa, rompe a sollozar. Agustín se la queda mirando con asombro; luego con cierta curiosidad, con interés luego; ella sigue llorando, sin levantar la cara, con grandes sollozos que le sacuden el cuerpo bruscamente, y no habla; la furia de Agustín decrece poco a poco, y su desconcierto cambia de matiz; el llanto continúa desolado y hondo.

—Es cosa extraña piensa—que esta mujer pueda llorar; en otros tiempos no lloraba nunca.

Es verdad: Carmelina no acostumbra a malgastar lágrimas; pero ¡por una vez! Los ojos de Agustín le habían dicho cómo él tenía el corazón movido de sentimentales emociones; por eso todas las armas de frivolidad se habían embotado en su blandura; era preciso combatir emoción con emoción. Sin duda el plan no es malo; entre la borrasca de sollozos Carmelina oye cómo Agustín se pone en pie y empieza de nuevo a pasear agitadísimo; cómo, poco a poco, el paseo, que empezó acelerado, se va aquietando; cómo se reduce la línea de operaciones; cómo el paseante se acerca a ella; cómo le pone la mano en el hombro. Casi se le escapa un grito de triunfo.

—¡Carmelina! dice la voz un poco alterada de Agustín; ella no responde, porque, naturalmente, las lágrimas no le dejan lugar para ello—. ¡Carmelina!—repite Agustín—, mírame.—Un más hondo sollozo responde.—Mírame, te digo.

Como la voz comienza a dar indicios de nuevo enfado, Carmelina juzga prudente no prolongar la situación y alza la cara bañada en las más lamentables y hermosas lágrimas que puedan soñarse; a través de ellas los ojos parecen tener en la mirada toda la honda tristeza del mar. ¿Aseguraremos que Agustín no experimenta, siquiera sea levemente, cierto halago de satisfacción orgullosa al ver tan bellamente llorado su desdén por la mujer un tiempo tan amada? No hemos de atrevernos a tanto.

—¿Por qué lloras?—dice.

Donosa pregunta y bien fácil de contestar. Podéis creer, lectoras, que la elocuencia de Carmelina no desaprovecha la ocasión; primero balbuciente, después humilde, arrebatada luego, con toda la llama y el empuje de la turbación loca de la más desatada pasión. ¿Que por qué llora? Porque le quiere; porque es suya de siempre y para siempre; porque es muy desdichada; porque el mundo es cruel y la vida infame; porque ojalá le hubiese encontrado de niña, y bien triste es su suerte que la trajo a sus brazos perdida ya y maldita; porque le quiere, porque le quiere, la suprema razón, la razón insensata; porque no puede vivir sin su cariño; porque la tierra toda, ahora lo ha aprendido y con cuánta tristeza, no tiene sentido para ella, y es un cuento necio y una canción loca si le falta su amor; porque suya, suya es su alma y suyo su cuerpo, este harapo de carne que por suerte o por mayor desdicha es todavía hermoso, y que le ofrece, no para el amor—¡con todo esto bien ve que él no la ama!—, sino para su arte, para barro vivo y mármol palpitante donde él pueda aprender hermosura, sí, la triste hermosura que no puede ganarle el corazón.

Todo esto y más, con más hermosas lágrimas y más elocuentísimos silencios, con todos los patéticos ademanes que su arte de danzas le tiene tan bien enseñados, con la maravilla de la voz rota y la magia del ritmo truncado, con todo el serpentino halago del amor largamente aprendido.

¡La novia! ¡Y qué ha de hacer la novia sino cubrirse el rostro y salir en silencio! Ella se estaba quieta y silenciosa en el corazón del amado, tal vez sonriendo ante las risas locas de la amante; pero he aquí que las apasionadas ficciones comienzan a encender en el amado la hoguera de humo turbio, y ella sale, escondiendo el rostro, para no ver o para no llorar, en su ramo de lirios, y el corazón de él se queda indefenso y desamparado.

De cómo justó Carmelina aquella memorable batalla, debe haber un sabroso y emocionante relato en algún rincón de librería. Pasemos. Es fama que al arte viejo de vencer por amor a un hombre que no ama ni quiere amar, añadió ella bordados, gorgoritos y florituras completamente inéditas y forzosamente irresistibles. Dicen que fueron víctimas en la lid las flores y las plumas del pobre sombrero, que tan poco de ver tenían en el caso; me han hablado también de trenzas deshechas y madejas de rizos desmelenadas por modo admirable; de un desmayo final de gran efecto.

¡Pobre Agustín! ¿Es de asombrar que se dulcificasen sus iras ante el halagador espectáculo de tan artística desesperación femenil? ¿Ni que moviese a dar siquiera leve consuelo a la bellísima desconsolada? ¿Ni que, después de repetidos alardes de fortaleza, balbucease a su vez y hasta se le enturbiasen un poco los ojos? ¿Ni que puesta la bella enemiga a pedirle promesas con voz moribunda, con voz no menos moribunda prometiese él todo lo que ella quiso pedir? ¿Ni que viniendo la muy ladina a hablar del hijo como lazo real y vivo e irrompible entre cuerpos y almas, olvidase él que ella no había mostrado quererle nunca en los tiempos

felices—¡qué suave deleite sabía ella poner en la mera unión de estas dos palabras!—, en los tiempos felices en que, teniéndole a su lado, no se le ocurrió nunca estrecharle contra el pecho o ponerle un beso en los labios rojos? No es de asombrar, y más fuertes cayeron, caen y han de caer. Ya hemos dicho cómo era Agustín bastante impulsivo y fácilmente impresionable.

Carmelina se arreglaba al espejo el maltrecho edificio de la cabellera. Agustín, dos pasos más allá, la miraba un poquito confuso, asombrándole algo que, después de tan reñida batalla emocional, tuviese ella la cara tan fresca y los ojos tan plácidos: él, que apenas había llorado, sentía un escozor en las mejillas y un malestar tan raro del lado del corazón..

—Hambre pura—definió ella, cuando él le comunicó la extraña sensación—; ¿tú sabes qué hora es? Las tres de la tarde; en charla y charla se han pasado más de dos horas; ¡qué infames sois los hombres! ¿A qué hora sale el tren?

—A las cinco y media.

—Tenemos tiempo de comer; me acompañas; damos el gran paseo juntos; me voy, pero te espero, ¿qué es hoy, lunes?, el miércoles sin falta.

—El miércoles sin falta—dice suspirando Agustín.

—¡Y eres capaz de suspirar! ¡Di que te pesa que haya venido! No lo digas; lo esencial es que vamos a ser muy felices. En marcha, y conste que debías venirte hoy mismo.

Agustín balbucea una disculpa: la abuela enferma... no está bien marcharse sin decir adiós.

—No está bien—asiente Carmelina, prudente—; pasado mañana; iremos a buscar al chiquillo, y verás qué vidita.

Salen al estudio. Carmelina se hace enseñar la estatua: es de saber que ella nunca ha podido entender de escultura; le parece bien, naturalmente.

—Pero no es tu género, querido. ¿Ves?, este aire calmoso

no es para ti; tú necesitas mundo, y vida, y quien te haga soñar y agitarte... y sufrir—añade sonriendo.

—¡Sufrir!—repite él, que en tal crítico instante se admira a sí mismo y hásta se compadece un poco.

—¡Ay, calamidad, grandísima calamidad, con qué aire tan interesante suspiras! Para que yo te tenga lástima, ¿verdad?, y te quiera un poquito más; tendré que ir aprendiendo, porque siento que se me acaba la ciencia. Sí que es lindo el estudio; pero ya arreglaremos otro más bonito. ¡Qué alegría me dió cuando supe que nuestra estatua te había hecho ganar la medalla! ¿Dónde está?

—¿La medalla?

—La estatua.

—La vendí—confiesa Agustín algo confuso.

—¿A quién?

—No sé; a un ricacho americano, creo.

—¿Te dieron mucho?

—Cinco mil duros.

—Tres mil me debes. Y a propósito: ¿tienes siquiera ciento por ahí? Un préstamo, ¿sabes? Como estaba segura, ¡pobre de mí!, de que te encontraría en Roma, no cogí más que un puñadito para el viaje, y ahora estoy casi pobre, ¡ingratísimo!

Agustín vuelve al saloncito en busca del dinero; ella sonríe muy satisfecha.

—¡Ajajá! Eres un muchacho admirable y espléndido; un abrazo en recompensa... ¿Se escandalizarán estos muros?

Agustín está un poco inquieto.

—Si hemos de comer—dice—antes de que se vaya el tren.

Salen. El jardín está solo, y a él, que le tiene tan conocido, le parece un nuevo jardín; más triste y, sobre todo, más vulgar. Ella, al pasar, va cortando flores, y cuando salen a la carretera lleva un gran ramillete.

Procurando él no entrar en el pueblo, llegan a la estación;

hay un fonducho, y mientras el tren llega pide algo de comer; aunque los manjares son detestables, ella come con buen apetito; pero él no puede atravesar bocado; charlan; el vinillo español alegra a la peregrina danzante, que hace castillos ruidosos, como fuegos artificiales, en el aire un poco bochornoso; le brillan los ojos extraordinariamente.

Agustín, bastante turbado y un poco entristecido, piensa que acaso tenga ella razón, y que su verdadera vida esté en el ruido, la inquietud y la fiebre de la bohemia existencia a que ella ha venido de nuevo a lanzarle; sí, eso debe ser, cuando ella lo dice.

Ella lo dice todo, haciendo sonar para él nombres que antes le han sido familiares y que ya iba empezando a olvidar. Proyectos viejos surgen de las cenizas, y las olvidadas visiones de países remotos y de pintorescas lejanas perspectivas: el mar de Grecia, el cielo de las noches de Palestina, y París con todas sus luces y todo su frou-frou de seda, y el olor especial de sus calles a gasolina y a hembra perfumada; y Londres con sus parques de terciopelo, y sus niños, y sus corderos, y sus grandes hoteles, donde a la noche, después de los festines, fuman con soberana gracia y beben a sorbitos el café aquellas mujeres altas como palmeras, con ojos azules, con caras y hombros y desnudos brazos blancos de nácar y rosas de clavel; y las quietas ciudades de Holanda... y Brujas...

—Luis Gayoso está en Brujas.

Ella se ríe.

—Me le encontré y me dijo que te ibas a casar con tu prima.

Él frunce el ceño; ella comprende que ha dado un paso en falso. Afortunadamente llega el tren.

—¡Si vinieras conmigo hasta la primera estación!

Al subir en el tren siente Agustín un extraño estremecimiento; tantas veces ha partido con ella para viajes inacaba-

bles... No hablan; pero van solos en el vagón, y ella suavemente le aprieta la mano; pocos minutos dura el trayecto; ella bien quisiera prolongar la escapatoria, pero el tren cruza allí; es preciso decirse adiós.

—Adiós, no; hasta pasado mañana; si no llegas, el jueves me tienes aquí; ya lo sabes.

—Adiós.

Hay una linda y breve comedia de lágrimas. Arranca el tren; el pañuelo que escondía los ojos cae sobre la falda; Carmelina suspira y sonríe.

XIV

Agustín se queda en la estación dudando si subir al tren o hacer a pie el camino de vuelta; al cabo se decide por volver a pie. A campo traviesa y por atajos hay poco más de una hora de viaje, y andando tendrá tiempo de pensar despacio y resolver una porción de arduos conflictos. Aun queda buen rato de luz, puesto que las tardes de junio son las más largas del año; pero la fuerza del calor meridiano pasó, y comienza a sentirse el vientecillo grato del atardecer. Agustín, quitándose el sombrero costumbre suya antigua, pues como criado en el campo, gusta de sentir el aire libre sobre la cabeza desnuda—, echó a andar.

Primero hay sembrados de cebada y trigo, entre cuyas espigas cabecean unas cuantas flores; luego, campos enteros de amapolas que sangran violentamente al sol de la tarde; por los ribazos, matas de margaritas tienden, cubriendo la aridez del suelo, sus tallos tenaces. Las flores blancas y oro, un poco duras, van bien con la rudeza del terreno en que han nacido; las peludas borrajas ofrecen miel a las abejas en sus copas azules.

Agustín va de prisa; ya hemos dicho que quiere pensar.

—La situación es grave y fastidiosa; tengo que marcharme, puesto que así lo he prometido, y porque... pero...

El campo de espigas ondula movido por el viento tan

leve; esta ondulación distrae a Agustín de sus pensamientos.

—Es extraño—se dice a sí mismo—cómo en la Naturaleza no se está nada quieto, y cómo toda forma se deshace en tal movilidad. Dicen que el movimiento es la vida; así este campo vive cuando, a descompasado compás, inclinan sus cabezas las espigas y vuelven a alzarlas pausadamente, y la línea deja de ser línea; y por lo tanto, el arte es siempre embustero y siempre insuficiente, puesto que inmoviliza lo que jamás ha estado inmóvil...—Aquí se da cuenta de su distracción.—¿Qué me importan ahora—exclama con enfado—la línea o la no línea, ni el arte ni los campos? Lo esencial es pensar en lo mío y resolver. ¡Justo! La situación es grave y fastidiosa; yo tengo que marcharme, porque lo he prometido... pero...

—Es incomprensible la maravillosa mentira de la luz—ha llegado a los campos de amapolas—; ¿no se diría que el aterciopelado rojo de esas flores tiene luz en sí mismo y es inmortal, inacabable la esencia misma de la flor, fuego y terciopelo?... y, sin embargo, cortada la flor, el terciopelo no existe, y a la luz de la luna... ¿cómo será el color de un campo de amapolas a la luz de la luna?

Esta vez la distracción le irrita positivamente.

—¡Necio se necesita ser para pensar en luces y en colores estando en semejante situación; porque, no hay duda, mi situación es grave y fastidiosa, horriblemente fastidiosa; y tengo que marcharme mañana, puesto que se lo he prometido... pero...

Pasa por una ermita, que es al mismo tiempo camposanto; unos cuantos cipreses se ven tras de las tapias.

—¿Por qué los hombres habrán hecho de los cipreses—piensa—símbolos de duelo, cuando se ven erguidos, destacándose tan limpiamente del fondo azul del aire? ¿No se diría que tienen cierto empaque de sereno gozo, algo mujeril y al mismo tiempo fuerte?... Sí, son como mujeres y como

torres... Positivamente esta tarde estoy loco...; más vale dejar para luego los pensamientos. En casa, justo: en casa, sentado, quieto; con la mesa delante para apoyar los codos; se piensa mejor; al aire libre la imaginación se va de mata en mata. Comprendo que los místicos hayan sentido la necesidad de la celda para recoger el pensamiento; sí, a campo abierto, el alma es sencillamente un pedrusco, una flor, una espiga más, y estoy seguro de que para cantar la suavidad armoniosa de las praderas, los poetas se encierran a piedra y lodo; porque cualquiera hace una línea teniendo delante una sola mata de hierba que mirar; ¿por qué serán tan interesantes las matas de hierba?

Han acabado las tierras de labor. Como la sierra va estando próxima, el suelo se cubre de pedruscos, abrojos y retamas; las retamas ostentan ahora la pompa de sus flores amarillas; aquí y allá hay algunos pinos, tan retorcidos, que da lástima verlos, y unas cuantas encinas enanas. Las piedras son grises o francamente negras, a trechos cubiertas de musgo; los cardos, opulentos en su rigidez, están florecidos en penachos de iris; otros parecen estrellas de plata; otros, aún verdes, erizan sus espinas formidables. El sol va caminando hacia la puesta.

Cuando Agustín decide dejar los pensamientos para más tarde, el alma se le alegra como chiquillo que se encuentra con una inesperada tarde de vacaciones. ¡No pensar, ir dejando el espíritu como lana en zarzas, prendido jirón a jirón en cada abrojo, en cada retama, en cada pedrusco; luego enviarle al extremo occidente, donde está el mar de fuego de la puesta de sol, y dejarle navegar o sumirse en las olas de luz, de topacio fundido, de grana, o a oriente, donde el azul se empalidece con verdosas y amarillentas opacidades!...

Pasa un cabrero con su rebaño; lleva a los hombros un cabritillo, en ademán de Buen Pastor. También goza la vista resbalando sobre el lomo de algunas cabras, que parece de

cobre; allá una cabritilla acaba de saltar sobre una piedra, y pone las cuatro patas juntas en equilibrio inverosímil; otras, barbadas, tienen dijérase que rostros venerables; alguna emprende una carrera loca, y el perro corre tras ella y le muerde las patas para traerla al buen camino.

El pueblo se adivina a lo lejos acurrucado entre dos lomas; la sierra le hace un fondo gris, que en suaves gradaciones se va aclarando hasta convertirse en azul en la cumbre; azul sobre azul, las crestas y el cielo. A la izquierda del caserío hay una mancha verde, y entre ella la negra pizarra de unos tejados; son los jardines y es el palacio; el reflejo del sol que se está poniendo se ve centellear a través del ramaje en los vidrios de algunos balcones.

Al irse acercando a la casa, Agustín siente un temor como de criatura; allí tiene que estar Ana María, esperándole seguramente... y hay que decirle... y tengo que decirle que me marcho mañana. ¿Cómo decirlo y cuándo? Esta es la ardua cuestión. ¿No sería mejor huir en silencio, sin despedida, sin explicaciones? Una carta... ¡Bendita invención la de la escritura!

Agustín compone *in mente* los párrafos: «Queridísima Anita». ¿Queridísima? Es extraño llamar queridísima a la mujer a quien se acaba de traicionar... Sin embargo, lo es...; sí, yo la quiero lo mismo que antes; un poco más que antes... a pesar de lo cual no debo llamárselo...

Nuevo principio: «Anita...» también suena a cariño; hay nombres que suenan a cariño inevitablemente; no sirve. «Ana María...» No parece ella; yo no puedo llamarla Ana María, como todo el mundo; sería ridículo, puesto que desde siempre la llamo Anita... Nada; no sé cómo empezar, dejemos el principio para luego; sobre el papel se ocurren siempre ideas luminosas. ¡Adelante! «Ayer te dije...» ¡Casualidad pícara! Haberle dicho ayer precisamente que la quería, digo, que la quiero con toda mi alma—¡porque ello es verdad!, la

quiero como nunca... Sin embargo, la otra me asegura, y puede que tenga razón, que ésta no es mi vida... y además me quiere; claro que me quiere, puesto que me ha venido a buscar, dejando por mí...

Aquí Agustín sonríe levemente, halagado por algunos recuerdos de la tarde. Carmelina es muy guapa, no cabe duda... y está enamorada de él; de esto cabría duda, pero vale más no dudarlo; luego, la obligación moral del hijo es fuerte; él se había olvidado de las malas razones de la vida en el sortilegio de estos días transcurridos en paz; pero la vida ha venido a buscarle, a lanzarle de nuevo a los malos caminos, a las sendas locas.

Agustín se yergue con cierto orgullo, creyéndose poco menos que víctima de la fatalidad.—¡Destino extraño el mío!—murmura; y no comprende que la única ley de su destino está en la cobardía de su voluntad, que no sabe querer o no querer, y se deja llevar a todos los vientos, ilusionar por todas las bonanzas—léase sonrisas—o anegar por todas las borrascas—léase lágrimas—, si vienen de labios o de ojos de mujer.

Andando, andando, y dándole vueltas y vueltas al asunto, de tal modo le aumentan las confusiones, que acaba por no comprenderse a sí mismo; renuncia a escribir la carta, renuncia a hablar a Anita y a dar explicaciones; justo es confesar que de buena gana renunciaría a marcharse, pero no se le ocurre la posibilidad de semejante resolución heroica. Por una aberración, seguramente ilógica, pero omnipotente, está convencido de que la promesa que ha hecho a Carmelina, promesa ratificada—¡ay, la fragilidad de los fuertes varones!—con sellos y rúbricas de que más vale no hacer mención, es inviolable; el hecho se impone... Y Carmelina ha amenazado con volver a buscarle si no cumple o si tarda en cumplir lo prometido... y volverá inevitablemente. ¿De qué no es capaz ella con tal de conseguir su gusto?

Por otra parte, Anita ¿le quiere o no le quiere? No hay palabras que afirmen lo primero. Ayer, cuando montaña abajo él hizo su imprudente declaración, no pareció ella darle gran importancia. Aquel plazo que pidió para dar respuesta, ¿no será acaso suave ardid diplomático para dulcificar la negativa? Como le conviene creerlo, se inclina a creer que a Anita le es su amor completamente indiferente; y no recuerda que hace veinticuatro horas la sospecha de tal seguridad le hubiese puesto a punto de suicidio.

Dicen que la conciencia es un chiquillo que se duerme con la primer canción sin sentido que queremos cantarle. Así debe de ser: la de Agustín, merced a sus falaces razonamientos, está ya empezando a cerrar los ojos...; pero es el caso que ni el más profundo sueño de la conciencia puede resolver la situación, que es ésta: enamorado de Ana María, habiéndole declarado su amor y pedídole correspondencia, le ha sido infiel, y tiene que dejarla, y tiene que decirle que la deja por otra mujer a quien seguramente no sabe si quiere, pero a quien no menos seguramente sabe que ha dado inequívocas muestras de cariño.

—La situación—repite Agustín al entrar en su casa—es grave y fastidiosa, horriblemente fastidiosa.

—La situación—piensa entretanto Carmelina, mientras el tren corre a su parecer moderadamente por la parda llanura castellana—es rara y divertida; sobre todo, divertida.

Y sonríe, entornando los ojos para saborear con más intensidad los recuerdos de la jornada, que indudablemente le saben a buena golosina, ni más ni menos que a nata fresca, a besos, a risa y a flores de jardín. El ramo está a su lado en la banqueta y pomposamente grita por todos sus rojos, blancos verdes y amarillos la grata realidad de su victoria. Verdad es que no ha sido difícil de lograr; por toda sangre unas pocas lágrimas. Tampoco saben mal las lágrimas, sobre todo

cuando se recuerdan con derecho a reirse de ellas y de la ocasión en que se derramaron.

Carmelina se arroga ese derecho y se ríe, naturalmente. Luego se ríe más, pensando en la expresión tan cariacontecida que pondría Agustín si la viera reirse.—¡Pobre muchacho!—suspira con enternecimiento casi de buena ley—, se le llenaron los ojos de lágrimas sólo de oirme a mí llorar; porque verme, a decir verdad, no me ha visto; buen cuidadito tuve de taparme los ojos con las manos; si las palabras mienten, las miradas son ridículamente veraces..., ridículamente. ¿Qué dirán ahora mis ojos?

La curiosidad puede parecer peregrina: acaso no lo es; acaso las nieblas de frivolidad que envuelven el espíritu de la gentil danzante son tan espesas que, para darse ella misma cuenta de su estado de ánimo, tiene que preguntarles la verdad a los ojos, que, según ella, no saben ser embusteros. Pronto un espejito de bolsillo acude a resolver el enigma; lo primero que lee Carmelina en el cristal es un gozo imperioso y triunfante.

—Luego estoy contenta, realmente contenta; confesemos que no es para menos el caso. Pues, señor, ya me iba pareciendo esta tierra de España un tanto monótona y desprovista de aventuras. ¡Qué chascos dan estos países meridionales! En las nieblas del Norte cree una que en la patria de sol la sangre de los hombres debe de estar poco menos que al rojo blanco, y que bastará la presencia de un buen talle y de unos lindos ojos para armar un incendio de mil demonios, y nada! Ocho días llevo en el hogar del Cid, y todavía... Verdad es que he pasado de prisa por buscar al grandísimo tirano que por el pronto me ha robado el alma...

Esto lo dice con grandísima seriedad y hasta melodramáticamente; al oirse a sí misma le vuelven a dar ganas de reir. Decididamente hay días felices en la vida. Y éste lo ha sido para ella y para Agustín.

—Sobre todo para Agustín—añade *in mente* con fatuidad misericordiosa—; si no llego, le casan, le casan, de seguro, ¡pobrecito mío! Como la idea de boda trae inevitablemente al pensamiento la idea de novia, la figura de Ana María surge entre las nieblas rosadas de la meditación de Carmelina; merced a lo cual se iluminan éstas con una nueva luz a la que no hay nada que pedir por lo fulgente y cándida, pero que no parece ser muy grata a la meditadora.

—¡Ana María!, Ana María!—nombre lindo, de esos de dos palabras, que siempre suenan a aristocracia—. Y como el nombre el rostro; y los fieros ojos, y la altanera frente, y los cabellos negros, que la muy pícara lleva con majestad de corona. Para sentarse en tronos parece haber nacido la niña, y para vencer y dominar corazones. Carmelina se asombra al oirse pronunciar la palabra tremenda ¡corazones! ¡Con qué naturalidad había dicho Ana María desde todo lo alto de su blanca luz: el corazón de Agustín!

Ahora comprende ella mejor, pero mucho mejor, las veleidades sentimentales del buen Aldana; aquel su afán de poner en la frívola y riente comedia de amor suspiros, juramentos y aun lágrimas; aquel ansia de hondura, de eternidad, de casi fatalismo. El pobre muchacho no tiene remedio: el mal le lleva en la raíz misma del alma; es que cuando era niño aprendió la palabra *amor* en los labios de reina y en los ojos de abismo de su prima.

—Por lo cual—deduce filosóficamente—los hombres que han de ser artistas, y han de correr mundo, y han de amar en él, y ser amados por las reinas del gozo y del alegre amor, no debieran tener primas, sobre todo si las primas son, como en este lamentable caso, peligrosamente bonitas y tienen palabras suaves y ojos imperiosos.

Detiénese el tren. Es Madrid. Carmelina salta ligeramente, y al poner el pie en tierra echa a volar la meditación. Es de noche; a ella, las calles de Madrid la dan un poquito de mie-

do, por parecerle obscuras y preñadas de sombras de tragedia; así es que se apresura a refugiarse en la luminosa casi intimidad del hotel. El comedor, aquella noche, está lleno y ruidoso; la luz eléctrica siempre ha sido propicia a la artificialidad de sus ensoñamientos. Así, mientras, maravillosamente vestida, parte el pan, bien puede decirse que, aunque sola en su mesa, no está a solas, puesto que la acompañan, además de no pocas miradas admirativas, todos los fantasmas que el más ilusionado optimismo puede levantar en una fantasía de mujer justamente orgullosa de su belleza y segura del mundo y de sí misma.

XV

Ana María ha pasado la tarde atrozmente nerviosa; a la hora de comer ha tenido que inventar toda una larga historia para explicar a doña Margarita la ausencia de Agustín; luego, la buena señora ha querido dar un paseo por el jardín, y a mitad de la excursión ha manifestado voluntad decidida de hacer una visita al nieto ingratísimo. Para disuadirla, Ana María ha gastado palabras e imaginación bastante a llenar un libro de quinientas páginas; su amable incoherencia ha conseguido convencer a la abuela, primero, de que Agustín está ocupadísimo; luego, de que ha ido al pueblo a hacer visitas; más tarde, de que, contra costumbre, se ha llevado la llave del pabellón; a pesar del bochorno ha inventado un cierto relente húmedo y traidor, que, ¡a media tarde!, hace muy peligrosa la estancia en jardines; ha pedido a Dios fervorosamente que venga Pedro y les dé música; pero Pedro, por extraña casualidad, ha tenido bautizo con órgano esta tarde y no le ha sido posible venir temprano. La abuela ha empezado a malhumorarse.

Afortunadamente ha llegado don Francisquito. Ana María le recibe con tan agradecida sonrisa, que al pobre muchacho puede decirse que le florece el corazón, merced a lo cual está maravillosamente burlador y ameno; estos poetas melancólicos tienen así días de gracia fresca y amenidad irónica que son incomparables.

Doña Margarita se divierte oyendo la charla; diríase que Ana María también se quiere divertir; por lo menos, habla mucho, se ríe, se mueve sin cesar, mira a don Francisquito con ojos extraños, le pide versos, dice ella también unos cuantos que sabe de memoria, canta. El poeta, que nunca ha oído cantar, se conmueve extraordinariamente, y dice que aquella voz emocionante está hecha para sublimar, cantándola, la más sublime poesía; ella, entonces, afirma que unos ciertos versos de él deben ir muy bien con la música de una canción que ella sabe —¡se puede probar!—, y lo prueba, engarzando las afortunadas estrofas en una extraordinaria melodía, de cuyo autor — cuando don Francisquito le pregunta el nombre—le es imposible, completamente imposible acordarse, así como de la letra que primitivamente tuvo la tal canción.

Animado por tan peregrina falta de memoria, el poeta sueña, y se atreve a decir que ha soñado que la música aquella se ha compuesto expresamente para sus versos, a lo cual Ana María responde que bien pudiera ser, con cuyo motivo—apunta aquella noche en su diario don Francisquito—se cruzan unas cuantas miradas bastante desteñidas.

A medida que adelanta la tarde, la alegría de Ana María decae; un momento abandona el salón, y asomándose, ya que no a la torre—puesto que en el palacio no hay torre—, a la más alta ventana de la casa, atisba, como la enamorada esposa de Mambrú, campo adelante, y acaece que por la puerta de los jardines que da a la carretera ve salir a Agustín y a Carmelina y tomar el camino de la estación. —¿Se irá con ella?—pregunta el corazón angustiado—. Como la duda es intolerable, vuelve al salón para no estar sola: encuéntrase a la abuela dormida y al poeta intentando reconstituir en el piano la música de su canción, de modo que ni una ni otro la oyen entrar, y puede ir a sentarse callando en un

sillón que hay junto a una ventana, y allí comienza a meditar.

—¿Qué cara llevarán? ¡Tonta de mí, que no lo he mirado! Con unos gemelos de campo hubiera podido alcanzar a verlo, ¡y puede que aún alcance!—Vuelve a subir a la ventana; pero ya están tan lejos, que apenas si a simple vista acierta a distinguirlos, y aunque los gemelos acortan la distancia, no puede conseguir adivinarles en el rostro los pensamientos, puesto que, caminando ellos en dirección opuesta al palacio, naturalmente se les ve de espaldas.

Burlada así la observadora, vuelve al salón. Doña Margarita se ha despertado. Ha llegado Pedro y se está deshaciendo en disculpas. El poeta, junto a un balcón de los que dan a la terraza, en pie, con las manos cruzadas a la espalda, un poco inclinado hacia adelante, parece estar hablando solo tiene así la costumbre de contarle en voz queda sus pensamientos a los cristales. Ana María, sin decir palabra, vuelve a refugiarse en el sillón.

Don Francisquito, que no la ha sentido entrar, pero que la adivina, suspende su monólogo y se acerca, quedándose en pie detrás de ella. Pedro ha comenzado sus sonatas; don Francisquito apoya una mano en el respaldo del sillón; Ana María casi da un salto: ¡pícaros nervios! Él sonríe; ella hace un mohín de disgusto; luego apoya la cara en la palma de la mano y se queda mirando al suelo con fijeza; poco a poco los ojos se le llenan de lágrimas, y no quiere moverse porque no caiga alguna y el poeta la vea llorar; claro que ella no cuenta con que en eso de adivinar lágrimas son los poetas como linces. Así hay un largo rato de silencio—bajo las alas del andante de la sinfonía quinta de Beethoven—, en que ella mira al suelo y él mira al jardín por encima de la cabeza de ella. Al cabo, el corazón, tan lleno de angustia, de Ana María no puede menos de suspirar.

—¿Qué le sucede a usted, criatura? — dice don Francisquito sin mirarla.

Ella no responde; al cabo de un momento, olvidándose de que no está sola, vuelve a suspirar.

—Penas, ¿eh?—dice él con una sonrisa bastante complacida—; me alegro.

—¿De veras?—dice ella, volviéndose a mirarle con las de Caín.

—Como usted lo oye.

—¿Se puede saber por qué?

—Siempre es un consuelo—afirma él con calma desesperante—para nosotros, los tristes por amor, saber que ustedes, los alegres, los enamorados y correspondidos, los felices, en una palabra, tienen sus malos ratos que pasar. La vida es una cosa deleznable, sin sentido, sin lógica y, sobre todo, sin solución; tiene usted que convencerse de ello.

—¿Y que adelantaré si me convenzo?

—Nada; pero es así.

—Es usted incomparable para endulzar melancolías.

—Comprenda usted que sería sencillamente heroico, por mi parte, el consolar a usted; sufra usted con paciencia; es triste; pero puesto que no hay más remedio... Y en cuanto a mí, no se ofenda si siento ante sus penas cierta leve y legítima satisfacción.

—No tengo penas—dice Ana María—; es que estoy nerviosa, de mal humor. Estas tardes de junio son interminables. Y luego esa música tan triste y tan monótona.

—¡Pobre Beethoven!

—Si hubiese una tormenta y empezase a tronar y cayese un buen chaparrón. . No sé qué hay en el aire.

—Sí, indudablemente, algo debe haber en el aire.

—¿Qué dice usted?

—Nada...

—Pedro — dice Ana María, levantándose—, no toques hoy música romántica; toca una polka, un vals, una jota, lo más feo que sepas y lo que haga más ruido.

—¡Niña! —exclama la abuela llena de asombro—, ¿te has vuelto loca?

Pedro ha dejado de tocar. Ana María se arrepiente de su exaltación.

—Sigue, Pedro, sigue; no me hagas caso.

Pedro empieza un brillante vals de Chopin. Ana María se acerca a la ventana y apoya la frente en el cristal.

—¡No vuelve, no vuelve!

—Ana María—dice la abuela—, ¿por qué no cantas para que te oiga Pedro esa canción que cantaste antes?

Ana María hace una ligera mueca de contrariedad, pero la abuela insiste. Es preciso cantar; ahora es el poeta el que se hunde en el hueco de la ventana; el salón está ya casi a obscuras; la voz se eleva apasionada y grave, como son de torrente — piensa don Francisquito—; la estrofa adquiere hasta para el poeta armonías desconocidas; la música se ciñe al verso como túnica bien plegada, y la voz es un comentario a la vez exquisito y profundo. —¡Les han nacido alas a mis versos! —piensa.—Pedro aprueba cabeceando; la abuela está en éxtasis; Ana María, cantando, casi se ha olvidado de sí misma.

En este momento entra Agustín; la canción quiere apagarse en la garganta de la cantora; pero la voluntad es fuerte y apenas una ligera veladura señala en una sílaba y en una nota la agitación del alma. Agustín, por su parte, tiembla también un poco al choque de las apasionadas palabras que le llegan envueltas en música; entra despacito y se queda esperando. Cuando calla la voz hay un momento de silencio; es que, sin darse cuenta de ello, todos temen romper el encanto con la primera palabra vulgar. Tan intolerable le parece al poeta tener que oir o pronunciar aquella primera palabra, que se marcha sin despedirse. Ana María, que le ve marchar, tampoco dice nada. Pedro resuelve el conflicto arrancando al piano una oportuna escala ruidosa.

En el mismo instante Manuela trae luces. Ya el encanto está roto.

—Buenas noches—dice Agustín.

Ana María, sin responder, sale a la terraza; desde allí oye cómo la abuela habla con el nieto y con Pedro. Ella seguramente no podría hablar, porque la inquietud de la tarde se ha resuelto al ver entrar a Agustín en un temblor nervioso intolerable.

El primer movimiento fué de alegría. —¡Puesto que vuelve, es tuyo!—díjole triunfando una voz interior; pero cuando encendidas las luces, le miró cara a cara, sus ojos fueron tan expertos en leer el secreto de aquellos otros, que desmintieron fieramente a la voz; entonces salió a serenarse al aire libre y en la semiobscuridad del jardín; había anochecido. —¡Batalla perdida!—murmuró—; perdida, perdida... —Repitiendo el vocablo quería hacer entrar en el entendimiento la seguridad de su triste significado; pero la esperanza se obstinaba en decir: —¡Puesto que ha vuelto!...

Y era cómplice de la esperanza todo el misterio prometedor de la noche: el cielo tan limpio; las estrellas talladas en diamante como promesas firmes; el aroma, hecho de cien perfumes de flores diferentes; el silencio, formado con cien voces distintas; la vibración del aire, apasionada en fuerza de serena, que se levanta de los pueblos dormidos. Toda esta quietud es sabrosa inquietud para las almas que saben hundirse en la naturaleza; inquietud como de caricia, como de halago. ¿Y quién siendo joven y queriendo amar podrá rudamente cerrar el oído interior a la promesa que con tan suaves voces viene dicha? ¿Quién podrá tomar la caricia de la naturaleza como anticipado consuelo al mal que ha de venir y no como preludio del bien que ha de llegar? ¿O la serenidad de la noche como sudario de muertos amores más bien que como manto de amores renacientes?

—Puesto que ha vuelto...

Puesto que ha vuelto, la banderita flota triunfante al aire sobre la choza; puesto que ha vuelto, ganó en la lid la novia, como era razón, puesto que su cariño representa la rosa fresca, la fuente clara; ¿verdad, rosas que estáis incensando la noche; verdad, fuente que la estás cantando? Puesto que ha vuelto haces muy bien en cantar, ruiseñor, tu más apasionada cantata. Puesto que ha vuelto, regocíjate, enamorada, regocíjate.

Así hablan al deseo la noche y su promesa, y la novia bien quisiera creer y sonreir; pero bajo la mata de cabello negro dentro de la frente blanca está la razón... y la razón, poniéndole delante el mirar más bien turbio del amado, repite con inflexible terquedad: —Batalla perdida, batalla perdida.

XVI

Pasadas horas, después que ya serena hubo vuelto al salón, después que Pedro se hubo ido y hubieron cenado y acostádose doña Margarita, volvieron Ana María y Agustín a quedarse solos como en aquella primera noche cuando él volvió.

Ana María sintió la analogía de la situación y con ella un despecho inevitable. Lejos estaba de su alma la tristeza honda, pero tan misericordiosa, con que había acogido las desoladas confidencias del pecador desconsolado; hoy todo su amor parecía anegarse en rencoroso desdén hacia todos los hombres en un impreciso, pero firme deseo de venganza: —¡Si ella a su vez pudiese hacer sufrir!

Durante la cena estuvo esperando contra toda esperanza que él no tuviese nada que decir, que la venida de Carmelina hubiese sido en el jardín de sus amores sólo un chaparrón de verano, después del cual, si bien algunas flores se hubiesen deshojado, todo verdor rejuveneciese y aun se hubiesen abierto corolas nuevas; pero la inquietud de Agustín, tan poco hábil para disimular impresiones, a cada instante echaba por tierra la esperanza. Mirábala el cuitado con ojos temerosos, como de animalejo castigado; otras veces, en cambio, diríase que se encendían en su mirar luces de vanidad satisfechas.

—Acabemos pronto—dijo ella por fin--de cavilaciones.

Y cuando, ya solos, él, indeciso, comenzó a pasear arriba y abajo, y a asomar la cabeza al balcón, y a fingir respirar en la terraza el aire de la noche, y a mirar al techo, y al suelo más tarde, y a quitar y poner cacharritos sobre la chimenea, y a coger una flor, y a contarle los pétalos y a deshojarla, ella le detuvo a medio camino y le preguntó con voz severa:

—¿Qué tienes que decirme?

El intentó desviar la inminencia de la explicación con una evasiva.

—¿Por qué supones...?

Pero ella no le dejó acabar.

—¿Qué tienes que decirme?—repitió.

A él se le atravesaban las palabras; tan inoportunas le parecían todas las que pudiera decir; por lo cual continuó callando, pero la miró con desconcierto.

—¿Que te vas?—interrogó ella.

—¿Quién te lo ha dicho?...—comenzó a balbucear él.

—¿Que te vas?—volvió a decir ella más imperiosamente.

—Anita—dijo él no poco aliviado al ver cómo ella había sido la primera en pronunciar la difícil palabra—, yo no puedo seguir aquí.

Ella sonrió irónicamente.

—Ya has visto lo que hoy ha sucedido; mi vida está tristemente atada a personas indignas de ti; yo era aquí tan feliz que me había olvidado de todo y me había creído redimido de todo por el cariño que te tengo, libre del pasado, dueño de mí mismo; tu bondad me dió tal confianza que me atreví a pedirte de nuevo la seguridad de la dicha. ¡Figúrate cómo me llevo el alma! Pero la conciencia me dice que no puedo ni siquiera vivir a tu lado exponiéndome a encuentros como el de esta mañana; por ti, más que por mí, debo marcharme; poco importa la felicidad mía; pero tu dignidad y tu tranquilidad están por encima de todo y...

—Muy elocuente estás—interrumpió Ana María con no poca sorna.

—¿Qué dices?—exclamó Agustín, todo desconcertado.

El discursito le iba saliendo tan bien que él no andaba lejos de admirar las relevantes dotes diplomáticas que se le habían despertado de pronto; sobre todo, aquel golpe final de motivar la fuga en el respeto, en el cariño mismo que la tenía; pero las mujeres son el mismo diablo. ¡Váyales usted con sutilezas de diplomacia!

—Digo—respondió Ana María—que estás muy elocuente; pero que toda la elocuencia del mundo te sirve de muy poco para disfrazar la verdad, porque, a Dios gracias, no sabes mentir.

—¿Mentir?

—O decir lo contrario de lo que sientes; ¿te vas? Estás en tu derecho. ¿Te han venido a buscar y te agrada la compañía? Mejor para ti; pero no me vengas con historias de dignidad y de tranquilidad. Mi dignidad, como comprendes perfectamente, está muy por encima de todas las visitas, más o menos dignas, que a ti se te antoje recibir; mi tranquilidad, cree que también; te aseguro que el rato de conversación que con esa señora tuve esta mañana me divirtió en extremo y me instruyó un poco; siempre es bueno saber de la vida, de algunas vidas especialmente, de la tuya, por ejemplo.

—¿No te había yo dicho aún más de lo que ella pudiera decirte?

—Mucho más; pero todo consiste en el acento.

—No te entiendo.

—Digo que contándome ella lo mismo que tú, me ha resultado una cosa distinta, y siento de veras todo el aire de drama que habíamos puesto en el sainete... por tu culpa, hay hay que confesarlo.

—¿Por mi culpa?

—Tú llegaste aquí poco menos que chorreando sangre.

¡Lástima daba sólo pensar en aquellas tus penas! Creo que hasta lloré, ¡tonta de mí!, escuchando el relato. La mujer era un fiero basilisco; tú pedías amparo contra su recuerdo, protección, paz, cariño; todo lo tuviste, porque pobres mujerucas de pueblo, ¿qué sabíamos nosotras de las maldades que hay por el mundo? ¡Como bestias de apocalipsis deben ser las mujeres que os sorben el seso con malas artes! Naturalmente, esta mañana me desilusioné un poco. ¡No es tan fiero el león!... Tu bailarina es una señora bastante agradable, que se ríe como una mortal cualquiera, que parece tener más malicia que profundidad, y en la que no se descubre ninguno de esos abismos fatales que, según tú decías...

—¿Dónde vas a parar?—preguntó Agustín lamentablemente.

—A decirte que cuando la vi comprendí lo poco que me habías querido nunca...

—¡Que no te quiero, dices!

—Por lo poco que se necesitó para que antaño me olvidaras... Y ahora lo vuelvo a comprender, por lo poco que se ha necesitado para que hoy mismo me vuelvas a olvidar.

—¡Te juro...!

—No jures, porque tendré que echarme a reir.

—¿De mí?

—De la humanidad, si te ofende menos; tiene gracia el que yo esta mañana, creyendo a pie juntillas en tus lamentaciones, me empeñase en no dejarla entrar.

—¿Por qué la dejaste?

—Una inspiración súbita; no sé por qué, comprendí de pronto que no llegaban mis derechos hasta privarte de las dulzuras de la reconciliación.

—Bien te estás burlando de mí.

—No lo creas; por segunda vez, y a sabiendas, has elegido tu camino. Sin duda te conviene cuando así te atrae. ¡Ojalá seas muy feliz en él! Yo positivamente no te guardo

rencor; pero tampoco he de tenerte lástima si algún día llegan a mí noticias de esas que tú llamas desastres, o si te oigo nuevas lamentaciones. ¿Te vas mañana? Avisaré a Manuela para que te preparen el coche; yo probablemente no podré despedirte, porque pienso pasar el día en el pueblo; hay fiesta en mi escuela dominical para la repartición de premios. No te apures por lo que hay que decir a la abuela; yo le explicaré; afortunadamente, hace algunos días parece que se le ha olvidado la idea fija. Adiós, y buena suerte. Buenas noches.

Con esto y una linda reverencia, Ana María desapareció.

Inútil es decir que Agustín se quedó en un estado de aturdimiento rayano en imbecilidad. Cuando *volvió en sí* se encontró definitivamente ridículo; maldijo de sí mismo, del amor de las mujeres, y, con un mal humor incomparable, atravesó el jardín y entró en su cuarto.

Al pasar la puerta, un eco burlón le repitió cerebro adentro: —La situación es grave y fastidiosa.—De un tremendo portazo hizo callar al eco. La situación estaba resuelta, sí, rápida y definitivamente; ni escena, ni paráfrasis, ni atenuaciones. ¿Te vas mañana? Estás en tu derecho. Adiós, y buena suerte. —La situación es grave—vuelve a decir el eco.—Agustín da un trastazo a una inofensiva butaca; el eco se calla.

Saca el héroe de un rincón las maletas; abre el armario; mira la ropa, bien ordenada en él; mira las maletas; da un suspiro. Esto de hacer el equipaje es cosa que siempre le ha causado horror: ¡si alguien quisiera encargarse de la faena! Pero, ¿a quién acudir? Es de noche, todo el mundo duerme, seguramente, en la casa; y aunque no durmieran, le da vergüenza, positiva vergüenza, reclamar ayuda de nadie para esta marcha absurda; sí, señor, absurda; el caso es que se va por su gusto, pero parece que le echan, le echan positivamente. Aunque se le antojara quedarse, ¿podría hacerlo ya?

¿Qué cara pondría su señora prima si él fuese a decirle: me quedo? Verdaderamente, Ana María es un poco orgullosa.

—¿Te vas? Buena suerte. —Aquel «¡buena suerte!» le suena con la más desagradable entonación; veamos en qué ha de consistir la buena suerte. Carmelina le está esperando; se amarán, ¿se amarán?, unos cuantos meses: luego probablemente volverán las disputas..., y aunque no vuelvan, irán de un lado a otro sin patria ni reposo; la vida errante es un sueño mágico para soñarle en un rincón de hogar y para realizarle en fugaces escapatorias, en días de primavera o de otoño, con el espíritu en vacaciones; pero vagar siempre... La irregularidad de vida es otro seductor capítulo que acaso no debe faltar en ninguna novela, dígase existencia de hombre; pero la irregularidad como asunto definitivo... es demasiada literatura... y Carmelina es lo bastante célebre en el mundo de la galantería para pensar que pueda edificarse sobre su frágil y deliciosa individualidad el menor simulacro de vida respetable.

Con todo este trajín de no muy agradables imaginaciones, las maletas se van llenando con bastante desorden; llega un momento en que se acaba el sitio, cuando aún falta bastante ropa que colocar; este contratiempo, en realidad leve, desazona a Agustín más de lo justo; hay así peregrinas perplejidades en las horas más graves de la vida; unos pocos pañuelos y otras tantas corbatas que no encuentran lugar en la maleta le hacen abominar del destino, ni más ni menos que la pérdida de una ilusión. Pronto toda la lencería forma en el suelo un montón informe, y las maletas están vacías y descoyuntadas, como si fuesen monstruos con las fauces abiertas. En el segundo intento de colocación, Agustín recoge del suelo, envuelto entre los suyos, un pañolito de mujer; sin duda, Carmelina lo perdió en la batalla. ¿Dulces memorias? No mucho, a juzgar por el rencoroso ademán con que le tira al fondo de una de las maletas.

Es media noche—dice el reloj con una de sus más complicadas cantatas—, y la lámpara, pensando, sin duda, que la media noche no es hora de velar para las personas razonables, se apaga de pronto; con lo cual Agustín, que no puede encontrar las cerillas, puesto que el lector sabe que se las tiró a Carmelina para encender la lámpara del hervidor, tiene que continuar su agradable tarea a la luz de la luna; afortunadamente, hay luna esta noche. Pasos precipitados se oyen en el jardín; alguien llama a la puerta.

—¡Señorito, señorito Agustín!

Es Manuela.

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

—La señora, señorito Agustín; la señora, que se ha vuelto a poner muy malita; gracias a que la señorita estaba con ella; le ha dado el ataque; el jardinero se fué a llamar al médico; la señorita me manda a buscarle. ¿Viene el señorito?

Echan a correr por el jardín; la luz de la luna pinta en los senderos sus dos sombras azules y grotescas.

XVII

Cuando Agustín entró en el cuarto de doña Margarita, ya la muerte le había precedido, y estaba, aunque invisible, implacable junto a la cama de la anciana, esta vez decidida a cumplir su misión sin remedio; pero complaciéndose en demorar el golpe y dejar a los vivos la ilusión de apresurarse en torno de la moribunda para ofrecerle inútiles alivios.

La habitación estaba a media luz, con todas las ventanas abiertas; apenas en el lecho podía adivinarse la forma de un cuerpo; tan consumido estaba el de la viejecita por los años y el mal; nada se oía, porque los ruidos de la noche que entraban del jardín bastaban a apagar el tenue jadeo con que la vida atestiguaba su última rebeldía a abandonar el cuerpo ya rendido.

Ana María estaba reclinada sobre la cama, espiando, ya sin esperanza, el rostro de su abuela. Juanona iba y venía por la habitación como si tuviese algo que hacer.

—¿El médico?—preguntó Ana María cuando oyó entrar a Agustín.

—El jardinero ha ido a buscarle, señorita; no puede tardar, porque se fué a caballo.

Ana María no se movió. Agustín se acercó a la cama; entonces vió que su prima tenía cogida una de las manos de la abuela.

—¿Qué ha sido?—preguntó.

—El ataque, el colapso; se me muere, esta vez se me muere—respondió Ana María a media voz.

Dijo aquel ¡se me muere! con tan extraño y firme acento, que Agustín se sintió como irrevocablemente excluído de aquel reino de dolor, y se apartó del lecho; pero volvió a poco, atraído por el misterio de la muerte, que nunca hasta entonces había visto cara a cara; es cosa extraña a los veintisiete años no haber visto aún morir a nadie; su padre murió siendo tan chiquillo, y de la madre lo apartaron antes de que muriese; por el mundo algunos amigos cayeron, pero nunca a su lado. La abuela se acababa poco a poco; apenas el rostro se contraía, y el cuerpo estaba inmóvil; pero movía extrañamente los ojos muy abiertos: ¡los ojos ciegos!

—¡Qué horrible debe ser morirse en tinieblas!—dijo, y se apartó definitivamente, lleno de un temor que él comprendía extravagante, pero que no podía dominar.

Cuando el médico vino confirmó los augurios pesimistas de Ana María. Había llegado la hora, y a él poco le quedaba que hacer; sin embargo, aplicó algunos remedios por si acaso podía prolongarse el tic-tac del cansado corazón. Hubo en la alcoba un instante de agitación, ir y venir, sonar de cucharillas y vasos; luego volvió la calma; el médico fué a descansar a la habitación próxima.

—¿Llegará a mañana?—preguntóle Manuela; él dijo que probablemente sí.

La noche estaba serena y templada; había luna y se oía, tan grande era el silencio, el ruidito del agua en la fuente del jardín.

Agustín se sentó junto a la ventana. Ana María seguía en su puesto. Las sirvientas se habían acurrucado en el suelo al pie de la cama. Un murciélago entró del jardín. Juanona dió un grito, levantándose como espiritada, y salió del cuarto. Púsose la luna y llegó bien temprano el alba. En-

tonces Manuela cerró las ventanas, porque con el amanecer había refrescado el aire, y Agustín, que se había pasado aquellas horas perdido en la muda contemplación del cielo, pareció despertarse, se levantó y comenzó a pasear lentamente. El canto de los gallos sonó aquella madrugada con incomparable insolencia, y al primer anuncio de la luz mañanera rompieron los pájaros en su acostumbrada algarabía, como si no estuviese la muerte en casa.

Con el amanecer llegó Pedro, a quien Ana María no había querido avisar antes; venía el pobre viejo traspasado de pena; quedóse en pie mirando fijamente a su señora y amiga, y le caían rostro abajo lagrimones tamaños; son peregrina cosa las lágrimas sobre un rostro viejo; tan inesperadas como lo serían arrugas en la frente de un niño, y por lo mismo tan hondamente tristes; para un llanto de viejo diríase que no hay consuelo en el mundo.

El pobre hombre pensó en lo que no había pensado nadie: en traer para la señora la Santa Unción.

—La señora me lo tiene dicho tantas y tantas veces: Pedro, hijo, que no quiero morir como un perro; bien preparada procuro siempre estar; pero que no me falte a última hora la mano de Dios para ayudarme a andar el mal camino.

Ana María se avergüenza un poco por haber olvidado. Pedro sale y vuelve a poco acompañando al padre cura y trayendo él mismo un farol. Aunque es tan de mañana, dos o tres viejas madrugadoras se han venido detrás y entran con rostros compungidos.

La ceremonia le parece a Agustín, que tampoco la había presenciado nunca, conmovedora.

—Es piadosa idea, y muy maternal —piensa —esta de ungir el cuerpo y purificarle de las manchas inevitables con la suavidad y santidad del óleo bendito; el cuerpo va camino de la muerte, pero el alma no es para la muerte, y la

piedad, ungiendo el cuerpo, quiere lavar el alma como madre al hijo.

Ana María descubre con cariñosa reverencia los pies de la anciana. ¡Pobres pies! Son menudos y blancos, y aunque tanto tiempo sin vida, ¡cómo corrieron en la remota juventud al encuentro de la felicidad, y cómo danzaron alegres al compás de la sana alegría del corazón! Ana María piensa, mientras el sacerdote los unge, que bien poco habrá en ellos que purificar, puesto que, si corrieron tantos años por sendas floridas, siempre la rectitud del alma santificó, sin duda, los caminos; cuando la unción viene a las manos, Ana María piensa cómo ellas acariciarían con orgullo las cabelleras rubias de sus hijos cuando eran niños, y cómo tantas veces volverían del campo o del jardín llenas de flores, y cómo debieron estremecerse cuando, en la mañana de mayo de sus bodas, las rozó el oro del anillo, que aun brilla limpio como aquel día, en la carne marchita; y piensa, cuando el óleo cruza los labios, en las buenas palabras y en los besos que ella, huérfana, ha recibido de ellos, y cuando los oídos, piensa en la música que los ha deleitado casi hasta la hora de morir; y envidia el alma, siempre niña, que así puede separarse del cuerpo en perfecta paz, dejando tras sí, en la hora terrible, sólo florecidas y musicales evocaciones.

La mañana pasa en espera melancólica. Pedro y Ana María están clavados junto a la cama. Agustín entra y sale para recibir a las gentes que van llegando. Manuela sirve el almuerzo con su aire de fantasma; pero Ana María no quiere salir. A prima tarde la espera acaba, y el alma se va en un suspiro, como una paloma.

—¿Ha muerto!—dice Manuela—. Agustín no lo puede creer, porque la viejecita no se ha movido—. ¿Esto es la muerte?—Ruido de llanto le hace volver la cara. Es Pedro que, medio derribado en el suelo, solloza.

—¡Dos palitos secos, señora, dos palitos secos!—balbucea entre gemido y gemido.

Ana María se acerca a él, y le apoya la mano en el hombro.

—Pedro—dice—, ya estamos solos.

El viejo se levanta. Ella le echa los brazos al cuello y lloran juntos largo rato. Agustín sale de la alcoba, y buscando por toda la casa un rincón solitario, llora también.

.....

.....

Han puesto a la señora, Ana María lo ha querido así, en el salón donde ha pasado casi exclusivamente los últimos años de su vida, y todas las flores del jardín y todas las de las macetas de toda la casa están en torno de quien tanto las amó; le han cubierto el pecho de rosas y jazmines; una alfombra de claveles y nardos, geranios, verbenas y flores de salvia aroma el aire tan fuertemente, que apenas se puede respirar en la estancia; por eso todas las ventanas están abiertas, aunque con las persianas corridas.

Ana María no ha consentido cirios en torno del cuerpo, ni paños negros, ni ningún aparato funeral. La muerte de doña Margarita no quiere fúnebres lamentaciones ni desesperados sollozos. Bien pronto la serena tristeza de la nieta hace callar a las mujeres que en los duelos de pueblo se obstinan en representar papel de plañideras. La casa está sumida en silencio, como si la señora estuviese dormida y tuvieran todos temor de despertarla.

Ana María dispone brevemente las ceremonias del entierro; en el camposanto del pueblo hay un rincón, también lleno de flores, donde bajo una piedra lisa y blanca y una cruz de hierro duermen, esperando la resurrección, el buen indiano, Juan Antonio, Lily y los hijos que se murieron niños. Allí está desde siempre el lugar preparado. A hombros de unos cuantos humildes amigos irá la señora a ocuparle mañana.

—Esto es todo—dijo—. Ahora dejémosla dormir en paz y hagámosle compañía callando.

Así fué: como ella lo dispuso. Amigos, servidores, curiosos, entraban y salían sin pronunciar palabra. Ella estaba sentada en un rincón, lloraba bajito, rezaba en voz baja también, salía un instante a buscar aire libre, porque, a ratos, amenazaba ahogarla el olor de las flores. Al otro extremo del salón, Pedro también rezaba llorando; al pobre hombre se le había acabado la última y única razón de vivir.

—¡Dos palitos secos!

Al atardecer, cuando tocaban las campanas al Angelus, Ana María dijo:

—A esta hora rezaba ella el Rosario.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo—respondió Pedro.

Y los dos, guiando el uno y respondiendo la otra, comenzaron la oración familiar.

Anocheció despacio; cuando se hundió el sol, un airecito fresco movió las persianas. Ana María las hizo levantar y salió a la terraza. El parterre, que había amanecido lleno de colores, ahora, como todas las flores se habían cortado, estaba todo verde, y en la sombra que le iba invadiendo parecía vestido de luto. Una mano oficiosa había cortado el agua al surtidor; era como si se hubiese quedado sin voz el jardín. Ana María no pudo soportar aquel inusitado silencio.

—Que vuelvan a dejar correr la fuente—mandó a Manuela.

Y cuando el surtidor hubo vuelto a desgranar su perlería y su parlar fresco en el aire quieto del anochecer, creyó oir dentro de la voz del agua la voz de la abuela que le daba las gracias por el buen pensamiento.

Agustín había pasado la tarde con harto menos plácida tristeza, recibiendo las innumerables visitas de duelo. Es lamentable eso de que las gentes se crean obligadas, cuando

la muerte llama a la puerta vecina, a ofrecer el testimonio de un dolor que no sienten; ¿hay nada más dolorosamente cómico que una de estas reuniones de duelo? La de aquella tarde en casa de Aldana no había de ser excepción de la regla; hubo en ella las habituales ponderaciones laudatorias de la pobre difunta, los recuerdos triviales, los angustiosos silencios, las caras largas por cortesía, los consuelos rancios y las reflexiones insoportables. Al cabo de unas cuantas horas acometióle a Agustín una formidable jaqueca. La noche, alejando a los visitantes, le trajo algunos momentos de reposo; apenas se hubo quedado solo, fuése a vagar por el jardín, casi al mismo tiempo en que Ana María salió a la terraza.

Pronto nació la luna, y el jardín se pobló de refulgencias y de intensas sombras; diamanteaba el suelo, y el ramaje estaba recamado de luz fosforescente; cantaban melancólicamente los ruiseñores; también un grillo sonaba entre la hierba su ronco violín; en una pausa del sonar del grillo y de la melodía de los ruiseñores se oyó lejano el canto de una codorniz. Todos estos sonidos no parecen voces de seres vivos, sino vibraciones de la noche, latidos que están en el aire, como la luz de las luciérnagas, como el aroma acre de los bojes o el fresco perfume de las magnolias.

Ana María sabe que Agustín está paseando, porque, aunque él se refugia en los rincones más obscuros, a veces la luz de la luna echa su sombra sobre los senderos. También la sombra de ella, desde la terraza, cae sobre el jardín, y así, en la velada interminable, las dos sombras se hacen compañía. Acaso también están juntas las dos almas, perdidas en análoga meditación.

¡Cómo suenan de noche los relojes! El de la torre de la iglesia, aunque el pueblo está lejos, se oye pasar muy alto en el aire; tiene la campana un profundo son, que se prolonga triste y largamente; diríase que cada campanada se detiene sobre el jardín y luego cae despacio, deshecha en copos,

hasta hundirse en el suelo. Apenas se ha apagado la vibración, suena otro reloj agudamente en la casa; éste tiene una vocecilla cristalina, y enfila a toda prisa las campanadas; parece, cuando acaba de dar la hora, que se le está oyendo jadear. Otro suena pausada y roncamente; entre golpe y golpe hay un largo intervalo angustioso. Del pabellón viene incoherente la cantata del viejo reloj alemán. Así, de rato en rato, rompe la quietud de la noche un extraño concierto.

—¡Qué sería—piensa al oirle Anita—si todas las almas que están despiertas dijeran a cada hora su emoción como esos relojes! Y ¡quién supiera en esta noche poner la voz del corazón en algo muy perfecto, versos o notas, para enviarla como oración a la memoria de la que tanto amó los dulces sones! ¡Dichosas, más que yo, las flores del jardín, que ahora se mueren junto a ella, dándole todo lo que ellas pueden dar: el perfume, que es toda su alma!

La luz de la luna entra en el salón y va a derramarse sobre el cuerpo de la viejecita y sobre las flores; ella parece sonreir; en las tocas blancas que le encuadran el rostro se enciende un resplandor de aureola; de las flores sólo se ven los matices blancos, violeta y azules.

Diríase que suena una voz, sí; Ana María juraría que oye una voz, pero tan tenue... Es la de Pedro; el cuitado, desde su rincón, donde ha llorado todas sus lágrimas, se va acercando poco a poco al túmulo florido; quédase de rodillas mirando a la señora y le habla. ¿Qué le dice? ¡Quién sabe! Cosas pueriles y dolorosas; tal vez le da quejas por haberse marchado a los cielos dejándole en tanta vejez y soledad, tal vez le recuerda los días luminosos de la juventud, cuando ella, entonces «la señorita», recibía de manos del rapaz pelón el cestillo repleto de moras de zarza, o el manojo de rosas, o el plato de cangrejos acabados de sacar del río; o aquellos otros días en que ella, ya casada y madre feliz de los rubios muñecos, vuelto él del Seminario, casóse también

y pidió a «la señora» que fuese madrina de su boda, y la señora consintió en serlo, y la primera rapaza que nació, morenota y rolliza, llevó su nombre; o aquellos en que llegando para ambos la viudez, a entrambos les consoló la música trocándoles las penas en melancolías; y todos los larguísimos de enfermedad y vejez en que, mutuamente bienhechores y obligados, fueron sosteniéndose uno a otro en el camino gris, con amistad humilde y generosa... como dos palitos... ¡Palito de pobre, palito de ciego! Todo esto dice el sacristán con palabras prolijas y balbuceantes, con muchos sollozos y no pocos suspiros; la charla incoherente, es también, y a su modo, una oración.

Hemos dicho que la viejecita parece sonreir, y de fijo sonríe desde el Paraíso. Pedro, para consuelo de su pena, piensa en lo muy feliz que en aquel Paraíso estará siendo la señora; él se ha formado en la imaginación una idea de la gloria eterna, copiada de las glorias de algunos techos en que están: el Padre con la barba blanca, el Hijo con la diestra apoyada en la cruz, el Espíritu desplegando las alas de paloma, y María Virgen, con manto de reina y corona de emperatriz, sentada en su trono; y los animales simbólicos y los profetas en torno del trono, Juan y el águila, Lucas y el ángel, Mateo y el león, y los confesores, y las vírgenes con sus cabelleras al aire, y las santas mujeres con sus tocas, y los mártires con las palmas de sus martirios, sentados todos en las graderías de un amplio anfiteatro, y los ángeles trayendo y llevando buenas palabras de los santos a Dios y bendiciones de Dios a los santos.

Entre la fila de santas mujeres estará la señora; sin duda es feliz, es feliz; en el cielo están todos los amados que murieron en paz; y gozan los ojos mirando al Señor cara a cara; y hay sol que nunca cesa, y flores inmortales, y edificios de nunca vista arquitectura, y músicas de ángeles. ¡Músicas! Sin duda que los ángeles han de tocar bien; pero—piensa el

pobre organista puerilmente—¿gustará la señora de la música de los ángeles como de la mía, o sabrán los ángeles la quinta sinfonía de Beethoven? A ella le gustaba el andante más que ninguna cosa. Acaso, acaso no.—En la duda, el viejo se levanta, va a tientas al piano y comienza a tocar.

—Aunque esté oyendo música de serafines, de seguro le alegrará oir la de su pobre viejo.

Su pobre viejo toca mejor que nunca; las lágrimas le caen sobre las teclas y sobre las manos; Agustín ha subido a la terraza y escucha en silencio; Ana María se hinca de rodillas y llora bajito, uniendo su dolor a la voz del piano. Así pasa la noche y llega el alba.

XVIII

Del diario de don Francisco Estrada, poeta:

«Vestida de negro parece otra mujer y otra flor, o acaso la misma, trasplantada a jardines de más sutil idealidad, como si la corola se hubiera hecho inmortal sin perder su frescura, como si al vivo aroma se hubieran mezclado ráfagas de ese suave olor que tiene el marfil viejo. Está más pálida y debe haber llorado mucho. El dolor, cosa peregrina, la rejuvenece, tal vez porque las lágrimas han dulcificado la fiera acometividad de sus ojos, y porque las líneas de su boca pierden, en la expresión melancólica, aquella firmeza reveladora de la serenidad de espíritu. Ahora por todo el rostro hay un implorante matiz de desamparo que sugiere ideas de niños perdidos en un bosque, como en los cuentos. Deseos dan de cogerle la mano para, suavemente, como a una criatura, atraerla a regiones de serenidad, o de contarle historias descabelladas, o cantarle canciones incoherentes, o de cerrarle los ojos con una caricia, diciéndole, como la madre a su chiquillo: duerme.

»Ayer he pasado una hora con ella: era por la mañana, casi ya a mediodía. Todos se habían ido al cementerio, menos algunas mujerucas que se obstinaron en acompañarla. La muerta iba tan sonriente entre sus flores, que el cortejo, bajo el sol meridiano, parecía una fiesta. Ana María, dejando a

las mujeres, se entró en la habitación donde yo estaba, pensando hallarla sola.

»—¿No ha ido usted al camposanto?—me dijo.

»Yo le murmuré a medias una disculpa, y quise marcharme.

»—No se vaya usted—dijo—. Yo quería haber ido con ella, pero a última hora me ha faltado valor, y, además, tengo la cabeza loca.

»Se sentó y se quedó mirando al suelo. Yo, paseando por la habitación, la miraba a ella. No hemos vuelto uno ni otro a pronunciar palabra, y esta ha sido mi visita de pésame. Volvieron todos. Agustín, acercándose a ella, le cogió la mano, pero no dijo nada. Ella preguntó:

»—¿Echasteis las flores sobre la caja?

»—Todas—respondió él.

»—Así—explicó ella mirándome—no le pesará tanto la tierra.

»Pedro, al oirla, rompió a llorar.»

«Son curiosos los distintos efectos que producen en las distintas almas la felicidad y el dolor. Hablemos de ella. Recuerdo algunos de sus días muy alegres. Yendo por el monte, llegando a un manantial, ¿habéis alguna vez cogido en una copa de cristal el agua que mana entre las peñas? Violenta, pero armoniosamente, choca con el fondo del vaso; sube a la superficie una alegre columna de burbujas; desbórdase en lo alto con espuma y ruido la clara linfa; limpio el cristal, parece que se pierde en el agua limpia, y cuando llevamos la copa a los labios, parece que llevamos en ella todo el generoso caudal de la fuente. Así el corazón de Ana María, en las horas felices, se desborda como vaso lleno, y hay alegría para todos. Charla y se ríe generosamente; parece comprenderlo y amarlo todo. Sus ojos van buscando todos

los ojos que tienen cerca para cambiar con todos una sonrisa y dejar en ellos una limosna de su alegría.

»A veces, un poco despechado por no ser yo la causa de su gozo, recuerdo haber recibido con displicencia casi descortés algunas de estas regocijadas sonrisas que han venido a buscarme; ahora me acuerdo de ello ante mi conciencia de poeta, porque creo que es crimen de lesa poesía cerrar los ojos a cualquier flor que se abre a nuestro paso; y sus labios tan frescos y sus dientes tan blancos, mas las chispas de oro que la alegría suele encender en el mirar, son ciertamente flor entre flores y bien valen un alegre saludo de bienvenida de todo agradecido corazón.

»En el dolor pierden este mirar, y esta voz, y esta alma toda su amable comunicatividad.—Mis penas son mías—parece afirmar su obstinado silencio—. Sus ojos dicen que han llorado, pero no lloran delante de nadie. Va vestida de negro por la casa, y el silencio va naciendo a su paso. Acostumbrada como está su boca a sonreir, siempre que se encuentra con alguien esboza una sonrisa; pero desmienten a los labios los ojos, en cuyo negro terciopelo no quieren encenderse las chispas de oro.

»Yo quisiera decirle muchas veces: «Llore usted, criatura»; y ayer, después de largo rato de silencio en que la peculiar expresión desamparada de su no mirar parecía ir llenando la estancia de insoportable angustia, me atreví a preguntarle:

»—¿Por qué no habla usted de su pena?

»—¿Para qué?—dijo ella, suave, pero implacablemente.

»Agustín, que también la estaba mirando, respondió lo que yo hubiera querido responder:

»—Para que podamos hacerte compañía.

»Ella entonces le miró con cierta hostilidad y dijo:

»—Después de todo, siempre está uno solo.

»Extraña mirada y extraña respuesta; fué como si el aire

se hubiera convertido en hielo. Agustín me miró, creo que por primera vez, con algo que pudiera llamarse compañerismo; verdaderamente, los dos habíamos llamado a la puerta de su corazón, y la puerta se había cerrado de golpe.

«Después de todo, siempre está uno solo.» Acaso es verdad; tremenda y desconsoladora verdad. Acaso las almas van por la vida dentro de una armadura impenetrable, y todas las comunicaciones simpáticas, amor, amistad, simpatía, no son más que ilusiones o visiones con que nos empeñamos en consolar nuestra soledad. Verdad es que los ojos sonríen, que las manos tiemblan al unirse, que se entreabren los labios como si quisieran dejar salir al corazón; pero ese mismo corazón guarda obstinadamente su secreto, aun en el instante en que parece abrirse y florecer en besos o en palabras maravillosas.

»¡Solos! Hay para volverse insensato con este pensamiento. Cuando se considera que acaso estamos solos irrevocablemente, ¡qué ridículamente tristes parecen los encerramientos de ciertas almas en torres de marfil! Es como un prisionero que pretendiera hacernos creer que su cárcel es una fortaleza voluntariamente levantada.

»Ya que acaso es sentencia nuestra soledad, abramos el alma a toda simpatía, rompamos el muro, tomemos por asalto la fortaleza ajena y abramos generosamente por nuestra parte puertas y rastrillos; lancemos la verdad de nuestro corazón, como una flecha, en busca de una quiebra en la coraza, y llevemos el pecho desnudo; tal vez hay una herida misteriosa que abre el camino de los corazones; para lograrla, hiramos y dejémonos herir. Bien venido el más fiero dolor si nos trae, siquiera sea sólo un instante, la seguridad de que hemos dejado de estar solos.

»Admírome de cómo ha llegado ella a tan desolado convencimiento, en medio de la grande alegría de su amor; estaba luminosa y melodiosamente enamorada; sus palabras

eran como rapsodias; sus miradas, como rayos de triunfante serenidad; y toda aquella luz y aquella música se han hundido en obscuridad y en silencio por la muerte tan prevista y tan poco dolorosa de la viejecita. Es incomprensible este fenómeno, que contradice a cuanto se ha afirmado en todos los siglos sobre el egoísmo del amor. Parece que toda la alegría del mundo ha desaparecido para ella; hasta la alegría de amar.

»Estamos en verano; los días son tan largos, que parece que la luz se mantiene, horas y horas, inmóvil; escasamente puede florecer una emoción en la monotonía de la luz, en la quietud del aire, en la inmovilidad del ramaje, en la unanimidad azul del cielo; hace un calor intenso, sin tormentas. Por un poco de viento, por un chaparrón, daría un buen pedazo de vida; ella, que tan honda y dócilmente vibra con todas las vibraciones de la naturaleza, acaso saldría de esta inmovilidad, de este silencio, que es, sin duda, como una pesadilla de dolor; acaso lloraría, acaso pidiera auxilio o simpatía. ¿Qué me importa, si yo no habría de ser el llamado a prestárselo? Sin embargo, quisiera lágrimas para sus ojos, y que una mano amiga, cualquiera que ella sea, lograse el soberano derecho de posarse sobre sus ojos tristes y decirle ese «duerme» o ese «llora» que yo no le puedo decir.»

«Por otra parte, el viejecillo, músico de cámara de la señora, llora su muerte con todas sus lágrimas y se lamenta como una criatura; no son ciertamente palabras lo que falta en este dolor; el pobre hombre habla, con todo el que encuentra al paso, de la muerta; consigo mismo, cuando le falta complaciente interlocutor. Es una viva crónica que no recuerda más que virtudes, y sus balbucientes incoherencias son un panegírico que haría honor a la memoria de la más empingorotada princesa de leyenda; sin darse cuenta de ello, el infeliz hace poesía y encuentra palabras exquisitas para

hablar de su buena amiga. El piano está mudo, y realmente parece que ha huído el alma del salón al apagarse el son de aquellas sonatas que al atardecer solían, no sé si alegrarle o entristecerle; ahora, a la misma hora, óyese allí el ronroneo de voces femeninas que rezan el Rosario; es costumbre de pueblo venir durante nueve días a murmurar preces en la casa que ha sido visitada por la muerte; las mujeres, vestidas de negro, más tiesas que momias, ensartan Padrenuestros y Avemarías, con la cara más indiferente del mundo; terminado el rezo, suspiran como quien acaba de librarse del peso de un deber tedioso, y comienzan a charlotear: ¡buen mentidero es un velatorio!

»Ana María sufre el rezo y la charla con paciencia heroica. Supongo yo que ella tendrá una peculiar y exquisita manera de hacer oración, acaso sin palabras, abriendo las alas como las abren algunas veces las palomas cuando parecen estarse completamente quietas en el aire; acaso sus risas, cuando está muy contenta, son oraciones; tal vez son oraciones las doradas centellas de sus ojos, porque su gozo, con ser tan generosamente comunicativo, tiene una quietud como de éxtasis, testimonio de un firme equilibrio interior.

»¿Y cómo rezará ahora que está triste? Mientras las mujerucas, en derredor suyo, murmuran «Padrenuestros», yo no la he visto mover los labios; cuando a la «Letanía» se arrodillan, hace ella siempre un gesto de sorpresa, como si volviese de otro mundo; cuando termina el rezo hace la señal de la cruz tan lentamente como si la voluntad que ordena el movimiento necesitase recorrer espacios infinitos del cerebro a la mano. ¡Espacios infinitos! ¿Dónde está? ¿Dónde vive? ¿Por cuál jardín—ha de ser un jardín, estoy seguro de ello—vaga su espíritu tan misteriosamente atormentado? ¿Habrá cipreses en sus avenidas, o eucaliptos de desmayadas hojas?, ¿o de esos pinos casi negros al anochecer, que se retuercen en curvas fantásticas?, ¿o bojes como cuerpos de

monstruos, de esos que a la luz de la luna tienden sombras de miedo sobre la arena de las sendas?

»Huerto, jardín, cipreses negros, pinos de sombra, disciplinados eucaliptos, ahí va un clavel rojo para vuestras ramas; cuando desconsolada pase junto a vosotros, dejadle caer sobre el sendero, y que un pájaro cante en la más alta rama para decirle a mi corazón, si es que a tanto llega mi buena ventura, que ella se ha inclinado a recogerle.»

«He tenido contienda con un ruiseñor; esto quiere decir que en la noche profunda, fresca y misteriosamente perfumada, habiéndome puesto a pensar con la ventana abierta—la ventana que da sobre el monte y desde la cual una tardecita vi volar a lo lejos un velo verde—, el canto de ese pájaro vino a quebrar el hilo de mis pensamientos. Iban ellos por esa región donde ya no se sabe si las ideas se han convertido en sueños y las melancolías en gozos; pareciame mi divagar mucho más melodioso y armonioso que el canto de todos los pájaros del mundo, por lo cual tuve contra los trinos del ruiseñor un movimiento de desdeñosa impaciencia, y, decidido a no escucharle, anudé el hilo de la rota sarta y continué enfilando mis perlas; pero he aquí que el pájaro cantor—sin duda tan convencido como yo de la excelencia de sus lirismos—con voz aguda se obstinaba en quebrar el silencio y en lanzar a los aires estrofas sin sentido, con lo cual mis visiones se disiparon por segunda vez en el sortilegio de la música.

»Como soy tenaz, volví a suscitarlas, y para su defensa dime a levantar en torno suyo un maravilloso palacio; recuerdo que los muros eran de esmeralda y las puertas de plata forjada a martillo. ¿Habrá quien crea que la dureza de piedras y metales pueda ablandarse y rendirse al son de una flauta? Así fué: al son de la flauta del ruiseñor hundiéronse

los muros y fallaron las puertas; mi palacio fué pronto una ruina sobre la cual flotaba el trino terco.

»Terco también mi pensamiento, llamando en su auxilio aquello que más ama, deseó modelar la visión suprema, tomando por barro la forma de tu cuerpo y por alma lo que de la tuya dejan adivinar tus risas, tus buenas palabras y el plácido mirar de tus ojos. Orgullosamente levanté la estatua, pensando haber vencido; pero la voz del pájaro la deshizo también; sonaba en la noche con diafanidad imperiosa, como cristal de la fuente, como agua de mayo, como si la luz de la luna se hubiese puesto a cantar, y así, por vez primera desde que te conozco, ha vencido a tu imagen en mi pensamiento una fuerza exterior, y, como el pájaro ha seguido cantando, yo le he estado oyendo sin pensar en nada, sin pensar en ti, y así, esta noche te has quedado sola.»

«He entrado en el estudio de Agustín. En estos días, como desterrados del mismo paraíso, yo por él, él por la tristeza, hemos olvidado los mutuos rencores y hemos llegado a ser casi amigos.

»Mirando sin pasión, es buen muchacho, y Ana María será feliz con él; verdad es que las mujeres tienen un don especial de adaptación que les permite ser felices con poca cosa, y que les hace encontrar la dicha o la ilusión de la dicha en las situaciones más distintas o por los caminos más opuestos. Aman a un grande hombre y no sienten molestia por la humillación; unas, las más inteligentes, se divierten quemando ante él los granos de incienso; otras se consideran dichosas sentándose en el pedestal y dejándose ahumar con toda calma por el incienso que en honor del marido queman otros; de cualquier modo les va perfectamente; y éstas mismas, casadas con un infeliz incapaz de juntar dos ideas con mediano sentido, son también dichosas, porque se dan el gusto de envolver al cuitado en una especie de pro-

tección maternal que les divierte tanto y cuanto; mientras el marido tenga buen genio, la felicidad doméstica está asegurada, sea sabio o necio, y sea la mujer necia o inteligente.

»Y digo el marido, porque he observado que las hembras tienen el corazón hecho a medida de la legalidad, y no se consideran obligadas a interesarse por la vida espiritual y social de un hombre, por mucho que le crean amar, mientras la comunidad de intereses no está sancionada por las bendiciones. Novias amables, deliciosas amantes, jamás se preocupan del infeliz que tiene la dulce debilidad de amarlas, más que en relación con su propia e interesante personilla; con tal que él sepa decirles «amor» sin desentonar demasiado, y tenga la generosidad frecuente de ofrecer flores a las unas y joyas a las otras, todo va bien; ni unas ni otras han de preguntarle por sus sueños o sus pensamientos, ni han de dolerse de que sea necio, ni han de regocijarse porque sea un prodigio de inteligencia. Todo novio es bueno, puesto que puede llegar a ser marido; todo marido es soportable, puesto que tan feliz puede ser una esposa dominando como dejándose dominar. ¡Dios las bendiga por su resignación!... Y a mí perdónenme ellas si les hago injusticia. Corazones tiernos y cabecitas bien equilibradas, que tan fácilmente sabéis llorar y tan difícilmente os dejáis convencer; que nunca os entregáis definitivamente, que casi nunca cerráis los ojos cuando dais un beso, líbrenos el amor de vuestras suaves garras.

»Una niña que sale del colegio tiene un novio y le adora, tiene el segundo y le vuelve a adorar; no es menos fervorosamente amado el tercero; para todos habrá cartas y risas, pero por ninguno de los tres—y lo mismo pudieran ser cinco, siempre ordenada y sucesivamente por supuesto—será la ingenua capaz de una locura. ¿Cuál es el elegido del corazón? Lo esencial es que, casada al fin con uno de los cin-

co, será ejemplar y felicísima esposa, y jurará por todos los dioses más uno, que aquél posee y ha poseído siempre todo su amor; y acaso no mienta.

»Todo esto es para decir que Ana María, casada con su primo, será dichosa; él tiene la suerte de realzar su escasa potencia de intelecto con la habilidad más o menos manual de hacer buenas estatuas. Al cabo es un artista — puede pensar ella—; como hombre sencillo, se deja conmover fácilmente; mientras él trabaje, Ana María soñará a su lado, y soñando qué sueñan los dos pasará la vida sin añoranzas.

»Permítome pensar que juntos hubiéramos soñado mejor; llegué tarde; las mujeres como Ana María tienen—entre otras pruebas de insensibilidad—la inequívoca de una fidelidad a toda prueba. Por muchas emocionadas vibraciones que pasen a su lado, ella no ha de dignarse vibrar más que para el amor que se ha elegido; irá por el mundo con los ojos abiertos y el corazón cerrado a piedra y lodo; llorará con todos nuestros bellos versos, y para calmar la emoción que hayamos suscitado, le dará virtuosísimamente un beso más a su marido. ¡Triste destino el de nosotros los poetas! Acaso nuestras más fragantes flores de emoción sean responsables ante la humanidad de la venida al mundo de no pocos rollizos y legitimísimos bebés, que andando los tiempos serán los más obtusos burgueses de la tierra y abominarán de la poesía.

»Si Ana María llega a tener un hijo y acierta a ser rubio como su probable papá, quemo todos mis versos y me hago profesor de Gramática: ¡lo juro!»

«La luna es admirable consoladora. ¿Hay nada más triste que la tristeza bajo la luz del sol? ¿Hay nada más pobre que la pobreza en estos mediodías de julio, cuando la claridad implacable descubre hasta la última arruga en el rostro, hasta la última hilacha en los harapos? Los caminantes van por

las carreteras y el sol es un peso añadido a su carga; sobre la carga de la vida, el sol pesa en los días desconsolados como una maldición; pero la luna es misericordiosa. Ved cómo su luz pone una caricia de silencio sobre todos los males; el sol, brutalmente, puede secar las lágrimas, pero la luna las hace deslizarse con tal suavidad, que son casi un gozo. ¿Qué no haría yo, de lo que me pidiesen por la luna?

»Hoy nació bermeja a prima noche tras los retorcidos chaparros del monte; fué subiendo, subiendo, y a medida que cielo arriba andaba su camino, fué cambiando su sangre en plata. Vertiendo sangre ha de estar el dolor y se torna de plata, es decir, se convierte en nostalgia apenas melancólica, mientras se está mirando subir la luna. La claridad se desparrama por el monte, caudalosa y callada; es de ver, en las grietas de la roca, cómo se aterciopelan en azul las que debieran ser sombras negras; toda la crestería de la sierra refulge, pero no con fulgor del que deslumbra, sino con apacible refulgencia de la que aquieta el corazón: ¿quién no puede pensar que la luz de la luna brota de su alma misma y va a desparramarse de allí al mundo, tanto parece una luz interior, tal armonía guarda con los callados pensamientos? La luna sueña dentro de mí; la luna me dice sus propios versos; *Pálida como la luna*... es el principio de un cantar; pálida estaba ella esta tarde, y su mirar era como luz de luna en la insolente fiesta de rojos y oros con que el sol al ponerse incendiaba la tarde. Ahora la luna se ha quedado quieta sobre la torre, y desde lo alto mira dormir al pueblo; los perros aúllan a tu piadoso resplandor; pero el agua del río te refleja y yo te estoy rezando.»

XIX

CARTAS QUE LA SEÑORA CARMELINA, DANZANTE EXCELSA, ESCRIBE DESDE LA VILLA Y CORTE DE MADRID AL INSIGNE ESCULTOR AGUSTÍN DE ALDANA

«Agustinito: Recibo tu carta cuando esperaba recibirte a ti: tú te lo pierdes, porque los preparativos eran espléndidos. ¿Es verdad, verdad que se ha muerto tu abuela? No lo quiero creer; tú me engañas, pero te sirve de muy poco; ya sabes que te quiero como una fiera y que soy terrible. Tú verás lo que haces; si a vuelta de correo no estás aquí, tomo el tren, alma mía, y vuelvo a visitarte en tu jardín encantado; a mí me da lo mismo.

»Claro que por esos caminos de España hace mucho calor, pero yo estoy a prueba de climas cálidos, como he tenido el gusto de probártelo repetidas veces, y, grado más o menos, me importa poco; ahora mi perfumista francés—francés tenía que ser el bendito— ha descubierto una nueva crema, merced a la cual se pueden afrontar, sin temor a estropearse el cutis, los mismísimos soles tropicales; no pases, pues, cuidado por mí; a pesar del calor de la canícula y del antipatiquísimo polvo de las carreteras castellanas, llegaré a ti fresca como una rosa: ¿no te seduce la perspectiva? A mí, sí; tanto, que casi me alegraré de que no vengas para darme

motivo a volver. ¡Qué jardín, qué fuente, qué cisnes, qué patos! ¡Qué simpático estudio y qué exquisitos albaricoques a la crema! La crema en Madrid, además de llamarse nata, cuesta un sentido; a pesar de lo cual, yo, en recuerdo de la hora deliciosa en que, gracias a tu galantería, desayuné con ellos, me hago servir a diario los consabidos albaricoques; he dado tu nombre en el hotel; espero que no te ofenderás por ello, y te prometo ser juiciosísima para no arruinarte.

»Te contaré mis impresiones de Madrid; tú has nacido en Madrid, ¿verdad, maestro? Ya se te conoce, porque hasta el presente, y eso que he corrido medio mundo, no he encontrado hombres más encantadores que los madrileños. Por eso me puse a quererte de un modo tan feroz desde el momento en que te conocí; presentía en ti a toda la raza. Puedes enorgullecerte, puesto que así el amor que te he tenido y que sigo teniéndote se sublima al pasar de mero capricho individual a afinidad etnográfica; eres el afortunado representante de toda tu tierra, y nuestros amores tienen un alto significado internacional: ¡viva la Etnografía!

»No te sorprenda encontrarme tan sabia: todos estos conceptos me los ha enseñado un profesor de ciencias de esta Universidad; ¡qué profesor, Agustinito! Te digo que Madrid vale un tesoro. La ciudad es chiquitita y está muy sucia; las tiendas son feas y los precios extravagantes; los hombres tienen el pícaro defecto de escupir en el suelo; pero, en compensación, tienen la inapreciable cualidad de decirnos cosas bonitas cuando pasamos por la calle. Este es un sufragio universal que me complace extraordinariamente; cuando cuarenta votos desinteresados me han dado al aire libre patente de hermosura, entro en casa bastante satisfecha de mí misma y me atrevo a mirarme al espejo con seguridad. Aunque vosotros, hombres, creéis lo contrario, a nosotras, mujeres, nos atormenta siempre un poco el temor de no ser tan bonitas como fuera menester. A tus conciudadanos les pa-

rezco bien; debo tener un tipo muy popular, porque cocheros y albañiles son los más entusiastas en sus apreciaciones; hay, sin embargo, bastantes jóvenes de buena familia y mala salud que también encandilan como pueden sus ojos marchitos cuando acierto a pasar a su lado. Mis preferencias están por..., pero ¿a qué contarte mis preferencias cuando sabes que sobre todo el mundo te prefiero a ti? Buena suerte tienes, según afirman varios de tus paisanos.

»Estoy muy triste porque no has venido; puedes creerlo. Tenemos un calor espantoso; ayer hubo tormenta; acuérdate de mí: yo me acuerdo de ti a todas horas; pienso que si acaso es verdad la muerte de tu abuela, estarás pasando malos ratos... A mí también se me murió la mía hace muchos años..., pero no hay que pensar en cosas tristes. Prefiero alegrarme pensando en lo muy pronto que vas a llegar; verás mis proyectos: primero pasaremos una temporadita en Madrid; parece mentira que siendo madrileño, en lugar de traerme a tu tierra me llevases a aquella espantosa tierra de Oriente, donde no había más que camellos, moros e ingleses; así me aburrí yo y te desesperaste tú, y a poco acaba mal este cariñazo que nos tenemos. En Madrid también hay ingleses, como en todas partes, pero estorban menos; además, ellos, que en todos los países conservan intacto el empaque de su nacionalidad, aquí se vuelven un poquito españoles y consienten—para alegría perdurable de toda esta burlona raza—en descender de su británico pedestal; me han dicho que donde hay que verlos es en Andalucía: iremos a Sevilla este otoño.

»Las españolas me han parecido tan lindas como es fama, ¡pero no fuman! En una pantomima que yo bailé en Londres, era española y fumaba como una chimenea; verdad que el lugar de la acción era Barcelona y ahora estoy en Madrid; escribiré al autor dándole explicaciones; tampoco les he visto el puñal: ¡es curioso!

»El día de mi llegada aquí me puse mantilla para hacer honor a tu tierra; me sentaba muy bien; salí a la calle y todo el mundo se quedaba mirándome; parece que la mantilla a estas alturas es en España un extranjerismo. ¡Qué horror de cultura dan los viajes!

»Adiós, corazón: como en tu capital no hay más que un correo, hay que dejar las cartas a la mitad. Ya sabes que te quiero estrepitosamente, que me acuerdo de ti horrorosamente, que te espero impacientísimamente, y te abrazo..., pon el adverbio que más te guste, y, ya lo sabes, si no llegas a vuelta de correo, tomo el tren.—CARMELINA.»

«Querido Agustín: Veo por los periódicos que la muerte de tu abuela es verdad; perdona que no te lo creyese a ti, ¡sois tan malos los hombres!, y que no creyéndolo echase el caso un poco a broma. Supongo que estás triste; yo también lo estoy, pensando en ti, y quisiera decirte unas cuantas cosas bien perfiladas, de esas que se usan para dar el pésame; desgraciadamente, es ésta la primera carta de esta clase que escribo en mi vida, y como mis tiempos de escuela fueron bastante cortos y están un poquito lejos, se me han olvidado las fórmulas que sin duda aprendí para la ocasión. Dalas por dichas; ya sabes que lo siento porque lo sientes tú y porque nos retrasa un poquito la reunión ansiada. Comprendo tus razones y te concedo los nueve días; ahora estás de señor formal y será cosa de verte en tus funciones de heredero y jefe de familia; casi me dan ganas de echar a correr. Es una cosa extravagante, pero le he tomado un cariño matador a ese rincón de mundo en que estás escondido; verdad es que le debemos buenos recuerdos, más sabrosos por lo rápidos; ¡cuánto pienso la malísima cara con que me recibiste!; ¡ingrato, ingratísimo, horrible criatura! Todo te lo perdono, sin embargo, no sé por qué; sí sé por qué: porque tú tienes una gracia especial para hacértelo perdonar todo:

consiste la tal gracia en un cierto mirar a lo niño de esos ojos azules...; pero ¡silencio! No quiero descubrirte el secreto, porque luego te vas a aprovechar de él; sabe que de aquí en adelante estoy decidida a no perdonar nada, nada, míresme como quieras.

»¡Ay, Agustinito, qué felices vamos a ser! Puesto que se retrasa tu venida, envíame unos cuantos dineros; ya sabes que he llegado a tu noble país pobre como una rata. Me gusta la idea que ha tenido España de dignificar la prosa de sus caudales en papel, retratando a sus artistas célebres en los billetes de Banco; me han explicado quién es Quevedo y quién es Goya; espero que andando los tiempos estarás tú también retratado en el papel-moneda de tu país; si vivo para entonces te prometo ponerme muy orgullosa y no gastar más que en buenas obras los papelitos que lleven tu imagen. En cuanto pienso en ti me nacen ideas de virtud. ¿No es esto para ti incomparablemente halagador?

»He ido a una corrida de toros; me han dicho que no era de toros, sino de novillos; pero que da lo mismo y que no da lo mismo; ¡qué horror! Me gustó extraordinariamente, pero no se lo digas a nadie; hacía un calor sofocante. Fuimos—ahora te explicaré este plural—en un coche con cascabeles; hacía un sol que por aquí llaman de justicia y que yo llamaría de auto de fe; llegamos tostaditos; afortunadamente, el asiento estaba a la sombra. En aquellas gradas, bajo aquel cielo azul, envuelta en aquella multitud gesticulante y bulliciosa, me sentí neroniana; soñé con fieras de Africa, panteras y leones tragándose vivos a los hombres, con luchas mortales, con sangre en la arena, ¡qué sé yo!

»La música alegre que, a resoplido limpio, lanzaban al aire unos cuantos músicos sudorosos, me desilusionó un poquito; la cuadrilla, o como se llame, aquel paseo de los lidiadores, también me pareció poca cosa, y aquel alguacillillo con sus plumas marchitas y el trote jadeante de su caba-

llejo también me hizo reir; ya te digo que estaba esperando cristianos a las fieras; pero el sonar agudo del clarín me volvió la ilusión casi heroica; y cuando el torito negro y bien plantado salió al redondel aplaudí estrepitosamente, lo cual, entre paréntesis, me valió un «¡viva tu mare!» de mi vecino de la derecha; el de la izquierda, mi acompañante, estaba tan entusiasmado como yo.

»Los toreros iban y venían, corrían y saltaban graciosamente; todo su oro y su plata y su seda relucían al sol; me gustan los toreros, porque de todos los seres similares que he visto por el mundo—boxeadores, luchadores, gimnastas—son ellos los únicos que hacen su lid con aspecto gozoso y gracioso; me han contado no sé qué de entusiasmos de ciertas aristócratas por estos hombres valientes y alegres; y es mi opinión que las tales damas, si existen, dan muestra de bastante buen gusto. Los picadores son feísimos, y la suerte—¿se dice *la suerte?*—, pesada y sin gracia; me acuerdo de haber visto cuadros de caballeros que con gallardía quebraban un rejón en la cabeza misma del toro. Hubo caballos muertos; como no soy inglesa, no me sentí obligada a desmayarme, pero el espectáculo no me agradó; en cambio, con la graciosa suerte de las banderillas creí volverme loca; ¿no es verdaderamente gallardo de línea—como decís vosotros los escultores—el ademán del hombre con los brazos en alto, el cuerpo erguido e indefenso, tan ligeramente apoyado en el suelo que sus pies parecen no tocar la tierra? ¿Y no es exquisito de movimiento aquel ademán con que, clavando las menudas armas en el testuz del toro, esquiva el cuerpo en elegante quiebro y queda ileso, mientras el animal bufa y se revuelve?

»Estuve meditando y estudiando en mi imaginación un nuevo paso de danza mía, que probablemente ha de conmover a toda Europa, y no aprendí menos—hay que dar a cada uno lo suyo—en la fiera que en el hombre; verdad es que

mi vecino de la izquierda, a quien comuniqué mis reflexiones, me aseguró que un buen caballo y un bravo toro tienen bastante semejanza con una mujer, cuando los tres, mujer, caballo y toro, son hermosos.

»Este mi acompañante...; pero antes de hablarte de él te acabaré de contar la corrida: dicen que el arte de matar tiene sutilezas tan quintaesenciales como otro cualquiera; yo no las entiendo; confieso que me gusta ver que se hunde la espada y que llega la muerte como un rayo; los matadorcitos de ayer parece que me adivinaron el gusto: seis toros, seis heridas, seis muertes; seis ovaciones, quisiera decir; pero no fué de mi opinión el respetable público, y hasta se permitió silbar horrorosamente a mi matador favorito, bajo el especioso pretexto de que había degollado al toro.

»Yo pasé una tarde maravillosa; estaba excitadísima; tenía ganas de reir, de gritar, de bailar; creo que me comí una docena de naranjas. Aquella música, que al principio encontré ridícula, llegó a parecerme la más soberana armonía del mundo; por lo menos, parecía hecha expresamente para aquel cielo azul, para aquella arena refulgente, para aquel calor, para aquella sangre, para aquellas sedas y aquel oro y aquellos movimientos. ¡Tengo, no cabe duda, sangre torera!

»Tú dirás que para qué te cuento todo esto: en primer lugar, para divertirte, y luego, para que veas que me acuerdo de ti. Sí, me acuerdo de ti a todas horas, reteingratísimo, y te quiero como siempre; no, desde que he visto una corrida de toros te quiero mucho más; nunca me has hablado tú de toros; pero de seguro te gustan también; en cuanto vengas iremos a todas las corridas y tú me explicarás las suertes que no entienda. ¿Te extraña que en tu ausencia me divierta? Es para distraerme, porque desde que sé que no vas a venir en toda la semana se me hace el tiempo horriblemente largo.

»¿Qué más tenía yo que contarte? ¡Ah! Sí: la historia de

mi vecino de la izquierda; pero hoy es tarde, el correo se va; yo me iría con él de muy buena gana, porque tu jardín debe estar delicioso y fresquito, y a estas horas en el hotel nos achicharramos lastimosamente. Que te acuerdes de mí, si estás triste.—CARMELINA.»

«Querido: Estoy ofendidísima contigo; ofendidísima, como lo oyes; pero no en broma ni por juego, sino con toda verdad y amargura. Abro esta mañana tu carta, ¡tu carta! ¡Enviarme dinero sin una sola letra! ¡Aborrecibles billetes del Banco! Tentada estuve de devolvértelos, y bien lo merecías; pero luego pensé que no estaría mal darte una lección de generosidad, y los he guardado por no proporcionarte un disgusto.

»No me digas que no has tenido tiempo de escribirme; no pedía yo cartas, sino una palabrita, tu nombre en un pedacito de papel; pero así sois los hombres, hasta los más galantes: en cuanto encontráis ocasión de herir, la cogéis por los cabellos ¡con una prisa! En fin, en fin, no quiero quejarme; todo y más nos lo merecemos por lo neciamente que os tomamos cariño. Queridísimo, aunque tenía decidido no perdonarte nada, te perdono también esta vez; pero aunque no lo quieras creer, me cuesta llorar el perdonarte; ya puedes preparar para la vuelta un acto solemne de desagravios.

»Madrid está delicioso; dicen los indígenas que de día es un infierno; yo me doy poca cuenta de ello, porque me levanto tarde y duermo una larguísima siesta; pero todo el calor de los días bien puede darse por la delicia de sus noches. Vamos al Retiro, donde hay una reunión casi familiar, una música alegre, teatrillo cinematógrafo, frondas, luces eléctricas, ruido de fuentes y discretas penumbras; no sé por qué me gustan estos jardines sin lujo aparatoso y sin estruendo. Estoy asombrada de mí misma; cuando vengas verás qué agradables veladas.

»He oído hablar mucho de ti; te admiran tus paisanos, y de rechazo, algo me toca a mí. Ciertas ligeras indiscreciones me han dado una aureola sensacional; como en esta época dicen que en Madrid faltan novedades, estoy en camino de popularizarme; apresúrate a venir, si quieres que siga conservando mi incógnito, porque de otro modo va a ser muy difícil. Ya te estoy viendo fruncir el ceño; querido, yo no tengo la culpa de nuestra popularidad; nuestra, tuya y mía; aunque no queramos, ¿qué hacer sino resignarnos a brillar para encanto de los siglos presentes y gloria de los venideros?

»Todo el mundo sabe que vas a venir, y te esperan manifestaciones formidables; se habla de un banquete. Luego dirás que no cuido tu fama: tú, entretanto, ingratísimo, te olvidas de mí y hasta te permites el lujo de hacerme una ofensa ¡no pensemos en cosas tristes!

»Acaso te asombre el que te hable de todo el mundo, estando en Madrid sólo seis días y habiendo llegado a la villa y corte sin conocer a nadie. ¡Cosas del destino! Figúrate que en el hotel me he encontrado a un muchacho americano del Sur, a quien conocí en otros tiempos y en otras tierras, y por cierto que fué gran admirador mío y ahora lo es tuyo, según dice a todo el que lo quiere oir. ¡Qué simpáticos son los americanos del Sur! Este es moreno, vivo, más bien bajo que alto, con ojos negros como centellas y movimientos inesperados; habla con la misma dulce volubilidad el francés, el inglés y el castellano; en todos tres idiomas encuentra siempre una frase linda cuando está hablando con una mujer; «bota la plata» con desprendimiento estupendo; escribe versos; compra flores y abraza a las floristas; se perfuma, acicala y compone como una dama; pero ha tenido siete desafíos y dicen que ha matado a un hombre; come bombones y bebe champagne desaforadamente; se ríe, canta; pero en medio de la mayor tormenta de frivolidad encuentra siempre

ocasión propicia de colocar una frase que suena a emocionada o una mirada profunda. Tiene amigos a cientos, entre ellos lo más granado, según me han dicho, de la joven intelectualidad española. Cuando nos encontramos quería raptarme, pero no se ofendió por mi negativa, y somos los mejores amigos del mundo; me invitó a los toros, de los que es entusiasta, y me ha presentado en el Retiro a sus amigos los poetas. Me gustan mucho los poetas, aunque estos de Madrid tienen la mala costumbre de pasarse la vida hablando de libros...; también hablan de estatuas, y estos son los admiradores que te digo.

»Dicen que eres soberanamente pagano, y cuando yo les aseguro que ahora estás esculpiendo santitos no lo quieren creer.

»En resumen: Madrid es un pueblo ideal; he estado también en un teatro. Me gustaría bailar ante este público entusiasta; da gusto oirles aplaudir con toda su alma y gritar: ¡bravo!, ¡bravo!; y reirse cuando algo tiene gracia, y da casi frío ver cómo pasa la emoción por todo el auditorio cuando la cosa vale la pena, y también cómo saben protestar cuando hay algo que les desagrada. ¡Bailaré en Madrid!

»Espero mañana la carta que debió acompañar a los billetes, y que sin duda se te quedó olvidada encima de la mesa. Pensando que ha sucedido así no quiero ofenderme del todo, y pasado mañana te espero a ti, a no ser que prefieras tener el gusto de verme aparecer al día siguiente entre tus bojes y tus alamedas. ¿Ese reloj admirable sigue cantando la hora con tan buena voz?

»Te quiero más que nunca. Salud. Dime a qué hora llegas y saldré a esperarte. Mis recuerdos al cisne del estanque.

»Dicen por aquí que heredas millones; si es así, te felicito y me felicito. Hasta pasado mañana, ingrato.—CARMELINA.»

XX

El pueblo despertó aquella mañana al son de la gaita y del tamboril. ¡Santiago bendito! Todas las campanas a vuelo cantaron la fiesta. ¡Santiago bendito! Las muchachas se habían puesto encima todos los colores del arco iris; aleteaban los volantes de las faldas a estilo cortesano cuando ellas bailaban en corro. Los galanes, en mangas de camisa, con el negro chaleco de pana y el pañolito de seda al cuello, zarandeábanse también a más y mejor.

Densa polvareda levantaban los pies de los danzantes pero ellos seguían la danza como si tal cosa; verdad es que el sol doraba el polvo, y milagros hacen, cuando se juntan la alegría y la juventud, mayores que el de convencer a la grey bailadora de que se está moviendo en una niebla de oro. Si las gargantas llegan a secarse, ¿para qué se hizo la horchata fresca, y el agua de limón escarchada y las sandias cuya pulpa roja se funde en agua dulce?

¡Bailemos! Bailando se engaña a la muerte; ¿verdad, tamboril? Bailando se duermen las penas; ¿quién oye a la pena cuando rasga el aire el grito sobreagudo de la gaita? Verdad es que la gaita a veces suena como si llorase; verdad es que entonces el tamboril la suele acompañar con un redoble tembloroso; pero ¿qué importa que llore o que cante si hace ruido a compás y si a compás del ruido puede seguir el baile? Linda cosa sería la vida si a cada voz que

suena quisiéramos irle a preguntar si ríe o si llora. Mientras tengamos alegre el corazón, imaginemos que todo lo que suena canta.

—Este es un buen consejo, oidle: hasta una marcha fúnebre, con sólo cambiarle el movimiento, se puede convertir en vals.

—Pero luego hay quien dice que todo vals tiene una parte triste.

—Tristezas que le quiere poner el corazón; os digo que la gaita está alegre.

—Os digo que la gaita está llorando.

—Os juro que el sonar fanfarrón del tamboril es la alegría misma.

—Digo que casi mata de pena oir temblar la voz del tamboril...

Entretanto la danza prosigue.

Ha habido gran fiesta en la iglesia, con luminarias, con rojas colgaduras, con banderitas por las paredes, con ramos de claveles por los altares; ha habido también un pomposo sermón. Santiago bendito dió la vida por Cristo, y sufrió, peregrino de los rudos caminos de España, hambre, cansancio, polvo y dudas de sí mismo; los fogosos iberos, los tercos cántabros, los testarudos celtas no se dejaban convertir; fuése el apóstol una tardecita a llorar sus penas; viéndolo tan triste, la Virgen María vino a consolarle con dulces palabras. Esto sucedió junto a un río, porque siempre las consoladoras leyendas acaecen a orillas del agua:

La Virgen lava pañales
y los tiende en el romero,
y los angelitos cantan,
y el agua pasa riendo.

Claro es que el pomposo panegirista no ha hablado del Apóstol peregrino, ni de su sed, ni de su hambre, ni del

polvo pegado a sus sandalias, ni mucho menos de aquella tardecita de otoño en que el agua del río pasaba riendo, riendo, sin dejar de reir, aunque se mezclaran con ella las lágrimas del santo varón. Santiago bendito estaba frente a él, en su altar, caballero en un caballo blanco, armado de todas armas, fulgurantes casco y coraza, espada al aire, muerto un moro a sus pies. ¿Cómo decir a los entusiastas devotos del garboso jinete, que una tarde lloró a orillitas del Ebro porque dudaba de sí mismo? ¿Ni qué le importa al auditorio que el agua se riese o se dejase de reir? Buen río pasa por el pueblo al otro lado de la carretera; bien lo ven ellos pasar todas las tardecitas al volver del huerto, y a fe que nunca se les ha ocurrido ni pararse a escucharle, ni a llorar sobre él. ¡Ríos y lágrimas! Allá se van; allá se van y tanto valen; ¿no es cierto, devotos de Santiago bendito?

Como el predicador conoce a su auditorio, ha hablado de las glorias de España. España, por desdicha, rima con hazaña y con campaña; como en prosa florida no son de desdeñar los consonantes, la oratoria del clérigo se ha ido por esos campos de historia, lanza en ristre, penacho al viento. ¡Hubierais de haber visto al santo Apóstol descabezando moros! Sangre corría, clarines sonaban, vencedoras banderas aleteaban en el aire saturado de gloria. ¡Así es España grande, porque fué piadosa...!

Digo yo que la Virgen lloraría a orillitas del Ebro viendo a su peregrino empleado en faena tan contraria al amor de Dios; pero el orador y el auditorio no cuidan de esta leve contradicción, y se entusiasman a más no poder con el Santo valiente.. y con los pececitos que, según asegura el primero, llevan por esos mares, lomo a cuestas, el escudo de España. ¡Siga la danza! ¡Gaita y tamboril, sonad por las banderas de Clavijo!

A media tarde el Santo sale a pasear el pueblo; el sol

bruñe el acero de la espada. Como al batallador celestial debe gustarle el humo de la pólvora, ¡cohetes al aire!

En estos días de ruido popular, las casas por donde ha pasado la muerte están más silenciosas que nunca: el palacio de Aldana parecía haberse retirado del pueblo más de lo que jamás lo estuvo, y envuelto en su manto de frondas, tupido y casi negro—tan profundo color habían dado al verde de las hojas los soles de verano—, callaba.

Ana María había dicho a los criados:

—El que de ustedes quiera ir a la fiesta tiene permiso para hacerlo.

La gente joven aprovechó la autorización; quedáronse en casa Manuela y Juanona; a la hora de comer llegó Pedro. La tarde fué de las inacabables de julio, y, sin embargo, cuando, bien cerca de anochecer, Manuela entró anunciando que la comida estaba pronta, Agustín dijo:

—¿Ya?—con aire de asombro—; y añadió por vía de comentario:—¡Cómo ha pasado el tiempo!

—¿En qué había pasado la tarde—preguntará tal vez un curioso lector—para que tan corta le hubiese parecido?

He aquí una pregunta a la que el héroe mismo no hubiese sabido responder claramente. Había estado, es cierto, sentado en un sillón; había fumado un cigarro, había tomado una taza de café, había tenido en las manos un libro, había mirado entrar la luz por entre las mirillas de las persianas y pintarse en la lustrosa madera del piso, había escuchado el piar de algunos pájaros, había visto cómo la luz solar se iba apagando poco a poco, había notado que alguien, entrando en el salón, levantó las persianas; había sentido entonces en el rostro la caricia del aire, había oído chirriar la rueda de la noria y graznar al pavo real; el viento había hecho llegar hasta él algo del campaneo de la fiesta, algún lejano estallar de cohete, algún fugitivo son de la gaita; alguien había dicho: —Ahora estará saliendo la procesión—. Esto era todo...

¿Pensar?... Jurar podía que no había pensado. ¿Recordar?... Menos...; por miedo a recordar, ni siquiera había abierto la carta que a media tarde le entregó Juanona; conocida la letra, ¿para qué? ¿Qué idea absurda le había dado a Carmelina de contarle a diario sus impresiones? Al verle dejar la carta sobre el velador, Ana María le había mirado de reojo, sin decir palabra.

Ana María, ¡he aquí el secreto! Durante aquella interminable tarde silenciosa, también Ana María estaba en el salón; había tomado también café y había echado tres terrones de azúcar en la taza del héroe; había escrito luego algunas cartas, había después cogido un libro; sentada junto a la ventana, había apoyado la cabeza en el respaldo del sillón, había cerrado los ojos y había dejado que las líneas de sol y sombra, después de atravesar las persianas, le abigarrasen el rostro; había pronunciado unas cuantas palabras, al parecer indiferentes; cuando Manuela levantó las persianas se había puesto en pie para mirar la puesta del sol, y la luz rojiza había envuelto su cabeza en una aureola; movíase ella y parecía moverse la luz; cuando el sol se hubo hundido había suspirado levemente y se había vuelto a sentar. Acciones triviales, pero en las que ella —al menos al parecer de Agustín—había puesto un encanto peculiar y exquisito, una sabrosa paz; así habían pasado las horas, y él hubiese querido que pasase la vida.

Ana María había transformado su tristeza en apacible melancolía. Un día, como estaba llorando desconsoladamente, parecióle oír la voz de la abuela que le echaba en cara la voluntaria hipocresía de sus lágrimas.—No lloras por mí—decía la voz—. Ana María pensó que era cierto; aquel duelo había llegado bien a tiempo para ocultar a los extraños la causa de sus lágrimas; ¡con qué ansia había acogido su pretexto de pena para lamentar su desilusión!—Perdón, abuela—dijo—, y no volvió a llorar.

La casa se transformó con ella; volvió la vida interrumpida a seguir su camino; hubo un poco más de silencio, y esto fué todo.

Un día dijo a Pedro:

—Tú estás como solo en el mundo, puesto que tus hijas viven tan lejos; quiero que vengas a vivir a casa; nos haremos compañía uno a otro.

Lo dijo, aunque serena, tristemente, y el viejo se la quedó mirando lleno de asombro.

—Es raro—pensó—que pida compañía cuando va a casarse.

—¿No dices nada?—preguntó ella—; ¿es que no quieres dejar tu casa?

—Por venir con usted, con el alma y la vida, señorita.

—No tienes que decirme señorita; llámame por mi nombre, como cuando era una chiquilla; serás como mi padre en esta casa.

—¡Señorita!... digo, ¡Anita!... digo...

El pobre viejo se echó a llorar con toda amargura.

—¡Qué tonto eres!—dijo ella suavemente—. Cualquiera creería que te ha ocurrido una desgracia.

Aquella misma tarde dispuso:

—Hay que arreglar el cuarto de la abuela y bajar a él mis trastos; desde la semana que viene quiero dormir en él.

Manuela se asombró tanto como Pedro.

—¡Hacer una mudanza en vísperas de boda!

—¿Qué estás pensando ahí?—preguntó Ana María.

—Nada, señorita.

—Pero a la noche, la vieja, entre cabeceos y reticencias, comunicó sus impresiones al bueno del sacristán, y hasta le vino a memoria que, el día de la muerte de la pobre señora, la doncella le había asegurado que al entrar en el cuarto de señorito se había encontrado la ropa por el suelo y las maletas a medio llenar...

—Para mí que la boda se la llevó el aire. Todo sea por Dios, como usted dice; pero hacían una parejita que ni pintada. ¡Pícaras mujeres!

—No me parece bien, Manuela—interrumpió Pedro gravemente—, que se atreva usted a murmurar de su señorita.

—¿Y quién murmura de ella, santo varón?

—Como ha dicho usted ¡pícaras mujeres!, no sé yo que en esta cuestión haya más mujeres que ella, dicho sea con todo respeto.

—¿Usted qué sabe?

—¿Qué dice usted?—exclamó el sacristán, abriendo lo más que pudo los ojos cansados.

—Digo lo que sé, y santas pascuas; que todos los hombres son ustedes buenos para tapadera de un horno; sí, ponga usted cara de inocente; sabe Dios a sus años de qué perrerías será usted capaz; no seré yo la que me fíe de sus canas de usted.

—Le juro a usted, Manuela, que yo no tengo culpa ninguna.

—¿Y quién se la echa a usted?

—¡Como usted ha dicho...!

—¡Como usted ha dicho... ¿Lo ha aprendido usted en viernes?

—Como dice usted...

—Digo lo que digo, y ojalá no hubiera motivo para decir nada; el señorito Agustín...

—¡El señorito Agustín es un santo!

—Pero es un hombre.

—¡Naturalmente!

—¡Y, naturalmente!, en cuanto a un hombre, aunque sea santo, se le ponen faldas por medio, se acabó todo.

—No veo yo que en esta casa haya más faldas, hablando con todo respeto, que...

—¿Quién le dice a usted que estén en esta casa?

—Eso es imposible, Manuela...

—¿Es que le va usted a defender ahora?

—Claro que sí le defenderé.

—¡Hombre tenía usted que ser!

—¡Manuela, Manuela! Creo que empieza usted a faltarme al respeto.

—Porque es usted un bendito.

—¿En qué quedamos?

—Pero venga usted acá, hombre de Dios. ¿A usted le parece natural lo que está pasando en esta casa? Viene él, dicen que para casarse. ¿Ha visto usted algún preparativo de boda? Pues yo tampoco, y no me digan a mí lo que son bodas, porque desde que sirvo en la casa he visto cuatro... digo, no, tres..., digo bien, cuatro, la de las dos hijas de la señora y la del señorito Juan Antonio, es decir, el señorito Juan Antonio no se casó en casa..., y a mí que no me digan que parecen novios, porque yo sé de sobra lo que son novios y...

—¿Ha tenido usted muchos, Manuela?—preguntó el sacristán, con inocencia aterradora.

—¿A usted qué le importa?—respondió la vieja, toda sulfurada.

—No se enfade usted, que no le preguntaba por tanto; pero como ha dicho usted que lo sabe...

—Pues, sí, señor, que los he tenido; y si no me he casado ha sido por no sufrir toda la vida la calamidad de un marido al lado, y aunque no los hubiera tenido, no hace falta tenerlos para saber lo que son esas cosas; ¿usted no se acuerda de cuando era novio?

—Sí, me acuerdo... como si fuera ayer.

—¡Pues ya tiene usted memoria de largo!

—¡Cincuenta años, por la Virgen del Carmen, que me casé con la pobre difunta!...

—¡Ya, ya; bueno, pues yo le digo a usted que ellos, ¡ni esto!

—Ellos son señores, Manuela.

—¡Como si a los señores no les gustase abrazar a la novia!

—¡Manuela!

—Miren el viejo chocho de lo que va a escandalizarse ahora!

—¡Manuela!

—Bueno, me callaré si lo toma usted así; pero ello no es cosa regular; pasan, como digo, semanas y semanas; digo yo que algo se iba arreglando; la señorita estaba muy alegre; ¡ángel de Dios!, y que todas las mujeres del mundo tengamos que sufrir por la mala cabeza de los hombres, ¿no clama al cielo?

—Hasta ahora no veo dónde está lo malo; usted dice que se arregló el negocio.

—Dígamelo usted a mí, que aquella noche la estuve oyendo cantar como un pájaro.

—¿Entonces?...

—Entonces todo estaría bien, si al día siguiente no hubiese llegado la otra...

—¡La otra!

—Sí, señor, la otra; con estas manos que ha de comer la tierra le abrí yo la puerta; sí, señor, ¡descaradota, bribonaza!

—Pero ¡Manuela!

—Con aquella cara pintada y aquel sombrerote y aquel mirar y aquellos andares de reina... ¡Y pensar que al señorito nuestro!... ¡vamos, que merecían la horca todas esas cómicas del diablo!...

—Todo eso pueden ser suposiciones de usted, Manuela.

—Suposiciones, ¿eh? ¡Como que estaba yo soñando! ¿Por qué el señorito se marchó con ellas?, ¿por qué volvió a las tantas?, ¿por qué la señorita no ha vuelto a estar alegre desde aquella tarde.

—Me parece que las circunstancias no son para alegrías, Manuela.

—¿Usted qué sabe, viejo chocho?

—La muerte de mi señora doña Margarita...

—Créame usted a mí. Cuando una mujer quiere a un hombre y ese hombre la quiere a ella, y se van a casar, y están conformes, ya pueden caerles muertes encima.

—¿No había de llorar a su abuela?

—Hay llantos de llantos, señor Pedro; no está lo malo en lo que llora, sino en lo que deja de llorar.

Con esta profunda sentencia, Manuela dejó plantado al sacristán, porque habían llamado a la puerta: desde aquel instante el viejo vivía sumido en un mar de confusiones.

—¿Que no se quieren como novios? A mí me parece que sí; pero cuando Manuela lo dice... Además, la otra, ¿quién será la otra? Ella ha venido; él se ha ido con ella... Manuela tiene un modo tan confuso de contar las cosas... Pintada descarada! ¿Quién podrá ser? En el pueblo no hay nadie que se pinte; es decir, malas lenguas dicen que la señora alcaldesa se tiñe el pelo; pero la señora alcaldesa nació el mismo año en que yo me casé con mi difunta. Además, ¿había el señorito de faltar gravemente a la ley de Dios poniendo sus ojos en una señora casada y madre de siete criaturas? ¡Horror! Manuela se equivoca, no cabe duda; sin embargo, es extraño que Ana María haya dicho tan triste y gravemente: —¡Nos haremos compañía uno a otro! —Dios dirá. Vea usted los señores que parece que tienen todo lo que desean: salud, dinero, juventud, hermosura, sí, señor, hermosura, porque ella es guapa como los mismos ángeles: y de él no hay nada que decir. Uno es pobre, uno es viejo, ¡conformes! Pobre lo ha sido uno toda la vida, y viejo... andando caminito de la muerte a la vejez hay que llegar, sí, señor; pero ellos... Por lo visto, la vida es para todo el mundo una pura complicación.

El resultado de todas estas reflexiones fué que el pobre hombre no podía mirar a Ana María sin poner una cara tan

triste y sin lanzar tales hondos suspiros, que ella vino a notarlo.

—¿Qué te pasa, viejecillo mío?—hubo de preguntarle una noche en que, más obstinado que nunca en su compasiva y melancólica contemplación, casi se le saltaban las lágrimas—. ¿Por qué estás tan triste?

El no respondió más que con un suspiro.

—¿No estás a gusto en nuestra compañía? Habrá que volverte al pueblo; bien dice Manuela que echas de menos las comadres de tu barrio.

—Manuela no sabe lo que dice—contestó él volviendo a suspirar.

—Agradeciendo...—refunfuñó la vieja en un rincón.

—¿Por qué suspiras de ese modo?

—¡Cosas del mundo, señorita!... Digo... digo bien.

—No dices bien, pero pase por hoy; vamos a ver, cuéntame tus penas; verás como yo acierto a consolártelas.

Hablando, Ana María se había acercado a Pedro, y con su caricioso gesto familiar le había puesto una mano en el hombro. ¡Estaba tan bonita, vestida de negro, con la tristeza aquella en los ojos, y la boca empeñada en sonreir para consolar las amarguras ajenas! ¿Y era posible..., posible, que toda aquella gracia y aquella bondad valiesen para el amor de un hombre menos que una mujer pintada? De tal modo angustió al infeliz aquel incomprensible problema; de tal modo la cariñosa voz de Ana María le conmovió, las más ocultas fibras del corazón, que, incapaz de responder palabra, se echó a llorar amargamente. Ana María, un poco intrigada, le habló como a un niño, con palabras incoherentes y suaves, dándole nombres de cariñosa burla; él seguía llorando.

—¿Por qué lloras así, vamos a ver, por qué?

Al cabo él logró rehacerse, y encontrando un hilito de voz en la tormenta de sus sollozos, dijo:

—¡Porque no puedo... porque no puedo resignarme a que usted sea desgraciada!

Ana María se puso de pronto muy seria y muy pálida, dió un paso atrás y le empezaron a temblar los labios. ¡Desgraciada! ¿Tanto lo había mostrado ser que hasta aquel infeliz le tenía lástima? Pedro la miraba lleno de susto.

—Señorita... Ana María... yo no... perdóneme...

Pero ella había vuelto a serenarse, y acercándose a él:

—Viejo mío. ¡Vaya una ocurrencia estrambótica! ¡Desgraciada dices!

—¿No es verdad, señorita?

—¿Qué ha de ser? Claro que estoy triste; ¿no lo estás tú? Pero desgraciada no soy; para serlo hay que desesperarse, y yo no quiero desesperarme nunca; no sé lo que te hace pensar esas cosas; sea lo que quiera, Dios tiene caminos que nosotros no sabemos entender; ¿no te parece? Levanta esa cabeza y mírame. ¿Eres tú desgraciado? Pues yo tampoco; las penas son penas, ¿verdad?: pero ya sabes tú cómo se van llevando; y cuando se resigna uno a llevarlas, ya no se siente el peso. Está muy bien que yo tenga que predicarte; en esta casa no se llora más, ¿oyes?

—No se llora más—asintió el buen hombre—; pero, de todos modos—pensó melancólicamente—, la boda se la ha llevado el aire, como dice Manuela.

Todo esto sucedió la víspera de Santiago bendito, por lo cual, luego de no pocas vacilaciones, Ana María había decidido hablar con Agustín, que, sin duda por delicadeza, estaba esperando para marcharse a que ella diese por terminado el duelo oficial. Las cartas que llegaban de Madrid a diario probaban a las claras la buena inteligencia del escultor con Carmelina. La situación iba siendo cada vez más difícil; todo el silencio y toda la prudencia del mundo iban ya siendo inútiles para ocultar a los demás lo que estaba pasando; ni había para qué ocultarlo tampoco; muerta la abue-

la, ¿qué le importaba a nadie lo que entre ellos hubiese podido suceder? Más valía terminar de una vez.

Más valía. Pero el corazón es cobarde y Ana María no había contado con la cobardía de su corazón. —Se lo diré después del desayuno—había pensado; pero después del desayuno, a Agustín se le había ocurrido que estaba la mañana muy hermosa y que podían dar una vuelta por el jardín, y ella no se atrevió a amargar la dulzura del paseo, el último—pensaba—, con la violencia de las palabras que había resuelto decir. —Esperaremos a la hora de comer—. A la hora de comer, como había llegado Pedro... —Se lo diré esta tarde—. Ya sabemos cómo la tarde transcurrió en el salón.

Mientras Agustín saboreaba la quietud, ella, en su aparente inmovilidad, pasaba por todas las angustias de la indecisión, luchando entre lo que creía su deber y el deseo de prolongar siquiera un día la apariencia de felicidad con que le permitía ilusionarse la presencia de Agustín.

—Mientras le tengo aquí, ¿no puedo imaginar que aún es mío?—Indignábase luego, a su parecer violentamente, contra su falta de dignidad.—¿Es posible que sea yo tan vil que me conforme con este simulacro? ¡Acabemos!

Y quería decir la primera palabra, y miraba a Agustín que, sacándole humo al tabaco, parecía sumido en alguna plácida contemplación... – ¡Cuando acabe el cigarro!. .— Acabado el cigarro, Agustín había cogido el periódico. – Cuando pase la primera hoja... cuando acabe el artículo..., cuando haya dejado de leer... ¡ahora!—Pero había entrado Juanona con la carta.—Esta es buena ocasión; cuando él haya leído la carta, que sin duda es de ella, la conversación puede llegar, naturalmente, al tema del viaje. Yo le diré: —¿Te escriben de Madrid?—De Madrid.—¿Preguntándote cuándo es la marcha? —Preguntándome cuándo es la marcha—. Así, insensiblemente, llegaré yo a decirle que se pue-

de marchar cuando quiera, y le quitaremos al caso toda solemnidad.

Como Agustín no abrió la carta, todo este artificio de sutil dialéctica se vino al suelo... y siguió pasando la tarde.

Una vez, decidida por completo, Ana María comenzó a hablar: —¡Agustín!—dijo en voz que ella creyó fuerte y segura, pero Agustín no la oyó; en realidad, el son de la palabra, harto temblorosa, habíase ahogado en el inoportuno graznido del pavo real. Otra ocasión perdida. Cuando Manuela vino a abrir las ventanas, ella se puso en pie, bien decidida—. Iré a su lado, se lo diré de prisa y le dejaré solo.

Detúvose a mirar la puesta del sol; nunca la había visto tan soberanamente hermosa. El cielo ardía como hierro fundido: amontonándose las nubes, formaban cordilleras de luz, de nieve, de oro, de jacinto; carmines violentos parecían hervir como volcanes en las hendeduras de aquella serranía fantástica; el sol, tras la cortina formidable, abría el abanico de sus rayos: en lo alto del cielo, nubes como esquifes se teñían de vivísimo rosa. Todo el jardín parecía incendiado; cada hoja estaba orlada por un perfil de luz: ramas y troncos refulgían, bañados—diríase—en sangre y en oro: también la arena estaba bermeja. La imperial hoguera comunicaba al aire el estremecimiento de sus llamas; en la fuente, en las crestas del muro, en los cristales, en los ojos de Ana María, temblaba la sangrienta luz; dentro del salón ardían los espejos, centelleaban los platos de cobre, y las rosas blancas de un ramo parecían de plata bruñida. Largo rato duró el incendio del aire: luego, lentamente fuéronse apagando y levantando las amontonadas nubes; el abanico de lanzas de luz se hundió poco a poco; la sierra, al norte, pasó del hondo azul a un armonioso violeta; pero a poniente, aunque el sol se hubo hundido, quedó en los aires una banda roja: era ya bien entrada la noche y aun estaba allí, y los álamos destacaban en negro sobre ella la silueta de sus

troncos cuando ya lo alto del ramaje estaba en sombra.

Entonces—cuando acababa de hundirse el sol—es cuando Ana María suspiró, y volvió a sentarse. ¿Quién sabe la infinita cobardía que deja en el espíritu la contemplación de una de estas orgías del atardecer? Estaba rendida, como hubiera podido estarlo después de una batalla. De estas comuniones intensas con la hermosura natural salen maltrecho el cuerpo y el alma indiferente a todo lo que sea el diario egoísmo del vivir: no hay, para reducir penas y gozos a su justo y mezquino valor, como contemplar fijamente el cielo incendiado por la puesta del sol, o empalidecido por el atardecer, o aterciopelado por la noche; cuando se vuelven a bajar los ojos, el contemplador de seguro se siente como extraño en la tierra; ni aun los pies parecen tocar el suelo, mucho menos el alma.

Ana María, con los ojos aun llenos de luz, sintió que le nacía en el corazón un extraño silencio. ¡Todo en paz! Agustín, que una vez más, por entonces, acertó a mirarla, vió que sonreía; él no había gozado de la puesta del sol mas que la aureola de luz en derredor de la cabeza de ella; no pudo comprender, por lo tanto, el secreto de aquella sonrisa, ni sospechar siquiera cuán formidables rivales suyos eran, dentro del corazón de aquella mujer, la luz del sol y de la luna, y de los campos, y el agua de los ríos, y el pasar del viento entre los árboles. En verdad digo que Ana María, aunque el amor humano la traicione, y aunque el dolor le arranque lágrimas, y aunque ella misma crea que son las más amargas del mundo, no merecerá nunca el agravio de nuestra compasión, y podrá decir siempre con la frente muy alta: —¡No soy desdichada, porque toda la hermosura del mundo es mía!

Llegó la noche: ella se sentó en la terraza a gozar su frescura: oíase a lo lejos el sonar de la gaita, y se veían más lejos aún los resplandores de algunas hogueras que las gen-

tes del pueblo quemaban en honor del Santo Patrón. Creía estar sola, pero Agustín la había seguido; y he aquí que fortalecida por su tan amada naturaleza, que ahora la envolvía en aromado manto de penumbra, las temidas palabras se hallaron en sus labios sin que apenas se diese cuenta de que las quería pronunciar:

—¿Cuándo te marchas, Agustín?

Así, sencillamente, sin que siquiera le temblase la voz. No recibió él seguramente la pregunta con la misma serenidad: tardó bastante en responder, y no se atrevió a dar contestación categórica.

—¿Ya no me necesitas para nada?

—Para nada, gracias. Bastante tiempo te has detenido aquí. Ya hemos entrado en caja, y todo sigue su camino; tú estás perdiendo el tiempo: tienes que trabajar, ¿no?

—Tengo que trabajar...

Pausa.

—No sabes lo que me preocupa pensar que te quedas sola.

—No me quedo sola, ya lo sabes. Además, no pienso estarme siempre aquí metida. Viajaré: también yo tengo deseo de ver mundo. Quiero conocer la tierra de mi madre; allí una mujer puede ir sola por todas partes sin que nadie se asombre... Tengo mis amigas en Madrid...; cuando me canse volveré aquí a pasar una temporadita, al amparo de los buenos recuerdos: tú vendrás también, y de vez en cuando nos encontraremos por esos mundos. ¿Te marchas mañana?

—Mañana, no... el sábado... pasado mañana.

—Está bien: se lo diré a Manuela.

Calláronse, y después hablaron de otra cosa.

—¡Cómo se oye la gaita!

—Buen día se han dado de bailar estos bárbaros.

—No sé cómo pueden bailar con esa tonadilla tan triste.

—A ellos les parece regocijadísima.

—Sí..., no he comprendido nunca las fiestas populares y su regocijo colectivo...; eso de alegrarse todo el mundo a un tiempo, sin motivo ninguno individual de alegría, sólo porque ha llegado el día señalado para estar alegres, es un verdadero misterio para mí; ¿tú entiendes el porqué?

—¡Vaya usted a saber! La humanidad es, después de todo, una masa tan dócil... Se alegrarán por contagio.

—Por contagio; falta saber quién es el primero que coge el microbio.

—Estará en el aire, o en el sol, o en que tocan las campanas, o en el nombre del día...; ¿a ti no te alegra algunas veces o te entristece otras una palabra sin sentido, sólo por sonar como suena? A mí, ya ves qué tontería: sólo decir ¡Santiago bendito! me da una emoción tan extraña que casi comprendo el regocijo de todos nuestros paletos. ¡Santiago bendito! ¿Verdad que suena bien?

—¡Santiago bendito!—repitió ella, y los dos con los ojos casi llenos de lágrimas, se echaron a reir.

—Pues, señor—murmuró el viento en la alameda—, me parece la más ridícula aventura del mundo el que esta pareja de sentimentales que tan bien se entienden y que tan felices podrían ser con sólo cogerse de la mano y echarse a andar por esos caminitos de Dios, se empeñe en echarse a perder la felicidad marchándose cada uno por su lado.

—Ha de saber usted, señor viento—dijo el surtidor de la fuente con toda languidez—, que la vida se ha puesto entre ellos.

El viento se ríe:

—Conozco la frase; tanto la ha repetido ese pobre hombre, que él y tú, surtidor archicándido, habéis llegado a creer que es verdad; la vida no se pone entre nadie y nadie, porque la voluntad hace la vida, y el hombre debe ser siempre dueño de su voluntad.

—¡Oh! — dijo suspirando y balanceándose una florida

adelfa—. Hay lazos que no pueden romperse; creedme a mí, que por lo amargo de mis hojas y lo fatal de mi perfume sé de toda amargura.

El viento da un bufido.

—Y además—murmura una rosa pálida, casi deshojándose a impulso de su melancolía—, además... los corazones, una vez heridos, aunque la herida cure, siempre han de sentir el frío del puñal.

—Y, sobre todo—susurra apenas un lirio de agua—, ¿qué es la felicidad sino un fantasma vano?

—¿O qué importa en el mundo la tristeza?—dice la blanca corola de un jazmín, dejándose caer blandamente de la rama al césped—. ¡Bella muerte es la muerte de la melancolía!

—¡Por Baco! — ruge el viento, perdiendo la paciencia—. ¡Bueno se nos ha puesto el jardín! ¡Habráse visto epidemia como ésta de palabras sentimentales! ¡Aire, aire, aire, aire! Barramos frases y romanticismos. ¡Aire, digo! Sacudid, álamos, las ramas. ¡Vida, muerte, suspiros y puñales, al viento, al viento! ¡Aire limpio! ¡Agua, nubes, para refrescar el espíritu a estos pobres anémicos! ¡Barramos, aire! Buena polvareda de frases se levanta. ¡Aire! ¡Silencio, surtidor!, y usted, señora Luna, ¿qué está usted suspirando con su cara pálida? Lávesela usted en el arroyo, y a reir también. No faltaría más sino que ahora vinieran ustedes a estropear mis noches de verano con semejante calaña de suspiros. ¡Aire he dicho, y volando; y viva la vida!

—¡Vaya un viento que se ha levantado!—dice Agustín.

—Sí que es fuerte — responde Ana María—; pero ¿no te parece que respirándole se ensancha el corazón?

—¡Ha hecho tanto calor todo el día!

—¡Qué gusto da!—dice ella.

—Pero vámonos dentro—dice él.

Y así lo hacen. A tiempo, porque en el mismo instante comienza a llover desaforadamente.

XXI

¿Seremos partidarios del viento? ¿Daremos la razón al surtidor? ¿Estaremos dispuestos a creer, como la amarga adelfa, que los malos lazos no pueden romperse, o, como el jazmín desmayado, que es dulce la muerte de melancolía?

—Confieso que me gustan las historias que acaban bien, y que a fuerza de considerar la vida con obstinado sentido melancólico, he llegado a convencerme de que la única razón de vivir está en la alegría con que se vive.

Esto dice una linda lectora, que ha estado triste desde los quince hasta los veinte años, y que a los veintiuno se ha echado a reir de todas las tristezas del mundo.

Yo bien quisiera, para complacerla, poder profetizar que esta historia terminará bien; pero, como el viento asegura, a fuerza de repetir frases pesimistas o absurdas, los hombres llegan a engañarse a sí mismos y a creer en la fatalidad... Dice también el viento que es necia cosa, ya que al corazón se le logra engañar con palabras, y no repetirle a cada instante: «Soy feliz», «soy feliz». Y tal vez tiene razón sobrada. ¿Dónde está la sabiduría? ¿Acaso en los libros? El viento ha pasado por las bibliotecas; algo habrá aprendido aventando el polvillo de los estantes. ¿Acaso en las palabras? Ya sabemos que todas las palabras que la humanidad ha pronunciado, desde que empezó a ser humanidad, se las ha llevado el viento: podemos pensar si habrá escondidos dogmas entre

las plumas de sus alas, y si existirán máximas y axiomas y verdades de que él no sea guardián y tesorero. Creámosle, pues.

... Pero ha llegado el sábado; y como Agustín ha decidido que la fatalidad le manda marcharse, y como Ana María está segura de que la fatalidad le manda dejarle marchar, bueno será ir pensando que esta historia puede acabar en despedida.

Manuela y Pedro hablan en el vestíbulo:

—¿Lo cree usted ahora, hombre de Dios?

—Manuela, las mujeres son desde niñas mal pensadas, y cuando van llegando a viejas se hacen pájaros de mal agüero.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que acaso usted, con sus malas imaginaciones, ofende a sus amos.

—¡No están malas imaginaciones! ¿Qué más quiere usted?

—Yo no quiero nada, Manuela.

—Digo que qué más quiere usted que pase. La señorita dice que el señorito se va a marchar...

—Cierto.

—Manda que se prepare la ropa y que se saquen las maletas...

—Es natural, puesto que se marcha.

—Que se tenga el coche enganchado para las cinco.

—¿Querría usted que fuese a pie a la estación?

—¡Es usted un hombre imposible!

—¿Por qué, Manuela?

—De sobra me ha entendido usted.

—Vamos a ver, Manuela, vamos a ver; las cosas, claras.

—Más claras no pueden estar.

—No tanto como a usted le parecen. ¿El señorito quiere hacer un viaje? Le hace. Naturalmente, hay que preparar las maletas y enganchar el coche; pero ¿quién le dice a us-

ted que ese viaje lleva mala intención, ni que le esté esperando, como usted asegura, con evidente falta de respeto, una mujer pintada, ni que..? No, no, Manuela; cuando usted me habló de esto por primera vez caí en el lazo, sí, señora, caí en el lazo; bien afligido estuve, y aunque la señorita me dijo... bueno... siempre los malos pensamientos dejan su rastro... ¡Se deshizo la boda!—decía yo para entre mí—; pero después...

—¿Es que la quiere usted más deshecha, alma cándida?

—Pero después he visto lo que he visto y he dicho: Guarda, Pablo; no te metas a juzgar de lo que no sabes, porque pudiera suceder... ya usted me entiende, y yo me callo..., pudiera suceder que te equivocaras malamente.

—¿Qué es lo que ha visto usted?

—¡Manuela, yo no soy indiscreto!

—Chirivitas que le habrán hecho a usted los ojoa.

—No, señora; verdades como templos.

—No será tanto.

—Le aseguro a usted...

—¡Acabe usted de una vez, hombre! Ya tiene usted calma cuando le conviene.

—Manuela, un secreto es un secreto, y yo no sé si debo...

—Pues guárdesele usted...

—No quiero guardármele, aunque contándolo desmienta mi discreción, ya que el contarlo puede servir para quitarle a usted de la cabeza esas ideas calumniosas, que por un momento llegó usted a contagiarme, y que sólo disculpo teniendo en cuenta que es usted mujer, y que las mujeres... usted me entiende, ¿no?

—No; ni ganas.

—Entonces me callo.

—¡Este hombre es una desesperación! ¿Habla usted, sí o no?

—Hablaré.

—¡Gracias a Dios!

—Ayer por la mañana estaba yo en el cuarto de la señora, que en paz descanse...

—De la señorita.

—Es lo mismo: en el que fué de la difunta señora, que en paz descanse, y ahora va a ser de la señorita; bueno; pues estaba yo allí mientras iban trasladando los trastos, y entró el señorito Agustín y preguntó por ella.

—¿Quién es ella?

—Preguntó por la señorita; yo le dije que estaba en el comedor, y que si quería iría a llamarla: él dijo que no hacía falta, que la esperaría; yo entonces salí de la habitación...

—¿Y eso es todo lo que vió usted?

—No sea usted tan viva de genio. Yo salí de la habitación, pero me quedé en la terraza; él empezó a dar vueltas mirándolo todo; entraron Juanona y la doncella; echaron en un cesto todos los trastajos que habia encima de la chimenea y por los estantes; al salir, Juanona dió un traspié y se cayeron unas cuantas cosas; el señorito recogió una del suelo: era el retrato chico de la señorita. Se le estuvo mirando un buen rato ¡con unos ojos!, y cuando las otras se marcharon...

—¿Le besó?

—No le besó; las mujeres todo lo convierten ustedes en substancia. No le besó; pero le limpió con mucho cuidadito y se lo guardó en el bolsillo de dentro de la americana. ¿Qué dice usted ahora?

—¿Nada más?

—Nada más. El señorito salió de la terraza y pareció sorprenderse un poco al encontrarme allí; miró hacia arriba y dijo:

—¡Buen día hace!

—Sí, señorito, buen día hace.

—Y el chaparrón de anoche ha refrescado bien el jardín.

—Sí que le ha refrescado, señorito.

Con esto se fué para su estudio; pero me parece que, antes de entrar, se llevó la mano al bolsillo, como si fuese a sacar el retrato; ¿tengo razón o no tengo razón?

Manuela mueve dubitativamente la cabeza; buena parece la prueba; pero los hombres en todos los tiempos, y en estos tiempos más, son capaces de cualquier perrería: hasta de guardarse el retrato de una mujer y marcharse con otra; historias se oyen que ponen el cabello de punta.

—¡Sólo el diablo sabe a cuántas mujeres es capaz de querer un hombre al mismo tiempo! ¿No dicen que allá en tierra de moros tienen los maridos mujeres por docenas?

Todo lo que esta teoría escandaliza a Pedro no es para contado.

—¡En tierra de moros! ¡Pero los moros no tienen ley de Dios, ni principios, ni conciencia moral!—Esta frase «conciencia moral» es una de las cuentas que conserva de sus lejanos días de seminario—. ¡Manuela, Manuela, usted está por lo visto dejada de la mano de Dios, y a no ser por respeto a la divina gracia, que está en usted por el santo Bautismo, diría que merece usted ser una de las doce esposas de cualquier moro!

Manuela se ríe; luego llama al viejo «pobre hombre»; luego le pregunta si en sus treinta y cinco años de matrimonio no recuerda haberse hecho culpable de ninguna infidelidad conyugal, siquiera con el pensamiento. El enfado de Pedro se hace formidable: perdiendo toda noción de cortesía, llega a llamar vieja a su contrincante, y además de vieja, fea y solterona. La tormenta arrecia, y quién sabe qué rayos está en camino de engendrar; pero, oportuna y afortunadamente, entra Agustín. Viene de su estudio, ya en traje de marcha; está, al parecer, un poco nervioso: su presencia hace enmudecer a los contrincantes; Manuela desaparece; Pedro queda limpiándose el sudor.

—¿Qué es eso, Pedro?—pregunta Agustín.

—Cosas de mujeres, señorito.

A Agustín no deja de sorprenderle el que Pedro pueda alterarse hasta ese punto por cosas de mujeres.

—Malos bichos, ¿eh?

—Malos, señorito; es decir, dicho sea sin agraviar a nadie.

Pasa Agustín. Pedro se le queda mirando. ¡Cuidado si es buen mozo y si tiene cara de buena persona! Sólo a Manuela se le ocurre compararle con un perro moro.

Pedro sigue diciendo «perro moro» como decían en su niñez remota los romances de ciego; y, además, cree firmemente que un «perro moro» no puede ser buen mozo, que ha de tener la cara fea y tiznada, y que si se le mira atentamente ha de alcanzar a verse algo muy semejante a un rabo y unos cuernos.—¡Con un perro moro!... Imposible: sólo con la sonrisa del señorito hay para convencer al más malicioso de que el viaje no tiene nada de particular. Irá a encargar regalos para la novia.—En cuanto se le ocurre esta idea, Pedro sonríe con aire de triunfo, y desaparece a su vez en busca de Manuela, ansioso de comunicarle lo que él juzga luminoso y aplastante descubrimiento.

El señorito ha entrado en el comedor: es una habitación bastante grande, con rejas a la carretera; las paredes están pintadas de gris; el techo, de blanco; a media altura corre un zócalo de roble.

A doña Margarita no le gustaba mucho esta habitación, porque no tiene vistas al jardín; pero Ana María dice que le encuentra un encanto particular; las paredes claras y desnudas, los muebles sencillos, algunas vasijas de plata, sobriamente distribuídas, dan una impresión de reposo que es bien de estimar; a veces gusta refugiarse en algo gris, para que descansen los ojos y el alma de la policromía del jardín, de la luz cálida, del jugoso verdor de las parras, y del verdor bruñido de los bojes, y luego las ventanas que se

abren sobre el camino real, ¡la carretera! Una carretera es como libro que a cada hora tuviese su romance, al menos así lo explicó Ana María una tarde en que Agustín le preguntaba cómo podía pasarse tan largos ratos sentada y en silencio junto a aquellas rejas.

—Cuando amanece — dijo —, y aun antes de que el sol haya llegado a la veleta de la torre, pasan hombres que van al trabajo; muchos de ellos llevan aún en la mano el pedazo de pan que no han tenido tiempo de comerse en casa: hablan unos con otros, y algunos, sobre todo los que son trabajadores del campo, y más si llevan las yuntas por delante, cantan; el aire suele estar sereno y fresco; aun el polvo no se ha levantado, y los pocos árboles que hay a la orilla del camino, refrigerados por la humedad de la noche, casi parecen árboles de jardín. Luego pasa un arriero con la recua de mulas encascabeladas; no sé por qué a mí los arrieros me hacen pensar en los tiempos viejos, en ventas, en doncellas desvalidas, en novelones de bandidos, en cocinas con lumbres de leña; cosas entretenidas, ¿no? Más tarde suelen pasar mendigos, de los que no se ven más que en las carreteras, con zurrón al hombro, con cayada de palo; ¡qué miedo!; ¿te acuerdas de los cuentos que cuando éramos chicos nos contaba Manuela? Otro día pasa un peregrino; ¿por qué no pensar que viene en derechura de Tierra Santa? Claro que no vendrá, y claro que las conchas del bordón se venden bien baratas por docenas; pero yo abro los ojos para verle venir, y los cierro cuando ha pasado para no enterarme de que dos pasos más allá entrará en la taberna o encenderá el cigarro. Para conservar ilusiones poéticas, no hay como dejar de mirar a tiempo, ¿verdad?

Agustín recuerda que don Francisquito estaba presente y que asintió al ¿verdad? de Ana María cerrando los ojos; después de lo cual, Ana María, continuando el elogio del camino real, dijo:

—Hay días de gran fiesta en la carretera, y son cuando aciertan a pasar por ella la caravana de los títeres o el carro de los húngaros, y más si la dama volatinera redobla en el tambor, y el payaso toca el cornetín, y si hay un perro sabio que va ensayando volteretas, o una mona montada en un asno, o si sentada en la carreta va una húngara de mirar melancólico dando el pecho a un chiquillo desnudo, o si el hombre que guía los caballos canta con sonsonete perezoso. En cuanto asoma la primavera, ya estoy yo pensando en los títeres que han de venir. Algunas tardecitas de verano pasan gitanas: me gusta verlas acercarse a la reja y oirles porfiar para que me deje decir la buenaventura, y escuchar su melosa palabrería cuando me aseguran que un buen mozo moreno se muere por mí, y que una mujer rubia me quiere mal, y que uno de estos días me va a acontecer una ventura grande; y también me divierte ver a los *churumbeles* color de canela hincar los dientes blancos en el pedazo de pan que les doy por la reja. ¿No es verdad que tiene un encanto especial darle limosna a un pobre por entre los hierros de una reja? Las rejas y las carreteras deben rimar en algo que yo entiendo; ¿verdad, poeta?

—Verdad.

—Cuando va a anochecer, las muchachas del pueblo van a la fuente y vuelven: también vuelven del campo, en otoño las yuntas y en verano los segadores; a veces pasa un hombre a caballo, a galope tendido; cuando hace más calor, en las tardes de agosto, suele pasar despacio la diligencia. Un día se para frente a las ventanas un carro tirado por bueyes y cargado con jara del monte, o con leña, o con madera rubia de pino, y entonces toda la habitación se llena de buen olor; a otras horas, bien largas, no pasa nadie, y entonces creo yo que está la carretera más tristemente hermosa que nunca, y lejos se oye un golpear de hierro sobre piedra, porque unos cuantos metros más allá el peón caminero está par-

tiendo grava. Este es el libro—había terminado Ana María, haciendo una graciosa reverencia al escultor y otra al poeta—, libro de estampas que a mí me divierte extraordinariamente, porque entre *mono* y *mono* deja el polvo de la carretera una grandísima página en blanco, que yo puedo llenar con el cuento que mejor me parezca; y por eso me gusta, cuando estoy cansada de mirar las flores del jardín, pasarme las horas sentadita detrás de las rejas de mi comedor, cosiendo y callando. He dicho.

Puesto que Ana María lo dijo, no cabe duda de que es así, y Agustín dócilmente admitió desde aquella hora la poesía de las carreteras castellanas, que, a decir verdad, hasta entonces le habían parecido insoportables y tediosos caminos, lodosos en invierno, polvorientos en verano, desolados en toda estación, por ser inacabables serpientes que parecen no conducir a ninguna parte.

—Yo había pensado muchas veces que si las cosas materiales pudieran sentir, sentirían todos los caminos del mundo que es una maldición el no poder dejar de serlo nunca; y que tal vez por eso es la vida triste, senda para unos, carretera para otros, mejor o peor enarenada, con más o menos árboles en la cuneta, pero, después de todo, lugar de paso, de cansancio y de polvo...

—¡Bah! — había dicho Ana María, que estaba en uno de sus muchos momentos de optimismo—, esa maldición puede redimirse fácilmente: no hay más sino pensar mientras vamos andando: —Este que es mi camino es mi jardín.

Cuando Agustín entró en el comedor sorprendióle encontrar allí todas sus maletas, y Ana María al parecer atareadísima en disponerlas primorosamente: ella le explicó que, al cerrarlas, Manuela las había encontrado en tal desorden que había juzgado indispensable de todo punto su intervención.

—Mientras tú comes las acabaremos de arreglar.

Habían dispuesto para él cubierto en la cabecera de la mesa.

—¿Voy a comer solo?

—Para nosotras es temprano; pero cuando tú llegues a Madrid sería tarde y no queremos que te desmayes en el camino.

Agustín suspira y se sienta; mientras desdobla la servilleta piensa que es cosa triste el tener que marchar de una casa donde se encuentra uno feliz para ir en busca de inquietudes y conflictos completamente innecesarios.

Ana María, al otro extremo de la mesa, dobla con suavidad unos cuantos pañuelos, los pone en un rincón de la maleta; luego la emprende con las corbatas; pide una cajita a Manuela para colocarlas de modo que no se arruguen .. Ahora los calcetines...

—¿No comes, Agustín?

Agustín no come, porque está ocupadísimo mirándola; parécele que Ana María tiene una maña maravillosa para doblar los calcetines: los vuelve prestamente, los estira un poco, los arrolla, luego les da dos o tres golpecitos, y ocupa poco sitio; deslizándose sobre el tejido con todo ello queda un paquete primoroso, que negro, las manos de ella parecen más blancas; tiene las uñas como espejitos de mármol rosa: es ésta una de sus infinitas menudas coqueterías, porque no hay que dudar—piensa Agustín—que ella tiene sus puntas y ribetes de artificialidad... ¡afortunadamente!

—¿En qué piensas?

—En lo desagradable que es viajar en verano.

—Por eso yo me estaré quietecita en mi casa hasta el mes de septiembre.

—¡Con qué seguridad dice «mi casa»—observa Agustín melancólicamente—. Es triste pensar que siendo esta en que estamos tan mía como suya, vayan a pasar años y años, tal vez los mejores de mi vida, sin que yo pueda decir como ella dice: «mi casa».

Ana María arregla el neceser de viaje: la vista de los frasquitos aquellos montados en plata sugiere a Agustín evocaciones desagradables: la entrada en algunas ciudades desconocidas de noche y lloviendo, la tristeza de algunos hoteles, la molestia de abrir las maletas en el cansancio de la llegada, de no encontrar a tiempo lo que se busca, de volver a cerrarlas a toda prisa cuando llega la hora de marchar. ¡Si al menos una mujercita hacendosa llevase a medias estas melancolías del viaje! Pero Carmelina es un huracán.

¡Carmelina! En la angustia de marcharse había olvidado por completo que al fin del viaje le estaba ella esperando. ¡Otra complicación! Para viajar de mala gana, vale más ir solo: porque si va uno triste y se entristece la acompañante, parece que el cielo se junta con la tierra, y dos tristezas reunidas acaban por formar un malhumor insoportable; y si uno va triste y la acompañante de buen humor, ¿no es su alegría como un insulto a nuestra tristeza, y no dan deseos furiosos de tirarla por la ventanilla? Y si llegan a una ciudad de noche y se siente uno muy cansado, y a ella se le antoja dar una vueltecita para orientarse, y entrar en todas las tiendas, y no volver a casa hasta las mil, cargados de paquetes inútiles; y si, por el contrario, uno siente deseos de pasear, y ella, aunque asegura que está muy fatigada, en lugar de quedarse en casita se sacrifica por acompañarnos y va suspirando todo el camino, colgada de vuestro pobre brazo...

Como se ve, estaba en una hora de pesimismo negro y de no menos negra injusticia. Así somos los hombres, señoras mías; por una impresión tal vez pasajera, porque quisiera quedarse en casa y su debilidad le obliga a emprender el viaje, porque desearía llevar por compañera a una mujer y su fragilidad le impone la compañía de otra que en tiempos no remotos se le antojó el ideal de la dicha, nuestro pobre héroe olvida las muchas horas deliciosas que debe a aquella que le está esperando y no recuerda más que los sinsabores;

olvida las serenas noches para acordarse de las noches de lluvia; olvida los alegres paisajes para recordar la vulgaridad de las estaciones; olvida los días de alegría común para acordarse de las horas de desacuerdo; olvida los amaneceres radiantes en que a orillas del mar el corazón despertó alegre como un pájaro para recordar otros amaneceres con frío, con dolor de cabeza, en que los ojos se han abierto desde la ventanilla del tren, sobre alguna llanura desolada; olvida tantos atardeceres armoniosos, lleno de luz tibia y saturados de fragancia, para acordarse de cómo algunas veces ha llegado la noche con frío, con viento, por las calles de una ciudad antipática e inhospitalaria; olvida todo el gozo de la vida errante y no quiere acordarse más que de la nostalgia que algunas pocas veces ha sentido por la quietud y el orden del hogar.

Verdad es que ahora sus amores están del lado del hogar, y verdad, sobre todo, que Ana María está guapísima desempeñando con la sonrisa en los labios su papel de mujer hacendosa. ¡Sí, con la sonrisa en los labios! La muy sabia ha encontrado, quién sabe si en su orgullo o en su coquetería, el heroísmo de sonreir mientras arregla las maletas fatales.

Precisamente en esa sonrisa está en gran parte el motivo del desasosiego de Agustín: si ella mostrase pena o siquiera rencor, ¿no sería más fácil dejarla? Sí, mucho más fácil, aunque más cruel; ¡pero apartarse para siempre de la mujer a quien se quiere, y ver que ella lleva la separación con tal indiferencia, y pensar que mañana, cuando uno se despierte en un hotel, pensando en ella, después de haber soñado con ella, seguramente, ella estará tan tranquila, sentada a la reja, con el cestillo de labor al lado, y sonreirá con esa misma sonrisa plácida al primer vagabundo que se pare a pedirle un mendrugo de pan!

—Se acabó—dice Ana María, cerrando la última male-

ta—. Aquí están las llaves —añade colocándolas junto al cubierto de Agustín—; guárdatelas.

El obedece desoladamente: ella se acerca a la ventana. Pasa una mujer con un chiquillo en brazos y otro de la mano. Ana María entabla con ella una conversación que a Agustín le parece interminable: hablan del marido que ha estado enfermo, pero ya está mejor; de que las gallinas no quieren poner; de que el cordero se cayó a la charca y a poco se ahoga; de la guerra; de la guerra que dan los rapaces. Ana María acaricia al mayor.

—¿Por qué no va a la escuela?

—Ahora es la canícula, señorita, y, además, el maestro no le quiere admitir porque es pequeño.

Ana María promete que hablará al maestro. Agustín piensa que con esta promesa la mujer dejará libre al campo, pero no es así.

—¿Conque de viaje otra vez, señorito?—pregunta, atisbando las maletas.

—De viaje, sí —contesta el héroe de muy mal humor.

—¿Y por mucho tiempo?

—¡Sabe Dios!—responde jovialmente Ana María, en vista de que él no parece dispuesto a responder.

—¡Vaya, vaya! Me alegro, si es para bien, que sí será; ¿verdad, señorita?

—Verdad.

—¡Valiente bruja! —murmura Agustín—. Pues, señor, no comprendo qué gusto puede proporcionarle a Anita la conversación con semejante arpía.

Y así se lo dice, cuando la arpía se decide a seguir su camino.

—¡Pobre mujer! —dice ella por toda respuesta; y sigue sonriendo.

Otra sombra aparece en la reja; éste es un ciego que comienza ¡en verso! una relación. Ana María le da limosna; en

agradecimiento, empieza el hombre a ensartar Padrenuestros por «el alma de las obligaciones de la señorita».

—Más vale que cierres la ventana.

—Señorito—dice Manuela entrando , el coche está listo.

Agustín no se mueve.

—Que entren a buscar las maletas—dice Ana María.

—¡Llegó la hora!—suspira Agustín, pero no se levanta. Llévanse las maletas. Ana María, desde la ventana, da órdenes a los de fuera para su colocación; se oyen los cascabeles de las mulas.

—Cuando disponga el señorito dice el cochero, acercándose a la reja.

—Bien, bien; no hay prisa—responde Agustín muy excitado.

—Como prisa, mayormente, no; hasta las cinco y media no sale el tren.

Dan las cinco. Agustín, de muy buena gana haría astillas el reloj. Por fin se levanta. Ana María sigue en la ventana, apoyada en los hierros; mira obstinadamente a la carretera.—¿Por qué no vuelve la cabeza?—se pregunta Agustín. Y pasea arriba y abajo, presa de tal excitación nerviosa, que tiene que apretar los dientes para que no le castañeteen. Manuela y Pedro han entrado y están a los dos lados de la puerta, con cara de circunstancias. Pasa un minuto; pasa otro; Agustín se sienta; se ha puesto tan pálido, que Manuela se alarma; además pronuncia unas cuantas palabras incoherentes.

—¿El señorito dice...?

—Digo que desenganchen...; no me voy.

—¿Se ha puesto malo el señorito?—pregunta alarmadísimo Pedro.

—No, no; ¡dejadme en paz!

Manuela y Pedro salen. Ana María tampoco vuelve la ca-

beza; pero Agustín la oye decir: —Desenganche usted; el señorito no se va esta tarde—. El se aprieta la frente con las manos; la verdad es que tiene un formidable ataque de nervios, ni más ni menos que una mujer. Ana María, que también está un poco excitada, le mira un momento y se dispone a salir de la habitación sin pronunciar palabra.

—¡No, no!—clama Agustín entonces.

Ella vuelve y se sienta; quiere sonreir, pero le es imposible, porque le tiemblan los labios de tal modo... Así callan los dos largo rato, esforzándose uno y otro en recobrar la serenidad. Agustín acaba por conseguirlo a medias.

—Anita—empieza—, tú dirás que estoy loco.

—No.

—Lo dirás, y tienes razón.

—Como quieras—sonríe ella.

—Te dije que me marchaba hoy, que debía marcharme; pero, ya ves, no puedo.

—Quédate entonces.

—¿Tú dices que me quede?

—¿Yo qué voy a decirte? Tuya es la casa, tuya es tu voluntad sobre todo.

—Mi voluntad no es mía; de sobra lo sabes tú.

Ella se vuelve a sonreir.

—¿Para qué hemos de estar gastando—dice Agustín—palabras inútiles y extravagantes? Yo conozco de sobra que no debo atreverme a decir lo que quiero decirte; tú, que todo lo sabes, sé un poco generosa y responde como si todo te lo hubiese dicho.

—Agustín—dice ella gravemente—, ya es hora de que acabemos de una vez este juego de niños; confieso que yo tuve la culpa haciéndote venir, pero después he pagado con creces mi pobre pecado. ¿Me quieres?, ¿no me quieres?, ¿me vuelves a querer?, ¿me vuelves a dejar de querer? Te aseguro que no sé qué pensar de todo ello.

—Piensa que he sido un desdichado y que vengo a pedirte perdón.

—Creo que ya te he perdonado otras dos veces.

—¿Eso quiere decir que te has cansado ya de perdonar?

—Quiere decir que no sé de qué pueda servirte ni servirme un tercer perdón.

—Si no has dejado de quererme del todo puede servirnos a los dos para ser felices.

—Entonces tú, quedándote aquí, pretendes...

—Que olvidemos los dos lo pasado, si tú todavía me tienes un poco de cariño.

—De poco servirá que los dos le olvidemos si hay por el mundo otra que no le olvida.

—Eres cruel, Anita.

—Estoy escarmentada, Agustín; apenas había pasado una noche desde que me aseguraste, con juramento y todo, que me querías tanto y cuanto, y bastó una palabra de esa mujer para que te olvidases de aquel cariñazo; supongamos que ahora yo me dejo vencer y hago como tú quieres: ¿piensas que voy a contentarme con tener un marido encerradito en casa para evitarle tentaciones?, ¿o te figuras que el matrimonio va a ser contraveneno a tu fragilidad? Yo te confieso que estoy archidispuesta a renunciar a un amor que necesita de precauciones semejantes. Tú dirás.

—Digo que ni un momento te he dejado de querer.

—Los hombres tenéis un lindo método de reservas mentales; no quiero figurarme tu escena con la dama en el pabellón; pero me parece que tengo derecho a dudar un poco de tu palabra

—Duda de mi palabra, pero no dudes de mi cariño.

—¡Bonita frase!

—¿Te burlas de mí?

—Sí —dice ella cambiando de tono y echándose a reir —; sí; me burlo de ti y me burlaré toda mi vida; no me mires

con esos ojos asustados. Señor artista insigne, es usted un inocente, un niño de la escuela, una calamidad, un mamarracho; pérfido como el agua, frágil como el cristal, traído y llevado a todos los vientos por los primeros ojos de mujer que se le ponen a usted delante; blando a las palabritas mimosas, etc., etc...; pero consuélate, que a todo hay quien gane; aun existe en la tierra otro ser humano más frágil y más débil que tú: yo, que, conociéndote de memoria y sabiendo todo lo que sé, tengo la chifladura de quererte.

—¡Anita!, ¡Ana María! —balbuceó el pobre muchacho, que la había estado escuchando lleno de susto, y que, ante el inesperado fin del discurso, se quedó como quien ve visiones —. ¡Ana María! Tú...

—Sí; yo, yo misma. ¿Te asombras? Más me asombra a mí; pero ¿qué hemos de hacerle? De estos desmanes estupendos está hecha la historia del mundo. Resignémonos.

—Anita, eres un ángel. ¿De qué te ríes?

—De tu originalidad. ¿No se te ocurre algo un poquito más nuevo que decirme?

El se puso a besarle las manos con alarmante apresuramiento.

—Bien, bien —dijo ella, retirándolas con suavidad—; estoy convencida. ¿No te parece que está una tarde deliciosa para dar un paseo?

—¿Por el jardín?

—No, por el campo; las grandes hazañas, como esta que nosotros acabamos de realizar, necesitan para celebrarse espacio ancho, aire libre, ¿no te parece? Tienes la cara triste, ¿qué te pasa?

—Yo quisiera decirte...

—No me digas nada; será mucho mejor. ¿Qué es eso, Manuela?

Manuela ha aparecido en la puerta con cara de pocos amigos:

—Una carta—dice—para el señorito.

Ana María frunce el ceño. Agustín se pone un poco pálido. Ana María coge la carta de manos de Manuela: —Está bien—. Harto supone de quién es, aunque no conozca la letra.

—¿Qué te parece—pregunta mirando fijamente a Agustín—si la dejáramos aquí sin leer hasta la vuelta del paseo?

—No, no—responde él bastante aturullado ; es de Carmelina.

—Bonita razón. ¿Tanto te interesa?

—No me interesa..., pero ya estaba enfadadísima con mi tardanza, y amenazaba con venir a buscarme...; es capaz de todo; tal vez dice que viene.

—La recibiremos; no sería la primera vez. Además, tenemos ella y yo pendiente una porfía chiquitita, y sería buena ocasión de resolverla. Ahora me ha entrado a mí curiosidad. Toma y lee.

Agustín rasga el sobre, y de paso un pedazo de papel.

—Corta es la epístola—dice Ana María.

Agustín ha empezado a leer con un poco de miedo; luego hace un gesto de sorpresa, luego un casi imperceptible mohín de desilusión. Ana María, que le ha ido siguiendo en la cara la lectura, pregunta:

—Malas noticias, ¿eh?

—Al contrario—responde él un tanto confuso; y le alarga la carta.

—¿Se puede leer?

Agustín hace un signo afirmativo, y ella comienza la lectura en alta voz.

«Agustinito—dice el papel—: No se puede negar que te adoro, ni quiero tampoco hacerte la ofensa de dudar de tu indudable amor: ¡nos idolatramos! Pero eres el hombre más calmoso de la tierra; yo soy viva de genio, y en Madrid hace un calor insoportable. Había decidido ponerme hoy en

camino para irte a buscar a tu Arcadia; pero en una larga y amena conversación, mi americano me ha convencido de que hay mucho polvo por las carreteras y de que en esta época del año Suiza es un país encantador; mientras tú te decides a venir, yo he decidido, pues, dar una vueltecita por Suiza: es el único país de Europa que no tiene la dicha de conocerme: dicen que es tierra fresca; pero no tiembles; la hoguera de mi amor está a prueba de glaciales y ventisqueros; te enviaré mis señas; hoy te envío un abrazo a cuenta de los muchos que nos hemos de dar cuando yo vuelva... un día u otro; ¿qué importa una fecha ante la eternidad de una pasión? – CARMELINA.»

—¡Admirable!—dijo Ana María, echándose a reir.

Agustín, aunque quiso imitarla, tenía una expresión bastante cariacontecida.

—¿Desilusión tenemos?

—No mucha; confieso que creí que me quería un poco más.

—¿Y te duele la decepción?

—Ya sabes que a tu lado no hay dolor posible para mí

—¡Qué abismo de doblez—exclamó ella, sin dejar de reir—es el corazón de los hombres, y cuánto siento ahora que no te hayas marchado esta tarde! ¿Qué hubieras hecho al llegar a Madrid y encontrarte la jaula sin pájaro? ¿Te hubieras tirado por el balcón? ¿Habrías tomado veneno?

—Creo—dice Agustín humildemente—que hubiera venido a buscarte.

—Y yo te hubiera mandado a paseo. ¡Habráse visto desfachatez semejante! Ganas me están dando de marcharme también al fin del mundo y dejarte aquí solo para que medites sobre la vanidad del amor. ¿Hacia qué lado tirarías si yo también me fuese? ¿Bajo qué ventana vendrías a morir con la serenata en los labios?

—Anita, por lo mucho que te quiero...

—¡Vaya un conjuro deleznable!

—Te pido que no te burles más de mí.

—Pero, ¡alma mía!, ¿no comprendes que si lo tomo en serio va a resultar mucho peor? No me mires así... ¡En marcha! ¡El aire fresco es eficacísimo para aquietar desilusiones!

—Te aseguro que no siento desilusión ninguna.

—Al anochecer, los campos de trigo tienen una paz maravillosa...

—Te juro que soy feliz, Anita; completa, absolutamente feliz.

—El vientecillo mueve las espigas...

—¡Que te quiero con toda mi alma, que eres para mí lo mejor y lo único del mundo, que lo has sido siempre, que lo serás toda la vida!

—Más vale así.

—¿No me crees, Anita?

—Si no te creyera, ¿piensas que iba a tener gana de reirme? Te creo, te quiero creer: ¿estás ya satisfecho? Ahora lo que hace falta es que tú no te encargues con hechos de quebrantar mi fe. ¡Andando! Si ya se ha puesto el sol, ¡no importa! Tenemos hora y media de luz.

Atravesando la carretera entraron en las tierras de labor; ya estaba el trigo bien maduro y habían segado los campos de cebada; lejos, en una era, se veía subir y bajar en el aire el oro pálido de la mies. El resto de la planicie estaba solitario; pronto también las gentes de la era dejaron la labor; los trabajadores se cruzaron con los paseantes, que iban silenciosos: ella, risueña; conmovido, él. Llegados a la era, que estaba un poco en alto, Ana María quiso detenerse para descansar, y se sentaron en un ribazo. Aunque ya hacía rato que se había puesto el sol, quedaba aun a Poniente un resplandor suave, y en el aire una luminosidad plateada.

Sentáronse de espaldas a la sierra y así la llanura se tendía ante ellos como una promesa inacabable. Agustín dijo

algo sobre la felicidad de dejar correr los años en la paz des aquella planicie, lejos del mundo, sin saber nada de lucha, ni de ambiciones, ni de desilusiones, por lo tanto; pero a Ana María no le pareció bien.

—Seríamos—dijo—unos grandísimos cobardes si nos encerrásemos aquí por miedo a las peleas del mundo; tenemos que vivir, y ahora que somos dos, todos los caminos están abiertos para nosotros. Saldremos, ya lo creo, y en seguida: tú, corazón frágil, tienes que aprender a ser firme, pero no metidito en una urna, sino a todos los vientos. Además, la felicidad hay que renovarla con aire nuevo, con cielo distinto y con tierras desconocidas; ¿qué íbamos a hacer cuando los dos nos supiésemos de memoria todas las flores de este jardín? Aquí volveremos a descansar; pero el que descansa demasiado corre el peligro de apolillarse pronto.

—Como quieras; yo había dicho esto porque me parece que tú y esta tierra sois una misma cosa, que tu cariño es algo como la voz de estos campos, y del jardín, y de la casa; ellos y tú tenéis para mí significado semejante; a ellos y a ti os digo con el mismo agradecimiento entusiasta: ¡Vosotros sois la paz!

—Y no tardarías en decirnos: ¡Vosotros sois el tedio! El mundo nos espera, y, créeme a mí, siendo como somos, sólo en el mundo podemos ser completamente felices.

Él asintió, porque en las palabras de ella estaba siempre dispuesto a encontrar la más incontrastable sabiduría, e hicieron proyectos. La boda sería silenciosa, muy de mañanita, en el pueblo, sin ruido, sin concurrencia extraña, porque ¿quién está obligado a regocijarse por la felicidad ajena? La viejecita se alegrará en el cielo, si es que en la serenidad de la bienaventuranza es aun posible que nos regocije el cumplimiento de los anhelos que fueron nuestra vida en el mundo. Manuela y Pedro guardarán la casa. Ellos dos harán un viaje de vacaciones: vivirán luego un año en sitio donde él

pueda trabajar y ganar gloria para su mujercita y dinero para su bebé.

Cuando habla del bebé, Anita mira fijamente a Agustín para ver si la idea del hijo evoca el recuerdo de la madre; pero no debe ser así, porque Agustín sonreíe como un bendito, en vista de lo cual, ella sonríe también, y dice que ya es tiempo de volver a casa. Como está la noche clara y serena, dan un rodeo para volver, y, dejando las tierras de labor, se acercan al monte.

—Entraremos — dice Ana María — por la puerta del pabellón.

Pero la puerta del pabellón está cerrada, y, siguiendo la tapia, vanse a buscar el portillo: todo este muro y este portillo están llenos de evocaciones más o menos románticas, las cuales hacen que Ana María vuelva los ojos hacia la hondonada en que está cobijado el pueblo: el caserío es una gran masa de sombra, pero en una ventana bien conocida se ve luz.

—Mi poeta vela — dice Ana María —, y acaso se estará acordando de mí; ¿quién sabe si hubiese sido mejor recompensar con mi blanca mano su fidelidad que tus infidelidades?

A Agustín no le hace la broma demasiada gracia, pero la palabra «infidelidades» le recuerda que no tiene derecho a ofenderse, y responde con el mayor acento de jovialidad que puede conseguir:

—¡Quién sabe!

—Lo sé yo—dice ella—. Los versos y las melancolías son enemigos inmortales del amor; mi poeta siempre los hubiese querido más que a mí, y prefiero rivales de carne y hueso, con quienes, si es preciso, sabré arañarme lindamente. Siempre es un consuelo, ¿verdad?, el poder combatir cara a cara con el enemigo.

Agustín, en confirmación de la sabiduría de tales pala-

bras, le cuenta la memorable lucha del arroyo, y dice que, en efecto, es placer sabroso apagar a trastazo limpio rencores de rivalidad: ella no parece sorprenderse gran cosa, pero se ríe de buena gana y contempla con cierta satisfacción sus bien pulidas uñas. El portillo está abierto, el jardín le parece a Agustín muy alegre:

—¿Verdad que la fuente tiene la voz más clara, y que los lirios de agua parecen haber perdido su melancólica languidez?

—Sí—dice Ana María—; buen espejo del alma es un jardín; pero vamos de prisa, porque el paseo y la felicidad me han despertado un hambre de lobo.

Mientras comen, charlan y se ríen.

Entretanto, Manuela y Pedro vuelven a discutir.

—¿Tenía yo razón?—dice él.

—Quien tenía razón era yo—insiste ella.

—¿Pues no decía usted que el marcharse esta tarde el señorito era la mayor prueba de que se había deshecho la boda? No se ha marchado..., luego...

—No se figure usted que no tiene su intríngulis el que se haya dejado de marchar.

—¡Mujer testaruda! Si no hay más que mirarlos a la cara. Están contentos como unas Pascuas.

—Sí, sí; ya veremos en qué paran las risas.

—¡Ya lo veremos!

Al día siguiente, Manuela no tuvo más remedio que darse por vencida ante la triunfante actitud de Pedro, que volvía de acompañar al señorito a casa del cura.

XXII

Del diario de don Francisco Estrada, poeta: «... Puesto que ella se ha ido, ¿qué remedio nos queda, corazón, sino vagar por el jardín que fué suyo, e ir escuchando una por una las voces que le fueron familiares, por si en alguna de ellas ha quedado un mensaje para nosotros? Si le habrá; no es posible que nuestra apasionada devoción, vibrante tantas veces a su lado, en estos lugares, haya dejado de despertar en ella más de una vibración simpática. ¡Hay tantas cosas en este jardín que hemos aprendido juntos, su maestro yo y ella mi maestra, otras veces discípulos los dos de la misma inmortal aleccionadora!

»Ella me dijo el nombre de las estrellas y me descubrió muchas flores que yo, en mi vida de ciudad, no había conocido nunca; yo le enseñé palabras desconocidas y ritmos nuevos; juntos aprendimos que la sombra de cada árbol tiene un matiz distinto, que en el ramaje de cada uno de ellos levanta el aire distinto son, y descubrimos el color de los ojos de los cisnes y contamos cuántos son los círculos que forma una piedra al caer en el agua, y cuántas son las chispas que saltan cada vez que se hiere un pedernal, y cuántas vueltas da una hoja de rosa desde que se desprende del rosal trepador en lo alto de la tapia hasta que da en el suelo

»Toda esta ciencia maravillosa nos une como una inicia

ción; somos sacerdotes del mismo culto, y por mucho que en el mundo sentimental se alejen uno de otro nuestros corazones, a la hora del sacrificio, siempre nuestras miradas se encontrarán sobre el altar; y sucede que el altar es el mundo, porque todo el mundo está en un jardín, como «pue»de estarlo en un corazón—dice la antigua fórmula mística »de círculo inscrito en el triángulo—sin alcanzarle a llenar».

»Sí, señora; por dondequiera que vayáis, orgullosa de vuestro amor triunfante, hallaréis niños que están tirando piedras al agua, rosas que se deshojan en lo alto de los muros, sol que echa al suelo sombras, y viento que suena entre las ramas; y, mal que os pese, tendréis entonces que acordaros de mí, así como cuando el galope de un caballo arranque chispas a las piedras, y cuando pase un cisne por un canal, y cuando en la noche, despierta vos y el amor dormido, miréis por la ventana..., porque siempre hay estrellas en el cielo, y vos sabéis su nombre, y yo no le sabía. Y así me seréis fiel, aunque, a la voz de todas estas evocaciones, vuestros ojos hagan un guiño de burla, y digan vuestros labios con ironía compasiva: – ¡Poeta loco!

»Este es el mensaje que me ha dado el jardín: bien vale una estrofa.»

«Entré en la casa por las terrazas. Voy muchas tardes; los criados me reciben como a persona de la familia y me dejan vagar a mi placer por las habitaciones solitarias. Han enfundado algunos muebles, han recogido los cacharros menudos, han sacado al jardín o han encerrado en las estufas todas las floridas macetas que antes estaban en el salón; no hay cosa más triste que un florero sin flores: así están ahora todos los que antes rebosaban de rosas y claveles.

»Yo he intentado explicar a Manuela cómo en los rincones familiares, sobre la chimenea del salón, en el cuarto de

ella, entre las dos ventanas del comedor, son de absoluta necesidad las flores que tantos años han alegrado el alma de la abuela, y que han aromado y perfumado para siempre el espíritu de la nieta. Naturalmente, no me ha entendido, y todos mis esfuerzos han resultado inútiles, aunque Pedro, por una confusa percepción sentimental, se ha puesto de mi parte.

»—Tiene usted razón, señorito.

»Manuela ha refunfuñado no sé qué explicaciones: las flores dan tanto que hacer, y para que no las disfrute nadie...

»Yo he hablado del amor que les tuvo doña Margarita.

»—A la señora se le llevan al cementerio, como mandó la señorita Ana María.

»Yo le he dicho que el alma de los muertos no guste de los cementerios, donde el cuerpo, al cabo tan amado, sufre corrupción, sino que viene a visitar las moradas donde fué feliz, donde están sus buenos recuerdos, el eco de las voces queridas, de las músicas que les deleitaron; el alma, que no muere, viene a buscar las huellas de la vida, donde vivió, y no al desconocido rincón en que la podredumbre vence a la carne.

»—Así, pues, si quiere usted alegrar los ojos del alma de su señora con las flores que fueron sus preferidas, póngalas usted aquí, sobre esta chimenea junto a la cual pasó tantas horas, sobre ese piano, en esa ventana; y ponga usted también unas cuantas en ese jarro de cristal, junto al cestillo de labor de Ana María, por si también su espíritu se pierde alguna de estas tardes camino de su casa.

»La vieja salió sin responder; es testaruda y piensa, sin duda, que todo eso son extravagancias; yo salí al jardín, corté un buen manojo de rosas blancas y las puse en el jarro de cristal. Pedro fué a buscar agua fresca con gran solicitud.

»—Ya se ve—dijo, mientras me ayudaba—que el señorito sabe de cosas hondas.

»—Un poco, Pedro.

»—Todo eso que usted ha dicho parece que uno lo tenía dentro, pero no lo sabía pensar; ustedes son felices que saben pensar todo lo que sienten.

»—Crea usted que lo esencial es sentirlo.

»—Eso digo yo; pero las mujeres, sin agraviar a nadie, son, fuera del alma, un pedazo de piedra. Usted dice que la señora, que esté en gloria, vendrá de cuando en cuando a su casa; es natural. Usted dice que le gustará ver sus flores; ¿no cree usted que de cuando en cuando le gustaría también oir su música? Pues anoche me puse a tocar para ella y Manuela se enfureció conmigo, porque dice que es una irreverencia alegrarse cuando hay luto en casa. ¡Ya ve usted, alegrarse le llama ella a tocar el piano! ¡Todo sea por Dios!

»Yo le tranquilicé, asegurándole que sus sonatas son tan piadosas como el más devoto responso; apoyado en mi autoridad moral de *hombre leído*, supongo que, siquiera a la sordina, habrá desde esta noche música en el palacio; desde que el pobre hombre había dejado de tocar, se pasaba las horas besando las teclas entre lágrimas y suspiros.

»—¿Cree usted, señorito, que en el cielo, los que ya no estamos en edad de ser ángeles, tendremos entrada en los coros de música?

»El pobre viejo está lo que nosotros, que nos creemos razonables, llamamos con evidente presunción, «medio loco»; pero su locura melodiosa, hecha de cariño, de recuerdos y de buena música, es, sin duda, ofrenda bien grata para la que fué tantos años su señora y su amiga.»

«Una de las cosas más tristes en las casas desiertas son las ventanas. Cerradas de día, dan impresión de muerte, de

algo que debe estarse ahogando dentro de las obscuras habitaciones; abiertas, son como grandes órbitas de ojos que se hubiesen quedado ciegos; porque una ventana no vive más que por la promesa del rostro que se puede asomar a ella; mirada desde fuera, es como un marco que está esperando siempre su pintura; ahora están para siempre los marcos vacíos, y ni el recuerdo de una buena sonrisa consiente en asomarse a ellos. ¿Quién no sueña mirando a unas ventanas? Si conocidas, dentro está el tesoro; si desconocidas, dentro está la ilusión.

»De día, vagando por las ciudades, se oyen algunas veces salir por ellas voces de niños, risas, el son de un piano; a veces la ventana es balcón y hay en él un enjambre de muchachitas que charlan y sonríen; a veces hay, entre las persianas a medio abrir, la visión de una mujer que lee o que está triste; a veces está la habitación solitaria, y en la pared del fondo hay un espejo, y en el cristal se pintan las ramas de los árboles que hay fuera y la figura alegre de una chiquilla que acierta a pasar por la calle con un cesto de fruta a la cabeza.

»De noche, las lanzas de luz caen de las ventanas sobre los jardines, hiriendo a la noche, y, con las lanzas de luz, las sombras, acaso queridas, y risas y músicas también; y a veces el silencio. Se ve la sombra de una viejecita sentada en su sillón, o la de un hombre que está leyendo, los codos en la mesa y la frente apoyada en las manos; la de unos cuantos niños que, también apoyados en la mesa, juegan, o la de una madre joven que duerme a un bebé. En las ventanas altas, sólo la luz; alguna tan alegre, que parece desafiar toda melancolía y todo misterio; alguna amarillenta, alguna apenas roja. Cuando se va por una calle triste y en una ventana se apaga una luz, es como si de golpe se nos muriese una ilusión. Recuerdo una ventana, un negro anochecer de noviembre; la habitación estaba obscura y sola, pero había

lumbre en la chimenea y un gran gato blanco junto al hogar.

»Pasando de noche por algunas ciudades desconocidas, cruza el tren sobre un puente y hay en la sombra grandes edificios con todas las ventanas iluminadas, como ascuas de oro, y la luz de todas cae sobre el agua negra del río, y hace una gran fiesta para los ojos, en la obscuridad de la noche...

»He mirado desde lejos la luz de su ventana todas las noches de este verano; ahora no hay luz, y la ventana, antes vestida de muselinas blancas, está desnuda, cerrados casi siempre los postigos, abierta algunas veces de par en par, negra como boca de lobo, y dejando asomar la odiosa funda gris con la cual han cubierto el espejo que está sobre la chimenea: ¿por qué habrán condenado al pobre espejo a no reflejar la copa de la acacia que era su amiga? Preciso será que escriba yo a la dueña del espejo y de la acacia, para contarle éste y todos los desmanes que se cometen aquí en su ausencia, y para decirle cómo en la fuente han hecho callar el surtidor. ¿Habrá una fuente en el jardín sobre el que ahora se estén posando sus ojos?»

«Recibo una tarjeta postal sin fecha: la ilustración es un rincón de costa brava donde el mar se divierte haciendo espuma. Hay una leyenda que dice así: «Desde la orillita del »mar, con toda simpatía»; y su nombre.

»Es extraño lo muy *a ella* que suenan estas pocas palabras; puedo asegurar que no las leí en el papel, sino que las oí desgranarse en el aire cuando pasé los ojos por la tarjeta. Hay así quien—y especialmente las mujeres—, quien acierta, digo, a poner el ritmo vivo de su hablar en todo lo que escribe; hay cartas sonoras y evocadoras, que son como la charla misma de quien las escribió; nunca he leído cartas de Ana María, pero juzgo por esta sola frase que me llega de ella que deben ser así. «Desde la orillita del mar...» Veo las centellas que debieron saltar de sus ojos al decir esas pocas

palabras, y veo toda la hermosura del agua y de las rocas reflejada en la entusiasta exaltación de su rostro; de seguro echó atrás la cabeza y sonrió un poquito y pestañeó levemente como acostumbra a hacerlo cuando mira o recuerda algo que le parece muy hermoso; yo no sé si estaría frente al mar cuando las escribió; tal vez sí; tal vez sentada en una galería de casino, de esas que están sobre las playas, con todo el sol de medio día cayendo en la arena, con el aire fresco jugándole en los rizos; tal vez estaba sola. Tal vez el agua verdeazul tenía nacarinas crestas de espuma; tal vez ella sintió que le faltaban fuerzas al corazón para gozar la soberana hermosura, y, volviéndose a buscar apoyo, pensó en mí, y dijo: —¡con toda simpatía! —Palabra casi helada «simpatía»; pero ella tiene una entusiasta y cariñosa manera de decirla, que casi la obliga a sonar a cariño... «Desde la orillita del mar...»

»Bajo el nombre de ella viene escrito otro nombre: «Agustín.» El marido, magnánimamente, se digna autorizar este intercambio de naderías emocionales; ¡más vale así! Verdad es que nos tenemos prometida amistad leal desde el día en que ellos, ya irremediablemente atados por las bendiciones, tomaron el tren, camino del mundo.

»¡Qué guapa estaba ella la mañanita de su boda! Nunca la había visto yo de mantilla; llevaba, contra su costumbre, el peinado muy alto, y el encaje, aun más negro que los rizos, aun más negro que los negros ojos, le envolvía la cara en leves, movedizas sombras. Alegre ella como un cascabel, la mañana clara, el huerto risueño; bajo la parra, servido a la rústica, el siempre rústico chocolate.

»Bien estaría decir aquí que el corazón se me partió de pena; y, sin embargo, no quiero decirlo, porque no es verdad. Era tan contagiosa la segura felicidad de ella, que nos obligó a todos a ser felices. Entró en la vida nueva con la tranquilidad más perfecta: ni un temblor en la voz, ni una

niebla en la risa: para todos le sobró cariño y hervor de amabilidad: todos reímos—yo, como todos, olvidando por qué—al ver cómo ella sonreía. Qué generosos pueden ser los felices.

»Y ahora, recordando cómo sus ojos iban, en aquella mañana, cambiando afectuosas miradas con todos los nuestros, pienso que el favor de esta pobre tarjeta, que viene a buscarme, es harto impersonal; por su propia felicidad y no por mi recuerdo, tiemblan de gozosa emoción las palabras que ha querido decirme al encontrar su mirada sobre el mar la evocación de la mía. Ha sonreído con cariño, «con toda simpatía», como ella dice, no por la evocación, sino porque su gozo rompe en chispas amables a cualquier choque; y su gozo es su amor, y su risa es la voz de su amor, y su sonreir es la luz de su amor. Bien defendido está su corazón con el escudo de su alegría... y razón que le sobra tiene el afortunado de su marido para darnos la mano con absoluta tranquilidad mientras a ella la oiga reir.»

XXIII

DE ANA MARÍA ALDANA A JUANITA SU AMIGA

«Queridísima: ¿Tan enfadada estás conmigo por no haber recibido invitación para lo que tú llamas mi «boda por sorpresa»? ¿Tan irremediablemente ofendida? ¿No habrá manera de desagraviarte? Pienso que sí, y hoy, en el primer acto de mi nueva vida, estoy dispuesta a gastar en la empresa veinte pliegueecillos de papel y toda la tinta que cabe en mi pluma de viaje. A la curiosidad satisfecha confío el encargo de aplacar tu corazón ofendido.

»No ha habido ingratitud por mi parte, créelo: tu cara bonita y el lindo traje que no hubieras dejado de hacerte para la ocasión, hubieran sido de extraordinario valor decorativo en la fiesta de mis bodas. Tu cariño a mi lado hubiese aumentado sin duda mi felicidad; pero es el caso que el acontecimiento fué tan «por sorpresa» para mí como para el que más. Había llegado la hora inevitable de la separación; ya estaba yo esperando únicamente a que arrancase el coche que se llevaba para siempre al héroe; ya se cuajaban en mis ojos las amargas lágrimas que toda Ariadna que se respeta está obligada a derramar en la hora terrible del abandono; ya los cascabeles de los caballos sonaban a mi puerta como clamores fúnebres por mi muerta esperanza; ya mi luto se volvía más negro y yo me sentía envejecer por

instantes, y veía en la famosa «lontananza» la imagen de mis encorvados noventa años—estoy segura, no sé por qué, de que voy a vivir un siglo—, acompañados de insípidos recuerdos y divertidos con la voz de mi loro favorito, al que habría enseñado a pronunciar el nombre del ingrato; ya todo estaba a punto de acabar en el mundo para mí, como para la infeliz Elvira, cuando una afortunada reacción psicológica arrojó al galán casi fugitivo, no a mis pies —hubiera sido demasiada dicha—, sino a los brazos de un sillón.

»Desde allí, entre interesantísimos balbuceos, asomos de llanto, emoción—por su parte y por la mía—, consiguió decirme que.., en fin, que me adoraba a pesar de todo. Yo, a pesar de todo, magnánima como corresponde a una reina que se ha visto a dos pasos de perder la corona y que se encuentra de repente sentadita en el trono y con la revolución a sus pies, me digné perdonar al delincuente.

»No te cuento la escena; las palabras fueron pocas y poco interesantes; los silencios, si no se oyen «sobre el terreno» pierden todo interés; las emociones por dentro andarían: yo, de todas las mías en aquel momento, únicamente acierto a recordar que estaba muy alegre y que hice los mayores esfuerzos del mundo, en la primera parte de la escena, para ponerme a tono con la seriedad casi trágica de mi interlocutor; por fin, puesto que yo triunfaba, triunfó la risa, y alegres como unas castañuelas salimos a dar una vuelta, admiramos el sol, la luna y las estrellas—esto es decirte que salimos de día y volvimos de noche—, hablando tontamente de la felicidad, en lugar de dejarla pasar callando, que es la mejor manera de sentirla; atravesamos nuestro jardín, que al parecer estaba tan alegre como nosotros; cenamos con un apetito que más vale que no te figures, si quieres conservar a esta verídica historia todo su perfume de poesía inmaterial; tuvimos una sobremesa de bastante romántico silencio bajo las estrellas y el cielo azul; nos despedimos cordialísimamente

«hasta mañana»; yo dormí poco, por cuya causa, ¡oh, prosa de la vida!, al día siguiente desperté con bastante dolor de cabeza; afortunadamente, una ducha fría me despabiló; almorzamos; corrió «mi dulce amado» a la parroquia, y diez días después—yo no sé por dónde llegaron las dispensas, ni qué se hicieron las amonestaciones—salía esta tu amiga muy de mañanita de la iglesia del pueblo después de haber pronunciado ante los espejos de la sacristía los tres «sí» reglamentarios. Porque son tres, querida; a los cronistas de fiestas nupciales siempre se les quedan dos en el tintero; te lo advierto para que, cuando te llegue el caso, no vayas a poner en el primero toda tu emoción; yo estaba un poquito nerviosa por la «pesadumbre — diría un filósofo — de la idea heredada», que hace de esta sencilla ceremonia un trance terrible; tenía decidido empeño en pronunciar los «sies» con naturalidad, y, naturalmente, el exceso de premeditación me los atarugó un poco en la garganta; resultaron, a pesar de todo, bastante dignos, y cada uno de ellos fué acompañado de su correspondiente sonrisa. A mi pobre Agustín no tuvimos el gusto de oírselos, suponemos por fe que los pronunciaría, pero a mí a veces me entran dudas sobre la validez de mi matrimonio; él me jura — para tranquilizarme — que tuvo la intención de pronunciarlos; creo que moralmente la intención basta.

»No pude llorar, y no quise fingir que lloraba, con lo cual las comadres, que sin que nadie las invitase vinieron en tropel a la iglesia, sufrieron una pequeña desilusión. Una novia sin lágrimas falta a la tradición de cordero inocente que va al sacrificio: yo, como me sacrificaba con bastante gusto, no sentí la necesidad ni la conveniencia de derramar las mías sobre el ara; mi madrina lloró por ella y por mí; era la señora del médico, la más íntima de nuestras amigas en el pueblo, y a la cual acudí a falta de familia cercana; asusta pensar lo sola que estaría yo en el mundo si no me hubiese

llegado a casar. ¡Qué abrazos me dió la buena señora!, ¡qué sollozos los suyos mientras me hablaba de mi pobre abuela y de mi madre! Yo me acordaba de ellas como todos los días; pero estaba el cielo tan azul, que pensé que las dos estaban sonriendo al verme feliz, y ni la emoción de su recuerdo, de su presencia real debo decir para decir lo que sentía en aquel momento, consiguió traer lágrimas a mis ojos.—¡Vaya una novia satisfecha! oí exclamar a una viejuca, con cierto aire de reprobación, cuando salía yo de la iglesia, no del brazo, pero sí al lado de mi maridito, que poco a poco se iba serenando.

»No puedo describirte galas; mi luto es tan reciente que no consentía adorno ninguno; de negro, como todos los días, y de lana; únicamente substituí el crespón por una mantilla de encaje; llevé, no prendido, sino en la mano, un gran ramo de azahar que cortamos en los naranjos de la estufa; te envío esa ramita, que, aunque un poco amarilla, aun huele bien.

»Concurrencia, escasa; fiesta, ninguna; regalos, un pañuelo de encaje, de las chiquillas de mi escuela dominical. Tomamos chocolate en el huerto del cura, que está al ladito de la iglesia; luego invité a comer en casa a los pocos amigos que aquí tenemos; la misma tarde tomamos el tren hacia el norte.

»Empecé esta carta en España y quiero terminarla en Londres, después de haber pasado por París. Somos el movimiento continuo. Pasamos ocho días en un rincón de Asturias, la tierra hermosa por excelencia, a orillitas del mar; yo no sé qué decirte de los bosques de pinos que a veces llegan hasta el agua misma, ni de los otros de castaños, ni de lo que parecen los montes al amanecer en su triple mole verde y azul violeta, ni de lo que son los campos de maíz, todos empenachados de blanco a la luz de la luna, ni de los huertos bajo los manzanos, ni de las playas anchas tapizadas de

arena rubia, erizadas de peñas tan negras, vestidas, al bajar la marea, con la maravillosa policromía de las algas.

»Yo no había visto el mar nunca; aun más que verle me gusta oirle, y, sobre todo, recibir en la cara y respirar a plenos pulmones ese aire fresco y húmedo que huele a no sé qué y que deja en los labios sabor a sal; me he puesto negra como un arenque a fuerza de dejarme tostar por el sol, mojar por el agua y secar por la brisa; bañarse en el mar es el placer más grande que cabe en este bajo mundo; una vez en el agua, traída y llevada por aquel empuje todopoderoso, mecida, cantada, sola en la inmensidad, con el cielo que parece bajar sobre el agua y que deslumbra, con algunas voces que suenan lejanas aunque esté muy cerca el que hable o grite, siente una que se pierde, que ya no tiene cuerpo, que ha dejado de ser para formar parte de aquel todo sonoro, luminoso, cambiante; que la carne huyó, y que del alma no queda más que una centellita, acaso una burbuja brillante al sol en lo más alto de una ola.

»Todo esto puede parecerte lirismo, pero es verdad; el mar es mi amigo, un amigo nuevo que me ha llegado a la buena hora de mi felicidad, y estoy segura de que, aunque viva esos cien años que me corresponden, mis recuerdos de luna de miel sabrán a sal marina y estarán saturados del saludable olor a brisa, y aletearán con alas de gaviota, sobre peñones y sobre mareas, serena, fuerte y regocijadamente.

»¡Mis recuerdos de luna de miel! Ya sé que te interesan más los recuerdos que el paisaje. En tu carta, tan deliciosamente ofendida, me prometes perdón a cambio de impresiones. La primera impresión bastante agradable, al menos para mí, que desde pequeña he sido dueña de mi voluntad, es encontrarse con otra voluntad al lado, en la que puede una apoyarse para las menudas responsabilidades de la vida.

»También es agradable que le abran a uno todas las puertas, que le cedan el mejor sitio en el vagón, en el barco, la

mejor porción en la mesa, el mejor lado en el camino; todo esto, naturalmente, como por derecho y con cierto aire de homenaje que es verdaderamente encantador. Hablan del egoismo de los hombres; pero hay también que considerar todo lo que estamos acostumbradas a exigir de ellos las mujeres; bien podemos en cambio perdonarles unas cuantas ligeras exigencias.

»Las impresiones estéticas no son tan agradables; creo que las mujeres hemos perdido el don de apreciar la estatua hombre; hay que acostumbrarse lo más rápidamente posible, empezando por cerrar los ojos como quien va a tragar una mala píldora, y hay que mentir descarada y fieramente para no dejar ver la mala impresión.

»Una memorabilísima fecha en la crónica de la intimidad conyugal es la de aquella tarde en que por vez primera, en la quieta sobremesa, coge ella un libro y él un periódico, y, en lugar de hablar, leen. El caso no parece tener gran importancia, pero es tan delicado como la operación quirúrgica que más lo sea; claro que ella ha leído novelas toda su vida y que él del mismo modo toda su vida ha leído periódicos; pero era ésta una costumbre interrumpida por la aventura de amor; para que el acto de reanudarle no hiera susceptibilidades, preciso es que las acciones coincidan matemáticamente, que no haya precedido un silencio que pueda parecerse a cansancio, que estén ambos de muy buen humor. En nuestro caso resultó maravillosamente: yo había salido un momento; cuando volví tenía en las manos *La Correspondencia;* hizo un movimiento para dejarla, pero sin darle tiempo a ello cogí yo de encima de la mesa una revista y me senté a leer; él sonrió; nos habíamos comprendido; desde entonces leemos a diario, estando juntos, como la cosa más natural del mundo; seguimos siendo, yo para él y él para mí, un libro interesante; pero espaciando las sesiones, tardamos más en leerle, y cuando hayamos vuelto la úl-

tima hoja, como hará mucho tiempo que comenzamos la lectura, el primer capítulo nos sonreirá de nuevo al volver a empezar. Esto acaeció en la villa de París el día décimosexto de mi vida de señora casada.

»Otra impresión sabrosa es la de oir esta palabra «señora» cuando nos la dicen por primera vez. A mí el primero que me llamó señora fué un poeta la mañana misma de mi boda; acompañóla de una profunda reverencia y puso en ella un poco de ironía; pero, de todos modos, a mí me sonó bien; siguió pareciéndome grata novedad todo el tiempo que estuve en España; el *madame* de París y el *madam* de Londres me dejan perfectamente indiferente. Los míos, quiero decir mi Manuela y mi Pedro—¡qué conmovido estaba el pobre hombre!—, me despidieron con el «señorita» de siempre. Me da un poco de pena acordarme de mi casa tan sola.

»Dices que de todo mi itinerario lo que más te interesa es París; cuando hayas estado en él pensarás de otro modo. A mí también me interesaba mucho de lejos, y ha sido una decepción pequeñita. Las casas de los famosos boulevares son tan viejas, y los hombres tan antipáticamente feos; las mujeres tienen en su belleza una artificialidad tan descarada y los espectáculos públicos una inmoralidad tan repugnante, que al cabo de ocho días siente uno que le falta aire para respirar. A mí, que venía de mi jardín y de mi mar brava, casi llegó a ponerme enferma el tufo a gasolina y a galantería barata; además no hay niños por los jardines. Pero el río es hermoso y aun más de noche, cuando no se ve que los barcos de vapor son muy viejos, y sí sólo las luces rojas, verdes y azules de los farolillos cayendo sobre el agua, y la sombra de los altos puentes.

»Como hazaña de recién casada, quise que Agustín me llevase a los famosos *cabaret* de Montmartre; con el primero tuve bastante; tal tedio me causaron aquellas y aquellos in-

felices respirando por todos los poros pobreza y vicio, cantando con muy mala voz, canciones sucias o ridículamente sentimentales y patrioteras —hay que ver la sensiblería exaltada de los franceses cuando se nombra al *petit soldat*—, pasando después la bandejita para recoger la disfrazada limosna. ¡Aire, aire y agua limpia! —dan ganas de gritar.

»En busca de aire es delicioso ir por el río, saliendo de París, llegando a los lindos pueblecillos sembrados por el campo, cultivado en Francia con todo esmero y coquetería, llegar a Versalles, no entrar en el palacio, que es bastante tedioso, como la mayor parte de las moradas reales presentes o pretéritas, y pasearse por los jardines sin evocar bajo los árboles de las avenidas, ni junto a las fuentes, sombras históricas de ninguna clase. Un árbol es un árbol, y sólo por serlo, por la armonía desmelenada de sus ramas, por la arrogancia de su tronco, por la voz con que canta su ramaje, es digno de toda nuestra admiración, sin que pueda añadir al entusiasmo con que le contemplamos ni un solo adarme el hecho de que haya estado bajo su sombra la pelucona del Rey Sol; y una avenida, por ser una avenida, y por estar cobijada por el toldo de frondas, y por el tapiz de césped que cubre su suelo, y por el encaje que pintan las frondas sobre el tapiz, merece el homenaje de nuestra emoción, sin que vengamos a bastardearla con la idea de que en pasados siglos acostumbró una favorita a arrastrar en la hierba la cola de su traje. ¡Horror de evocaciones! A mí en los paisajes no me gusta imaginar fantasmas, y respecto a la remembranza de amores históricos, me parece mucho más romántico y más interesante vivir los míos, actuales, que recordar los ajenos y ya pasados, aunque sean de reyes y de emperadores.

»Esto es poco artístico; pero es verdad. Bien: el molinito de María Antonieta y la lechería y todas las demás casitas rústicas con que la pobre reina quiso representar una aldea

arcádica, me parecen un capricho bastante inocente, pero comprendo que acortasen el camino de la guillotina, porque debe ser tremendo de indignación para el que tiene hambre ver que los ricos y privilegiados juegan a ser pobres para matar el ocio.

»He aquí que me siento socialista; terreno peligroso y que me apresuro a bandonar, pidiéndote de paso perdón a ti, tan monárquica o, por lo menos, tan aficionada a presenciar sensacionales desfiles palatinos. En eso casi te doy la razón: como elemento decorativo, no hay nada que se parezca a la realeza. ¡Si vieras qué triste figura hacía en París inaugurando una exposición el señor presidente vestido de frac y rodeado de señores tan *negramente* ataviados como él.

»Subimos a la torre de *Notre Dame;* ya Agustín me había hecho entender las maravillas de arquitectura del hermoso templo. ¡Qué agradable es poder viajar con un marido que sabe de belleza y poder tirar a la puerta de todos los museos y al pie de todos los monumentos el odioso librito-guía! ¡Qué emoción se siente al entrar en el Louvre y encontrarse con nuestros paisanos Goya, Greco y Velázquez!

»Al entrar, Agustín me dijo que cerrase los ojos; hícelo así; cuando me mandó abrirlos vi el retrato de la infanta niña doña Margarita; se me saltaron las lágrimas, tan a *tierra mía* me supo esta visión... y eso que no entiendo mucho de pintura; pero Agustín me enseña con toda paciencia y toda alegría. Este es otro secretito de felicidad conyugal que te recomiendo para el futuro próximo. Por mucho que pueda saber la mujer, es preciso que guarde un rinconcito de ignorancia donde el marido pueda ser maestro; cada cosa aprendida es un lazo entre quien la aprende y quien la enseña; hay un mutuo agradecimiento y una dulce unión; el orgullo del hombre halla satisfacción cumplida en ir iluminando una ignorancia de mujer; afortunadamente, yo en es-

tas cosas de arte lo ignoraba todo; pero si todo lo hubiese sabido, creo que me hubiese propuesto firmemente olvidar algo para no perder los beneficios de la amable escuela.

»Mis horas de museos te aseguro que han sido felices; en cambio, en las horas de paisaje tengo el honor de haber sido yo la maestra; Agustín tenía un modo raro de mirar al campo; creo que, aparte del goce común a todo mortal cuando ve tierra hermosa, no consideraba él la belleza natural más que como modelo para el paisaje pintado; al principio se reía un poquito de mis «éxtasis», como él los llamaba, ante un árbol o un rio, o ante el verde del mar o el azul de una sierra; pero creo que he llegado a hacerle comprender que el paisaje tiene un valor suyo, una significación independiente de toda idea de humanidad; y que, aun cuando no hubiera un solo pintor en el mundo, ni siquiera un contemplador, la emoción de la belleza natural subsistiría intacta; ahora nos reimos los dos cuando muchas veces él me dice: «Mira el río y emociónate a gusto.»

»Te estaba contando que subimos a la torre de *Notre Dame;* creí volverme loca a escalones y revueltas; figúrate una escalera de caracol, escalones de piedra, paredes de piedra, que sube, sube, sube; al cabo de un rato tiene uno la perfecta evidencia de que no llegará nunca a arriba; llegamos, sin embargo; una viejecita que guarda las campanas nos saludó llamándome *ma petite dame*. Me hizo gracia oirlo, porque eso me prueba que parezco más joven de lo que soy; al decirte esto me miro al espejo para hablar con toda imparcialidad; real y efectivamente me he rejuvenecido, y no es extraño que la cara descubra lo que sucede en el corazón.

»Chiquilla mía, a fuerza de vivir sola en mi caserón, rodeada de ancianidad, con mis pensamientos no muy renovados y mis ilusiones bastante marchitas, había acabado por estar un poquito acorchada; este verano ha sido para

mí de despertar; me he reído bastante, he llorado un poco, ¡reír y llorar!, cosas de infancia que desde mucho tiempo no había hecho; ahora soy feliz, tengo alguien que cuide de mí, y por el hecho de haber encontrado tutela, he vuelto un poco a mis tiempos de criatura. Acabo de cumplir veinticuatro, y esto, que soltera es casi una vejez, casada puede parecer una juventud extraordinaria; además, el trato con hombres rejuvenece a las mujeres, y desde que estamos aquí, Agustín, que no es nada egoísta, me ha presentado a bastantes de sus amigos, gentes interesantes, poco ceremoniosas y con esa frescura de imaginación y esa alegría íntima que da el ejercicio del arte aun a los artistas melancólicos.

»Tenemos un *hogarcito inglés* y estoy haciendo mis pinitos de ama de casa; ya tenía yo bastante experiencia, pero ahora mi imperio tiene otro matiz.

»Llegamos a Londres en los últimos días de agosto; no puedes figurarte mi entusiasmo por esta ciudad; siempre había deseado verla, porque en ella nació mi madre; viniendo de París se tiene al entrar en ella una sensación de renacimiento; se queda uno en calma, sin ruido exterior, dueña de sí misma; esta práctica gente ha tenido la idea de acumular todo el trajín y el tráfico en un pedazo de ciudad; el resto es callado, tranquilo, limpio, lleno de flores. Nuestra casa tiene un jardín que es una pradera, con lindísimos árboles, con ventanas floridas; la hemos tomado para un año, porque Agustín piensa que aquí podrá trabajar bien, y a mí me complace también mucho la idea de pasar una temporada larga en esta tierra un poco triste, pero muy romántica; tenemos un estudio con grandes ventanales al jardín, y un salón con grandes ventanales a la calle; así nuestro reino está dividido y podemos darnos el placer de hacer frecuentes invasiones mutuas; el terreno neutral es el comedor; allí cada uno tiene su gran butaca a un lado de la chimenea. Un día, aunque aun no ha hecho frío para ello, encendimos la lumbre, porque Agustín

dijo que no podíamos llamar *hogar* a nuestra casa hasta que hubiese ardido en ella el fuego sagrado; con este motivo tuvimos una gran fiesta íntima, tan íntima, que no hubo más huéspedes ni más invitados que nosotros dos; hubo té, hubo discursos, hubo brindis, cantamos, bailamos, reímos.

»¡Qué alegre es quererse! Figúrate que cuando estaba en casa siempre me causaba tristeza pensar que iba a llegar el invierno; el mes de noviembre era una pesadilla para mí; algunas veces hasta lloraba pensando en los días de lluvia y de frío que habían de venir, y había llegado a creer que el sol era absolutamente indispensable para mi felicidad, y ahora me dispongo a recibir un invierno mucho más largo que el de España, con todo el regocijo de mi corazón; pienso en lo muy alegre que estará nuestra lumbre en los días en que por la calle haya nieve o niebla, y en lo muy bien que sonará el viento colándose por nuestra chimenea o contra el cristal de nuestras ventanas, y en el buen aire que tendrá nuestro comedor, corridas las cortinas, deslumbrando de blanco el mantel, con un poco de plata y muchas flores; sentados a la mesa con nosotros dos o tres amigos, yo más *amigo* que nadie de mi señor marido. No puedes figurarte, queridísima, lo exquisito de esta sensación de amistad que cada día nuevo va fortaleciendo en el matrimonio; yo no sé si es amor o no es amor; pero ello es lo mejor de la vida.

»¿Se te ponen los dientes largos? Espero que sí y espero también que pronto tendré el gusto de recibir tus confidencias sobre el asunto, más emocionantes sin duda que las mías, porque mis aventuras se resisten inevitablemente de exceso de serenidad; en cuanto entro en escena, todas las complicaciones acaban; soy una lluvia mansa sobre una hoguera, y por muchos esfuerzos que haga el destino para dar a mi vida sabor dramático, siempre se quedará en comedia plácida. ¡Qué poco ruido hacen en realidad las alegrías y las penas! ¡Y qué imaginación deben necesitar los novelistas para

lograr que suenen a bronce de campana los latidos de los corazones, que tan leves son, por muy precipitados que sean! ¡Y las bellas palabras! ¡Qué pocas se dicen en la vida, bellas palabras! Ni hacen falta tampoco; la palabra que más me ha emocionado ha sido mi nombre, sin adjetivo de ninguna clase, pronunciando en dos o tres ocasiones, que llamaré solemnes para darme el tono de que mi vida ha tenido, por lo menos, dos o tres momentos de solemnidad.

»Creo que ya es hora de cerrar esta carta; como comprenderás, va escrita por *entregas;* pero no he querido enviártela sin concluir, para que al recibirla *de un golpe* te haga más impresión y su abundancia de material disipe tu enfado total y definitivamente.

»No quiero despedirme sin asegurarte que los parques de Londres valen un viaje, y que espero lo hagas a la mayor brevedad..., y sin contarte cómo hace dos días leímos en no sé qué periódico que la sin par estrella del cielo danzante, Carmelina, ni más ni menos, está haciendo furor en Niza con sus tangos a la española, y que un rey del petróleo, que desde Nueva York ha venido a rejuvenecer sus sesenta años en la costa azul, le ha ofrecido su mano y sus millones; yo fuí la primera en leer la noticia, y cautelosamente dejé el periódico sobre la mesa; figúrate la atención celosa con que iría siguiendo los ojos de Agustín cuando, a su vez, emprendió la lectura del diario y le vi acercarse a la columna fatal.

»Si se llega a emocionar, me muero; afortunadamente, sonrió y me alargó el papel para que me enterase de la noticia; le di un abrazo estrepitoso; juntos decidimos que si se casa con el petrolero hay que hacerle un magnífico regalo. ¡Vencí!

»Escríbeme diciendo que todo lo perdonas.

»Te quiero como siempre y te abrazo de todo corazón, ANA MARÍA.

»*P. D.* Recibo un paquetito misterioso; bajo la envoltura

de papel gris, otra de papel blanco, sujeta con lazos del mismo color; perfume a violetas; dentro, un libro sencillamente encuadernado; dos páginas en blanco; en la tercera mi nombre, y debajo: «A la buena memoria de unos cuantos días »de Sol.» Son versos: abro el libro por medio y leo estos cuatro:

«... ¡y cómo huelen las flores
cuando una mujer se ha ido;
cuando todo, alma, jardín,
casa, se queda vacío!...»

FIN

Imp. de Juan Pueyo, Luna, 29. Teléf. 14-30.—Madrid.

LS.
M3871tu
162841

Author Martínez Sierra, Gregorio
Title Tu eres la Paz
... OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU